

OSHO

**CIERRA LOS OJOS
Y LÁNZATE**

Escucha el sonido de tu verdad

DEBOLSILLO *clave*

www.megustaleer.com

Índice

Cubierta

Portadilla

PRIMERA PARTE El sonido que te roba el corazón

- 1 Estar vivo es estar iluminado
- 2 Persiguiendo el horizonte de la esperanza
- 3 La vida sigue siendo un misterio
- 4 No es necesario recordar la verdad

SEGUNDA PARTE La mente está dividida, la meditación no lo está

- 5 No hay que vencer el miedo, hay que entenderlo
- 6 Una brisa fresca de amor
- 7 Un profesor nunca está iluminado
- 8 Una maestría que te libera
- 9 ¿Contradictorio o complementario?

TERCERA PARTE La experiencia de estar en casa

- 10 Simplemente aquí – Sin saber por qué
- 11 El camino es solo un recordatorio
- 12 Capas de silencio, capas de mente
- 13 Súbete a la ola de la felicidad
- 14 Entra bailando
- 15 La dialéctica de la vida

CUARTA PARTE Un nuevo tipo de iluminación

- 16 La estética de la conciencia
- 17 La noche estrellada del alma
- 18 Budas intentando ser Budas
- 19 Sin otra salida que la iluminación
- 20 Un instrumento en tus manos
- 21 Estar centrado frente a estar arraigado
- 22 El vipassana llega al final

QUINTA PARTE La verdad más allá de la mente, más allá del lenguaje

- 23 La vida misma es la respuesta
- 24 Solo un poco de aroma de la flor
- 25 Cuando la eternidad se adentra en el tiempo

Acerca del autor

Resort de Meditación de Osho® Internacional

Créditos

Notas

OSHO

Cierra los ojos y lánzate

Traducción de
Esperanza Moriones Alonso

DEBOLSILLO

PRIMERA PARTE

El sonido que te roba el corazón

El sonido *Om* solo se escucha cuando la mente está
completamente en silencio,
cuando trasciendes el lenguaje,
cuando trasciendes el pensamiento,
cuando solo hay silencio absoluto,
cuando no hay ninguna alteración.
De repente, empiezas a oír una música.
No hay ningún instrumento que la toque.
Es como el latido mismo de la existencia.

1

Estar vivo es estar iluminado

Hay un antiguo dicho, Hari Om Tat Sat: «El sonido divino – que es la verdad». Y cuando hablas puedo oír el sonido de la verdad resonando en mi interior; sin embargo, no estoy iluminado. ¿Cómo puedo reconocer algo que no conozco?

Hari Om Tat Sat: el sonido divino – que es la verdad... Este es uno de los mahavakyas, uno de los grandes dichos grabados en los corazones de los místicos desde la eternidad. No es una cuestión teórica o filosófica, es una cuestión existencial. Las personas que se han inmerso en su interior siempre han oído un extraño sonido, y solo se puede decir que es el sonido de la existencia misma. Es difícil sintetizar este sonido en palabras. Por eso, desde hace muchos siglos, tantos como podamos retroceder en el tiempo, el sonido Om ha sido representado por un símbolo y no por una palabra alfabética.

Este símbolo está por encima de cualquier alfabeto. No pertenece a ningún idioma. Por eso puede ser utilizado por los tibetanos y las personas que escriben en sánscrito. Puede ser utilizado por Mahavira, que usaba un idioma llamado prácrito; lo utilizaba Buda, que hablaba un idioma llamado pali. En todo el mundo no hay ningún otro símbolo, que sin pertenecer a ningún idioma, simbolice una determinada experiencia que puede suceder a cualquier persona.

¿Por qué no lo han reducido a una forma lingüística? Por el siguiente motivo: el sonido Om solo se oye cuando tu mente está en silencio absoluto, cuando has trascendido el idioma, el pensamiento, y no se produce la menor alteración. De repente, oyes una música. No hay ningún instrumento tocándola. Parece simplemente el latido mismo de la existencia. Por eso no importa que seas budista, hinduista o jainista. No depende de tu filosofía o de tu religión, sino de la profundidad del alcance que tengas a tu propio centro interno. Ahí, de repente, te inunda.

No es exactamente Om, pero Om es la expresión que más se aproxima a ese

sonido. Y este sonido ha recibido el nombre de «el sonido divino» porque no ha sido creado por el hombre. Está aquí y ahora eternamente. Quien desee entrar en la corriente de la existencia eterna, estará destinado a escucharlo. No dice nada, pero vibra en tu interior con una alegría, una celebración y una danza que jamás habrías soñado experimentar.

Hari es una de las palabras que se usan para referirse a Dios. No quiero mencionar a Dios; quiero evitarlo del todo porque Dios siempre comporta muchos tipos de mentiras. Nadie ha experimentado a Dios. No hay ninguna evidencia, ninguna prueba, ningún argumento que lo sustente. Es una hipótesis absolutamente inútil, y no solo es inútil, sino enormemente perjudicial, porque en el nombre de *Dios* se ha derramado mucha sangre. Es hora de olvidar esta palabra y empezar a usar una nueva.

La palabra *hari* contiene otro significado mucho más hermoso que la palabra «Dios». En sánscrito *hari* significa ladrón. Y el sonido *Om*, cuando te familiarizas con él, demuestra claramente que es el rey de los ladrones porque te roba para siempre tu corazón. Entonces te conviertes en parte de la existencia y dejas de ser un individuo separado. Tú ya no existes, existe la existencia.

Decididamente, esto solo puede hacerlo el rey de los ladrones: te roba por completo, te rapta sin dejar rastro. Quienes han usado las palabras *Hari Om* dirán que es el «sonido divino». Yo prefiero decir que es el sonido del rey de los ladrones que ha robado millones de corazones. Pero, digas lo que digas, hay algo indiscutible: *Tat Sat*. *Tat* significa eso, y *sat* significa verdad.

Este sonido *Om* es tu propia verdad, tu propio ser. Estamos compuestos de él. Toda la existencia vibra, y de las distintas vibraciones de este sonido surgen las diferentes cosas, pero solo cambian las vibraciones. Una vibración determinada crea un árbol, otra vibración crea un pájaro, otra vibración crea un hombre. Según los místicos, toda la existencia está compuesta de sonido. Evidentemente, este sonido es el más sagrado, el más divino, porque no hay nada que sea tan hermoso ni extático. Cuando lo has escuchado, aunque sea tan solo un atisbo en la lejanía..., no vuelves a ser la misma persona.

Lo que buscamos con las meditaciones no es otra cosa que este rey de los ladrones. Buscamos dentro de nuestro ser: qué clase de danza, qué clase de música se produce en el centro vital de tu existencia. Y, curiosamente, todos los que han profundizado en su interior han encontrado, sin excepciones, la misma respuesta: *Hari Om Tat Sat*.

Tú dices: «Cuando hablas, puedo oír que resuena el sonido de la verdad en mi

interior; sin embargo, no estoy iluminado. ¿Cómo puedo reconocer algo que no conozco?».

Este pequeño fragmento de tu pregunta contiene muchas cuestiones.

Cuando me oyes hablar, estás oyendo la existencia misma, del mismo modo que oyes cómo sopla el viento entre los pinos, o el sonido del agua que corre. Yo no tengo nada que decirte, ¡por eso no he dejado de hablar desde hace muchos años! Si tuviera algo que decir, ya lo habría dicho. Pero, puesto que no tengo nada que decir, puedo seguir hablando eternamente.

Cuando oyes mi sonido y la verdad empieza a resonar en tu interior, se tiende un puente entre el maestro y el discípulo. Si lo que proviene de mí se ha originado en la existencia misma, y si estás enamorado, confías en mí y te sientes uno conmigo, esa verdad que me convierte en un vehículo empezará a resonar en ti. No es necesario que seas alguien especial, basta con que tengas un corazón amoroso, un corazón que confíe y abra las puertas para no impedir la entrada de la brisa, para que la fragancia que fluye pueda embargarte y rodearte y abrir tu corazón como una rosa que despliega sus pétalos. Pero tu problema es: «¿Cómo puede ser si no estoy iluminado?».

¿Quién te ha dicho eso?

Todos los días te digo que estás iluminado, pero eres tan testarudo que, a veces, yo mismo empiezo a pensar que es mejor unirme a ti y dejar de estar iluminado. ¿Para qué seguir manteniendo esta separación? O bien tú te iluminas, o yo dejo de estar iluminado. ¡Todo tiene un límite! No sé quién está extendiendo ese rumor de que no estás iluminado. ¿De dónde surge esa información?

Sé que llevan miles de años diciéndote que no estás iluminado. Quienes afirmaban tal cosa se creían el centro del universo, creían que ellos estaban iluminados y tú no; ellos lo habían logrado, pero tu viaje será muy largo, y posiblemente dure muchas vidas. Su propósito es crear una enorme distancia entre tú y ellos para sentirse así superiores a ti. Ellos son divinos, son la encarnación de Dios, están iluminados, son los mensajeros, son los mesías, pero tú... tú solo eres un pobre ignorante que va de vida en vida, siempre cargado con un fardo de ignorancia que aumenta con cada vida.

Estas personas han insultado a toda la humanidad. En lo que a mí respecta, no solo quiero decirte que estás iluminado, sino que todos los árboles lo están, todos los ríos, las montañas y las estrellas. Es la única posibilidad. Quiero que te quede absolutamente claro: estar vivo es estar iluminado. Dondequiera que haya vida,

dondequiera que haya amor, podrás ver que subyace la iluminación. Es posible que no la percibas, pero mi propósito es ayudarte a reconocerla.

Todas las meditaciones son simplemente un intento para que sientas tu iluminación, puesto que ya está ahí; da igual que la sientas o no. Si la sientes empezarás a festejarlo, y tu vida se convertirá en una danza constante, llena de gloria y majestad, gracia y gratitud. Si no la reconoces, seguirás siendo infeliz y preguntando a todo tipo de idiotas y estafadores: «¿Cómo puedo iluminarme?».

Ha habido maestros como Bodhidharma. Si le preguntas cómo iluminarte, te dará una bofetada que hará que te despiertes inmediatamente, y digas: «Lo siento, me había quedado dormido. Estoy iluminado». En esa época no había ningún inconveniente en que el maestro abofeteara al discípulo; era una maravilla. Ahora la gente se ha olvidado por completo de esos bellos momentos, de esos fantásticos días y de esas maravillosas personas.

Se dice que cuando Chuang Tzu entró por primera vez en la choza de Lao Tzu, su futuro maestro, este le miró y le dijo: «Recuerda esto: no me preguntes nunca cómo iluminarte». El pobre hombre había ido allí precisamente por ese motivo. Lao Tzu se lo dejó muy claro: «Solo te acepto como discípulo con esta condición».

Hubo un momento de silencio. Chuang Tzu pensó: «Qué raro. He venido para iluminarme, y por eso quiero convertirme en su discípulo. Y este viejecito tan bello y encantador me está pidiendo algo absurdo: si quieres ser mi discípulo, prométeme que nunca me preguntarás cómo iluminarte».

Pero ya era demasiado tarde. Se había enamorado del anciano. Se postró a sus pies y le dijo: «Prometo que jamás te preguntaré cómo iluminarme, pero acéptame como discípulo».

Acto seguido recibió una enorme bofetada: «¡Idiota! ¿Para qué quieres convertirte en mi discípulo si no vas a iluminarte? Te hice prometérmelo porque he visto que eres muy inteligente y que podrías darte cuenta de lo que pretendía al hacerlo. Ya estás iluminado, no hay forma de iluminarse. No es necesario. De hecho, si quisieras des-iluminarte, sería imposible».

Entonces ¿por qué ha dejado de estar iluminada toda la humanidad? ¿Cómo lo han conseguido? Simplemente, olvidándose, implicándose demasiado en otras cosas. El mundo es muy amplio y la mente te va llevando a nuevos deseos, nuevos anhelos, nuevas metas, nuevas ambiciones. Poco a poco, cae un telón entre tu mente y tú, y la mente se olvida por completo de tu ser. Se olvida que también hay un mundo interior, y no solo la existencia exterior.

Lo exterior es muy limitado comparado con lo interior. Pero lo exterior, cuando te involucras en ello, es tan extenso que puedes empezar a deambular por el universo durante millones de vidas. Y quizá no te des cuenta de que estás perdiendo el tiempo y ha llegado la hora de mirar en tu interior.

Prométeme que no volverás a decir: «No estoy iluminado, ¿cómo puedo iluminarme?». Yo tengo mi particular forma de abofetear, y es mucho más sofisticada. No uso la mano porque soy muy vago, y sobre todo porque no quiero hacerme daño. Pero tengo mi propio método, y abofeteo a la gente... ¡Vosotros ya lo sabéis!

La última parte de la pregunta es: «¿Cómo puedo reconocer algo que no conozco?». Si puedes reconocerlo, eso es una garantía absoluta de que de forma inconsciente ya lo conoces. Puede que te hayas olvidado de que lo sabes. Todos los niños lo saben al nacer.

Yo he criticado muchas veces la historia de Gautama Buda, pero esta vez, para que haya un equilibrio, voy a valorarla. La historia cuenta que Gautama Buda nació cuando su madre estaba bajo un árbol *saal*, y que nació de pie. Y lo primero que hizo fue dar siete pasos al frente y declarar al universo: «Estoy iluminado». Si todos los recién nacidos pudiesen andar, darían siete pasos y declararían al mundo entero: «Soy el ser más iluminado que existe, soy único». Quizá esta historia solo sea una forma simbólica de reconocer la inocencia de cada niño como su iluminación, su experiencia suprema.

Pero se perderá en el mundo. Es posible que de vez en cuando alguien vuelva a su niñez. Yo quiero devolveros la inocencia infantil. Lo que no has hecho en tu primer nacimiento, puedes hacerlo en el segundo.

Cuando me vaya esta noche, quiero que todo el mundo dé siete pasos y declare al mundo entero: «¡Soy el ser más iluminado que existe!». Inténtalo y verás cómo te llenas de alegría. Y no volverás a caer en la vieja ignorancia buscando la forma de iluminarte. ¡Dalo por concluido esta noche!

Y también preguntas cómo puedes reconocerlo si no lo conoces. Es como ir a un restaurante y que te den un huevo podrido. Entonces dirás: «Este huevo está podrido». Y el encargado vendrá y te dirá: «¿Acaso eres una gallina? ¿Alguna vez has puesto un huevo? Si nunca has puesto un huevo, ¿con qué autoridad puedes afirmar que está podrido?».

No es necesario. Puedes conocer la esencia de las cosas aunque no seas consciente de ello; en realidad sí la conoces. Es la única manera. Cuando te enamoras, ¿cómo

sabes que es amor? Indudablemente debe de haber un rinconcito en tu interior que ya sabe qué es el amor. ¿Cómo sabes que una rosa es bella cuando la ves? ¿Alguna vez has visto la belleza? ¿Sabes qué es la belleza? Sin embargo, definitivamente sabes que la rosa es bella. Lo que estoy diciendo es que tu ser debe de saber de alguna manera qué es la belleza, qué es la verdad, cuál es el sonido supremo de la existencia, y eso es lo que te permite reconocerlo.

Eres mucho más de lo que crees.

No eres lo que han hecho de ti todas las religiones: un pecador, un condenado esperando, en la sala de espera de la estación, el tren que te llevará al infierno. ¡Y la sala de espera en sí ya te da una idea clara de cómo es el infierno!

Todas las religiones usan la palabra «pecado» sin prestar ninguna atención al significado etimológico de este vocablo. El significado etimológico es olvidar. No tiene nada que ver con la moralidad ni con tus buenas o malas acciones; tiene que ver con olvidarte de quién eres. Y si te has olvidado, significa que puedes acordarte.

Gautama Buda decía constantemente a sus discípulos: «No es una cuestión de darse cuenta, es cuestión de recordar. Lo que has olvidado está dentro de ti». Basta con rebuscar dentro de todos los bolsillos..., incluso en esos bolsillos que te ocultas a ti mismo.

Ya os he contado la historia del mulá Nasrudín... Estaba viajando en un tren, llegó el revisor y el mulá empezó a buscar su billete por todas partes. Abrió todas las maletas y todas las bolsas, y armó tanto barullo que casi la mitad de los pasajeros tuvieron que levantarse para dejarle sitio y poder así colocar todas las cosas que estaba sacando para encontrar su billete.

Cansado, el revisor le dijo: «Déjelo, me conformaré con que responda a esta pregunta. Ha estado buscándolo por todas partes, incluso en sitios donde no puede estar un billete..., como dentro de sus zapatos. ¿Cómo puede perderse un billete dentro de un zapato? En cambio, no ha mirado en el bolsillo derecho de su abrigo».

El mulá dijo: «Ni lo mencione. No voy a mirar en ese bolsillo. Es la única esperanza que me queda: que el billete esté ahí. Soy capaz de buscarlo por todo el mundo pero no voy a mirar en el bolsillo derecho del abrigo».

Todos los compañeros de compartimiento dijeron: «¡Qué raro! Este señor cree que tal vez... Si crees que el billete puede estar ahí, ¡entonces es el primer sitio donde tendrías que buscarlo!». Pero hay razonamientos y cálculos de muchos tipos. Nasrudín tiene el suyo particular, y piensa: «Es mi única esperanza, y no voy a destruirla. Antes buscaré en cualquier otro sitio. Ese bolsillo es mi último recurso».

Finalmente, cansado de la búsqueda, el revisor le dice: «Quédese tranquilo y recoja todas sus cosas, porque está molestando al resto de los pasajeros, y yo no le pediré que mire en su bolsillo derecho».

El mulá dijo: «De acuerdo. No hagan ninguna insinuación sobre mi bolsillo derecho porque no tengo intención de mirar ahí».

La mayoría de nosotros buscamos las cosas donde sabemos que no están. La gente

busca a Dios en las iglesias, en los templos, en las imágenes de piedra, pero a nadie se le ocurre pensar: «¿Acaso voy a encontrar a Dios ahí?». Las imágenes han sido fabricadas por el hombre, las iglesias han sido construidas por el hombre. Y nadie mira dentro de sí, que es el único lugar que no ha sido fabricado por el hombre y también el único donde puede estar el billete. Solo es cuestión de recordar.

Pero lo recuerdes o no, por tu naturaleza, formas parte de la totalidad. La experiencia «yo formo parte de la totalidad» es la iluminación. Cuando te das cuenta, te pones a bailar; cuando no, sigues llorando sin motivo alguno. Estas cosas tan sencillas se han complicado innecesariamente con el propósito de engañarte, de aprovecharse de ti.

La religión se ha convertido en el mejor negocio del mundo..., mejor en dos sentidos. Atesora más dinero que ningún otro negocio vendiéndote cosas invisibles. ¡Evidentemente, vender cosas invisibles es un gran negocio! Compras algo invisible y lo guardas cuidadosamente en tu cartera con miedo a perderlo, ya que sería muy difícil volver a encontrarlo. Cierras tu cartera y no vuelves a abrirla, porque ¿quién sabe?, puede que esa cosa invisible tenga alas y salga volando.

Las personas más inteligentes del mundo también compran a Dios —que es absolutamente invisible—, compran billetes al cielo, depositan dinero en las cuentas del paraíso. Y ellos mismos comprueban con sus propios ojos que todo lo que donan va a parar a los bolsillos de los sacerdotes. Pero quizá piensen que en esos bolsillos haya un camino invisible por el que el dinero que han donado al Papa llegue a su destino. El Papa tiene un banco en el Vaticano, y puede que sea una sucursal del banco original; si haces un depósito en la sucursal, llegará al banco central, no hay qué preocuparse.

Y los Papas se gastan tu dinero viajando de un lado a otro sin necesidad. El Papa estuvo en la India, y lo primero que hace siempre, vaya donde vaya, es besar el suelo. ¡Podía haberlo hecho en el Vaticano! La tierra es igual en todas partes, para eso no hace falta viajar, pero obviamente tiene otro sabor... Cuando aterrizó en el aeropuerto de Nueva Delhi, yo estaba en Nepal y dije a mis seguidores: «Ha saboreado por primera vez el hinduismo». Porque no puedes probar la tierra de la India sin degustar el estiércol de vaca; es la esencia misma del hinduismo.

Se gasta en vano el dinero que tú has donado creyendo que había un depósito en el paraíso. Solo en un viaje a Australia se gastó seis millones de dólares, el doble del importe de la visita de la reina Isabel de Inglaterra. Y en cada viaje que realiza por el mundo gasta seis u ocho millones de dólares. Y se trata de tu dinero.

En una ocasión preguntaron a George Bernard Shaw: «¿Usted cree que una persona puede vivir felizmente con las manos en los bolsillos sin hacer nada?».

George Bernard respondió: «Sí; es posible. Solo hay que recordar una cosa: no deben ser tus bolsillos. Hay que meter las manos en los bolsillos de otra persona».

Esa ha sido la estrategia todas de las religiones. Y te están dando algo que incluso un idiota sabe que es mentira...

Ha estado aquí de visita el cónsul italiano en Calcuta. Antes de venir para que le abofeteara, había estado con Satya Sai Baba. El cónsul se considera un buscador de la verdad. ¿Y qué ocurrió en el centro de Satya Sai Baba? En la entrada te facilitan un formulario para rellenarlo con tu nombre, nacionalidad, empleo, y la pregunta más importante que quieres formularle. Luego le hicieron pasar. Había muchas otras personas sentadas esperando a Satya Sai Baba, pero al cónsul le dieron un lugar especial. Satya Sai Baba entró señalándole directamente y dijo: «Usted vive en Calcuta. Es usted italiano. Trabaja en el consulado». ¡Qué milagro! Se trataba de la misma información que él había dado... Pero el cónsul se quedó muy impresionado: «Su pregunta es esta. Esto es lo que usted quiere saber, esta es su cuestión. Es usted un gran buscador de la verdad».

Naturalmente, ahora se propone escribir un libro. Tengo curiosidad por ver ese libro. Aquí también recibió un tratamiento especial, pero ni siquiera creo que tenga el valor de mencionarlo. Tenía una cita para ir a cenar con una de nuestras sannyasins, Azima, y estaba tan asustado que ni siquiera acudió. Nunca llegó al hotel donde Azima le estaba esperando para cenar, por miedo a que le hiciera la pregunta: «¿Qué piensa usted de Osho?».

Y no es que no vaya a pensar en mí. ¡Pensaré en mí todos los días! Por no querer verme aquí, me verá en sus sueños. Así son vuestros diplomáticos, vuestros políticos, vuestros sacerdotes.

Si la religiosidad implica algo, eso es intrepidez. Significa asumir riesgos, poner en juego todo lo que tienes, todo lo que te es familiar, a cambio de lo desconocido; dejar lo conocido y sustituirlo por lo desconocido. Dar ese paso te convierte en un ser religioso. No necesitas ninguna otra práctica.

2

Persiguiendo el horizonte de la esperanza

Cuando anoche dijiste que todo el mundo está iluminado, casi me da un ataque. Es como si me sintiera mucho más cómodo no estando iluminado y seguir con la búsqueda, que estando iluminado. No sé cuál es mi pregunta, ¡pero creo que necesito que me despiertes con una bofetada!

La pregunta que me haces probablemente refleja la pregunta de muchas personas. Es muy significativa en el sentido de que la iluminación es el punto final de todos tus deseos, anhelos y búsquedas. Lo único que habéis hecho desde hace siglos es desear, buscar, soñar, esperar, pero uno tiene miedo de llegar a un punto en el que de repente te das cuenta de que no hay ningún camino, ningún sitio adónde ir; te das cuenta de que has llegado.

Tú dices: «Cuando anoche dijiste que todo el mundo está iluminado, casi me da un ataque». Eso ha causado un efecto en un sentido u otro en muchas personas, ¡pero es indudable que ha causado un efecto! Y ha salido a la luz algo que debe estar en tu inconsciente. Si no llega a ser por ese ataque, seguramente no habría salido a la luz.

«Es como si me sintiera mucho más cómodo sin estar iluminado y seguir con la búsqueda, que estando iluminado», dices. Es enormemente significativo, y no solo en lo que te concierne a ti, sino en lo que concierne a la mente humana como tal. Se siente cómoda esperando, se siente cómoda siempre que haya un mañana. La meta puede estar muy lejos, pero siempre que haya una meta la mente se siente cómoda. No quiere llegar a un punto muerto, eso hace que se sienta muy incómoda porque estamos acostumbrados a soñar, a perseguir metas, aunque nunca lleguemos a alcanzarlas. La meta aparentemente está muy cerca, pero, hagas lo que hagas, la distancia entre tú y ella sigue siendo la misma. Es como el horizonte: tú te acercas a él, y él se aleja al mismo ritmo.

Así es como han educado nuestra mente, así somos; de modo que aunque seas un

simple mendigo soñando con reinos, te sientes cómodo. Sucede en muchos aspectos. Nunca verás a pobres buscando el sentido de la vida, no verás a pobres preocupándose de si existe algo llamado iluminación o no. Solo cuando una civilización se enriquece, cuando la gente tiene estudios, cuando sus necesidades físicas están cubiertas, empiezan a plantearse metas lejanas. Entonces comienzan a buscar en otras muchas dimensiones. Buscan, pero en el fondo no quieren llegar al final.

Es un dilema extraño, pero si lo analizas detenidamente, comprenderás su funcionamiento. La mente solo puede vivir en movimiento; cuando no hay movimiento, el tiempo y la mente se detienen, y solo tú existes.

No es a ti a quien le ha dado un ataque, sino a tu mente, con la que te identificas totalmente. Hasta que no interpongas una distancia entre tu mente y tú —tú eres el testigo—, seguirás buscando. Dinero, poder, prestigio, Dios, el paraíso, la iluminación, todo es válido mientras siga manteniéndote en movimiento. Cualquier dirección es válida; el único peligro consiste en detenerse, porque en el momento en que te detienes, tu mente muere. En el momento en que te detienes, tu individualidad muere. En el momento en que te detienes, desapareces en la inmensidad de la existencia oceánica. De ahí el miedo.

Ya os he contado una maravillosa historia sobre Rabindranath Tagore. En uno de sus poemas tuvo la misma percepción que expones en tu pregunta.

En su poema dice: «He estado buscando a Dios durante muchísimas vidas. A veces le vi al lado de una estrella lejana, e inmediatamente sentí una enorme felicidad al saber que, aunque la estrella estuviese lejos, no era imposible de alcanzar. Empecé a dirigirme hacia ella, y cuando llegué, Dios ya estaba en otra parte. Pero podía verlo, estaba muy lejos pero me invitaba, me daba esperanzas. Y seguí vagando por el universo durante muchas, muchas vidas.

»Un día llegué a la casa de Dios. No podía creer que hubiera conseguido llegar. Estaba sobrecogido pero me acerqué a la puerta. Cuando estaba a punto de llamar, de repente la mano se me quedó helada. Surgió este pensamiento: “Espera un segundo y piénsalo bien”. En el exterior de la puerta dice: “Esta es la casa de Dios”. Si resulta que por casualidad realmente es la casa de Dios, estarás acabado. ¿Qué harás entonces?

»Desde hace millones de años solo te han enseñado a buscar. Eres un buscador muy disciplinado, pero ¿qué ocurre cuando encuentras? Eso es algo completamente nuevo, no estás familiarizado con ello. Y más aún si descubres lo supremo, el Dios

absoluto, más allá del cual no hay nada más que buscar... ¿Qué harás entonces? ¿Qué serás? Y esto es para siempre, es un eterno punto final».

Se quitó los zapatos y los llevó en la mano. Tenía miedo de que Dios oyera un ruido al otro lado de la puerta y le abriera justo cuando estaba bajando la escalera... Y salió corriendo sin mirar atrás.

Es un maravilloso poema porque dice: «Ahora lo estoy buscando otra vez. Lo conozco, sé dónde vive; pero sigo evitándolo. Voy en cualquier dirección, pero me mantengo alejado de la casa en la que está, porque si lo encuentro sé que tendré que desaparecer».

La iluminación es simplemente tu desaparición. No es más que un silencio absoluto. Naturalmente, uno siente miedo y empieza a pensar: «Es mejor no iluminarse y seguir buscando». La historia que te he contado del poema de Rabindranath es tu propia historia. Es la historia de todo el mundo. Por eso digo que estáis iluminados pero no queréis daros cuenta. Queréis encontrar una manera que os permita empezar a buscar la iluminación de nuevo.

Esta búsqueda es la mente. Esta búsqueda es el ego. Esta búsqueda es el individuo, esta búsqueda son todos los santos, los sabios, los profetas, las encarnaciones de Dios. Cuando llegas, solo eres silencio absoluto, no eres nada; estás vivo, extraordinariamente vivo, rebosas vitalidad, estás lleno de fragancia, pero no hay ningún movimiento. Permanecerás en este silencio toda la eternidad.

Creo que cada uno de vosotros ha regresado de esa casa, conoce el camino, conoce la casa y sigue buscando, investigando y preguntando: «¿Dónde está la casa de Dios? ¿Dónde puedo encontrarlo?».

Cuando entiendes que el motivo de tu búsqueda no es que no estés iluminado, sino que la mente quiere seguir viva y solo puede hacerlo mientras no estés iluminado... tienes que elegir. Puedes elegir entre la mente y seguir buscando hasta la eternidad lo que tienes al alcance en este mismo momento, o puedes elegir el estado de no-mente, no-movimiento, y desaparecer en el cosmos, en la paz eterna, en el esplendor del universo. Pero todo depende de ti; eres libre.

La historia bíblica de la expulsión de Adán y Eva del paraíso por parte de Dios evidentemente no es correcta. Fueron Adán y Eva quienes huyeron, porque en el jardín del edén no era posible ser profeta, no era posible ser alguien especial, no podía haber ningún ego. En el jardín del edén los árboles, los animales y tú sois todos iguales. Mi interpretación es que Adán y Eva huyeron al darse cuenta de ello; no fueron expulsados. Se sublevaron contra un estado en el que tenían todo a su alcance,

por lo que no podían descubrir nada nuevo. Al huir de ese reino, el hombre empezó a buscar.

Tengo motivos para creerlo... En la India, los veinticuatro *tirthankaras* de los jainistas fueron reyes que renunciaron a sus tronos. Gautama Buda, al ser hijo único, era el sucesor del rey. Antes de ser coronado rey, huyó. Estaban haciendo los preparativos de las ceremonias porque el padre quería estar presente en la coronación de su hijo; deseaba verlo en el trono. Ante esta situación, Gautama Buda huyó. Ya lo había visto todo, tenía todo cuanto podía desearse en esa época. Habían traído a las mujeres más bellas del reino solo para deleitarle. Su padre había construido tres palacios en tres lugares distintos para cada estación.

En la India, durante mi infancia, había varias estaciones. Tras la Segunda Guerra Mundial se trastocaron, pero antes las estaciones duraban cuatro meses cada una. Estaban claramente definidas: el invierno empezaba exactamente en una fecha y acababa en otra.

El viejo rey construyó en su reino tres magníficos palacios; de modo que en verano Gautama Buda se mudaba a la residencia de la montaña; en invierno, cuando hacía demasiado frío, bajaba a la llanura, cerca de un maravilloso río; y cuando llegaban las lluvias... había encontrado para él un lugar muy agradable y nada incómodo.

Muy cerca de donde nació Gautama Buda hay un lugar..., es posible que sea el más lluvioso del mundo... caen 12.500 mm* de lluvia al año. En Puna solo caen 1.800 mm al año. Pero incluso en Khandala, que está en las proximidades, es muy difícil vivir porque se recogen 5.000 mm al año. Eso significa que llueve un día tras otro sin que puedas salir afuera ni ver el sol; tan solo hay lluvia y más lluvia. Intenta imaginártelo, ¡12.500 mm al año...! Pueden transcurrir cuatro meses seguidos sin que deje de llover, hay enormes inundaciones... Su padre había encontrado un lugar donde llovía entre 1.000 y 1.300 mm al año; un verdadero placer. Gautama Buda estaba aburrido porque tenía todo lo que deseaba; ni siquiera debía pedirlo.

Es curioso. Cuando eres pobre quieres ser rico, y cuando eres rico, de repente sientes que lo tienes todo pero que has perdido la esperanza. Ya no tienes adónde ir; estás en el último peldaño de la escalera, y ahí sentado pareces un idiota.

Todo esto explica las diferencias que existen entre las religiones que nacieron en la India y aquellas que nacieron fuera de la India. Hay que enfocarlo desde un punto de vista psicológico... Jesús era un hombre pobre. Moisés tampoco fue rico... Pudo haberlo sido pero descubrió que era judío y que deseaba estar con los de su propia raza. Renunció a todo su poder y se rebeló contra los reyes egipcios. Mahoma

también fue un hombre pobre. Estos tres hombres pobres crearon las tres religiones que hay fuera de la India. Las tres religiones que hay en la India fueron creadas por reyes. Rama y Krishna eran reyes; Mahavira y Adinatha eran reyes; Gautama Buda era rey. Y te darás cuenta de la diferencia que hay entre estas religiones por la situación personal de cada uno.

Gautama Buda no te promete un paraíso donde habrá a tu disposición atractivas mujeres, donde fluirán los ríos de vino... Es raro pero no inexplicable. Él estaba harto de las mujeres, del vino y de todo aquello que puede comprarse con dinero. Lo único que puede prometer a sus discípulos es el silencio absoluto.

En cambio, Mahoma no hizo eso; Jesús tampoco. En su paraíso, Jesús tenía que proveer todas esas magníficas cosas que los pobres echaban de menos en la tierra. Mahoma proporcionó ríos de vino y bellas mujeres. Y te quedarás escandalizado al saber que, dado que la homosexualidad es habitual en Arabia Saudí, su paraíso también proveía a los sabios de hermosos efebos.

Jesús te provee de todo lo que un pobre pueda soñar y desear. Mahavira solo te proporciona soledad absoluta. Para un hombre pobre esto no resulta muy atrayente. Él ya vive en soledad, y de repente llegas... y le dices que para alcanzar esa soledad tiene que llevar a cabo todos esos sacrificios. ¿Te has vuelto loco? Él quiere cosas..., quiere bellas mujeres, quiere hombres atractivos, quiere magníficas casas, y tú le dices: «Tienes que ayunar, tienes que practicar yoga, tienes que meditar. Para finalmente llegar a la nada absoluta».

Esto solo puede resultar atractivo a las personas muy ricas. Están cansadas de las cosas, solo desean silencio; están cansadas de la gente, solo quieren soledad absoluta. El hombre pobre no lo está..., ni siquiera ha tenido la oportunidad de hartarse del dinero. Espera tener dinero algún día y una bonita casa.

Un día, estaba parado en la carretera, camino de la universidad, cuando se me acercó una atractiva mujer y me entregó un panfleto. «¿Qué es esto?», le pregunté.

«Ahí te lo explica todo, y tienes un número de teléfono por si te interesa», me respondió.

Mientras iba conduciendo hacia la universidad, hojeé el panfleto: una casa maravillosa junto a un torrente de montaña, frondosos árboles, y una pregunta: «¿Te gustaría que esta casa fuese tuya?».

«En esta ciudad no hay ninguna casa como esta, o puede ser que yo no la conozca. Si está a la venta, vale la pena informarse», pensé.

Di la vuelta a la hoja y ahí encontré todos los pormenores: «Si te conviertes en

discípulo de Jesucristo, en el reino de Dios tendrás casas aún mejores que la que has visto en la otra cara».

Cuando un hombre pobre inventa una religión, es inevitable que esté cargada de tus deseos, ambiciones y anhelos, y que prometa que todo se cumplirá. Una religión creada por un hombre rico será una religión de pureza, silencio, un espacio maravilloso. Pero formarás una unidad con ese maravilloso espacio; no estarás separado de él.

Si analizas las religiones y sus escrituras, podrás determinar si esas escrituras provienen de personas pobres o de personas que han vivido en la riqueza. Y debes tener en cuenta que el paraíso de un hombre pobre tan solo es una proyección. Por eso, todas las religiones que han nacido fuera de la India —casualmente— no tienen la cualidad, la superioridad, la grandeza de las religiones indias.

Pero en la India ya no hay riqueza. Esas religiones fueron creadas hace aproximadamente siete mil años, cinco mil años, veinticinco siglos. Hoy en día, incluso una gran parte de la población se ha convertido al cristianismo. Este es ahora la tercera religión de la India. Otros se han convertido al islamismo, que es ahora la segunda religión de la India. El hinduismo tiene cada vez menos adeptos, y mayor es el número de personas que se convierten al cristianismo o al islamismo, porque cada vez hay más pobres. Y el hinduismo no tiene nada que ofrecer a los pobres. No les interesa el *nirvana*, no les interesa la meditación, no les interesa su ser interior.

Esto puedes verlo aquí, en este lugar. Si llegara alguien de Marte y viera esta comuna, no podría concebir que existiera algo parecido en la India; porque ¿cuántos indios hay? La religión que yo os propongo es la más elevada. No es para una persona que esté buscando trabajo, no es para una persona que esté pasando hambre, ni para alguien que esté famélico. Para que me entendáis, hay que tener inteligencia. En cierto sentido, hay que estar desengañado con el mundo, tienes que haber experimentado de alguna manera que todo lo que te aporta el mundo no tiene ningún interés, no conduce a nada; es una absoluta pérdida de tiempo. Necesitas algo más, algo que el dinero no puede comprar, algo que la ciencia no puede darte, algo que no puedes encontrar en la calle, algo que tienes que buscar en tu interior.

¿Por qué las personas no están interesadas en sí mismas? Quizá en sus vidas pasadas llegaron a la casa de Dios en algún momento, y desde entonces han estado huyendo. Aunque pongan un bonito nombre a su huida —están buscando a Dios, están buscando la autorealización, están buscando la iluminación—, en realidad, están huyendo de todas estas cosas, están alejándose todo lo posible.

Pero no puedes salir corriendo porque, te guste o no, tu iluminación es tu propio ser. La existencia no te ha preguntado si quieres nacer o no, tampoco te ha preguntado si en tu fuero interno buscas la iluminación. La existencia no te trata como si estuvieses separado, por eso ni siquiera se plantea la cuestión de hacerte esta pregunta: formas parte inherente de este maravilloso universo. Y el universo va cambiando de formas, pero en el fondo sigue siendo el mismo: la misma luz, la misma alegría, la misma celebración.

Te da miedo porque entonces no habrá ningún movimiento. Pero yo llevo en este punto final desde hace treinta y cinco años, y no ha habido un solo momento en el que sintiera que no estaba en una situación correcta. La gente me dice: «Estás dos horas sin mover las piernas...». Yo también me hago la misma pregunta: «¿Por qué no muevo las piernas?». Finalmente he descubierto que no tengo ninguna necesidad de hacerlo. Si no estoy andando, ¿para qué quiero moverlas? Y no solo estoy sentado aquí, sino que me paso todo el día sentado en mi silla de esta manera. Y debéis de estar sorprendidos pensando qué estoy haciendo en mi habitación, simplemente sentado. ¡Y ni siquiera crece la hierba!

No pasa nada y soy completamente feliz, no tengo deseos en ningún momento, ni siquiera tengo el deseo de salir de mi habitación para ver las idioteces que ocurren por ahí. Precisamente, ayer por la noche cuando todos os iluminasteis, mi asistente me dijo: «Deberías haberlo visto».

Yo había oído el alboroto. Y le dije: «Con saber que mi gente se ha iluminado tengo suficiente; lo único que me preocupa es qué ocurrirá con su iluminación mañana por la mañana». Y me doy cuenta de que estabais gritando sin motivo alguno, porque ¡ni uno solo de vosotros se ha iluminado! Podéis volver a intentarlo hoy porque este es el sitio donde tenéis que iluminaros. Fijaos en Sardar Gurudayal Singh. Probablemente se iluminará antes que nadie. Es el que más grita, es el que más se ríe; ¿qué más puede hacerse?

El Papa polaco y una monja llegan a un pueblecito en medio del desierto del Sahara montados en un camello que parece muy lozano y vital. El Papa está completamente agotado y decide tomarse unos días de vacaciones. Se aloja durante una noche en un caravasar y a la mañana siguiente sale de su tienda en ropa interior y con una toalla al hombro.

«Disculpe —pregunta a uno de los beduinos—, ¿podría indicarme a qué distancia está el agua?»

«Ah —responde el árabe—, a unos cientos de kilómetros.»

«Mierda —dice el Papa polaco—, supongo que hoy tendré que quedarme en la playa.»

... a cientos de kilómetros, mejor quedarse en la playa.

Un judío se murió de repente con una enorme erección. El empleado de la funeraria hace todo lo posible para que mengüe. Le echa agua helada, lo envuelve con hielo, pero no funciona. Finalmente decide que solo les queda una opción: practicar un agujero en la tapa del féretro y cubrirlo con una sábana.

De camino al cementerio, pasan con el féretro delante de dos viejecitas que están sentadas en un banco. «Ahí va el pobre Samuel —dice la abuelita judía—. Espero que su familia le haya dado el entierro que se merece.»

Justo en ese momento una ráfaga de viento se lleva la sábana.

«¡Qué tacaños! —dice—. Mira, ¡solo una mísera flor!»

Y por último, antes de que empieces a iluminarte otra vez...

Había un sacerdote que solía tener muchos problemas para acostarse con una mujer porque su pene era enorme. En el prostíbulo del pueblo siempre le contestaban lo mismo: «Lo siento, padre, me encantaría hacerlo, pero ese monstruo es demasiado grande para mí».

Desesperado, al cura se le ocurre un astuto plan. Decide ir al prostíbulo del otro extremo del pueblo donde no le conoce nadie, escoge a una chica y se la lleva al dormitorio.

Cuando están ahí, el cura dice a la chica que es muy tímido y le pregunta si le importa que apague la luz para desnudarse a oscuras.

La chica no tiene inconveniente. Entonces, cuando se echa encima de ella, la chica le dice: «Padre, me alegro mucho de que haya venido para esto, porque cuando le vi entrar por la puerta estaba convencida de que solo venía a hablarme de... ¡Santo Dios!»

3

La vida sigue siendo un misterio

Llevo dos semanas aquí y cada día que transcurre me siento más estúpido e inútil. Dices que solo pueden estar contigo las personas inteligentes que entienden. Oyéndote hablar, disfrutando de cada una de tus palabras, me pregunto: ¿Realmente he entendido algo o es que simplemente me siento feliz estando aquí contigo? La última vez que estuve aquí me ocurrió lo mismo. ¿Hay alguna forma de dejar de sentirse tonto?

El que está loco no se da cuenta de que está loco. Lo mismo le ocurre al que es tonto: un tonto nunca se da cuenta de que es tonto. Darte cuenta de que estás loco es el primer paso hacia la curación. Darte cuenta de que eres tonto es el primer paso hacia la inteligencia.

No hay nada malo en ser tonto. Pero lo que sí supone un problema es la obstinación e insistir en que tu estupidez es sabiduría. Me alegro de que no sea ese tu problema. Eres tranquilo, sensible; entiendes. Esta es una de las mayores comprensiones: sentir tu propia estupidez. No es necesario que te vayas de aquí.

Os he hablado de Sócrates. Ya anciano, solía decir que cuando era joven lo sabía todo. A medida que se fue haciendo mayor, empezó a darse cuenta de que no lo sabía todo; había muchas más cosas que desconocía. Unos años más tarde comprendió que ni siquiera sabía lo poco que sabía. Solo era información; no se trataba de una experiencia personal.

Finalmente, su última declaración se produjo en una circunstancia concreta. El oráculo de Delfos declaró a Sócrates el hombre más sabio de la tierra. Naturalmente, todos los que le querían se alegraron mucho. Fueron corriendo a comunicar la nueva a Sócrates: «El oráculo de Delfos te ha declarado el hombre más sabio».

Y Sócrates dijo: «Yo pensaba que el oráculo no se equivocaba nunca, pero esta vez

se ha equivocado. Volved al oráculo y decidle que Sócrates lo niega. Yo no sé nada. ¿Cómo puedo ser el hombre más sabio?».

Se quedaron perplejos, pero, por curiosidad, fueron a ver cuál era la respuesta del oráculo. Y le dijeron: «Estamos muy disgustados porque hemos transmitido el gran mensaje del oráculo a Sócrates, y su respuesta ha sido muy extraña. Dice que él no sabe nada y que cómo puede ser él el hombre más sabio de la tierra.

El oráculo se rió y dijo: «Por eso. Porque ha llegado al extremo de darse cuenta de que no sabe nada, y eso le convierte en el hombre más sabio de la tierra».

¿Qué sabemos nosotros? La vida sigue siendo un misterio. No saber simplemente manifiesta el misterio de la vida. Nuestro conocimiento es superficial; no merece llamarse conocimiento. De modo que si cada día te sientes más estúpido, es una buena señal. Estás avanzando hacia el estado de Sócrates. Un día se producirá el milagro y serás capaz de decir que no sabes nada.

Intenta experimentar el sentimiento de frescor e inocencia que produce no saber nada. La mente se descarga. Te sientes ligero, tan ligero como si fueses a salir volando por el cielo. Y al mismo tiempo que experimentas este gran no saber, entras en el templo del misterioso universo.

Aquí no pretendemos adquirir más conocimientos. Intentamos que te vuelvas más inocente, que no sepas absolutamente nada. Cuando ese no saber te ocurre espontáneamente y te nace del corazón, empiezan a abrirse para ti todas las puertas de la existencia; no te vuelves más culto sino más misterioso.

Por eso digo que este camino es el camino del místico. El místico no es un hombre culto, sino un hombre inocente que puede bailar bajo la lluvia, amar un bello arco iris, estar en armonía con el universo, y cuya vida es una celebración permanente.

Y todo lo que te está ocurriendo es perfecto. Debes celebrar y estar agradecido a la existencia.

¿Puedes decirme algo acerca de la curiosidad? La experimento frecuentemente como algo que me hace sentir viva y estimulada, pero cuando intento meditar, se convierte en una molestia. Y ahora, sentada en presencia de ti, estando cada vez más en silencio, ya no quiero saber nada.

La curiosidad es pueril. Indudablemente, te mantiene inquieta, pero no ha logrado que alguien se vuelva sabio o esté más en contacto consigo mismo o con el universo. La curiosidad es como un picor de cabeza. Si te rascas, sientes alivio..., pero no te

rasques demasiado, hazlo en distintas partes. Ese picor no hará que tu inteligencia sea más pura, más despejada, o tenga un mayor alcance. Por eso, durante la meditación se convierte en una molestia. Se trata de un viejo hábito que hace que sientas curiosidad por todo lo que hay.

Pero durante la meditación debes permanecer centrada en ti mismo: sin curiosidad, sin pensar, sin preguntar. Me alegro de que hayas dicho: «Ahora, sentada en presencia de ti, estando cada vez más en silencio, ya no quiero saber nada». No querer saber nada es alcanzar el estado del sabio. El sabio no sabe nada, se vuelve como un niño, inmensamente callado, no tiene pensamientos. Y el sabio disfruta por primera vez de la existencia porque ya no tiene la vieja inquietud de saber.

Había un hombre muy culto, Mahatma Bhagwandin. Lo conocí cuando yo era muy joven y él muy anciano. Solíamos pasear juntos por el bosque, y él sabía muchas cosas. Sabía los nombres de todos los árboles, los nombres en latín, los nombres de todas flores y sus propiedades, sus usos medicinales, todos los milagros que podía hacerse con las raíces de los árboles, sus flores y sus hojas.

El primer día le escuché hablar durante tres horas sin parar, mientras estábamos en el bosque. Y el segundo día le dije: «Usted sabe tantas cosas que no creo que pueda morir».

«¿Qué te hace pensar eso?», me respondió.

«No me cabe duda que su gran sabiduría le ayudará. Yo no sé nada, pero disfruto con los árboles. No sé cómo se llaman y tampoco creo que tenga que saberlo para disfrutar de ellos, ni creo que tenga que conocer las propiedades medicinales de las flores para disfrutarlas.»

Él era todo un intelectual, pero cuando le dije aquello se quedó callado unos minutos mientras seguíamos paseando. Entonces respondió: «Puede que tengas razón. De hecho, nunca he disfrutado con nada. Todo ha sido un problema: qué características tiene, qué propiedades medicinales tiene, qué aplicaciones, en qué proporción... Quizá tengas razón y eso me haya impedido disfrutar de la existencia. Quiero analizarlo todo, tengo curiosidad por adquirir más conocimientos».

El día en que murió yo también estaba en la ciudad. Pasaba por ahí y alguien me dijo que estaba en su lecho de muerte. Él tenía casi ochenta años. Fui corriendo..., era casi un esqueleto; hacía cinco años que no le había visto. Las últimas palabras que me dijo fueron: «Tenías razón. He perdido el tiempo inútilmente con la curiosidad, me he consumido con los conocimientos. La inocencia es la manera de disfrutar».

Está muy bien que ya no te interese saber nada más. Debes estar alerta porque la

mente es muy astuta y entra por la puerta de atrás. Volverá a intentarlo varias veces, por eso debes estar alerta.

Los conocimientos no sirven para nada. La sabiduría florece cuando no hay conocimientos.

La meditación solo es una técnica para que te desprendas de todos tus conocimientos y puedas mirar con ojos inocentes. Entonces todo se vuelve felicidad —el canto de los pájaros, el inmenso silencio, el sol que pasa entre los bambús— y tienes ganas de ponerte a cantar, a tocar la guitarra, a bailar, o simplemente de sentarte en silencio y disfrutar del inmenso milagro de la existencia.

Vas en la dirección correcta. Sigue avanzando. No te olvides ni un solo instante de que la mente volverá a intentarlo... Llevas ejercitándola desde hace muchísimo tiempo, y tardará en comprender que ya no es bienvenida. Pero, hasta ese momento, tendrás que estar muy alerta.

Una nave vikinga llega hasta la orilla y sale de ella un vikingo peludo y ataviado con su ropa de batalla. Atraviesa la playa y varios montículos hasta llegar al pueblo más cercano. Al no ver a nadie, aporrea la puerta de una de las cabañas y le abre una jovencita.

El enorme vikingo la agarra por el brazo y le espeta: «¿Te han violado recientemente?».

«¡No!», grita la chica, aterrorizada.

«Muy bien —responde el vikingo—. ¿Han expoliado o quemado tu pueblo últimamente?»

La joven niega con la cabeza. El vikingo la suelta y corre a toda prisa de nuevo a la nave. La nave sigue navegando por la costa hasta otra cala desierta. Y vuelve a ocurrir lo mismo.

El vikingo entra en otra aldea y agarra a la primera jovencita que ve. «¿Te han violado últimamente? —le pregunta—. ¿Han expoliado o arrasado tu pueblo en las últimas tres semanas?»

La chica, aterrorizada, responde que no a las dos preguntas y sale corriendo.

El vikingo se quita el casco y se rasca la cabeza. «Vaya —refunfuña—, ¿me pregunto dónde estarán los chicos?»

No sé nada.

¿Puedes contarme un chiste?

Tu pregunta es muy bonita. Cuando te hallas en un estado de no saber... ¿qué queda? Solo reírse o estar sentado en silencio absoluto y escuchar los pájaros y sus sonidos... No saber es el estado definitivo.

Me has pedido un chiste...

El médico comunica a un hombre que se va a morir. Su mujer está sentada al lado de su lecho.

«Escúchame —le dice—. Pronto habré muerto y no quiero que estés sola. Quiero que vuelvas a casarte.»

«Cariño —solloza su mujer—, no me digas eso. Jamás encontraré a alguien como tú.»

Acariciándole la mano, el marido sigue diciendo: «Escucha, amor mío, dentro de unas semanas lo verás todo de otra forma. Te lo dejo todo: la casa, los coches, el dinero del banco. En tu próximo matrimonio no tendrás ninguna preocupación».

«No —responde ella—. No volveré a mirar a un hombre.»

«¿Te acuerdas de aquellos trajes tan caros que me mandé hacer? —le pregunta—. Quiero que los use tu futuro marido.»

«¡Cómo! —exclama ella—. ¿Tus trajes? Pero si Benjamín te saca por lo menos cinco centímetros.»

Me has pedido un chiste, y sería muy tacaño por mi parte contarte solo uno. Te contaré dos más.

Una familia judía está haciendo turismo por la India y de repente el marido se da cuenta de que se ha olvidado el reloj en el hotel. En ese momento está haciendo unas fotos a un elefante con su adiestrador, de modo que le pregunta la hora. El hombre alarga la mano con mucho cuidado, le agarra los testículos al elefante, los mueve ligeramente y le dice: «La una menos cinco».

«¡Dios mío! —dice el hombre—. Es increíble. Espere, voy a buscar a mi mujer porque quiero que lo vea.» A los cinco minutos vuelve con su mujer y le pregunta la hora. El hombre alarga el brazo, sujeta los testículos del elefante como si los estuviese calibrando, los mueve hacia un lado y dice: «La una y tres minutos».

«¡Fabuloso!», dice la mujer mirando su reloj. El marido saca un billete de cien dólares del bolsillo y se lo ofrece al adiestrador para que le desvele el secreto. El hombre se encoge de hombros, dobla el billete, se lo guarda y le dice que se arrodille junto a él. Aguantan la respiración mientras el hombre vuelve a sujetar los testículos del elefante con las manos. Apartándolos a un lado dice: «¿Ve ese reloj que está ahí?».

Durante cinco años consecutivos un rabino es el ganador del concurso internacional anual de chistes que se celebra en Nueva York. Pero, sorprendentemente, al año siguiente su chiste solo queda en segundo lugar. Los organizadores se ven obligados a llamarle para darle la mala noticia.

«¡Dios mío! —responde el rabino—. Me niego a aceptar la decisión hasta que no oiga el chiste ganador.»

«Bueno —dice el hombre—, el premio se lo ha llevado este año un chiste de Osho, y me temo que quizá sea demasiado fuerte para usted. Pero vamos a hacer una cosa: voy a leerle el chiste y cuando llegue a la parte fuerte la cambiaré por “la-di-da-di-da”.»

«De acuerdo —dijo el rabino—, adelante.»

El hombre se aclara la garganta y empieza a leer: «La-di-da. La-da-di-da. La-di-da. Joder».

No es necesario recordar la verdad

¿Qué es eso que llamas «existencia»? ¿Es parecido a lo que la gente llama Dios?

La existencia es lo que existe y Dios es lo que no existe. La existencia es una realidad y Dios es una ficción. La existencia solo está al alcance de los meditadores, de la gente silenciosa; Dios es un consuelo para mentes trastornadas, para patologías mentales.

La existencia no es una creación tuya, Dios sí lo es. Por eso solo hay una existencia y miles de dioses. Cada uno crea su dios o acepta una antigua creencia en Dios según sus propias necesidades, sufrimiento o expectativas.

Dios es un gran consuelo, pero no un remedio. La existencia no es un consuelo. Estar en armonía con la existencia implica estar sano y ser íntegro. Todas las religiones del mundo han estado impartíéndote enseñanzas de Dios; yo te transmito enseñanzas de la existencia. Te enseño a estar en armonía con lo que te rodea, lo que está dentro y lo que está fuera de ti. Cuando alcanzas esa armonía con el todo, la muerte deja de existir, el dolor y las tensiones desaparecen, ya no hay preocupaciones, te encuentras rodeado de una inmensa paz y de una felicidad que jamás habrías podido imaginar.

Dios es para aquellos que no pueden elevar su conciencia, para los retrasados en cuanto a la conciencia se refiere. Es como un juguete: los retrasados lo necesitan. Y cuando digo que es un juguete dejo a tu elección su forma; puede parecer un mono o un elefante; tú decides si quieres que tenga cuatro o mil manos. Es una creación tuya. Curiosamente, el hombre cree que Dios lo creó todo. Pero la verdad es que Dios también sido creado por la imaginación del hombre. Dios es la mayor mentira que se ha dicho jamás, porque hay miles de mentiras más que dependen de esa mentira. Las iglesias y las organizaciones religiosas van incrementado las mentiras para poder salvaguardar esta mentira.

Tienes que entender la mecánica de la mentira. Cuando mientes, lo primero que hay que tener es buena memoria: si cuentas dos mentiras diferentes a dos personas, después tendrás que acordarte de lo que has dicho a cada una de ellas.

No es necesario recordar la verdad. La verdad siempre está ahí, no cambia. No hay que almacenarla en la memoria. La memoria te crea ataduras, es una cárcel; se queda dando vueltas en torno tuyo y te va recubriendo de tal forma que, finalmente, desapareces por completo. La verdad implica eliminar ese manto de mentiras. Y entonces se produce una revelación y te das cuenta de que formas parte de la inmensa verdad que llamo existencia.

No necesitas iglesias, no necesitas templos ni mezquitas. Lo único que necesitas es un corazón que rece, que ame, un corazón agradecido; ese es tu verdadero templo. Eso es lo que transformará tu vida. Y no solo te ayudará a descubrirte a ti mismo, sino también a descubrir las profundidades de esta inmensa existencia.

Es como si todos fuésemos olas del mar: estamos en la superficie pero el mar tiene mucha profundidad. El océano Pacífico tiene nueve kilómetros de profundidad, y una pequeña ola de la superficie nunca sabrá que tiene tanta profundidad, aunque sea su propia profundidad porque no está separada del océano. Se quedará aferrada a su pequeña entidad, tendrá miedo a morir, tendrá miedo a perderse en esa inmensidad, en el océano infinito. Pero la verdad es que la muerte de la ola no es una muerte, solo es el principio de una vida eterna.

Dios es una invención. La gente lo necesitaba, necesitaba un defensor. En la inmensidad del universo el hombre se siente muy solo, muy pequeño. Esa vastedad hace que el ser humano se estremezca de temor.

¿Qué es tu existencia?

Esto me recuerda una historia de Bertrand Russell. El arzobispo de Inglaterra sueña que ha llegado a las resplandecientes puertas del paraíso. Por un lado le agrada enormemente, pero por otro le causa mucha preocupación, porque esas puertas resplandecientes son tan grandes en las dos direcciones que no puede verlas en su totalidad. Son tan altas que se salen de su campo de visión. Y se siente como una hormiguita al lado de esa enorme puerta. Está un poco asustado. No es una persona cualquiera: se trata del arzobispo de Inglaterra. Se siente humillado al otro lado de la puerta y surge en él un temor: «Si esto es lo que siento ante la puerta, ¿qué sentiré cuando esté dentro?».

Con manos temblorosas llama a la puerta, pero en la inmensidad de ese espacio solo él oye los golpes. Pasan varios días, y sigue llamando cada vez más fuerte.

Finalmente, se abre un ventanuco en la puerta y se asoma san Pedro, que mira a diestro y siniestro intentando averiguar quién está haciendo ese ruido. Sus ojos son como estrellas y el arzobispo se siente cada vez más insignificante, casi inexistente.

San Pedro pregunta: «Quienquiera que esté ahí que se aproxime, por favor».

El arzobispo se pronuncia y dice a san Pedro: «Es posible que no me conozca, pero puede corroborarlo con Jesucristo: soy el arzobispo de Inglaterra».

San Pedro responde: «Nunca he oído hablar de Inglaterra».

«Quizá no haya oído hablar de Inglaterra, pero seguramente habrá oído hablar de nuestro bello planeta, la tierra», dice el arzobispo.

«No quiero herir sus sentimientos —responde san Pedro—, pero sin el número de referencia de su tierra, no puedo hacerme una idea de a qué se refiere usted. Tendré que ir a la biblioteca —siempre que disponga de la referencia— y comprobar a qué sistema solar pertenece, porque hay millones de sistemas solares y cada uno está compuesto de muchos planetas.»

Pero al arzobispo nunca se le había ocurrido pensar que la tierra tuviese un número de referencia, y le dice: «No tengo el número de referencia, pero soy el arzobispo. Puede informar a Jesucristo de que estoy aquí».

Pedro contesta: «Usted está planteándome una adivinanza tras otra. ¿Quién es ese Jesucristo?».

Perplejo, el arzobispo le pregunta: «¿No sabe quién es Jesucristo, el hijo único de Dios?».

«En lo que a mí se refiere —dice san Pedro—, yo nunca he visto a Dios; no sé si existe o no. Yo solo soy el portero. Puede que en las esquinas más remotas del paraíso haya alguien que se crea Dios, pero yo nunca me he encontrado con él.» El arzobispo está tan trastornado que se despierta sudando.

Es una historia muy significativa porque muestra lo pequeños que somos frente a la inmensidad del universo. Naturalmente, el hombre primitivo no era capaz de asumir la idea de la inmensidad del universo sin la existencia de un ser superior, y estar de alguna forma relacionado con él. Dios fue un intento del hombre primitivo de proporcionar ese ser superior a la existencia. Entonces se convirtió en «Dios padre». Con ese Dios sí puedes relacionarte. Puedes estar en contra, pero por lo menos hay alguien con quien puedes estar a favor o en contra; alguien superior a ti, alguien que te proteja, alguien que sea responsable de ti. La necesidad de Dios manifiesta la limitación de la conciencia humana.

Las personas que han alcanzado la cima de su conciencia interna, como Gautama

Buda, niegan la existencia de Dios. Cualquier persona sana en su fuero interno, que haya trascendido la mente —que esencialmente está enferma—, niega a Dios. Dios es una ficción válida para los niños de parvulario. Lo necesitan, necesitan esas parábolas, esas fábulas, esos cuentos. Pero hay muy pocos seres humanos que hayan superado la etapa del parvulario.

Dios existe porque no eres consciente de ti mismo. Dios existe porque no has tenido ningún contacto con tu propio centro. En cuanto te conozcas a ti mismo, ya no habrá Dios, ni tendrás ninguna necesidad de que exista.

En realidad, yo defiendo a Friedrich Nietzsche cuando declara: «Dios ha muerto». Y la segunda parte de su frase es aún más significativa: «Dios ha muerto y ahora el hombre es libre». Aunque esta segunda parte nunca ha recibido demasiada atención por parte de los filósofos, místicos o psicólogos, es la más importante. La primera parte no dice demasiado; de hecho, es incorrecta. Dios no puede morir..., una ficción nunca muere. En cuanto te das cuenta de que es una ficción, su muerte no tiene sentido. Ni nace ni muere. Para empezar, ¿cómo puede morir Dios si no ha nacido nunca? La muerte es el extremo opuesto al nacimiento.

De modo que la primera parte no tiene mucha importancia, pero ha recibido tanta atención que los teólogos se han asustado: «Esto es un sacrilegio, decir a la gente que Dios ha muerto. Eso significa que la religión ya no es necesaria». Sentían que era una amenaza para su negocio. Y se olvidaron de la segunda parte, que es mucho más importante y que tiene unas implicaciones enormes. Significa que Dios era una atadura, que Dios era un atraso, que Dios surgió a consecuencia del miedo, que Dios no era un tesoro, sino una tremenda carga, del tamaño de una montaña, para tu corazón y tu desarrollo.

Si se prescinde de Dios, las posibilidades de que el hombre crezca y florezca se multiplican. Dios es un déspota, un fascista. Sin Dios, el mundo es libertad.

La existencia hace entrega a cada individuo de una inmensa dignidad. Desde la brizna de hierba más pequeña hasta la estrella más grande del universo, a todo le otorga importancia y amor. No establece diferencias: todo es igual y todo tiene las mismas oportunidades. Y no hay que rezar ni perder el tiempo, ni hay que leer las sagradas escrituras, que son los textos menos sagrados que se han escrito. Los sacerdotes ya no se aprovecharán de ti. De repente y de forma evidente, te has liberado de todas esas cadenas. Ahora puedes ser tú mismo.

Mientras exista Dios, no podrás ser tú mismo. Solo serás una marioneta en las manos de Dios. Hay un antiguo refrán en la India que dice que nada se mueve, ni

siquiera una pequeña hoja de un árbol, sin el mandato de Dios. Seas lo que seas, según todas las religiones estás hecho de barro. La palabra *humano* proviene de *humus*, que significa barro. Y en hebreo, árabe, urdu o hindi se usa la palabra *admi*, que es la palabra que se ha usado para dar nombre al primer hombre: Adán. *Admi* significa tierra. Dios hizo al hombre de tierra y luego le insufló la vida, como si fuese una marioneta.

Entonces ¿qué clase de libertad tienes? Alguien te ha insuflado la vida y puede dejar de hacerlo en cualquier momento. Las religiones creen que, independientemente de todo lo que hagas, llevas tu destino escrito en la frente. Y siempre ha habido estafadores intentando leer lo que llevas escrito en la frente: astrólogos, quirománticos, y todo tipo de listillos que se han aprovechado de la simpleza y de la inocencia del ser humano. Hay gente que lee la mano; mira las líneas y te dice qué significan. Su único mensaje es que no estás viviendo tu propia vida, sino que solo eres un personaje de una obra de teatro, y que el papel que te ha tocado representar estaba escrito de antemano.

Este es el argumento que dio Krishna, la encarnación india de Dios, a su discípulo Arjuna en la gran batalla india Mahabharata. Al darse cuenta de que estaba a punto de producirse una enorme masacre, Arjuna perdió los nervios. Era un hombre inmensamente valiente e inteligente, y dijo: «No le veo el sentido a esta guerra, ni siquiera aunque gane... y estoy seguro de que voy a ganar». No había ningún otro guerrero de su talla. «Pero —añadió— no me cautiva estar sentado en el trono de oro de la victoria rodeado de los cadáveres de todos mis amigos y enemigos, todos ellos personas maravillosas. Esta escena me hace sentir como si hubiese perdido la cabeza. Prefiero dejárselo todo a la parte contraria, que no es nadie, otro primo hermano, antes que luchar. Que gobierne todo el país y yo me retiraré a las montañas, me iré a meditar al Himalaya, me haré sannyasin. He perdido todo interés por la lucha».

Krishna intentó persuadirle de todas las formas posibles, pero Arjuna era un gran intelectual y siguió discutiendo con él. Finalmente, cuando no le quedaba otra salida, Krishna usó la última baza que tenía y le dijo: «Está escrito en tu destino. Si te vas, estarás alejándote de Dios. Dios ha impulsado esta guerra para destruir a los que no son virtuosos y para que sobrevivan los que sí lo son». Entonces a Arjuna ya no le quedó ningún argumento en contra porque creía en Dios y en el destino.

Arjuna se batió en esa guerra. Y Krishna fue el responsable, hace cinco mil años, de la destrucción de la India por haber dado un falso argumento a Arjuna, una mentira absoluta. En esa guerra murieron muchísimas personas. Y no solo acabó con la vida

de seres humanos, sino que destruyó la valentía de un país que empezó a temer la más mínima catástrofe.

Dos mil años de esclavitud... Quiero dejaros absolutamente claro que los responsables de estos dos mil años de esclavitud fueron las personalidades más importantes de la India. Esta lista la encabeza Krishna; Arjuna solo es su sombra. Luego llegó Mahavira, que enseñó a la gente a no ser violenta, hasta el extremo de que sus seguidores ni siquiera podían cultivar porque las plantas están vivas; si cultivas, tendrás que matar la planta para cosecharla. Gautama Buda es el tercero porque enseñó a la gente a aceptar y a conformarse con aquello que se tiene y con lo que le ocurra: la pobreza, el hambre, la inanición, la esclavitud.

Sus enseñanzas fueron muy loables. Quiero que tengáis esto en cuenta, para que no me malinterpretéis. Sus enseñanzas fueron muy loables, pero nunca se pararon a pensar en las consecuencias de estas enseñanzas. Nunca pensaron que si educas a un país en la no-violencia y le pides que abandone las armas cuando el resto del mundo no lo hace, estás poniéndolo en situación de inferioridad y podrá sufrir la explotación de los demás.

Y durante dos mil años la India ha sufrido una invasión tras otra, que la ha expoliado y luego ha desaparecido. Finalmente, llegaron los musulmanes y pensaron: «¿Por qué marcharnos? No solo podemos explotar a la gente, sino que además podemos quedarnos aquí y gobernarla». Entonces llegaron los británicos, los franceses y los portugueses, y todos quisieron expoliar el país. Todos se llevaron una parte del pastel. Pero los británicos demostraron ser mucho más listos. Aunque los portugueses tenían sus islitas —Diu, Daman y Goa—, y los franceses se quedaron con una pequeña porción del país —Pondicherry—, Gran Bretaña se quedó con todo el resto.

La gente siguió pasando hambre y calamidades, y muchos murieron de inanición, pero a nadie se le ha ocurrido pensar que esos grandes principios, en cierto sentido, fueron los culpables de la desafortunada situación que la India ha tenido que soportar desde hace miles de años. Todavía hoy, a nadie le interesa ver el alcance de todo esto. Detrás de todo gran principio hay una nube negra. Y si no entiendes también esa nube negra, pronto serás absorbido por ella. Pero si la entiendes, puedes evitarlo.

Al parecer, Dios es el principio más importante que se ha predicado al hombre desde la antigüedad, pero nadie se ha fijado en sus repercusiones. Si Dios creó al hombre, entonces este no tiene personalidad propia, no tiene dignidad ni libertad. Nunca se ha visto a una marioneta que diga: «Quiero ser libre». Y si Dios ha creado

el universo, entonces todo lo que ha ocurrido en el universo debía ocurrir. Es la voluntad de Dios. No podemos intentar cambiar las cosas.

Y finalmente llegas a la conclusión de que si Dios ha creado el mundo y está detrás de las armas nucleares y de las personas que las han creado, el hombre no puede impedir de ninguna manera la destrucción del planeta. Poner la creación del mundo en manos de un Dios ficticio es un acto muy arriesgado. Te deja completamente impotente. No puedes hacer nada.

Por eso, mi simple interpretación de conciencia es que si Dios no ha muerto con la declaración de Friedrich Nietzsche, ¡habrá que matarlo! Si te lo encuentras en alguna parte, ni siquiera hace falta que le digas hola. Primero mátalos y luego puedes decirle hola por educación. Pero no necesitamos a Dios para nada. Mientras Dios siga allí en el cielo, el hombre seguirá siendo un esclavo, permanecerá inconsciente de su situación, por lo que nunca intentará alcanzar la cima de su potencial. Si prescindes de Dios, puedes sentir un poco de miedo —por la vieja costumbre—, pero ese miedo acabará por desaparecer.

Cuando te das cuenta de que puedes valerte por ti mismo y hacer algo para que tu conciencia aumente, para que tu corazón sea más amoroso; cuando te das cuenta de que las oraciones son inútiles y de que nadie va a responderlas... Bueno, alguna vez recibieron respuesta, al menos en una ocasión...

Había un hombre pobre que pidió a Dios durante muchos meses: «Dame cincuenta euros; no te pido mucho, solo cincuenta euros».

Al principio rezaba, pero luego se dio cuenta de que había millones de personas que rezaban y un solo Dios para responder a tantas oraciones. «¿Quién sabe si le llegará mi oración...? Debe de tener un lío tremendo... oraciones de todas las iglesias, mezquitas, sinagogas, templos. ¿Cómo se va a fijar en la mía? Será mejor que le escriba una carta.»

Y escribió una carta que decía: «Esto es para recordarte que llevo meses rezando, pero no he recibido ninguna respuesta. Creo que no te ha llegado mi oración. Lo entiendo, porque con tanta actividad y tantas oraciones... Y hay personas muy importantes que rezan: el Papa, el arzobispo, el *Sankaracharya*. ¿Quién se va a fijar en mi pequeña oración? Pero no pido mucho. No te pido el paraíso ni el cielo, nada de eso, solo te pido cincuenta euros. Por eso finalmente me he decidido a escribirte esta carta». Y escribió en mayúsculas «¡CINCUENTA EUROS! Recuerda, es urgente».

Pero después estaba muy preocupado porque no tenía la dirección, no sabía adónde enviar la carta. «Lo mejor será dirigirla a: Dios, A/A Director de correos. ¿Quién mejor que el director de correos para saber la dirección?» Esta carta llegó al director de correos. Este la miró, se rió, y luego le dio pena y pensó: «Este hombre debe de necesitar ese dinero desesperadamente, si no, no escribiría una carta a Dios; nadie lo hace. Y tampoco pide mucho».

Así que dijo a todos sus amigos: «Fijaos en la carta de este pobre hombre. Si todos contribuimos con algo, podremos mandarles esos cincuenta euros. Y por una vez en la vida, su oración habrá recibido

respuesta». Solo consiguieron reunir cuarenta y cinco euros, pero el director de correos dijo: «No importa, se los mandaremos».

Cuando el hombre recibió los cuarenta y cinco euros, miró al cielo y gritó: «Dios, acuérdate de esto. La próxima vez que me mandes dinero, ¡no lo hagas a través del servicio postal! Esos ladrones me han cobrado una comisión. ¡Solo me han dado cuarenta y cinco euros!».

Nunca he conocido a nadie que haya recibido una respuesta salvo en este caso, y tampoco se cumplió del todo. No hay nadie que pueda responderte. La forma de dirigirse a la existencia tiene que ser completamente distinta.

A Dios hay que venerarlo. A la existencia hay que amarla. A Dios hay que rezarle. A la existencia se acerca uno a través de la meditación.

En el mundo hay dos tipos de religiones: las religiones de la oración que creen en Dios, y las religiones de la meditación que no creen en ningún dios. Como la meditación te lleva hacia dentro y te produce satisfacción, no tienes que rezar. No necesitas un consuelo. Te encuentras en un estado tan feliz y dichoso que puedes bendecir al mundo entero.

Yo te enseño a existir, y la entrada a la existencia es a través de tu propio ser. De modo que la meditación no es una oración, recuérdalo, va en contra de la oración. La oración forma parte de toda esa falsa jerga sobre Dios, el cielo, el infierno. La meditación es simplemente la única forma verdadera de acercarte a la existencia. Y este acercamiento se vuelve inmediatamente una fusión y una unión. Te conviertes en la existencia misma. Entonces estarás en las nubes, en las estrellas, en las flores y en la lluvia. Estarás en todas partes. Habrás dejado de ser una gota y te habrás convertido en el océano.

No te olvides de esta clara distinción entre existencia y Dios. Dios es condenar nuestra inteligencia, es aceptar una humillación, aceptar que solo somos marionetas y que él tiene el poder y que nos maneja como se le antoja. Lo único que nosotros podemos hacer es rezar. Esto te convierte en un inválido. La idea misma de Dios es nauseabunda. Pero la existencia tiene frescura, belleza y verdad.

No confundas estas dos palabras. Una es la realidad y la otra es pura ficción.

SEGUNDA PARTE

La mente está dividida, la meditación no lo está

La meditación posee una claridad inquebrantable, decisiva.

No tiene alternativas, simplemente hace
lo que todo el ser dice que hay que hacer;
no está dividida. Pero la mente sí está dividida.

5

No hay que vencer el miedo, hay que entenderlo

Siempre he creído que había que vencer el miedo para que la muerte dejara de asustarnos. El otro día, sentado en un lugar de las colinas donde solían asesinar a gente, me di cuenta de que la muerte es dulce.

Ahora creo que probablemente sea así: la muerte nos ayuda a entender el miedo; experimentar antes la muerte nos sirve para darnos cuenta de qué es el miedo. ¿Es así? ¿Podrías hablar de esto?

Tu pregunta se basa en un absoluto malentendido y confusión. Primero tienes que entender cuál es tu confusión. «Siempre he creído que había que vencer el miedo», dices. Aquí está el primer malentendido.

No se puede vencer el miedo. Hay que entenderlo. En cuanto empiezas a pensar en vencerlo, ya has aceptado su existencia y el poder que ejerce sobre ti. Y el miedo es como una sombra; puedes luchar contra ella, pero no vencerla. En el camino uno tiene que saber cuándo está luchando contra algo que no es más que una proyección nuestra y que no existe; de otro modo el viaje será cada vez más largo.

Y en segundo lugar, hablar de vencer no es propio del meditador, sino del soldado. No tenemos que vencer nada. Pero ciertamente tenemos que entender todo lo que nos concierne: nuestra mente y su funcionamiento.

Por ejemplo, el miedo no ha existido nunca. Eso no significa que la gente no tenga miedo; ese es otro tema. La gente tiene miedo porque no entiende ciertas cosas, y el miedo nace de su ignorancia. Has visto la muerte... o eso crees, porque la muerte solo puede verse en un estado de meditación profunda donde se desvanece, como se desvanece la oscuridad al encender la luz. Sin embargo, todo el mundo cree que ha presenciado la muerte porque ha visto morir a alguien.

Ver morir a alguien no es ver la muerte, porque no puedes percibir qué está ocurriendo dentro del fallecido. Solo está cambiando de casa; está yendo de un

cuerpo a otro. Pero cuando la conciencia —que es su vida— sale del cuerpo, este muere. El cuerpo siempre ha estado formado por cosas inertes, materiales. Es la conciencia que hay en su interior y que irradia desde todo lo que constituye el cuerpo, lo que hace que parezca vivo.

Sabes perfectamente que cuando estás deprimido te sientes menos vivo, y que cuando estás feliz, dichoso y riéndote pareces más vivo. La vida procede de las fuentes internas de tu ser y la vida es eterna, por eso la muerte no existe. La muerte solo es un cambio que no puedes ver con tus propios ojos.

Se han llevado a cabo muchos experimentos para averiguar si la conciencia tiene una entidad propia en el cuerpo. Han pesado a una persona moribunda, y evidentemente si hubiera algo que se va, perdería peso. Pero no ocurre esto. Y como no pierde peso, las personas que se dedican a experimentar con estas tonterías han llegado a la conclusión de que la conciencia no existe.

La conciencia no tiene peso.

De modo que lo primero que debes entender es que no hay que vencer el miedo, o seguirás sintiendo temor hacia ese miedo vencido, porque este seguirá ahí. Puedes dominarlo, pero las cosas cambian. En un momento de debilidad, ese miedo inexistente puede vencerte de nuevo y volver a dominarte. No tienes siempre la misma vitalidad, la misma vivacidad; hay subidas y bajadas. Y el miedo regresará cuando sientas que careces de bienestar. ¡Y lo extraordinario es que el miedo no existe más allá de tu imaginación!

No has visto la muerte. Para verla, solo hay dos posibilidades: una es la meditación profunda y la segunda es morirte. Pero la segunda no está muy clara porque la muerte es un fenómeno altamente quirúrgico —toda la conciencia tiene que salir del cuerpo— y la naturaleza lleva a cabo este proceso de forma que la gente pierde la conciencia antes de morir.

La medicina ha descubierto muy tarde que para realizar una operación la persona tiene que estar inconsciente. Puede ser de forma local o general, pero siempre tiene que haber algo de anestesia, de inconsciencia; de lo contrario no soportaría el dolor, y eso que estamos hablando de pequeñas operaciones. En cambio, la muerte es la operación máxima porque toda la conciencia es extraída del cuerpo. Naturalmente, antes de que sobrevenga te quedas inconsciente. Por eso, aunque te mueras —y has muerto muchas veces—, nunca lo recuerdas porque estabas inconsciente. ¿Cómo puedes recordarlo? La memoria no lo ha registrado.

Por lo tanto, la única forma cien por cien garantizada es la meditación. La

meditación crea una situación en la que sabes que te separas de tu cuerpo. Actúan juntos con profunda armonía, con gran sincronización, pero no son uno. Cuando entiendes que no son uno, te das cuenta de que la conciencia es tu vida.

Y cuando la vida abandona el cuerpo, la gente piensa que el cuerpo ha muerto. Siempre es el otro el que muere. ¿Te has percatado? Tú nunca mueres. Te sientes fenomenal porque los demás mueren mientras que tú llevas viviendo ochenta años y todavía no te has muerto. En realidad, cuanto más vives, menos posibilidades tienes de morir. Las estadísticas dicen que la mayoría de las personas mueren alrededor de los setenta y cinco años. Después, la tasa de muertes desciende muchísimo. Hacia los ochenta años, muere menos gente. Hacia los noventa, mueren aún menos. Alrededor de los cien años, muere muy poca gente. Alrededor de los ciento cincuenta, es raro encontrar a alguien. Y alrededor de los doscientos años no ha habido ningún caso. De modo que si consigues alargar la vida hasta los doscientos años, no te morirás. ¡Disfrutarás viendo cómo todos, menos tú, mueren!

Pero ver morir a alguien no es una experiencia de muerte. Tendrás que ir hacia dentro, profundizar hasta que solo seas conciencia pura. El cuerpo te rodea, pero no es inseparable. Puedes ver que hay una fisura. En ese momento, te das cuenta de que la muerte es una ficción, la mayor de las ficciones. Sin embargo, la muerte sigue rondando a la gente porque nadie medita, y al morir, el miedo a la muerte les hace caer en la inconsciencia para no experimentar lo que está ocurriendo.

No puedes experimentarlo desde afuera; y en tu interior solo puedes experimentarlo si estás alerta. Pero ese tipo de consciencia es muy poco habitual. Las personas que han logrado crear esa cristalización de la conciencia a través de la meditación coinciden en que la muerte no existe. Por eso no tienen miedo.

Entonces sigues diciendo: «Si vencemos el miedo, la muerte deja de asustarnos». En toda la historia del hombre no ha habido nadie que haya vencido el miedo. Hasta los grandes guerreros tiemblan por dentro. Y estás haciéndolo completamente al revés. Primero vences el miedo..., es un experimento quijotesco. ¿Cómo quieres vencerlo? ¿Con aikido, jujitsu, tiro al arco? No podrás vencer el miedo aunque tengas a tu alcance todas las armas nucleares.

El miedo es una consecuencia de tu inconsciencia, de modo que la única forma de deshacerte de él es conocer la inexistencia de su realidad, volverte consciente. No se trata de vencerlo; el miedo no tiene nada que ver con eso. Cuando descubres qué es la muerte, el miedo desaparece.

«El otro día, sentado en un lugar de las colinas donde solían asesinar a gente, me di

cuenta de que la muerte es dulce», dices. ¡Fantástico! Sientes que la muerte es dulce cuando asesinan a otro. Si la muerte es tan dulce, ¿por qué estás vivo? Únete a esos muertos de las colinas, deja que te maten. En la India hay muchas maneras de morir muy sencillas: simplemente puedes ir a la carretera principal y dejar que te atropellen; no tienes que hacer nada especial.

En el mundo hay leyes muy raras. Si te sorprenden intentando suicidarte, para castigarte te condenan a la horca. ¡Qué mundo tan absurdo hemos creado! El pobre tipo estaba intentando hacerlo él solo y eso se considera un crimen, y ahora el gobierno o el departamento de justicia le infligen un castigo que es su mismo crimen. Él puede haber fallado, pero ahora no habrá posibilidades de error.

La muerte puede ser dulce si pasas conscientemente de un cuerpo, una existencia, una forma, a otra más elevada. Entonces sí es dulce, muy dulce. Pero no para los demás, sino para ti. Y vas elaborando toda esa pregunta intelectualmente, basándote en falacias absolutas. «Ahora pienso...» Pensar, en este caso, no tiene ningún sentido. Tienes que saber, no pensar; tienes que experimentar, no pensar.

El pensamiento es un sustituto de la experiencia bastante limitado..., y además es peligroso, porque te impide experimentar. ¿Acaso dices a tu novia «Creo que te quiero»? Puedes quererla o no quererla, pero ¿de dónde sale ese «creo que»? Y si esa chica pertenece a la comuna, te dará un buen cachete para que te despiertes y dejes de pensar. El amor no es un pensamiento.

Pero dices: «Ahora pienso que puede ser así...». Eso son solo imaginaciones, suposiciones de que la muerte nos ayuda a entender el miedo. La muerte nos ayuda a entender el miedo, pero no la muerte de otra persona, sino la tuya propia, y siempre con la condición de que estés consciente.

«... experimentar antes la muerte nos sirve para darnos cuenta de qué es el miedo.» Ver la muerte de otras personas debería producirte un sentimiento de tristeza, no de dulzura. Y tampoco te ayudará a entender qué es el miedo. Solo tu muerte... y siempre con una condición absoluta. Salir del cuerpo con consciencia absoluta no solo te permitirá entender el miedo, sino que te permitirá olvidarlo del todo. El miedo no existe.

Pero la gente piensa en cosas que solo pueden experimentarse. Es un gran problema porque el pensamiento te ofrece sucedáneos y si te conformas con ellos, si te conformas con las suposiciones, nunca descubrirás lo verdadero. Y por eso pongo énfasis en esto: primero deshazte de todo tu pensamiento. Permanece en una claridad

silenciosa, transparente, para que puedas ver las cosas tal como son, sin pensar en ellas ni hacer conjeturas.

Entonces, no solo desaparecerá el miedo, sino que surgirán en tu experiencia muchas otras cosas. La misma energía que se empleaba en el miedo, cuando se libera puede convertirse en flores de amor dentro de tu ser. Y del mismo modo, la energía que se emplea en el enfado puede convertirse en una fragancia de inmensa alegría en los silencios de tu corazón.

En tu interior no hay varias energías distintas, solo hay una. Pero esa energía se emplea en el miedo, la ambición, la envidia. Cuando tomas conciencia y estás centrado en ti mismo, esa energía se convierte en dicha, éxtasis, agradecimiento, amor. Y ocurre algo singular de lo que nunca ha hablado ninguna religión: cada fibra de tu cuerpo se pone a rezar, sin palabras, sin dirigirse a un falso dios. Todos los dioses son falsos. Y de este agradecimiento surge una oración a la maravillosa existencia. Aparte de esta existencia, no hay ningún lugar sagrado. Es el único templo sagrado, el único templo bendito. No hay ningún otro. Los demás templos son falsos, sustitutos para confundirte y engañarte.

Aclara tus malentendidos y suposiciones. La realidad no puede descubrirse pensando y suponiendo. Llegarás a conclusiones estúpidas. Y lo peor es que luego puedes aferrarte a ellas.

Una pareja de polacos celebra su boda en Chicago.

«Seamos buenos americanos —dice el marido—, y tengamos un hijo negro.»

«De acuerdo», dice la esposa.

A los nueve meses la mujer da a luz a un precioso niño blanco. Al año siguiente, tiene otro hijo blanco, y un año más tarde da a luz a otro niño blanquito.

«Me parece que estamos haciendo algo mal —dice el marido—. Le preguntaré a mi compañero de trabajo.»

Y pregunta al enorme capataz negro por qué no tienen un hijo negro.

«Oye, colega —le dice—, ¿tu pene mide treinta y cinco centímetros de largo?»

«No», le contesta.

«¿Y doce centímetros de ancho?», pregunta.

«Tampoco», responde.

«Pues ya tienes la respuesta —le dice—. Eso es que entra demasiada luz.»

6

Una brisa fresca de amor

Mi novia me ha dicho que soy bastante aburrido, nada divertido, muy dependiente y una víctima. Esto me ha hecho sentirme culpable y deprimido, y totalmente insignificante. He empezado a negar la existencia, la vida, el amor y a ti. Mientras tanto he ido observando esta energía destructiva y siento que, en cierto modo, ¡me gusta! ¿Hay alguna forma de usar esta energía de forma creativa?

Tu pregunta es un ejemplo de las estúpidas conclusiones a las que puede llegar la mente. Quizá no lo hayas analizado ni te hayas dado cuenta de las contradicciones que entraña. Me gustaría profundizar en el razonamiento que hay detrás de este tipo de preguntas. No es una pregunta que solo tú te haces, también muchas otras personas se la plantean. Pero tú has sido valiente al exponerla.

Tu exposición comienza así: «Mi novia me ha dicho que soy bastante aburrido». Tu novia tiene mucha compasión porque en última instancia todos los hombres se vuelven muy aburridos, y no solo un poco. ¿Te das cuenta de que lo que llamas amor solo es una repetición, una estúpida gimnasia que repites una y otra vez? Y en todo ese estúpido juego, el hombre es el perdedor. Está desperdiciando su energía, sudando, resoplando, jadeando, y la chica está con los ojos cerrados pensando: «Solo es cuestión de dos o tres minutos y esta pesadilla se habrá acabado».

La gente tiene tan poca imaginación que dan por sentado el hecho de que repitiendo las mismas acciones se harán más interesantes. Por eso digo que tu novia tiene compasión: solo te ha dicho que eres un poco aburrido. Yo digo que eres aburridísimo.

Cuando los misioneros cristianos llegaron a este país, la gente de aquí se dio cuenta de que esos extranjeros solo conocían una postura para hacer el amor: la mujer debajo y esas horribles bestias encima de la delicada mujer. En la India la llaman la postura del misionero. La India es una tierra antigua, donde han nacido muchas ciencias, en

especial la de la sexología. Hay un libro extraordinariamente importante escrito por Vatsyayana, y que existe desde hace cinco mil años. Ese libro se llama *Kamasutras*, es decir, consejos para hacer el amor. Y proviene de un hombre muy meditativo: inventó ochenta y cuatro posturas para hacer el amor. Naturalmente para hacer el amor hay que cambiar de postura, si no, es muy aburrido.

Vatsyayana se da cuenta de que la misma postura amorosa causa aburrimiento, una sensación de absoluta estupidez, porque siempre repites lo mismo. Inventó ochenta y cuatro posturas para que la vida amorosa de las parejas fuese más interesante. En el mundo entero, no ha habido nadie que haya escrito un libro del calibre de *Kamasutras*. Pero solo puede provenir de un hombre de una gran claridad, muy meditativo.

¿Cómo son tus relaciones sexuales? Si las analizas, tú mismo te darás cuenta de lo aburridas que son, especialmente para la mujer. Para ella, es mucho más aburrido porque el hombre acaba en dos o tres minutos mientras que la mujer ni siquiera ha empezado. Y en todo el mundo se ha impuesto a la mujer la idea de que ella no tiene que disfrutar, moverse o ser más lúdica, porque es obsceno, apropiado para las prostitutas pero no para las damas. Las damas deben tumbarse como si estuviesen muertas y dejar que ese viejo haga con ella lo que le apetezca. Esto no es nada nuevo, puesto que no hay nada nuevo que ver.

No debes tomártelo como una desconsideración contigo. Tu novia está siendo muy sincera y honesta. ¿Alguna vez le has dado una alegría orgásmica? ¿O la usas simplemente para vaciar tu energía sexual? ¿La reduces a un objeto? Su condicionamiento hace que ella lo acepte, pero no puede haber alegría en esa aceptación.

Haces el amor en la misma cama donde peleas todos los días. De hecho, la pelea es el preámbulo: os tiráis las almohadas, os gritáis, discutís por cualquier cosa y luego, cuando os cansáis, tenéis que arreglarlo. Tu amor es una transacción. Si tuvieses sensibilidad estética, tu tálamo nupcial sería un lugar sagrado, porque ahí es donde nace la vida. Deberías poner flores bonitas, incienso, aromas; y entrar en él con un profundo respeto.

El amor no debería ser algo tan repentino como atrapar a la mujer. Esa actitud tan fulminante no es amor. El amor debería tener un preámbulo con música bonita, bailando juntos, meditando juntos. No deberías ser tan mental y estar constantemente pensando en cómo hacer el amor para luego quedarte dormido. Deberías poner todo tu ser en el amor. No debería ser una proyección mental, sino que debería surgir

espontáneamente. Música agradable, perfumes, bailar abrazados, y convertirlos de nuevo en niños jugando con las flores... Si el amor surge en esa atmósfera sagrada de forma espontánea, tendrá otra calidad.

Debes entender que la mujer puede tener múltiples orgasmos porque no pierde energía. El hombre tan solo puede tener uno y pierde energía; parece que se queda deprimido. Esa resaca puede durar hasta el día siguiente, y cuando envejece cada vez es más difícil reponerse.

Esta diferencia debería estar muy clara. La mujer se encuentra en el extremo receptivo... y es así porque ella será la madre y necesita toda esa energía. Pero su orgasmo surge de una forma completamente distinta. La sexualidad del hombre es local, como la anestesia local. La sexualidad de la mujer se extiende por todo su cuerpo, y a menos que este empiece a temblar de alegría y todas las células participen, no tendrá una explosión orgásmica.

Pero no es solo el caso de tu novia, sino el de aproximadamente un noventa y cinco por ciento de las mujeres del mundo. Esta situación tiene que cambiar. La mujer no debería estar debajo del hombre. En primer lugar, es horrible porque el hombre tiene un cuerpo más fuerte y la mujer es más frágil. Ella debería estar encima, y no al revés.

En segundo lugar, el hombre debería estar tranquilo y no hacer nada, para no tener un orgasmo en menos de dos minutos. Si estás relajado y dejas que la mujer se vuelva loca sobre tu pecho, esto le permitirá excitarse y la llevará a una explosión de energía orgásmica. Su cuerpo tarda más en excitarse, y si no te quedas quieto, no tendrá tiempo de hacerlo. Os encontráis, pero no es un encuentro bonito y amoroso, sino funcional.

Intenta practicar con tu novia lo que te estoy diciendo. Intenta ser la parte pasiva y que ella sea la activa. Déjala que se desinhiba. No tiene que comportarse como una dama, sino como una auténtica mujer. La dama es una creación del hombre; la existencia ha creado a la mujer. Tienes que llenar el espacio entre sus orgasmos, y solo puedes hacerlo de una forma: quedándote quieto, relajado, y disfrutando viendo cómo enloquece. Entonces ella tendrá múltiples orgasmos. Tu orgasmo debería ser el final del juego y no el principio.

De este modo tu mujer no dirá que eres bastante aburrido. ¡Serás un chico realmente interesante y maravilloso que se comporta como una dama! Cierra los ojos para que ella no se sienta inhibida. Déjale que haga lo que le apetezca..., mover las manos, mover el cuerpo, gemir, suspirar, gritar... Mientras no diga: «*Hari Om Tat*

Sat!», tú no tienes permiso para moverte, simplemente te quedas quieto. Esa debería ser la señal. *Hari Om Tat Sat* significa «esta explosión orgásmica, esto es la verdad». Entonces se volverá loca por ti. Ahora mismo te estás comportando como un idiota, y eso es lo que hace la mayoría de los hombres del mundo.

En segundo lugar dices: «Mi novia me ha dicho que no soy nada divertido». ¡Anímate un poco! No es tan difícil animarse. Tienes muchas cosas a tu alcance para poder hacerlo. Haz cosas más divertidas y que no sean tan serias. Ella te está dando un buen consejo, pero tú, con tu estupidez, crees que te está criticando.

Cuando te dice: «Eres muy dependiente y eres una víctima», puedo ver que está en lo cierto incluso a través de tu pregunta. Eres una víctima, como todo el mundo, víctima de las estúpidas ideologías que crean todos esos complejos de culpabilidad que no te permiten divertirse. Aunque estés haciendo el amor, en tu fuero interno sabes que es un pecado y que el infierno no anda lejos.

Una mujer dice a su marido: «Eres un gran amante».

«No me lo habías dicho nunca —responde él—. Llevo años esperando que alguien me lo diga, y ya había renunciado a la idea porque evidentemente no debo de serlo.»

«No; eres un gran amante y he querido decírtelo muchas veces, pero ¡nunca estabas!»

... Está haciendo el amor con ella, pero realmente no se encuentra ahí. Está contando su dinero, haciendo números y con otro millón de cosas en la mente. En todas las camas donde hay dos amantes, hay por lo menos —como poco— cuatro personas. Son personas imaginarias; en una cama puede haber una multitud. La mujer hace el amor con él y piensa en Mohamed Alí. Él hace el amor por obligación y piensa en un montón de actrices guapas. Su mente no está ahí, y la de su mujer tampoco. Sus mentes están en sus sueños.

Nadie está donde tú crees que está. Nadie está en casa.

Cuando hagas el amor, haz que sea un proceso meditativo. Estate ahí totalmente presente colmando a la mujer que amas. Y la mujer tiene que estar ahí colmando a su amante con su belleza y su gracia. Entonces dejarás de ser una víctima. De lo contrario, sí eres una víctima. Vuestras supuestas religiones, que son una imbecilidad absoluta, no aceptan que el amor sea una experiencia natural y lúdica. Lo censuran. Y ponen como condición para descubrir la verdad que abandones a tu mujer. Este condicionamiento es tan antiguo que se ha convertido casi en una verdad, aunque sea absolutamente mentira. Eres víctima de tus tradiciones y por eso eres tan dependiente.

A medida que avanzo en la lectura de tu pregunta, te darás cuenta de lo

dependiente que eres: dependes de una novia que te dice que eres aburrido, nada divertido y una víctima. Tu dependencia muestra todavía más: «Esto me ha hecho sentir culpable y deprimido, y totalmente insignificante». Si tu novia, simplemente por decir unas verdades tan simples, te hace sentirte culpable, deprimido e insignificante, evidentemente está siendo tu maestra. «He empezado a negar la existencia.» En este punto tu novia está siendo amable contigo porque no te ha dicho: «Y además eres bastante idiota».

«He empezado a negar la existencia», dices. Pero ¿qué te ha hecho la existencia? ¿Crees que tu novia es la existencia? «... a negar la vida.» Y finalmente «... a negarte a ti». ¿Y por qué me inmiscuyes a mí en todo esto? Yo no le he dado todas esas ideas a tu novia; ni siquiera la conozco. No he intervenido en nada de todo lo que te ha dicho.

Esto demuestra tu estupidez absoluta. ¿Por qué estás aquí, por mí o por tu novia? Me paso todo el día diciendo cosas pero no producen ningún efecto en ti. Y tu novia solo te ha dicho que eres bastante aburrido, pero no lo pones en duda. Puede que hayas venido aquí persiguiendo a tu novia. ¿De qué manera puedes negar la existencia, el amor y a mí? Esto es realmente cómico. Yo no he dicho nada y sin embargo me has incluido. ¿En qué te basas?

En vez de aceptar lo que tu novia te estaba diciendo sinceramente, deberías haberle preguntado: «¿Qué tengo que hacer para ser más interesante? ¿Tienes alguna sugerencia? Si no soy muy divertido, dime qué puedo hacer». Eso habría sido más inteligente. Pero en vez de preguntárselo, has empezado a «negar la existencia, la vida, el amor y a ti».

A veces me parece que... Ni siquiera te conozco personalmente, y a tu novia tampoco. ¿Qué tengo yo que ver? Pero entiendo el motivo. Puede que tú no sepas explicarlo, pero yo sí puedo ver el motivo que hay bajo ese gran «No». Crees firmemente a tu novia, y por eso no puedes preguntárselo. Esto demuestra lo dependiente que eres. Es probable que tengas miedo de armar mucho escándalo con estas cosas porque tu novia no será tu mujer eternamente, puesto que no hay ninguna ley que le impida marcharse con otra persona más divertida. Al principio, todo el mundo es divertido, pero después de unos días juntos se acabó la diversión. Empiezas a buscar otra chica u otro hombre, porque todos te parecen divertidos.

Esto lo irás repitiendo de vida en vida, sin entender el fundamento. Cuando llevas más de una semana con un hombre, surge el problema de cómo deshacerte de él. Él también está pensado lo mismo. Pero a ninguno de los dos os parece bien, de modo

que empezáis a molestar para que otro idiota se interese por tu pareja, pues los dos os dais cuenta de que hay chicas y chicos más divertidos.

Es la vieja historia del césped que se encuentra al otro lado de la valla y que siempre está más verde que el tuyo. La distancia crea este fenómeno.

Cualquier mujer te parecerá más interesante que la tuya; ella solo te da dolores de cabeza. Pero lo que no sabes es que todas esas mujeres se comportan de la misma manera. Durante un par de días son fantásticas, pero en cuanto te pescan empieza la verdadera historia y se convierten en una tortura. Y lo mismo ocurre con los hombres. Cuando conocen a una chica en la playa, en el parque o en la orilla del río, pretenden ser Alejandro Magno, caminan como un león, pero al cabo de dos días esos tipos no son más que una rata.

Nadie habla de lo que está ocurriendo en realidad, por qué hay tanta gente infeliz innecesariamente. La sociedad nunca será feliz si la gente no puede cambiar en vez de quedarse atrapada en un matrimonio, atrapada en sus propias promesas.

Nos encontramos con otras personas como resultado de nuestra libertad, y cuando sientes que ya has explorado toda la topografía de una mujer, y la mujer sabe que ha experimentado todo lo que podía experimentar con ese hombre, es hora de decirse adiós con un profundo respeto. No hay que aferrarse al otro.

Un mundo libre de contratos entre el hombre y la mujer sería un lugar enormemente bonito, bello, divertido e interesante. Pero hemos creado las instituciones, y vivir en una institución no es una experiencia agradable. Tu matrimonio es una institución, aunque la nueva generación se está moviendo con más libertad, y no sienta cabeza hasta después de los treinta años. He estado buscando a un hippy de treinta y cinco años o más por todo el mundo y no he encontrado ninguno. Hacia los treinta años todos los hippies desaparecen y se vuelven tan conservadores como las personas contra las que luchaban.

Cuando te das cuenta de que vivir dentro de lo instituido —el matrimonio, la sociedad, tu círculo— no es vivir con alegría, has buscado otras experiencias. Es la primera vez en la historia en la que hay una generación joven. No me refiero a que en el pasado no hubiera juventud, pero no había una «generación joven». Un niño pequeño empezaba a aprender el oficio de su padre, a trabajar en el campo, a cuidar las vacas, o si su padre era carpintero, empezaba a ayudarlo incluso a los siete años. A esa edad, ya formaba parte de la sociedad.

Por primera vez en la historia hay una generación que verdaderamente puede decirse que es joven y que es la que ha provocado el salto generacional. Hay colegios,

institutos, universidades, pero hasta los veinticinco o veintiséis años no sales de la universidad con un título de posgraduado o con un doctorado. A esas alturas ya no eres joven. Entonces empiezas a tener responsabilidades: profesoraes, profesionales, familiares, matrimoniales.

Pero mientras estás en la residencia de estudiantes o en la universidad, y antes de incorporarte a la vida, hay un gran período de tiempo durante el cual no estás implicado en ninguna actividad práctica o proyecto. Eso es lo que ha provocado el salto generacional. Los hombres y mujeres han alcanzado la madurez sexual —la mujer a los trece años y el hombre a los catorce—, pero pueden casarse diez o doce años más tarde. Estos doce años son el origen del noviazgo.

Tenemos una gran oportunidad en el futuro de entender todo este fenómeno y su mecanismo. Tienes la oportunidad de cambiar los viejos hábitos, puedes cuestionarlo todo, pero olvídate de esos hábitos. Cualquier hombre necesita fijarse en muchas mujeres. Todas las mujeres tienen que experimentar con diferentes hombres antes de casarse. Su experiencia les ayudará a escoger a la persona adecuada con la que podrán fundirse sin dificultad.

«Mientras tanto —dices—, he ido observando esta energía destructiva y siento que, en cierto modo, ¡me gusta!» Todo el mundo tiene energía destructiva porque la energía tiende a ser destructiva si no la encauzas, a menos que la uses con conciencia y se vuelva creativa.

Pero lo más importante de todo lo que has dicho es que «en cierto modo, ¡me gusta!». Entonces ¿cómo quieres cambiarlo? Si disfrutas de algo es normal que te quedes en ese estadio; no deseas cambiarlo porque es posible que lo nuevo no te guste. Y todo esto ha ocurrido en tu mente solo porque tu novia te ha dicho que eres «bastante aburrido, nada divertido, muy dependiente y una víctima».

Tienes energía. Disfrutar de la energía destructiva es suicida, disfrutar de la energía destructiva es estar al servicio de la muerte. Si te das cuenta de esto, se producirá una transformación. Usa tu energía creativamente. Puede que así seas menos aburrido, más divertido, menos dependiente y menos víctima. Y lo más importante es que no te sentirás culpable ni deprimido.

Ninguna persona creativa se siente deprimida o culpable. Participa en el universo con sus actos creativos y eso hace que se sienta enormemente satisfecho y digno. Es un derecho que todo el mundo adquiere al nacer, pero casi nadie lo reclama.

Más aún, si la energía se mueve en el sentido creativo, este gran «No» acabará convirtiéndose en un gran «Sí». Y no es difícil; en el campo creativo es muy fácil

usar la energía. Pinta, dedícate a la jardinería, planta flores, escribe poesía. Aprende música, baila. Aprende cualquier cosa que convierta tu energía destructiva en creativa, y entonces ese gran «No» se volverá un «Sí» aún más grande. Ya no estarás enfadado con la existencia, sino agradecido. Ya no irás contra la vida. ¿Cómo puede ir contra la vida una persona creativa? Es imposible, eso no ha ocurrido jamás. Solo las personas que no son creativas están contra todo. Si puedes ser creativo, si estás a favor de la vida, no podrás estar contra mí.

Tu chica te ha planteado unas cuestiones que son muy importantes en tu vida. Lo más sencillo sería cambiar de novia, pero yo te estoy advirtiéndote que es una buena amiga y que todo lo que te ha dicho es verdadero y absolutamente sincero. Debes estarle agradecido y empezar a cambiar las cosas. El día en que tu novia te diga que eres divertido e interesante, será para ti un gran día. No seas cobarde y no cambies de novia simplemente porque haga que te plantees ciertas cuestiones y por ello creas que es mejor buscar otra.

Ya debes de saber cómo son mis discípulos. Tienes suerte de tener una novia tan piadosa. La próxima hará que te sientas culpable e insignificante en grado sumo, porque ¿qué has hecho para sentirte digno? ¿Qué has hecho para no ser aburrido? ¿Qué has hecho para declarar tu independencia? ¿Qué has hecho para no ser una víctima? Es hora de que empieces a hacer algo. Y estarás agradecido a tu novia eternamente.

Me gustaría decirle que siga atacándote hasta que dejes de ser aburrido y te vuelvas muy divertido, absolutamente interesante, lúdico, festivo. Puede que en el transcurso de la vida pierdas a tu novio, pero le habrás preparado para estar con otra; de lo contrario, si sigue así, será una tortura para muchas mujeres y para él mismo.

¡Dentro de sus planes entra incluso el torturarme a mí! Yo estoy fuera de este juego por completo, no estoy jugando con vosotros. ¿Cómo has podido llegar a la conclusión de que surge un «no» contra mí? Yo sé por qué. Porque yo respeto la igualdad de las mujeres respecto a los hombres en todas las esferas. Han sufrido maltratos en todas las épocas; nunca han podido decir ni una sola palabra acerca de sus maridos. Hace tan solo tres días se ha descubierto que también en Estados Unidos los hombres maltratan a las mujeres. Pero estas lo habían ocultado hasta ahora porque no se puede hacer nada si no hay señales de haber recibido un maltrato, y difamar al marido no causa buen efecto. Tampoco es bueno para los niños, si llegasen a saberlo...

Yo creía que solo se agredía a las mujeres en la India. Uno de los grandes santos

hindúes, Tulsidas, al que todos los hinduistas adoran y leen en toda la India, hace una extraña declaración: «*Dhol gamar pashu aur nari. Ye sab taran ke adhikari*». Está clasificando a la mujer en la categoría de los tambores: *dhol* significa tambor; *gamar*, idiotas; *pashu*, animales, y *nari*, mujeres. Estos cuatro siempre reciben golpes. El *dhol*, el tambor, no suena si no lo golpeas. De modo que las mujeres indias han sido maltratadas desde hace miles de años. Y es algo que se ha dado por sentado; nunca se ha puesto en tela de juicio.

Me he encontrado con situaciones de este tipo. Una vez, un hombre estaba agrediendo a su mujer y, como para mí eso era intolerable, entré en la casa. Para mi sorpresa, quien más se enfureció contra mí fue la mujer, quien me dijo: «Él es mi marido, no puedes interferir en nuestros asuntos. Si él me pega, es porque está bien». Hasta ese punto puede llegar el condicionamiento...

Estoy liberándote de todos tus condicionamientos y preparando al hombre del futuro que respetará a la mujer como su igual, que le permitirá desarrollarse al mismo nivel que él. Y no habrá ningún tipo de ataduras. Si dos personas pueden vivir enamoradas toda la vida, nadie se opondrá. No es necesario el matrimonio, y el divorcio tampoco. El amor debería ser un acto de libertad absoluta. Pero desde hace miles de años te han dicho que «Si realmente quieres a alguien, ese amor debe ser eterno». Yo no conozco nada en esta vida que tenga la característica de la eternidad. Y el amor no es una excepción.

De modo que no esperes que el amor sea eterno. Y eso hará que tu vida amorosa sea más bella, porque sabes que hoy estáis juntos, pero quizá mañana tengáis que separaros. El amor entra como una brisa fresca y fragante en tu casa, la llena de frescura y perfume, se queda hasta que así lo decida la existencia, y luego se va. No debes cerrar las puertas a esa brisa fresca o se quedará estancada.

La vida de la gente se queda estancada, es horrible, y eso sucede porque creen que el amor es eterno. Todo cambia en la vida. Y el cambio es hermoso; cada vez tienes más experiencia, más conciencia, más madurez.

Y para cambiar de tema...

Un dinosaurio macho lleva saliendo con una dinosauria desde hace dos mil años, y finalmente le pide un beso. Ella accede.

Cuatro mil años después le pregunta si puede abrazarla, y ella accede.

Pasan otros tres mil años y le dice: «Cariño, llevamos saliendo casi nueve mil años. ¿No crees que... mmm... nosotros... bueno, ya sabes, deberíamos dar el paso?».

Ella le mira con timidez y le dice: «Oh, cielo, me encantaría, pero tengo el decenio».

Un pequeño judío vaga por el desierto del Sahara con un melón bajo el brazo. Escudriña en la lejanía donde le parece ver un espejismo. Pero no, resulta que es el Papa polaco que va hacia él acarreando la puerta de un coche.

Se saludan y el Papa pregunta al judío por qué lleva un melón.

«Cada vez que tengo sed, me tomo una rodaja —explica el judío—. ¿Y tú qué haces con esa puerta de coche?»

«Bueno —dice el Papa—, cuando tengo mucho calor, bajo la ventanilla.»

¿Por qué cada vez que tengo que hacer algo me cuesta tanto decidirme? Por ejemplo, ahora no sé si quiero irme o si quiero quedarme aquí más tiempo. Parece como si no fuera capaz de resolver este tipo de cuestiones.

Le estás preguntando a la persona equivocada porque yo no experimento esto. O bien lo hago, o bien no lo hago, pero no vacilo. Es la mente la que vacila entre «ser o no ser». Pero la naturaleza de la mente es así. Es incapaz de tomar decisiones, siempre está dando vueltas y vueltas... ¿Te has dado cuenta de una cosa? Tomes o no una decisión, siempre sucede algo. O te vas o te quedas. ¿Para qué perder el tiempo? Analiza la situación y considera las diferentes alternativas que hay. Es la única posibilidad que tienes ahora mismo.

Si has conseguido meditar profundamente, verás que no es necesario. La meditación te da una claridad... inquebrantable, decidida. No sabe nada de alternativas, simplemente hace lo que todo tu ser dice que haga, no está dividida. Pero la mente sí.

Ahora dices: «¿Por qué me cuesta tanto decidirme cuando tengo que hacer algo? Por ejemplo, ahora no sé si quiero irme o si quiero quedarme aquí más tiempo. Me siento incapaz de resolver este tipo de cuestiones». Estas cuestiones no son un problema. Simplemente indican que tu mente está dividida, hay una división, y una mente dividida hace que te arrepientas de todo lo que llevas a cabo. Si te quedas aquí, no dejarás de pensar: «Tendría que haberme ido». Si te vas, entonces mirarás hacia atrás y dirás: «¿Qué tontería he hecho? Tendría que haberme quedado».

Me ponéis en un verdadero aprieto haciéndome preguntas de este tipo. Yo no puedo decidir si tienes que irte o quedarte. Solo tú, en la esfera de la mente dividida, puedes sopesar los pros y los contras. ¿Por qué quieres irte? ¿Qué te empuja a marcharte? ¿Por qué quieres quedarte? ¿Qué te impide marcharte ahora?

Míralo con imparcialidad, como si no fuese tu problema sino el de otra persona. Tienes que llegar a una conclusión, y debes decidir qué pesa más. No será seguro un ciento por ciento, pero al menos el setenta y cinco por ciento sí. Si quieres tener una

seguridad del ciento por ciento, entonces el asunto no es esta pregunta ni ninguna otra.

Medita, y la mente dividida desaparecerá. El meditador simplemente sigue, hace las cosas. No se arrepiente, no se lamenta; en ningún momento piensa que debería haber hecho algo mejor. Lo hace con totalidad, no hay nada mejor. Esta experiencia, cuando haces las cosas con totalidad, produce una enorme transformación.

Si puedes estar aquí con totalidad, quédate y olvídate de ir a ninguna parte. Si quieres irte, hazlo con totalidad y olvídate de mí y de este lugar. Pero debes hacer las cosas con la totalidad de tu ser, de lo contrario siempre te sentirás culpable de no haber hecho lo correcto, de haber perdido el tren innecesariamente. Si tienes claridad, sigue la luz que te guía y entonces no te perderás por un sitio u otro; ¡las cosas no serán accidentales!

Pero quieres seguir permaneciendo dividido, dejar que todo siga siendo accidental. Yo te sugiero que medites un poco más para que todo este conflicto desaparezca. Y, llegues a la conclusión que llegues, te doy mi bendición tanto si te quedas como si te vas a otro sitio. No importa. Lo realmente importante es tu claridad y que a través de esa claridad tomes una decisión o llegues a una conclusión.

Un profesor nunca está iluminado

He estado seis años en Estados Unidos con un profesor iluminado muy estricto, Lee Lozowick. Cuando estuve en Boulder, Colorado, me enamoré de tus sannyasins y de ti. Ahora, después de estar una semana en Puna, tengo una sensación que me corroe: ¿Me he convertido realmente en tu discípulo y realmente eres tú mi maestro?

La pregunta que me haces..., tendrás que prepararte para llevarte una sorpresa. Voy a analizarla punto por punto. «He estado —dices—, con un profesor iluminado muy estricto, Lee Lozowick.» Conozco perfectamente a Lee Lozowick. Ni es estricto ni está iluminado. Y has estado con él seis años en Estados Unidos..., eso demuestra que tampoco eres muy inteligente. Si realmente hubieses estado con un maestro, no habrías venido aquí. En tu fuero interno te habrías sentido satisfecho, contento, bendecido. Si te has enamorado de mis sannyasins en Boulder, Colorado... Lee Lozowick ni siquiera merece compararse con mis seguidores de allí.

Si analizas tu pregunta en profundidad, sin prejuicios, en silencio, mi respuesta te quedará muy clara.

En primer lugar, un profesor nunca está iluminado. Un profesor tiene una doctrina y un sistema de creencias. Un maestro no es un profesor: un maestro es un fuego que atraviesas para quemar todo lo que no es oro, y dejar solo el oro puro. Estar con un maestro no es un trabajo fácil. Es el viaje más difícil que puedes hacer.

Has perdido seis años de tu vida. Lee Lozowick estuvo con Da Free John. No solo es un farsante, sino que ha traicionado a su propio profesor. Da Free John tampoco es un maestro, pero al menos es un profesor de mayor categoría que Lee Lozowick. Esto es lo que sucede siempre: la gente se da cuenta de que a muchas personas les atrae cierta doctrina, determinadas características de la personalidad, y piensan que ellos también pueden conseguirlo; puede que no tengan tantos seguidores, pero al menos tendrán algunos. Lee Lozowick ha traicionado a Da Free John porque ni siquiera

menciona su nombre ni que ha sido su discípulo. ¿Y él cómo se ha convertido en maestro? Ni su propio profesor ha reconocido su iluminación.

Pero en Estados Unidos todo es posible. Una vez oí decir a un sabio: «Un farsante es esa persona que te manda al infierno con tanto tacto que tú mismo preparas las maletas para irte». Eso es lo que son Da Free John y su discípulo Lee Lozowick. Y a pesar de que digo todo esto, recuerda que no estoy enemistado con nadie en concreto. Pero tengo que decirte la verdad aunque vaya en contra de la buena educación, la etiqueta o la cultura. No estoy aquí para enseñarte buena educación, sino para darte con la verdad directamente en el corazón, por mucho que te duela.

En todo el mundo han surgido personas de este estilo. En la India hemos tenido que padecerlas durante muchos siglos, pero el fenómeno de este siglo es nuevo. Los farsantes indios han creado personas parecidas en todo el mundo: son embaucadores que simplemente conocen unos cuantos métodos para manipular a la gente y que esta les crea. Y particularmente ahora que todo el mundo está entrando en una crisis psicológica profunda. En la superficie todo parece estar en calma; probablemente ni siquiera estás pensando en la tercera guerra mundial, en la crisis ecológica, y es posible que no pienses en el sida. Conscientemente, al menos, no te concierne nada de lo que pueda ocurrir mañana a la humanidad, pero, en el fondo, no puedes evitarlo.

Tu conciencia es un individuo independiente, pero tu inconsciente, a medida que vas profundizando, forma parte cada vez más del océano. Por eso, todo lo que ocurre en el alma del cosmos provoca perturbaciones en el inconsciente de todo el mundo. Si sabes leer tu propio inconsciente, podrás leer lo que va a ocurrir en el futuro. Pero puede que conozcas o no conozcas tu situación inconsciente.

Estos farsantes —los indios y sus derivados, en su mayor parte estadounidenses— están haciendo un gran negocio. Se dice que los psicólogos hacen castillos en el aire, los psicoanalistas viven en ellos, y los psiquiatras cobran el alquiler. Pero yo me pregunto: ¿Quién paga el alquiler? ¡Tú! Tú y muchos más pagáis el alquiler. Esos castillos no existen, nadie vive en ellos...

Pero en una crisis psicológica de este calibre —en la que os encontráis— todo el mundo está hecho añicos por dentro, e intenta no desintegrarse. Y cualquiera que intente enseñarte el camino al más allá te atraerá inmediatamente. No tienes forma, criterio o medida alguna para determinar si esa persona es seria o no, si es auténtica o no. En Oriente, donde esta tradición tiene más de diez mil años, hemos ido descubriendo, poco a poco, algunas indicaciones que nos permiten reconocer a un maestro iluminado. Espero que estas indicaciones puedan serte útiles.

A un auténtico maestro no le interesan los discípulos, la muchedumbre, estar rodeado de mucha gente. Y no alardea de ello. Solo atrae a los más inteligentes porque lo que enseña y lo que él es realmente solo pueden entenderlo las personas muy inteligentes. ¿Alguna vez has tenido curiosidad de saber tu coeficiente intelectual? Antes de intentar averiguar si un maestro es auténtico o no, deberías hacerte un examen psicológico para conocer tu edad mental.

La edad mental media de la humanidad es de catorce años. Ahora bien, no puede pretenderse que personas que poseen una edad mental de catorce años lleguen a entender lo trascendental, lo espiritual o lo interior. Están en la edad de jugar al fútbol, de ver combates de boxeo, de sentarse delante del televisor y quedarse pegados a él durante siete horas y media todos los días. Pero siempre he tenido curiosidad... ¿Es que a nadie le interesa su grado de inteligencia? ¿Es apto para ser un discípulo? ¿Es apto para que un maestro lo acepte?

Un maestro no tiene ningún interés en convertirte a un determinado sistema de creencias. Si un maestro se dedica a hacer esto, entonces solo es un profesor. Y la sabiduría de un profesor es prestada. Puede decir cosas bonitas, pero es como un loro. A veces puede hablar mejor que los mismos maestros, porque estos son espontáneos y el profesor lo ha ensayado muchas veces. Está bien preparado, ha hecho los deberes, y siempre enseña lo mismo a distintas personas.

Un profesor nunca contradice una determinada corriente ideológica. El maestro, básicamente, es contradictorio, incoherente. Es inevitable que sea así, porque lo que dice no está en sus manos. Está en manos del universo mismo, y él solo es un vehículo. Sea cual sea la canción que la existencia pone en sus labios, él no puede cambiarla, mejorarla, ni añadir nada. Un maestro es salvaje en el sentido de exponer lo que viene de la existencia tal como es. Nunca es un hombre refinado.

Un maestro no intentará humillarte convirtiéndote en su discípulo. Si te acepta como discípulo, te estará otorgando dignidad e idiosincrasia. No te pide nada y te hace entrega de algo que no tiene precio, aunque sea enormemente valioso. El maestro intenta convertirse en un medio, en una presencia, de manera que ni siquiera necesite decirte nada. Simplemente sentándote a su lado, tu corazón empezará a acompañarse, poco a poco, con el del maestro. Y el corazón del maestro está en armonía con el corazón del universo. Si estás en armonía con el maestro, estás en armonía con el universo. La inocencia es lo que distingue a un maestro, y no el ser un entendido.

Y yo tengo la certeza absoluta de que ese individuo, Lee Lozowick, no es un ser

inocente. Ha traicionado a su maestro, y tú estás haciendo lo mismo aquí. Le has traicionado. Pero no podemos culparlo, porque cuando estuvo con Da Free John debió de considerarlo su maestro y, poco a poco, fue descubriendo que solo era un profesor, y si un profesor es capaz de atraer a tantos discípulos, ¿qué sentido tiene quedarse con él? Y empezó a congregarse a sus propios discípulos.

Si has estado con un maestro, es casi imposible que lo abandones. Tu amor te lo impedirá. Tu confianza será como la cordillera del Himalaya entre tú y el resto del mundo. Tu maestro es todo tu universo.

Y es curioso que preguntes: «Ahora, después de estar una semana en Puna, tengo una sensación que me corroe: ¿Me he convertido realmente en tu discípulo y realmente eres tú mi maestro?». ¿Qué sucedió con Lee Lozowick? Has perdido seis años y todavía quieres volver corriendo con él. El motivo está muy claro: no es que hayas encontrado un maestro en él, has encontrado el reconocimiento de tu ego.

Aquí tu ego será destrozado cada día. Hasta que no desaparezcas totalmente y solo quede tu ser esencial, no serás un sannyasin. ¿Qué ocurre cuando alguien como tú toma sannyas después de seis o siete días? ¿Qué ocurre dentro de su mente? Cree que tomando sannyas va a ocurrirle un milagro. Estás completamente equivocado. Este sannyas que tomas no va a hacer un milagro, simplemente entrarás a formar parte de una comunidad de buscadores, de forma abierta y dispuesta, haciéndote partícipe y no siendo un mero espectador. Entonces aprenderás paso a paso el camino del amor, el camino de la confianza; aprenderás paso a paso a entrar en tu propio ser. El verdadero sannyas será el día en que entres en tu propio ser. Esto es una simple formalidad.

A un verdadero sannyasin, a un auténtico ser que ha llegado a su ser, no le surge la pregunta «... ¿realmente eres tú mi maestro?». Solo hay una forma de descubrir quién es tu verdadero maestro. Cuando en su presencia, en su universo de buscadores, en su caravana de buscadores, de repente te encuentras a ti mismo y descubres un éxtasis que no habías experimentado antes, y una bendición que ni siquiera habías soñado; después de esta experiencia se esfuman todas las preguntas... El hecho definitivo es este: no hay ninguna pregunta. Todas las preguntas desaparecen como las hojas que caen de los árboles en otoño. Solo cuando desaparezcan todas las preguntas y, con ellas, los pensamientos de tu mente, la respuesta será que has encontrado a tu verdadero maestro. No puedes decidirlo de antemano porque esto no es un mercado; nadie ha escrito en su puerta: «Soy el verdadero maestro».

Tendrás que aprender a tener paciencia y a esperar. Nunca se sabe, puede suceder hoy o puede llevarte años, todo depende de ti. El maestro solo crea un determinado

ambiente sutil. Aquí puedes encontrar ese ambiente. Si entras en armonía con él, eres un sannyasin. Y si, poco a poco, te vas disolviendo y te vuelves parte de la danza y la celebración que hay en este lugar, si te vuelves parte de la meditación y del éxtasis, entonces te darás cuenta de que estás cerca de un verdadero maestro.

Y si no sucede esto, puede ser por dos motivos: o bien el maestro no es auténtico, o bien no eres un auténtico discípulo. Pero antes de concluir que el maestro no es auténtico deberías preguntarte por tu cualidad de discípulo. ¿Qué has hecho al convertirte en un sannyasin? ¿Se ha producido algún cambio en ti? ¿Cómo te has comprometido con este movimiento, de qué manera has entrado en ti mismo, cómo ha cambiado tu forma de vida?

Todo depende de ti. El darte sannyas significa que te aceptamos, que te abrimos las puertas, simplemente es eso. Pero lo que ocurra dentro del templo depende de ti, de tu inteligencia, de tu integridad, de tu sinceridad y de tu auténtica búsqueda de la verdad. Y no puedo creer que en seis días hayas descubierto que la meditación no te conduce a ninguna parte, que hayas experimentado la presencia de mi ser. Pero te sugiero que vuelvas con Lee Lozowick, porque no me interesa rodearme de personas que no son inteligentes, personas impacientes y apresuradas.

Volverás aquí, de eso estoy seguro. Pero ahora debes irte y concluir tu relación con Lee Lozowick. Es eso lo que te corroe. Estás pensando que quizá has abandonado al maestro correcto y has entrado en un mundo extraño. ¿Por qué no regresar? Yo no quiero que la gente se quede llena de dudas. O estás aquí o no lo estás; no hay otra posibilidad. Así que piénsatelo.

O dices adiós a tu supuesto profesor, profesor estricto... estrictamente iluminado. Es la primera vez que oigo algo parecido. Ha habido iluminados, pero ¿estrictamente iluminados...? Esto da a entender que hay algunos que son peores. Gautama Buda no es un maestro estrictamente iluminado. Comparado con Lee Lozowick es peor. Vuelve con él porque es la única manera de concluir tu relación.

Ahora que me conoces y conoces a mis seguidores, y el espacio que se crea aquí, podrás compararlo con algo cuando vuelvas con Lee Lozowick. Y si sientes que quieres volver, hazlo con totalidad. Tu totalidad será respetada y amada. Y solo tu totalidad puede ayudarte a descubrir al maestro que hay aquí.

Yo no soy un profesor, no tengo una doctrina. Solo tengo una presencia que quiero compartir contigo... a través de mis palabras, de mis silencios, de mi presencia, de mi ausencia. Quiero que sientas que este pequeño espacio no forma parte del mundo neurótico que está más allá de la verja, y que aquí se desarrolla otro tipo de

conciencia. Es un invernadero. Pero quién sabe..., esto les ocurre a muchas personas: se dan cuenta cuando vienen la segunda vez.

Es como los chistes. Hay muy pocas personas que entiendan un chiste a la primera. La mayoría de las mujeres, particularmente, que lo entienden a la primera... solo quieren lucir los dientes; pero eso no significa que lo hayan entendido. Un inglés nunca entiende los chistes a la primera. Se pregunta qué querrá decir. Y lo entiende a medianoche. Dándole vueltas y analizándolo, de repente, lo entiende y dice: «¡Dios mío!». Luego se ríe bajito en su habitación para que nadie lo oiga.

Los alemanes nunca entienden los chistes. Se ríen porque lo hace todo el mundo, y si no te ríes, los demás pensarán que eres alemán. Los indios tampoco entienden los chistes. Pero no se ríen como los alemanes, que lo hacen para seguir la corriente. Los indios se tienen por personas serias, superiores, espirituales, ¿cómo van a reír? Y no significa que sean más espirituales o superiores, es que realmente no entienden los chistes.

He estado buscando un chiste genuinamente indio. He revisado miles de libros buscando un chiste indio. Y tengo que confesar que no existen. Todos los chistes que hay en la literatura india han sido importados.

Solo los judíos entienden los chistes. Pero los entienden incluso antes de que termines de contarlos. Y contar un chiste a un judío es una situación embarazosa, porque en mitad del chiste, te dice: «¡Cállate! Ese chiste es muy viejo y además lo estás contando mal».

He podido observar una cosa: hay mucha gente que viene aquí por primera vez, pero solo se quedan los más inteligentes, y se quedan con el espíritu tranquilo, sin pensar jamás que hay otro mundo aparte de esta comuna.

Algunos se quedan hasta que han aprendido lo suficiente y luego, cuando regresan, se convierten en maestros. No les interesa la verdad, solo les interesa su ego. Hay ciertas personas que no mencionan mi nombre aunque hayan estado conmigo diez años. Tienen miedo de que alguien se dé cuenta y les diga: «Tú has sido discípulo de Osho». Quieren borrar esa etapa de su vida para poder decir que son maestros, que son únicos; que han descubierto la verdad por sí mismos, que no están repitiendo algo.

A mí me llegan sus panfletos y sus folletos y me pregunto: «¿Están ciegos o es que son muy inconscientes?». Citan mis palabras como si fuesen tuyas y mandan esos folletos a los sannyasins. Y los sannyasins me los mandan a mí, diciendo: «Mira lo

que están haciendo tus seguidores». Nunca han sido mis seguidores. Solo estaban aquí para aprender la técnica y así convertirse en maestros.

El tercer tipo es más sincero. Llegan y no se sienten cómodos. Es natural. Cuando cambias de una comuna a otra es como si pasases de un río a otro. El sabor del agua es distinto, el curso del río es distinto. Cambia la atmósfera, las orillas son diferentes, el olor es diferente... todo cambia. Naturalmente, sientes que te gustaría estar en el primero porque te has acostumbrado a él.

Por eso quiero que regreses, porque te permitirá darte cuenta de que tus seis años allí han sido una pérdida de tiempo, y tus seis días aquí te han dado una mayor lucidez. Y cuando regreses aquí, vendrás renovado, te habrás quitado de encima tu pasado. Eso te aportará la madurez que necesitas.

Hay dos niños en la puerta de un burdel, y después de ver todas las idas y venidas de la gente, se les despierta la curiosidad. Llaman a la puerta y preguntan a la madame si pueden entrar para ver de qué se trata, pero ella les dice que el precio son diez euros.

Después de estar ahorrando su paga varias semanas, juntan setenta y nueve céntimos y vuelven a hablar con la madame. Ella es una mujer de negocios y se da cuenta de que son posibles nuevos clientes, de modo que acepta el dinero y dice a una de las chicas que les enseñe un instante la vulva.

Dos minutos más tarde los niños salen del lugar. Entonces uno se vuelve hacia el otro y le dice: «Esa cosa no me ha gustado nada, ¿y a tí?».

«No —responde el amigo—. Me alegro de que no haber tenido los diez euros.»

8

Una maestría que te libera

Para el mundo occidental, los términos «libertad» y «maestro», casi se excluyen el uno al otro. ¿Cómo se puede redefinir «libertad» y «maestro» para que un occidental pueda entenderlo?

El mundo occidental nunca ha estado en contacto con la inmensa realidad que se despliega en el encuentro de un maestro y un discípulo. Por supuesto, no es algo que pueda verse. Es como el amor, pero mucho más profundo y misterioso.

En Occidente ha habido santos y seguidores. Los santos piden entrega y fe. Y en cuanto empiezas a tener fe, dejas de existir; tu personalidad desaparece. Puedes ser católico o judío, pero ya no eres tú.

El fenómeno del maestro y el discípulo surgió en la época de oro de Oriente, cuando había personas como Lao Tzu, Zaratustra o Gautama Buda. Crearon un tipo de relación completamente nuevo. No todo el mundo puede pintar como Picasso, ni todo el mundo puede ser como Miguel Ángel. En Occidente no ha habido un Gautama Buda. Jesús no es comparable con él. Jesús era simplemente un judío que creía en todos los dogmas de los judíos. Tenía fe; de hecho, demasiada fe.

Gautama Buda es un rebelde; no es el seguidor de nadie. Lao Tzu tampoco. No tienen escrituras ni sistemas de creencias. Han indagado por su propia cuenta, solos, arriesgándose, porque se apartan de la multitud por un camino en solitario, sin saber dónde acabará su viaje, pero confiando en su corazón porque tienen pequeños indicios de que aumenta la paz, florece el amor, su ser desprende una nueva fragancia y sus ojos ya no están llenos de polvo, de pasado... Hay una enorme claridad y transparencia y saben que van por el buen camino. No hay ningún guía y no te encontrarás a nadie en el camino para preguntarle a qué distancia se encuentra la meta.

Es un viaje de la soledad a la soledad. Pero cuando alguien encuentra su propia

verdad, naturalmente se da cuenta de que no necesita una religión instituida, pues eso solo supone un impedimento; no necesita un sacerdote, no necesita mediadores, pues le impedirán alcanzar la verdad. Esa persona que ha alcanzado la verdad se convierte en maestro.

Hay una diferencia muy sutil que debemos comprender. El discípulo no es un seguidor, el discípulo es simplemente un enamorado. No llamas «seguidores» a los amantes. Hay algo en su ser que ha conectado estando en presencia de alguien. No es una cuestión de estar convencido de ciertas ideas. No es una convicción, no es una conversión; es una transformación.

Cuando un buscador contacta con alguien que ha encontrado, se produce una profunda sincronidad. Solo con mirarse a los ojos y sin mediar palabra, de repente algo que jamás se habría imaginado se convierte en su mayor realidad. No es fe, porque la fe existe para las ficciones que nadie puede justificar o comprobar. Es confianza..., la confianza es lo que une al maestro y al discípulo.

La confianza es el florecimiento más elevado del amor; ¿cómo puede esclavizar el amor? El mismo hecho de que el amor sea lo que une al maestro y al discípulo es prueba suficiente de que el maestro allanará el camino para la libertad del discípulo; de lo contrario, estaría traicionando al amor, y un maestro no puede traicionar al amor.

El amor es la realidad suprema. Tiene que satisfacerlo con todas sus acciones, todas sus palabras, sus relaciones, sus silencios. Solo debe satisfacer una sola cosa en todo lo que hace, y es el amor. Y si una persona va a tientas por la oscuridad, un discípulo llega hasta él...

Solo un sacerdote o un político pueden aprovecharse de él. Ambos, tanto el sacerdote como el político, buscan seguidores. El político y el sacerdote están de acuerdo en una cosa: necesitan seguidores; solo así pueden ser alguien. Y se han repartido el terreno: el político se ha adueñado de lo mundano y el sacerdote de lo espiritual. Entre los dos, han esclavizado a toda la humanidad. Han destruido la libertad de todo el mundo.

La mayor contribución proviene de algunos maestros que no solo han alcanzado su propia libertad, sino la de todos los que les han amado. Es inconcebible: si me amas, ¿cómo voy a esclavizarte? Si me amas, solo podré alegrarme de tu libertad. Cuando te veo abrir las alas, salir volando hacia el cielo de lo desconocido, lo lejano, lo misterioso: eso me produce felicidad; y no el estar encadenado a un determinado

dogma, credo, culto, religión o filosofía. Son cadenas con distintos nombres, creadas por distintas personas, pero con el mismo propósito.

En Occidente no ha habido maestros, sino Papas, profetas, salvadores, santos; Occidente no es consciente de haberse perdido toda una dimensión. Y esta dimensión es la que más valor tiene. El malentendido ha surgido por habérsela perdido.

Esto puede ocurrir... Ya conocéis la bella parábola de Esopo. Un zorro estaba intentando alcanzar unas espléndidas uvas que colgaban sobre su cabeza, y saltaba todo lo alto que podía pero no conseguía alcanzar las uvas. Cansado, sudando y habiéndose caído muchas veces, miró a su alrededor para ver si alguien lo había observado.

Un conejito escondido en un matorral lo estaba viendo. Era un peligro para el zorro puesto que el conejo correría la voz por todas partes. El zorro se marchó sin las uvas. El conejo le siguió y le preguntó: «Tío, solo una pregunta: ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Por qué no llegabas a las uvas?».

El zorro estaba muy enfadado y le dijo: «Me lo imaginaba, en cuanto te vi supe que hablarías mal de mí. No he cogido las uvas porque no estaban maduras. Y si oigo hablar a alguien de las uvas, te mataré, porque tú eres el único testigo».

Es una pequeña parábola, pero tiene un gran significado: censuras todo aquello que no puedes alcanzar: «Las uvas no están maduras».

La pregunta que me haces es esta: «Para el mundo occidental, los términos “libertad” y “maestro” casi se excluyen el uno al otro. ¿Cómo se puede redefinir “libertad” y “maestro” para que un occidental pueda entenderlo?».

La palabra «maestro» provoca confusión. Hace que creas que te has convertido en un esclavo, o que alguien se ha convertido en tu amo. En Oriente, se usa en el sentido de que tú te conviertas en tu propio amo y dejes de ser esclavo; alcanzar la libertad. Pero la variedad de idiomas que tantas personas y experiencias han desarrollado en los diferentes climas tiende a provocar este tipo de confusiones.

El objetivo de la conciencia occidental nunca ha sido ser tu propio amo, sino conquistar a los demás y ser el amo. Muchas palabras orientales son muy difíciles de traducir a los idiomas occidentales. Es la misma dificultad que te encuentras cuando quieres traducir la física cuántica a las lenguas orientales; no encuentras las palabras adecuadas porque antes de que exista el idioma, tiene que existir la experiencia. Esta es la que crea el idioma.

Cuando lo intentes, verás que ocurren cosas divertidas. La palabra oriental que designa a un maestro es *acharya*, y significa aquel que vive su vida con autenticidad,

según su propia conciencia y comprensión. Si te acercas a una persona así, ¿qué puede darte? Con él solo aprenderás una cosa: a vivir en libertad, a estar despierto, a tener una profunda integridad y dignidad. Estamos usando la palabra «maestro» para decir *acharya*.

La palabra «discípulo» es más afortunada porque la palabra oriental *shishya* y la palabra «discípulo» tienen exactamente el mismo significado; por motivos distintos, pero significan lo mismo. La palabra «discípulo» se refiere a alguien que quiere aprender algo. Su significado etimológico es el mismo que el de la palabra «disciplina». Significa prepararte para aprender, para entender. Está perfectamente bien así y puede usarse.

Pero en lo que se refiere a la palabra «maestro»... El discípulo acaba de enamorarse de esa persona y quiere aprender a tener la misma libertad, la misma sinceridad, la misma integridad, una conciencia igual de elevada. No es una cuestión de entrega ni de creencia. En presencia de un maestro, en la proximidad de un maestro, los discípulos empiezan a desarrollarse en nuevas dimensiones que antes no conocían pero que estaban en su interior.

El maestro solo les da amor, y tampoco puede decirse que se lo dé. Simplemente los colma: del mismo modo que el sol colma a las flores, a los pájaros y a todos los animales con sus rayos, todo el que se acerca al maestro se colma de amor.

Si estás buscando, si estás dispuesto a aprender, si todavía no eres un erudito, si todavía no tienes prejuicios, si todavía no eres un creyente, si todavía no has vendido el alma a ninguna teología, a ninguna ideología, entonces acércate al maestro y algo empezará a destilar. Es la transmisión de la lámpara. Así se ha expresado siempre en Oriente: una transmisión de luz desde un corazón que ha llegado a su propio fuego a otro corazón que camina a tientas en la oscuridad.

Simplemente con acercarte... Imagínate dos velas, una encendida y otra apagada, que se van acercando cada vez más. Llega un momento que te sorprenderá porque las dos velas están encendidas. La llama ha saltado de una vela a otra. Basta con que haya cierta proximidad... El amor crea esa proximidad y la llama salta de un corazón a otro. No se trata de rendirse, no se trata de creer.

Pero tu pregunta es muy significativa porque ni siquiera en Oriente suele encontrarse esa clase de maestro que estoy describiendo. Oriente ha entrado en la oscuridad. Los días de Gautama Buda han dejado de ser una realidad y se han convertido en un hermoso recuerdo, un sueño que tal vez ocurrió, o que alguien soñó.

Una mañana, el gran rey Prasenjita fue a ver a Gautama Buda. En una de sus

manos llevaba una hermosa flor de loto y en la otra uno de los más preciados diamantes de aquella época. Había ido a verle por insistencia de su mujer: «¿Cómo puedes perder el tiempo con idiotas, hablando de cosas innecesarias, teniendo ahí a Gautama Buda?».

Ella había querido conocer a Gautama Buda desde su más tierna infancia, pero luego se casó. Prasenjita no tenía ese tipo de inclinaciones, aunque debido a la insistencia de su esposa, dijo: «Vale la pena hacer al menos una visita para ver qué clase de persona es».

Pero él tenía un ego muy grande y se llevó el diamante más valioso de su tesoro para regalarlo a Gautama Buda. No quería llegar allí como cualquier persona corriente. Todo el mundo tenía que saberlo... De hecho, quería que todo el mundo supiese: «¿Quién es superior, Gautama Buda o Prasenjita?». Ese diamante era tan valioso que por su posesión se habían librado muchas batallas y guerras.

Su mujer se ríe y le dijo: «No te das cuenta en absoluto del hombre que te estoy pidiendo que conozcas. Es preferible que le lleves una flor de regalo antes que una piedra». Pero él no lo entendía y le dijo: «No te preocupes, le llevaré ambas cosas. Veremos qué hace».

Al llegar ofreció a Buda el diamante que tenía en una de sus manos, y este simplemente dijo: «¡Suéltalo!». Naturalmente, ¿qué podía hacer? Y lo tiró. Pensó que tal vez su mujer tuviera razón e intentó ofrecerle la flor de loto que llevaba en la otra mano, pero Buda dijo: «¡Suéltalo!».

Prasenjita también tiró la flor, pero empezó a sentir cierto temor; pensaba que aquel hombre estaba loco. Aunque tenía diez mil discípulos... se quedó ahí parado con la sensación de que debían de tomarle por tonto. Buda le dijo por tercera vez: «¿No me has entendido? ¡Suéltalo!». Prasenjita pensó: «¡Realmente está loco! He tirado el diamante, he tirado la flor de loto; ya no tengo nada».

Y en ese preciso instante, Sariputta, un viejo discípulo de Gautama Buda, se echó a reír. Su risa hizo que Prasenjita se volviera hacia él y le preguntara: «¿De qué te estás riendo?».

«No comprendes su lenguaje. No te está diciendo que sueltes el diamante, no te está diciendo que sueltes la flor de loto. Te está diciendo que sueltes tu yo, que sueltes tu ego. Puedes quedarte con el diamante y la flor de loto, pero suelta tu ego. No te lo lleves de vuelta a casa.»

Fue un momento inolvidable. De repente, a Prasenjita se le abrió un nuevo horizonte. Se postró a los pies de Gautama Buda en un gesto de profunda humildad y

nunca volvió a alejarse de él. Pasó a formar parte de la caravana que solía seguir a Gautama Buda. Dejó su reino, lo dejó de todo. Lo único que quedó fue ese maravilloso hombre, su inmensa gracia, su magnetismo invisible, su mirada y su silencio. Prasenjita se quedó fascinado con todo eso.

No es una cuestión de creencias. No es una cuestión de conversión, de raciocinio, sino de amor en su estado más puro.

Hoy en día es difícil encontrar un maestro, aunque hay muchos farsantes. Una cosa que puede decirse de los embaucadores es que son fácilmente reconocibles. En cuanto te piden que creas en algo, en cuanto te piden que sigas ciertas normas o reglas, en cuanto te piden que tengas fe en ellos —«No dudes, no te hagas preguntas, ten una fe inquebrantable»—, todo esto son señales de que son farsantes. Si te encuentras a uno de estos, sal corriendo lo más rápido que puedas.

Pero hay gente así en todo el mundo, no solo en Occidente sino también en Oriente. Es muy raro encontrarse con un maestro que te respete, que te dé amor, que te dé libertad; que no cree ataduras, que no quiera hacer un pacto contigo, y que no pretenda que seas su sombra..., que quiera que seas tú mismo. Cuando encuentres a una persona así, habrá llegado el momento más importante de tu vida. No dejes que se te escape. Hay muchos farsantes, pero los verdaderos maestros son difíciles de encontrar.

Desafortunadamente, en nuestra época, en nuestro tiempo, nos hemos olvidado completamente de determinada dimensión, y no solo en Occidente. En Occidente nunca se ha conocido, pero en Oriente la habíamos descubierto y ahora la hemos perdido. Y si deja de haber maestros que hayan alcanzado su potencial máximo, que se hayan vuelto un Dios para sí mismos, entonces es muy difícil que los discípulos, que caminan a tientas en la oscuridad, ciegos, expuestos a toda clase de distracciones, puedan encontrar su propia dignidad, su propio ser.

Mi propósito no es formar discípulos —eso es solo el prólogo— sino maestros, todos los maestros posibles. El mundo tiene una enorme necesidad de personas despiertas, amorosas, libres, sinceras; las necesita urgentemente. Solo ellos podrán crear cierto entorno espiritual para evitar que las fuerzas suicidas, que son muy poderosas pero no más poderosas que el amor, destruyan el mundo.

¿Contradictorio o complementario?

La otra noche te oí decir que eres tan irrelevante como la existencia. Sin embargo, en lo que a mí respecta, eres absolutamente relevante y esencial. ¿Estamos contradiciéndonos el uno al otro?

Estoy completamente de acuerdo contigo. ¿Te das cuenta de la contradicción? La lógica interpreta que lo complementario es contradictorio. Y la lógica rige nuestra educación, nuestras mentes, de modo que siempre que dos cosas son complementarias surge la idea de la contradicción. De lo contrario, en una existencia interconectada, ¿cómo puede haber una contradicción?

La complementariedad es necesaria. Por ejemplo, el día y la noche no son contradictorios, son complementarios. Tampoco son contradictorios la vida y la muerte, sino complementarios. Constituyen un todo, un círculo entero y completo. Pero a los ojos de la lógica, es difícil entender que la vida y la muerte no sean contradictorias.

Parece obvio que la muerte es el final de la vida, aunque no es cierto. La muerte solo es el principio de una nueva vida; es una renovación, un rejuvenecimiento. El viejo cuerpo está cansado. Pero para madurar necesitas tener muchas experiencias. Tienes que moverte a través de otras muchas formas de vida, y hay millones de formas de vida.

Moviéndote a través de todas estas formas, aprendiendo poco a poco, paso a paso, centímetro a centímetro, llegas a la humanidad. La humanidad te ofrece una nueva oportunidad de transformación: salirte del círculo de la vida y la muerte y volverte parte de lo eterno. Quienes lo logren habrán vivido de verdad. A quienes se les escape, puede que tengan que volver a aprender el viejo camino. ¿Quién sabe cuántas vidas nos cuesta reconocer que la humanidad es el punto de partida no solo de la

muerte, sino también de la vida —de la vida tal como la conocemos—, hacia una nueva inmortalidad, hacia una vida que puede equipararse con la divinidad?

La lógica ha creado muchos malentendidos. Y sigue insistiendo en la dualidad de las cosas sin darse cuenta de su interconexión.

Esto me trae a la memoria un incidente. Mahatma Gandhi y Muhammadali Jinnah luchaban por la liberación de la India. Entre ellos dos solo existía una diferencia: Muhammadali Jinnah quería que Pakistán fuese un país independiente, solo para los musulmanes —un estado musulmán—, mientras que Gandhi quería que la India permaneciese unida y fuese un gran y extenso país. Estaban constantemente peleándose y el imperio Británico dependía de que llegasen a un acuerdo. Mientras no estuvieran de acuerdo, el imperio Británico seguiría diciendo: «Ni siquiera podéis ponerlos de acuerdo vosotros mismos, y no queremos dejar el país sumido en el caos. Si lo hacemos y dejamos el país sin unas directrices claras, se producirán enormes masacres y dirán que somos los responsables».

Esta era su política. Jinnah era muy obstinado. Finalmente, Gandhi, dándose cuenta de la situación —o seguían siendo esclavos o habría que dividir el país—, aceptó la división. La India se dividió en dos países.

Lo que quiero señalar es que ambos tenían un gran apego a pelear entre ellos, casi como si fuesen dos amigos íntimos. Jinnah se sentía muy solo en Karachi, la capital de Pakistán, echaba de menos a Gandhi y perdió el interés. Y en Nueva Delhi, Gandhi, que acostumbraba a decir que viviría ciento veinticinco años, abandonó esta convicción y dijo: «Quiero morirme lo antes posible. No siento alegría».

A primera vista, la lógica diría que estas dos personas eran contradictorias, enemigos el uno del otro. Pero en el fondo parece que existe una relación próxima. Jinnah estaba al frente del gobierno de Pakistán. Gandhi no era nadie, sus discípulos se encargaban de gobernar. Cuando había transcurrido justamente un año, fue asesinado por un hindú. A nadie se le habría pasado por la cabeza... Tenía muchas posibilidades de ser asesinado por un musulmán; sin embargo, fue un hindú. La vida es inexplicable.

Parece extraño, pero en el fondo hay cierta conexión. Mientras Gandhi siguiese vivo, los hindúes de la India no serían el único poder, porque también había musulmanes, judíos, católicos, jainistas y budistas. Y Gandhi quería crear un estado absolutamente laico. Jinnah hizo un buen trabajo: se deshizo de casi todos los hindúes de Pakistán y creó un estado musulmán, un estado religioso.

Gandhi no podía hacerlo. Y si Gandhi seguía con vida, impediría todo lo que

estuviese en esa línea. Y lo más extraño es que la mayor concentración de musulmanes del mundo se encuentra en la India. En ningún otro país..., incluso hoy, después de la división de Pakistán por un lado y de Bangladesh por el otro, la India sigue teniendo la mayor población musulmana del mundo. Es el estado musulmán más grande.

El miedo de los hindúes era el siguiente: «Los musulmanes son más prolíficos y esta constitución permite la libertad de culto... y cada uno puede casarse con cuatro mujeres... Pronto serán mayoría en el país. Y los hindúes estarán gobernados por los musulmanes».

Tenían que eliminar a Gandhi. Y cuando se corrió la voz por toda la India del asesinato de Gandhi, todo el mundo, sin excepción, pensó que habían sido los musulmanes. Yo dije a mi padre: «No lo creo, porque los musulmanes ya han conseguido lo que querían. Deseaban un estado independiente, y lo tienen. Les han hecho entrega de todo lo que pedían. ¿Para qué querrían matar a Mahatma Gandhi si no suponía ningún impedimento? Evidentemente ha sido asesinado por un hindú».

Y desgraciadamente ese hindú era de Puna. Pero el día que asesinaron a Gandhi, la noticia llegó a Karachi... En todo ese año Muhammadali Jinnah no había llevado escolta ni seguridad, porque no creía que los musulmanes fuesen a asesinarle. Les había hecho entrega de un país que no era suyo. Estaba sentado en el jardín de su casa hablando con su secretario, cuando oyó por la radio la noticia del asesinato de Gandhi cometido por un hindú. De repente, Muhammadali se puso en pie, y su secretario tuvo que sujetarle porque empezó a tambalearse. La idea de que un hindú hubiese asesinado a Gandhi le había conmocionado. Y se dio cuenta de lo que podía ocurrirle: él también podía ser asesinado por un musulmán.

Y, efectivamente, fue asesinado por los musulmanes, pero de una forma tan lenta que no pareció un asesinato. Estaba viejo y enfermo, y tras la muerte de Mahatma Gandhi no volvió a levantarse de la cama. Todo el mundo le decía: «Deberías estar feliz de la muerte de Gandhi». Y él respondía: «Sin él siento un gran vacío. Él era mi alegría, éramos compañeros de juego. Ahora estoy solo. Ya no puedo jugar con nadie al viejo juego. Ya no hay nadie que sea contemporáneo mío. Mahatma Gandhi era mi único contemporáneo, y ahora está muerto».

Enfermó y nombró cabeza pensante del país a Liyakat Ali Khan, su discípulo más próximo, porque él ya no podía trabajar. Y esto es lo que hizo Liyakat Ali Khan... Acaban de publicar un libro del médico que cuidaba a Muhammadali Jinnah; en él se dice que Ali Khan relegó a Muhammadali a la región más remota de Pakistán, donde

no había medicinas ni hospitales —si tenían que pedir una medicina, tardaba tres semanas en llegar—, no había línea de ferrocarril, ni aeropuerto, ni nada, bajo el pretexto de que ese clima era más adecuado para él. Ahora Ali Khan estaba en el poder.

A Jinnah solo le asignaron un médico, ni siquiera una enfermera o un sirviente para que le cuidara. En sus recuerdos, el médico dice: «Fue un asesinato político llevado a cabo de una forma muy diplomática». Había períodos de tres semanas en los que no tenía medicinas. El médico seguía informando de la necesidad urgente de algún medicamento, pero esa medicina tardaba tres semanas en llegar.

Yo también creo que asesinaron a Jinnah. El médico relata en su libro: «Jinnah me confió un extraño secreto: “He cometido un error dividiendo la India y Pakistán”. Es una declaración muy extraña. Había luchado toda su vida a favor de Pakistán, y en el último momento confiesa: “He cometido un gran error, y ahora ya no hay vuelta atrás. Soy demasiado viejo y Gandhi ha muerto. Si me quedase algo de salud, habría ido a Nueva Delhi para decir a Jawaharlal: ‘Olvídate de esa idea de los dos países. Es una insensatez’”». Pero con Gandhi nunca pudo ponerse de acuerdo.

¿Fueron enemigos o complementarios? Un historiador corriente dirá que eran enemigos, pero no lo eran. Jinnah respetaba profundamente a Gandhi, y este a Jinnah. Estar de acuerdo o no en asuntos políticos es una cuestión, pero el amor que se tenían es algo completamente distinto.

Aunque cueste creerlo, Gandhi hizo a Jinnah la siguiente oferta: «Te nombraré primer ministro de la India si no permites la división. Y podrás elegir a todo tu gabinete. Yo no voy a interferir; apartaré a Jawaharlal y a todos los demás opositores. Son mis seguidores y puedo decirles que se vayan y permitan que Jinnah tenga su gobierno. Confío en ti; en tus manos el país no sufrirá, será próspero. Tu inteligencia, tu calibre, tu carácter, todo esto me hace creer que es razonable que seas tú el primer ministro del país. ¿Por qué ser líder de una pequeña porción del país cuando te estoy ofreciendo serlo de todo el subcontinente indio?».

Pero Jinnah se negó y dijo: «Jamás lo aceptaré. He luchado por ello y lo conseguiré. Admito que es una buena idea, pero es tuya». Se pasaron toda la vida luchando y sufriendo por ello. Gandhi siempre se interesaba por la salud de Muhammadali Jinnah: «¿Qué tal se encuentra? ¿Sigue siendo tan luchador y tan inteligente?». Y lo mismo le ocurría al otro.

Solo os estoy dando un ejemplo de la realidad humana. Cuando muere tu enemigo, también muere algo tuyo; ya no eres el mismo. El enemigo formaba parte de tu ser.

Puede que nunca lo hayas considerado de este modo, como algo que te complementa. A otra escala mayor, toda la existencia es complementaria. Pero Aristóteles, que inventó la lógica occidental, no entendía la complementariedad. Se le considera el padre de la lógica, pero no es ni siquiera el tío, porque, poco a poco, se está demostrando que su lógica estaba equivocada.

En Oriente tenemos un enfoque completamente distinto. Es un enfoque que está en armonía con la vida. Quienes no están acostumbrados dicen que es contradictorio, incoherente. Pero los que lo entienden pueden ver que existe una profunda conexión.

Una mañana, un hombre preguntó a Gautama Buda: «¿Crees en Dios?». Y Buda le dijo: «¿Dios? Dios no existe. No es una cuestión de creer». Y lo dijo con total convicción.

Por la tarde otra persona le preguntó: «¿Existe Dios?». Y Buda le respondió: «Sí, por supuesto. Sin Dios la vida estaría muerta, inconsciente. Dios es la inteligencia de la existencia».

Por la noche llegó otra persona y le preguntó: «No sé por dónde empezar. Yo no soy un intelectual, y ni siquiera sé si Dios existe o no existe. Todavía no he tomado ningún partido. ¿Me podrías ayudar a ver la realidad?».

Gautama Buda, al escucharle, no respondió, cerró los ojos y entró en meditación profunda. Este hombre, al ver la belleza y la gracia de Buda meditando, entró él mismo en meditación... Ya conoces esta experiencia: si estás sentado con algunas personas y alguien se pone a bostezar, de repente, empieza a entrarte sueño. No somos islas, estamos conectados, por eso las cosas pasan de una persona a otra. Y un hombre como Buda, con un silencio tan grande, creó tal situación que esa persona entró en ese silencio y también cerró los ojos.

Al cabo de una hora, Buda lo agitó y le preguntó: «¿Has tenido alguna respuesta?». El hombre se postró a los pies de Buda y dijo: «Estoy agradecido. No hay preguntas ni respuestas. En el fuero interno de una persona solo hay silencio absoluto, y ese silencio se va extendiendo hasta lo más profundo del universo. Pero no hay preguntas ni respuestas. La vida es muy inocente. Te estoy muy agradecido por haberme mostrado el camino».

Ananda, que siempre se quedó al lado de Buda para cuidarle, estaba muy sorprendido porque había oído las tres respuestas. En una de ellas Dios no existía, en la otra Dios existía, y en la tercera no surgió la pregunta. Cuando todo el mundo se hubo ido, Ananda preguntó a Gautama Buda: «Quiero dormir tranquilo, y no voy a poder hacerlo con estas respuestas tan contradictorias. Uno espera que tengas cierta

coherencia. Si dices que sí, mantenlo, y si dices que no, esa es tu respuesta. Pero ¿qué clase de respuesta es esta?».

«Ananda —dijo Buda—, te lo he dicho muchas veces: esa no es tu pregunta y no te estaba respondiendo a ti.»

Ananda dijo: «Ya lo sé, yo también te he oído decir muchas cosas. Pero es innegable que tengo oídos y te escucho. No puedo taparme los oídos cuando estás respondiendo a alguien. He oído las tres respuestas y son contradictorias».

Gautama Buda dijo: «Solo por el bien de tu sueño te diré que el primer hombre que vino era ateo, un ateo consumado, muy conocido. Él quería una respuesta para justificarse. No es un buscador, no está realmente en la búsqueda. Y yo tenía que hacer añicos su ego. Y esto mismo ocurrió con la segunda persona. Llegó con un prejuicio y quería justificar ese prejuicio. Y justificar el prejuicio de una persona no es una actitud muy benévola. Así que destruí ese prejuicio. Tú solo has oído las respuestas pero no has visto el trasfondo.

»El trasfondo siempre es el mismo: destruir el prejuicio, destruir la creencia y llevar a esas personas a la verdadera y auténtica experiencia. Por eso al tercer hombre no le respondí, porque no tenía prejuicios. Era tan inocente que habría sido un crimen decirle nada. Lo único que podía hacer era entrar en meditación rodeado por el profundo silencio de la noche... Y al ser una persona inocente, él también entró en silencio. Por primera vez experimentó su propia paz interior, sin preguntas, sin respuestas. Y estaba agradecido. Se postró a mis pies diciendo que su problema había sido resuelto».

El trabajo de un maestro es muy complejo porque trabaja con muchas personas y cada una tiene sus prejuicios, sus condicionamientos..., y tiene que hacerlos añicos para que estas se queden totalmente limpias, como al nacer, sin saber nada. Ese no saber nada en el niño era una hermosa flor. Lo llenaba de asombro.

El conocimiento mata el asombro. El no saber te llena de una experiencia misteriosa.

Cuando un niño abre los ojos y ve los pájaros, los rayos del sol, los árboles, la vegetación y tantos colores, es incapaz de describirlo; ni siquiera sabe los nombres. Pero vive como en el paraíso. El paraíso está en su inocencia.

Mi intención es que recuperéis la inocencia del niño. No os estoy dando ningún dogma, por eso no puede haber ninguna contradicción. Yo predico la no- filosofía, de modo que no hay contradicciones. Quiero que toda esa basura que habéis ido

acumulando a lo largo del tiempo se haga añicos. Si puedo eliminarla de vuestra mente y daros un cielo limpio, habré llevado a cabo mi trabajo.

Sin saberlo, lo sabrás. El misterio, lo misterioso, la poesía de la vida, la música y la danza... todo estará a tu alcance.

El conductor de un camión va por la autopista a 150 kilómetros por hora cuando de repente se le aparece una cara a la altura de la ventanilla izquierda. El conductor se asoma y ve a un hombre de pie en una moto manejando el manillar con un pie.

El conductor baja la ventanilla, y el motociclista saca un cigarrillo y le pide fuego.

«Puedo darte fuego —le responde el conductor sacando el mechero—, pero ten cuidado porque vas a matarte.»

«No —responde el motociclista—, solo fumo tres cigarrillos al día.»

El curso de la vida no es la lógica; al contrario, te aleja de ella. El camino que conduce a la vida consiste en tener la claridad de un espejo, que refleja sin aferrarse a nada.

Aunque Aristóteles es considerado el padre de la lógica, no era muy lógico. En sus libros dice que las mujeres tienen menos dientes que los hombres, a pesar de que tenía dos mujeres y podía haberles contado los dientes en cualquier momento. Pero no, en Grecia, igual que en otros sitios, había prejuicios contra las mujeres, eran consideradas inferiores a los hombres; no podían ser, bajo ningún concepto, ciudadanas de primer orden, ni siquiera en lo que respecta a los dientes.

Aristóteles tuvo muchas ideas que gozaron de cierto éxito pero que luego fracasaron estrepitosamente porque no provenían de un ser iluminado, ni de una meditación profunda. Solo eran un pensamiento superficial. Hoy en día ha aparecido una nueva lógica: la lógica no-aristotélica. Euclides inventó su geometría obedeciendo a la lógica. Actualmente, ya que la figura principal está en declive, Euclides ha ido perdiendo terreno día tras día. Y ha surgido una geometría no-euclidiana.

A los niños se les pueden inculcar ideas absurdas: por ejemplo, que dos líneas paralelas nunca se encuentran. Pero nadie te pregunta si eres capaz de dibujar dos líneas exactamente paralelas. Es imposible. Todo lo que hagas acabará confluyendo: es posible que a muchos kilómetros de distancia, pero dos líneas paralelas confluyen en algún punto porque han sido creadas por un ser humano que no puede hacer nada absolutamente perfecto.

Euclides sigue diciendo: «La definición de una línea es que tiene longitud, solo longitud». Pero ¿acaso se puede dibujar una línea que solo tenga longitud? Por muy

fina que sea, siempre tendrá algo más que longitud. Define el punto como algo que no tiene longitud, extensión; ¿cómo se puede dibujar un punto que no tenga longitud o extensión, por muy pequeño que sea?

Ahora se están cuestionando todos los principios de Euclides. Y este solo es una extensión lógica de Aristóteles. Aristóteles no era un sabio, tan solo un pensador. Y un pensador no puede llegar a conclusiones reales; solo son reales en apariencia. Solo un sabio puede ver la realidad tal como es. Fue Aristóteles quien dividió el mundo en dos: el mundo material y el mundo espiritual.

Es una gran coincidencia, muy interesante, que el mundo espiritual reciba el nombre de «metafísico». Esto se debe únicamente a que en el libro de Aristóteles hay varios capítulos sobre ello. Tras el capítulo de la física hay un capítulo —que él no denomina metafísica—, donde habla de las cosas que no pueden reducirse al mundo físico. Pero al ir después del capítulo de la física —y *meta* significa después—, ha recibido ese extraño nombre: metafísica significa «después de la física».

Pero la existencia es una. Puedes subdividirla arbitrariamente para ciertos fines, aunque nunca debes olvidar, ni por un solo instante, que esa división es arbitraria. La existencia es una unidad inquebrantable. La materia solo es espíritu condensado, el espíritu es la materia que ha llegado a florecer; es la diferencia que existe entre la semilla y la flor.

No hay ninguna diferencia, porque la semilla en sí contiene la flor, y la flor contiene muchas semillas. De manera que forma un círculo; no hay divisiones. Todas las ideas divisorias son muy arriesgadas. En Oriente también ha habido una lógica, pero no es la aristotélica. La lógica de Buda es una lógica cuádruple. Si le preguntas «¿Existe Dios?», puede responder «Tal vez». Pero «tal vez» no es una respuesta. Si le preguntas «¿Hay alguna duda?», te dirá «Tal vez». «¿Estás seguro?», te dirá. «Tal vez.»

Mahavira llevó la idea del «tal vez» hasta el extremo. Su lógica presenta siete aspectos. Es uno de los conceptos más complicados pero representa perfectamente la realidad porque dice: «Todo lo que digas solo contiene un aspecto de la realidad. ¿Qué ocurre con los demás aspectos? Tienes que hacer otras afirmaciones». Según él, no podrás abarcar la totalidad de la realidad a menos que propongamos siete afirmaciones. Pero esas siete afirmaciones serán contradictorias.

Si le preguntas «¿Qué me dices de Dios?», te responderá «Dios existe». E inmediatamente añadirá: «Dios no existe». Y después: «Dios es ambas cosas, existe y

no existe». Y más tarde dirá: «Dios no es ninguna de las dos cosas: no existe ni deja de existir». Y finalmente: «Dios es indefinible».

Mahavira no tuvo muchos seguidores sencillamente porque solo un loco podría aceptar algo semejante. La gente quiere respuestas concretas. Pero la existencia es un fluir, no es definitiva, siempre va cambiando, está en continuo movimiento. Presenta todos los aspectos posibles. En un sentido puedes decir «Sí, esto es verdad», y en otro sentido dices «No es verdad».

Un hombre había sido llamado como testigo en un juicio de un asesinato. Había otro testigo que afirmaba que el asesinato se había producido en su casa, pero el primero decía que había ocurrido al aire libre.

El juez estaba muy extrañado. Ambos eran personas íntegras, de fiar. Entonces su secretario le dijo: «No se sorprenda, ambos tienen razón. La casa estaba en construcción, pero aún no la habían techado. De modo que el asesinato ocurrió dentro de la casa pero al aire libre».

Si te fijas, verás que hay muchas cosas en la vida que carecen de toda lógica, pero eso significa que no has profundizado lo suficiente, si no, todo encaja. Forma parte de la existencia.

Un hombre es llamado como testigo principal de un caso de agresión, pero su descripción del hecho va complicando aún más las cosas.

«Él empezó todo, su señoría —dice—. Me pisó un pie y por eso le di un empujón y un puñetazo. Entonces, llegó su perro y volví a pegarle.»

«¿Al perro?», pregunta el juez.

«No, su señoría, a él. Agarré una piedra y se la tiré, y entonces salió rodando.»

«¿Le tiraste una piedra?», pregunta el juez.

«A él no, su señoría —dice—, a su perro. Pero entonces se levantó y volvió a pegarme.»

«¿El perro?», pregunta el juez.

«No, el perro no, él. Entonces metió el rabo entre las piernas y salió corriendo.»

«¿Él?», pregunta el juez.

«No, el perro —responde—. Luego se acercó a mí y me agarró, y empezó aporrear-me, su señoría.»

«¿Se acercó el perro?», pregunta el juez.

«No, su señoría, él. Y no le pasaba nada.»

«¿A quién no le pasaba nada?», pregunta el juez.

«Al perro, su señoría», responde.

El juez se rascó la cabeza y puso una multa al perro.

Tras una infructuosa noche en el baile del pueblo, un chico emprende en solitario su camino de regreso a la granja. Cuando está a medio camino, las calabazas del campo, iluminadas por la luz de la luna, le recuerdan al pobre chico libidinoso los redondos culos de las mujeres. Se pone junto a una de esas calabazas, le hace un agujero y empieza a desfogarse.

De repente, se oye una voz que dice: «¿Qué demonios está usted haciendo con esa calabaza?».

El chico da un brinco, se pone de pie, y al ver la chapa del policía brillando en la oscuridad, suelta lo primero que se le ocurre: «¿Calabaza? ¿Qué calabaza? Madre mía, ¡no me diga que ya es medianoche!».

Un hombre decide probar suerte en el ejército y es enviado a un campo de maniobras. Una noche, vuelve de unas maniobras militares recubierto de excrementos de vaca.

«¿Por qué vuelves tan tarde al campamento?», le espeta el sargento.

«Lo siento, señor —le responde—, pero al atravesar ese prado lleno de vacas, mi sombrero salió volando y tuve que probar con treinta antes de encontrarlo.»

TERCERA PARTE

La experiencia de estar en casa

Sentirse en casa es una de las experiencias espirituales
más importantes. Normalmente,
nadie se siente en casa en ninguna parte.
La gente va dando vueltas por el mundo
buscando un lugar donde sentirse en casa,
pero vayan a donde vayan,
siguen siendo la misma persona,
siguen arrastrando sus preocupaciones,
sus tensiones, su angustia.
Y debido a su angustia y a su ansiedad,
sienten cierto desasosiego;
de lo contrario,
podrías sentirte en casa en cualquier parte.

Simplemente aquí – Sin saber por qué

¿Por qué nunca respondes mis preguntas? ¿Hay alguna selección antes de que las recibas? Si es así, quiere decir que las personas que seleccionan las preguntas no son las adecuadas, porque solo eligen las preguntas más tontas, en lugar de las mías, que tienen cierto nivel. No estoy comparando simplemente para satisfacer mi ego.

Lo que es un milagro es que hayan seleccionado tu pregunta. Las personas que eligen las preguntas, sin duda, deben de ser muy inteligentes, y ahora tú mismo tendrás que reconocer su inteligencia porque han elegido la tuya. No obstante, me gustaría decir varias cosas acerca de tu pregunta, ya que hay mucha gente que se siente así, no solo tú.

Recibo muchas preguntas y solo puedo responder algunas. Naturalmente, muchas personas deben de sentirse heridas porque su pregunta no ha sido seleccionada. Pero no están escuchando bien. Puede que su pregunta no haya sido seleccionada, pero decididamente ha sido respondida.

Cuando respondo una pregunta, estoy respondiendo cientos de preguntas. No importa que sea la tuya. La idea misma de que «deberías contestar mi pregunta» significa que estás más preocupado por el hecho de que sea tu pregunta que por la pregunta en sí. Si escuchas atentamente, verás que de una manera u otra tu pregunta está siendo respondida, aunque no mencione tu nombre, que es irrelevante.

He podido comprobar que cuando menciono el nombre de alguien y respondo su pregunta, esa persona es la que menos comprende la respuesta. El motivo es muy obvio: está tenso —porque se trata de su pregunta— y algo preocupado, asustado. Puedo decirle algo que le conmocione, puedo darle un estacazo, una bofetada. Al hacerme la pregunta, se siente vulnerable; por eso, cuando se trata de tu pregunta, estás con la mente en tensión y no te llega al corazón.

Hay otras personas que escuchan la respuesta totalmente relajadas. No es su

pregunta. En ese estado de relajación son capaces de estar más atentos que la persona cuya pregunta estoy respondiendo. Pero yo me ocupo de que todas las preguntas sean respondidas, si no es hoy, será mañana. Estás diciendo: «¿Por qué nunca respondes mis preguntas?». Ya las he respondido todas. No lo has entendido simplemente porque no he mencionado tu nombre.

«¿Hay alguna selección antes de que las recibas?», me preguntas. No hay ninguna selección. Recibo todas las preguntas. Y luego dices: «Si es así, quiere decir que las personas que seleccionan las preguntas no son las adecuadas». No hay nadie. Recibo las preguntas sin que haya ninguna selección. Yo las hojeo y selecciono cuatro o cinco. Pero también procuro contestar las preguntas que no han sido seleccionadas.

Estás diciendo que los que hacen la selección «... eligen las preguntas más tontas, en lugar de las mías, que tienen cierto nivel». ¡Pero ahora acaban de elegir la tuya! No hay nadie haciendo una selección, de lo contrario no habrían elegido tu pregunta. Esto puedo afirmarlo con absoluta certeza. Si hubiera alguien seleccionando las preguntas, esta no me habría llegado, la habrían tirado.

En cuanto a preguntas tontas... todas las preguntas lo son. Los sabios nunca preguntan, solo preguntan quienes no lo son. Los que están callados y son inteligentes, en lugar de hacer preguntas, simplemente intentan comprender la existencia. Preguntar es la vía equivocada. Te lleva al mundo de la filosofía, donde hay miles de preguntas y cada una ha sido respondida millones de veces, por diferentes personas y en distintas épocas; sin embargo, ninguna pregunta ha recibido respuesta. Sigue sin haber una respuesta.

Solo hay dos posibilidades. Si conviertes la vida, la existencia, el amor, en una pregunta, siempre quedará sin respuesta. Pero si conviertes el amor, la vida y la celebración en una experiencia, tus preguntas se disolverán. Estoy usando la palabra «disolver», no «resolver». Porque la palabra «solución» pertenece a la dimensión filosófica. Y una solución no resuelve porque implica nuevas preguntas. Tu verdadera pregunta no necesita una respuesta, sino disolverse. Una solución no va a disolverla; eso solo puede hacerlo tu propia experiencia.

Es lógico y natural que las preguntas que los demás hacen te parezcan tontas. Y esas preguntas tan inteligentes que tú haces parezcan a los demás una tontería, una tontería absoluta. Lo que les da valor es tu ego. En el momento en que tu ego deja de estar ahí, de pronto la pregunta ya no tiene importancia.

Pero insisto en que todas las preguntas son estúpidas porque las personas que han alcanzado la sabiduría no tienen preguntas. No es que hayan encontrado la respuesta.

Al contrario, se han quedado al mismo tiempo sin preguntas y sin respuestas. Van juntas, van unidas. Cuando desaparecen las preguntas y las respuestas, tu inocencia conoce los mayores misterios, los secretos, sin convertirlos en conocimiento. Los experimenta, se vuelven parte de tu sangre, de tus huesos, de tu médula. Se vuelven parte de tu ser, de tu danza, pero no responden a ninguna pregunta.

Yo no hago distinciones entre las preguntas inteligentes y las tontas, pero si quieres que las haga, te diré que las preguntas inteligentes son más tontas que las preguntas tontas, porque las preguntas tontas al menos son inocentes. Es innegable que las preguntas inteligentes provienen del ego. Son proyecciones de una mente que piensa: «Yo sé».

Las preguntas surgen de muchas fuentes. Algunas surgen de tu inocencia y pueden parecer tontas. Otras de tu erudición y pueden parecer muy inteligentes. Otras surgen de tus experiencias vitales, pero son preguntas que eres incapaz de expresar con palabras. Tendrás que esperar. Cuando llegue el momento y la hora, florecerá dentro de ti algo y tu pregunta desaparecerá. No significa que recibas una respuesta, sino una pureza no alterada por preguntas ni respuestas. Las dos cosas son alteraciones.

Yo sigo respondiendo vuestras preguntas pero no para que seáis más cultos, sino para que podáis daros cuenta de que todos esos conocimientos no representan la verdadera sabiduría. Y esos conocimientos desaparecen cuando adviertes que no son tu verdadera sabiduría. Es suficiente con reparar en ello. No tienes que hacer nada para deshacerte de tus conocimientos. Cuando te das cuenta desaparecen, y lo que queda es un silencio absoluto, una pureza no alterada por preguntas ni respuestas.

Esta pureza y silencio inalterados son la verdadera sabiduría. Sabe sin saberlo, es absolutamente inocente. Es justamente un renacimiento.

Creer que tus preguntas tienen calidad. ¿Y no crees que una pregunta tonta también posee calidad? Puedes decir que es tonta, pero tiene calidad. Quizá esa calidad no te guste, porque hay distintos gustos. Lo que a ti te parece importante a otra persona puede no parecérselo. Por favor, deja de comparar.

Y al final, como debías de presentir que a algunas personas tu pregunta podría parecerles una proyección del ego... Tú mismo te has dado cuenta. Y para descartarlo, tu pregunta termina con: «Y no estoy comparando simplemente para satisfacer mi ego». Si no estás comparando para satisfacer tu ego, ¿por qué lo mencionas? ¿Por qué lo niegas? Tu negación demuestra que en el fondo te estás dando cuenta de lo que es en realidad.

Antes de pasar a tu segunda pregunta —porque esto es tan solo una introducción

—, me gustaría decirte algo que carece de calidad. Porque para abordar una pregunta de tanta calidad, una pregunta tan ilustre, tan importante, primero hay que echarse una buena carcajada:

La señora de Iván el Terrible está almorzando con la señora de Atila el Huno y Nancy Reagan. Las tres mujeres empiezan a cotillear.

La señora de Iván el Terrible dice: «Cuando quiero que Iván haga el amor conmigo, hago pasar a media docena de vírgenes desnudas para que den vueltas por el dormitorio durante una hora o dos, montadas a pelo en ponis. Eso no falla y siempre se excita».

«Mmm —dice la señora de Atila el Huno—, mi técnica es poner cuatro parejas de luchadoras de sumo revolcándose en una enorme piscina de barro en nuestra habitación. Eso suele funcionar para que Atila se quede despierto el tiempo suficiente y haga el amor conmigo.»

Nancy dice: «En ese sentido, yo tengo más suerte con Ronnie. Vuestro cuarto debe de estar hecho un asco con tanto barro y tanto excremento de poni. Yo, cuando quiero que Ronnie no se quede dormido, lo único que tengo que hacer es susurrarle al oído: “Cariño, Osho ha vuelto a Estados Unidos”. E inmediatamente se pone a gritar: “¡Llama a Ed Messe, llama al FBI, llama a la CIA, llama al ejército! Y por lo que más quieras, ¡dame las píldoras contra el infarto!”».

Ahora viene tu pregunta seria.

Si la vida no tiene sentido, ¿por qué esa dialéctica intrínseca de vivir miles de vidas hasta que el entendimiento nos lleve a la iluminación, y después a una existencia no física, y después... y después... parece que no se acaba nunca... es la eternidad?

Si no existe alguien o algo que crea un mundo de mil colores místicos, ¿por qué estoy aquí? Yo no he querido formar parte de este juego, ¿o acaso sí? ¿No puede haber simplemente una nada existencial que no tiene nada, y no está dentro de nada?

Es exactamente lo que estás diciendo. Es una nada no existencial, sin nada, ni dentro ni fuera. Yo soy un sueño, tú eres un sueño. No te lo tomes demasiado en serio. Surgimos de la nada como las pompas de jabón, y en la nada desaparecemos. Y no puedes hacerme esa pregunta porque yo no tengo nada que ver con todo esto.

Yo estoy en el mismo barco. Tú me preguntas qué haces aquí, y yo quiero saber qué hago yo aquí. Y esto es lo que tú llamas una pregunta inteligente...

Jesús y san Pedro bajan a la tierra para ver cómo van las cosas. Después de viajar todo el día por el universo, llegan de noche a una vieja granja. Para no asustar al granjero, deciden dormir en el granero.

Jesús dice a Pedro: «Yo dormiré arriba en el pajar y tú quédate aquí. Cuando te pongas cómodo, cántame una nana para que me duerma».

Pedro asiente y empieza a cantar suavemente.

«¡Canta más fuerte!», grita Jesús.

«Pero, Señor —dice Pedro—, el granjero puede despertarse.»

«¡Pedro! —pregunta Jesús—, ¿me amas?»

De modo que Pedro se pone a cantar más alto y el granjero se despierta, va al granero y le da una paliza.

«Pedro —dijo Jesús—. ¿Todavía me amas?»

«Por supuesto —responde Pedro—. Una pequeña paliza no me hará dudar.» Así que Jesús le pide que siga cantando. Al cabo de un rato llega el granjero enfurecido, agarra un palo y vuelve a aporrear a Pedro.

Cuando se marcha, Jesús le pregunta: «Pedro, ¿todavía me amas?»

Pedro le contesta: «Bueno, quizá podríamos cambiarnos de sitio.»

«Muy bien —responde Jesús—, si crees que eso aumentará tu amor hacia mí...»

Se intercambian el sitio y esta vez Pedro se pone a cantar muy alto, pensando: «¡Ahora se va a enterar!».

Y, efectivamente, al cabo de un rato llega el granjero enrojecido de cólera, entra en el granero y agarra a Jesús. Entonces se detiene y dice: «No, a este ya le he sacudido antes. Ahora voy a sacudir al imbécil de allí arriba».

La existencia es muy lúdica, muy teatral. No es para hacerse preguntas, sino para vivirla intensamente, con alegría, sin preocuparte en absoluto por su sentido o por qué estamos aquí. Todas esas preguntas parecen muy importantes pero realmente son una tontería.

La existencia es como es. Y no puedes preguntar a nadie, no hay ninguna oficina de reclamaciones, no hay una oficina de información. Simplemente estamos aquí, nadie sabe por qué. Vamos a pasar este rato lo mejor que podamos. ¿Para qué preocuparnos por cosas innecesarias? Simplemente disfruta y no te preocupes por el parloteo de tu mente.

Todas las preguntas son tontas porque nadie puede responderlas. ¿A quién vas a preguntarlas? Aunque hubiese un Dios ahí sentado entre vosotros, él tampoco sabría decir por qué está ahí sentado. Y podrías preguntarle: «¿Por qué has creado el mundo?». Él te responderá: «¿Y por qué no?». Recuerda que Dios es judío y que los judíos tienen por costumbre... Si les haces una pregunta, te responden con otra. Si le preguntas «¿Por qué has creado el mundo?», él te preguntará «¿Por qué me lo preguntas? ¿Quién eres? ¿Por qué no iba a hacerlo...?».

Es imposible encontrar a alguien con autoridad para responder por qué estás aquí. Todo está bien como está. No hay que ser tan quisquilloso: por qué estoy aquí, por qué estás ahí. Piensa en los que no están aquí, que nunca han estado aquí y que nunca estarán aquí. ¡Esos pobres ni siquiera tienen la oportunidad de preguntar!

11

El camino es solo un recordatorio

Si el zen es el camino y tú eres la puerta, ¿quién vive en la casa?

El zen es el camino y yo soy la puerta y tú vives en la casa. Te has olvidado por completo, y eso es lo que crea la necesidad de trazar un camino, para recordártelo. El camino solo es un recordatorio. Te has olvidado completamente de que estás en casa. Crees que estás fuera; por eso necesitas una puerta de entrada.

Para recordártelo hay que acompañarte por el camino y ayudarte a entrar en la casa que, de hecho, nunca has abandonado.

Solo es un juego imaginario: emprender el camino, hacer grandes sacrificios, meditaciones, el maestro... Y finalmente llegar a la puerta y decir: «¡Ajá! He llegado». Y es la casa que nunca abandonaste.

Es la primera vez en mi vida que me siento «en casa». Mi corazón late con fuerza y siento un profundo agradecimiento. ¿Por qué cuando no estoy contigo físicamente, o incluso cuando dejas de hablar, desaparece esta sensación de estar en casa?

Sentirse en casa es una de las experiencias más espirituales. Normalmente, nadie se siente en casa en ninguna parte. La gente va dando vueltas por el mundo buscando un lugar donde pueda sentirse en casa pero, vaya a donde vaya, sigue siendo la misma persona, sigue arrastrando sus preocupaciones, sus tensiones, su angustia. Y a consecuencia de esa ansiedad y angustia, sigue sintiendo cierta inquietud; de lo contrario, te sentirías en casa en cualquier sitio.

Toda la existencia es tu hogar. Pero la ansiedad, las preocupaciones, la tensión, la angustia, la infelicidad, el sufrimiento, los deseos... crean muchísimas cortinas a tu alrededor y por eso no te sientes cómodo.

Aquí te sientes a gusto, en casa, pero tu problema es que... Tú dices: «Mi corazón late con fuerza y siento un profundo agradecimiento. ¿Por qué cuando no estoy

contigo físicamente, o incluso cuando dejas de hablar, desaparece esta sensación de estar en casa?». No te ocurre nada misterioso, es muy sencillo. Cuando hablo, de pronto tu parloteo interno cesa. Es el propósito de mis charlas: hacer que esa cháchara se detenga al menos unos instantes.

En cuanto no sientes un parloteo dentro de ti, estás en casa. Esa cháchara interfiere en tu paz, en tu alegría, en tu dicha. Por eso, cuando te alejas de mí, tu mente empieza a enloquecer y dejas de tener la sensación de sentirte en casa. Te ocurre lo mismo incluso aquí, cuando no estoy hablando. Puedes darte cuenta. No es una cuestión de espacio, ni una cuestión de estar aquí o en algún otro sitio. Cuando dejo de hablar, tu cháchara interior empieza.

¿En qué consiste tu cháchara? Son tonterías, idioteces. Naturalmente, dejas de sentirte en casa. Pero cuando estás en silencio... y solo estás en silencio cuando hablo. Tienes que aprender, poco a poco, a estar en silencio incluso cuando no hablo, incluso cuando no estoy presente, incluso cuando no estés cerca de mí físicamente.

¿Acaso no sientes el amanecer y los pájaros y los árboles? Todo está en calma. Aparte del hombre, nadie se suicida, ningún árbol, ningún pájaro. Aparte del hombre, nadie necesita psiquiatras. Aparte del hombre, todo está exactamente como tiene que estar, perfectamente feliz. En los cantos de los pájaros, ¿sientes que hay tristeza? Solo hay una alegría desbordante. No están hablando sobre grandes temas filosóficos, no están rezando en las iglesias, no están diciendo nada concreto, es la felicidad que les produce una energía desbordante lo que les hace sentirse en casa.

No tienen nada: ni dinero, ni poder, ni prestigio. No padecen un complejo de inferioridad, ni de superioridad. Nunca sufren de esquizofrenia. Tenemos mucho que aprender de los árboles y de los animales. Y tu problema está muy claro.

Estos encuentros que tengo contigo, estas charlas no son sermones de una iglesia, donde se imparte un dogma. Son una herramienta nueva que no ha sido usada anteriormente por nadie. Yo hablo para que puedas encontrar el silencio. Yo hago tu parloteo y tú mi silencio, ¡es un simple intercambio! Me paso todo el día en silencio y yo también me aburro. Por eso dos veces al día me tomo la revancha. Tú estás todo el día charlando. Tómate la revancha dos veces al día y quédate en silencio. Y así te sentirás en casa en cualquier lugar.

Un hombre tiene un problema con la policía y consulta a su abogado.

«Si ganas el juicio —dice—, te daré quinientos euros.»

«De acuerdo —acepta el abogado—, consígueme varios testigos.»

El hombre reúne varios testigos y gana el juicio.

«Ahora —dice el abogado—, ya has ganado el juicio. ¿Dónde están mis quinientos euros?»

«Muy bien —contesta el hombre—, consigue varios testigos.»

Se trata de un simple cálculo... No es difícil quedarse callado, es una dicha enorme. Sin darte cuenta, te encuentras en armonía con el latido del universo. Y es el mayor éxtasis que pueda existir. Si sabes saborear su silencio, este mismo momento puede ser una revolución crucial en tu vida.

Normalmente, cada vez que alguien iba a verle, Gautama Buda solía... y todos los días llegaban grandes filósofos, pensadores y teólogos para hacerle preguntas. Maulingaputta, uno de los grandes filósofos de los tiempos de Gautama Buda, debatió con muchos otros santos y los derrotó. Ahora su único deseo era derrotar a Gautama Buda. Llegó con sus quinientos mejores discípulos y le preguntó con humildad: «Quiero mantener un debate abierto contigo, con la condición de que, si gano, tú y tus discípulos tendréis que convertirlos en mis discípulos, y si ganas tú, yo y mis discípulos nos convertiremos en tus discípulos».

Gautama Buda dijo: «De acuerdo. Pero hay algo que debes recordar. No empezarás tu debate ahora mismo. Mi programa habitual es que tú y tus discípulos os sentéis en silencio entre mis diez mil discípulos durante dos años. Durante ese tiempo no podréis hacer preguntas, tan solo deberéis escuchar. Al cabo de dos años os recordaré que ha llegado el momento y podréis empezar el debate».

Aceptaron esa condición. Maulingaputta no era un erudito egoísta, sino un indagador sincero. Debatía con todos los santos porque quería que alguien le derrotara algún día, derrotara su mente, su parloteo interno. Existía la posibilidad de que llegase una persona que cuestionara todas sus creencias y eliminara sus pensamientos con sus argumentos, destruyéndolos por completo. Por ese motivo accedió a la propuesta de Gautama Buda. «Esperaré dos años», dijo. Y se sentó al lado de Gautama Buda.

Cuando estaba asintiendo, se oyó una carcajada en una lejana esquina. Debajo de un árbol se hallaba sentado un extraño personaje; era un seguidor de Gautama Buda. Raramente hablaba y, aparte de su risa, las escrituras budistas no mencionan nada más acerca de este hombre. Y el budismo tiene una literatura muy extensa; constituye en sí misma un universo literario. La literatura de las demás religiones ni siquiera puede compararse, es muy pobre. Este hombre se llamaba Mahakashyapa y su risa fue el principio del zen.

No había dicho nada, pero Maulingaputta se quedó atónito: «¿De qué se ríe esa persona?».

«Pregúntaselo —dijo Gautama Buda—. Normalmente nunca dice nada, solo se ríe. No pertenece al común de los hombres. Es un hombre muy callado. Puedes preguntárselo.»

Maulingaputta preguntó a Mahakasyapa: «¿De qué te ríes?».

Y él dijo: «No tiene importancia. Pero ten cuidado con la táctica de este Gautama Buda. A mí me engañó, y a ti va a engañarte de la misma manera. Me río porque está volviendo a usar la misma táctica. Hace dos años, cuando yo llegué, me hizo sentarme en silencio bajo este árbol durante dos años. Me olvidé incluso del paso del tiempo. Dos años de silencio es mucho tiempo. Durante un tiempo llevé la cuenta de los días que iban pasando... luego, poco a poco dejó de importarme. Un día, de repente me dijo: “Mahakashyapa, hace dos años que viniste aquí para debatir conmigo..., ha llegado el día. Ahora ponte de pie y empieza tu discusión. ¿Qué quieres decir?”».

Mahakashapa dijo: «Has acabado con todo lo que habría querido decir hace dos años. Este silencio ha sido una gran limpieza. Se ha llevado todas las tonterías con las que iba cargando creyendo que eran erudición, sabiduría. Este silencio me ha transformado. No tengo nada que preguntar, simplemente déjame postrarme a tus pies en profundo agradecimiento. Tu compasión es infinita no dejándome debatir contigo. En su lugar, me pusiste como condición que pasara dos años en silencio».

«Al principio estaba enfadado, es extraño. Pero luego pensé que este lugar era muy hermoso: un huerto de mangos, hermosos rostros, tan callados que parecen estatuas; Gautama Buda tan bello, tan lleno de gracia. No puede pasarme nada malo por quedarme aquí sentado en silencio observando lo que ocurre, lo que dice este hombre constantemente a sus seguidores. Y solo con escucharte te lo has llevado todo»

Y dijo a Maulingaputta: «Esto mismo es lo que te ocurrirá a ti. Si realmente quieres debatir, no aceptes su condición y hazlo hoy. Gautama Buda lleva años sin entretenernos y sería un placer». Pero Maulingaputta accedió. Y comprendió que no puedes absorber la presencia, la gracia y la belleza de un maestro a menos que estés profundamente en silencio.

Se quedó sentado a su lado durante dos años, y al cabo de ese tiempo, cuando Buda le dijo: «Han pasado dos años. Puedes comenzar tu discusión». Él respondió: «Mahakashyapa tenía razón. No tengo nada que decir, ha desaparecido todo. Permíteme postrarme a los pies de Mahakashyapa primero y luego a los tuyos. Él me provocó y me sentí humillado por su risa. Tengo que pedirle perdón». Fue hasta Mahakashyapa y se postró a sus pies.

Este es el único relato de un incidente en el que aparece Mahakashyapa. Pero de esta fuente nació el río del zen. La risa de Mahakashyapa fue el principio de una fuerza imparable que ha sido mejorada constantemente por cada maestro zen.

Bodhidharma fue el sexto maestro zen y mejoró considerablemente la risa de Mahakashyapa. En estos veinticinco siglos se ha mejorado todo, se han añadido muchas cosas, se han abierto nuevas dimensiones. Pero cuando pienso en ello y lo analizo, creo que la risa de Mahakashyapa ha sido la mayor contribución. Todo lo que se ha añadido después está bien, pero la risa de Mahakashyapa no necesitaba que se le añadiera nada. Con su risa dijo todo lo que valía la pena decir.

Antiguamente muchos maestros se fueron quedando sordos poco a poco, porque su única ocupación era hablar con los discípulos. La sensibilidad del discípulo para escuchar se iba agudizando, pero el maestro no tenía nada que escuchar. Nadie podía decirle nada. Y muchas veces, a fuerza de no usar los oídos, los maestros se fueron quedando sordos.

Poco a poco, tienes que ir dilatando esa experiencia de estar en casa de manera que puedas estar en casa las veinticuatro horas del día..., cuando caminas, cuando duermes. Pero esto solo es posible si aprendes el arte de estar en silencio. Entonces te asentarás dentro de ti mismo. Y toda tu energía se volverá un estanque tranquilo sin ondulaciones.

Si puedes alcanzar ese estado... Es la única condición que la existencia quiere que cumplas. Con esto es suficiente. Entonces, todos los misterios y el esplendor de la existencia te aceptarán y te darán la bienvenida. Ahora mismo, solo lo has saboreado un poco. Pero te he aclarado por qué sucede.

Tienes que conseguirlo por tu cuenta. Vete al bosque y siéntate en silencio, o siéntate al lado de un río. O simplemente aquí, en cualquier sitio, siéntate en silencio y estate atento a todo lo que ocurre a tu alrededor. Sin pensar en ello, sin pensar en lo que dice ese pájaro; no está diciendo nada, simplemente es feliz al empezar el día porque el sol trae de nuevo la vida. Otro día para bailar, para cantar, para disfrutar de la extensión del cielo. Escuchándolos como me escuchas a mí, te sentirás feliz.

Irás aprendiendo paulatinamente que no se trata de escuchar, sino de detener el parloteo interno. Entonces, siempre que veas que comienza este parloteo, di: «¡Cállate!», y volverás a estar en casa. La mente, cuando se da cuenta de que has descubierto algo más importante, mejor, más elevado, se va retrayendo a la oscuridad. Ha cumplido su función y ya no la necesitas; se convierte en un intruso.

Capas de silencio, capas de mente

Aunque todavía no soy oficialmente sannyasin tuyo, pese a todo, quizá puedas responderme esta pregunta. El otro día nos dijiste que para volver a casa lo único que tenemos que hacer es detener el parloteo. Yo tengo otra experiencia: puedo estar en silencio pero sigo sintiendo que ciertas capas me separan de mi «casa».

¿Podrías comentar qué son esas capas y cómo superarlas? He llegado a mi «casa» accidentalmente dos veces en mi vida. Pero cuando intento hacerlo, el esfuerzo es en vano.

La primera parte de tu pregunta también es importante, y no solo para ti sino para todo el mundo. «Aunque todavía no soy oficialmente sannyasin tuyo —dices—, pese a todo, quizá puedas responderme esta pregunta.» No es necesario ser un sannyasin oficial. Cualquier buscador, cualquiera que busque la verdad es un sannyasin. Y no tiene por qué ser mío. Un sannyasin no es un seguidor sino, como mucho, un compañero de viaje. Es suficiente con indagar y buscar la verdad, con buscar el sentido y el significado de la vida.

Dices: «El otro día nos dijiste que para volver a casa lo único que tenemos que hacer es detener el parloteo. Yo tengo otra experiencia: puedo estar en silencio pero sigo sintiendo que ciertas capas me separan de mi “casa”». Eso no significa que tengas otra experiencia distinta, sino que tu silencio es superficial; por eso la mente charlatana, que es la que está en la superficie, se detiene. Pero también hay otras cosas de las que no eres consciente, como la mente subconsciente, el inconsciente colectivo, la mente cósmica inconsciente. Cuando hablo de silencio me refiero a estas cuatro. Cuando tú hablas de silencio solo te refieres a la primera, porque solo eres consciente de esa mente.

Pero está bien. Para muchas personas es difícil detener incluso la primera capa de la mente. Tienes suerte; la primera capa se detiene sola. Pero el problema es dar por

hecho que la mente es solo esta capa charlatana. Y no lo es. Está la mente subconsciente...

Hace unos años varios científicos realizaron un curioso experimento. Tuvieron éxito, pero el experimento se suspendió por el peligro que entrañaba. Estás viendo una película..., esa es la primera capa, y entonces en la proyección se intercalan flashes muy rápidos que no puedes distinguir a menos que estés muy despierto: «Tienes mucha sed. Quieres tomar una Coca-Cola».

Curiosamente, nadie pudo leerlos. La gente veía la película. Penetraba muy sutilmente en su subconsciente pero el resultado fue muy obvio: ese día en el cine solo se vendieron Coca-Colas. Todo el mundo tenía sed y quería beber Coca-Cola.

Se han hecho muchos experimentos y todos han conseguido llegar a la capa del subconsciente. Entonces surgió un problema: si este método cae en manos de los políticos, como ha ocurrido con la energía atómica y las armas nucleares, puede resultar mucho más peligroso. Pueden vender a todo el mundo cosas inútiles o peligrosas. Tendrás ideas y creerás que son tuyas, pero serán ideas del partido comunista o de algún otro partido que esté en el poder. Y luego será muy difícil alejar a ese partido del poder, porque se ha ido infiltrando constantemente en la mente de las personas durante cinco años, en todas las películas, en la televisión y en la radio con un solo mensaje: «Este es el partido correcto. Es mi partido».

Y puede tener consecuencias aún más graves; por eso suspendieron el experimento, al menos esa es la versión oficial. Aunque no creo que lo hayan suspendido; es imposible. Es un arma tan poderosa que todos los partidos políticos y todas las religiones intentarán envenenar tu subconsciente. Y tú creerás que ha sido idea tuya.

Yo he hecho algunos experimentos por mi cuenta, mucho más sencillos, claro, no tan sofisticados porque no tenía el instrumental adecuado. Vivía con un amigo que tenía un hermano muy inteligente que sentía por mí un gran cariño. Solíamos salir a pasear juntos... En esa época estaban realizando ese experimento en la Unión Soviética y Estados Unidos. Y yo pensé: «¿Por qué no intentarlo para ver si funciona?». E hipnoticé a ese chico.

Es muy fácil hipnotizar a alguien. Solo tienes que decirle que fije la vista en una luz —por ejemplo, una bombilla— para que sus ojos se cansen, y luego le dices: «Manten los ojos abiertos hasta que no puedas más». El hipnotizador sigue diciendo a la persona: «Tus ojos están muy cansados, tienes mucho sueño». Pero le han dicho que aguantara todo lo que pudiera sin cerrar los ojos.

Por un lado está aguantando —y eso le agota aún más— y por el otro la mano del

hipnotizador le está diciendo: «Tus ojos están cansados, muy, muy cansados. Tu cara está soñolienta. Tu cuerpo se relaja. No creo que puedas aguantar despierto más de un minuto. Voy a contar hasta sesenta y luego te quedarás profundamente dormido. Recuerda, durante tu sueño profundo seguirás oyendo mi voz y no oirás a nadie más. Así que cierra las puertas y mantén una línea de comunicación». Al cabo de sesenta segundos, después de estar mirando fijamente dos o tres minutos, la persona caerá en un extraño sueño.

La misma palabra «hipnosis» significa sueño, pero con una diferencia: no se trata un sueño normal, sino intencional, inducido. Como solo queda una línea de comunicación, los pájaros pueden seguir cantando, pero la persona no los oirá. Si alguien quiere hablar con él, no le oirá. Solo puede hacerlo el hipnotizador porque ha dejado abierta una línea para él.

De modo que dije al chico: «Voy a dibujar una cruz en una esquina de tu almohada. Mañana a las doce tendrás que besar esa cruz». Algo absolutamente ilógico; nadie besa una almohada.

Al día siguiente su hermano y yo estábamos esperando para ver qué pasaba. Cuando se acercó la hora —las once, las doce menos diez— cogí la almohada y la escondí en mi cartera. El chico empezó a sentirse inquieto, a ponerse muy nervioso, y se acercaba a mi cartera constantemente, pero estaba cerrada con llave. Al final se puso de rodillas y me pidió por favor que la abriera.

«¿Para qué?», le pregunté.

«No lo sé —me respondió—. ¡Pero si no lo haces me moriré! Me estoy ahogando. Me ocurre algo raro... no sé.»

«Muy bien —le dije—. La abriré.»

Eran exactamente las doce menos un minuto. Abrí el cierre y él sacó la almohada y la besó como no lo habría hecho ningún amante. Y le dio vergüenza hacerlo porque había dos personas mirando.

«¿Qué te ocurre?», le preguntamos.

«No lo sé —respondió—. Hay algo que me obliga a besar esta almohada en el punto donde hay una cruz.»

Pero tu mente subconsciente sigue trabajando..., sabes que lo hace. Cuando duermes no parlotea, sino que sueña. Por eso, por las mañanas no puedes contar todos tus sueños, sino solo los últimos, el final de los sueños. Es increíble que de las ocho horas de sueño, pases seis soñando. No continuamente —duermes uno o dos minutos

y luego tienes otro sueño—, pero en conjunto se sueña durante seis horas. ¿Y qué recuerdas por la mañana? De todo eso tan solo recuerdas unos segundos.

Cuando vas pasando del subconsciente al consciente, te queda un vago recuerdo de haber estado soñando. Y al cabo de tres minutos, tres minutos exactos, se te olvida; de otro modo la vida sería muy difícil. La mente no deja de hablar durante el día. Es una parte de la mente, y necesita descansar. Cuando descansa por la noche, la otra parte empieza a soñar. Si por la mañana recordaras esas seis horas, te volverías loco.

Los psicoanalistas todavía no han llegado al inconsciente colectivo ni al inconsciente cósmico, aún falta mucho para eso. De modo que tienes un sistema de cuatro capas.

Puedes haber llegado a silencios que consideras tu casa pero no lo son. Se ha detenido la charla, y el problema es que entre la mente consciente, la subconsciente y la inconsciente no hay comunicación. Están incomunicadas. Solo empezarán a comunicarse lentamente a través de la meditación profunda.

Miles de mis meditadores al principio llegan con una sonrisa a lo Jimmy Carter, diciendo que han podido estar en silencio sin oír el parloteo. Y yo digo: «Continúa. Pronto aparecerá otra capa más profunda».

Luego empiezan a soñar despiertos. Entonces puede haber cierta comunicación. Y cuando desaparecen los sueños... el inconsciente, el dormir sin soñar, también tiene sus propias semillas de pensamientos. Son como semillas bajo tierra. No las ves, pero están haciendo su función. Y pronto podrás ver los brotes, las flores y los árboles. El inconsciente es tu mundo subterráneo, tu submundo.

En muchos juicios por asesinato, el acusado niega haber cometido el crimen. Los jueces no los creen porque hay evidencias del asesinato, hay testigos y hay un muerto. Pero mi actitud es distinta. Yo opino que han cometido ese asesinato en un estado de inconsciencia. Estás haciendo preguntas a su estado consciente, pero entre esos dos estados no hay comunicación. No están mintiendo —según todos los tribunales del mundo, están mintiendo—, están diciendo sinceramente que no han cometido ese crimen. Es indudable que no lo han hecho conscientemente sino de forma inconsciente, y por eso no lo recuerdan.

Y la última etapa es el inconsciente cósmico, que solo puede verlo cuando tu atención llega a lo más profundo de tu ser, al centro de tu ser.

No creas que tu experiencia es distinta. Y no creas que esta experiencia significa llegar a casa, porque cuando llegas a casa ya no puedes volver a irte. De hecho, ya estás en casa, no es que «llegues». Solo tienes que profundizar en tu atención, para

empezar a darte cuenta: «Dios mío, estoy buscando mi casa, y mi casa está dentro de mí». Pero no te confundas ni creas que tu casa está fuera de ti y que puedes entrar y salir de ella. La casa de la que estamos hablando está en tu interior y va contigo adondequiera que vayas. No puedes abandonarla porque no estás separado de ella.

Llegar a casa equivale a vislumbrar, vislumbrar de un modo muy superficial. Si meditas intensamente sobre la conciencia, no llegarás a casa sino que te darás cuenta de que siempre has estado ahí. Y entonces te entrará la risa: «Siempre ha estado aquí y lo he estado buscando por todas partes».

La búsqueda es innecesaria y no tienes que llegar a ningún sitio: a la Meca, a Jerusalén, a Kashi o a Moscú. Solo tienes que cerrar los ojos e intensificar y agudizar tu atención. A medida que vayas profundizando, ella misma se irá agudizando.

Y ahora un poco de seriedad...

Simón Peres, el primer ministro de Israel, Rajiv Gandhi, el primer ministro de la India, y Ronald Reagan, el primer ministro de Estados Unidos, van juntos en un coche a una conferencia, cuando tienen una avería y se ven obligados a pasar la noche en un pequeño hotel.

«Lo siento —dice el recepcionista—, solo nos queda una habitación doble. Pero uno de ustedes puede dormir en el establo. Lo arreglaremos para que esté cómodo.»

«De acuerdo —dice Rajiv Gandhi—. Yo dormiré ahí.»

Un rato después, cuando los otros dos hombres se disponen a acostarse, oyen que llaman a la puerta. Gandhi está de pie en el pasillo.

«Lo siento —dice—, pero no puedo dormir junto a una vaca sagrada.»

«Bueno —dice Simón Peres—, iré yo al establo», y se marcha. Al cabo de unos minutos, vuelve.

«Lo siento —dice—, pero soy judío y no puedo dormir al lado de un cerdo.»

Ronald Reagan se encoge de hombros y dice: «Supongo que me tocará dormir en el establo».

Y se marcha. Gandhi y Peres están a punto de meterse en la cama cuando oyen que llaman a la puerta. Al abrirla se encuentran con el cerdo y la vaca.

13

Súbete a la ola de la felicidad

¿Por qué solo me pongo a meditar cuando estoy deprimido o abrumado? ¿Por qué no suelo meditar cuando me siento feliz?

Tu pregunta llega al fondo del corazón humano y sus mecanismos. Antes, la gente solo solía rezar cuando se encontraba mal, sufriendo, o cuando tenía algún problema. Cuando estaban felices, contentos y todo iba bien, se olvidaban de Dios. Esto puede ayudarte a ver el gran interés que tienen todas las religiones en el sufrimiento, porque solo quienes sufren pueden convertirse en víctimas de los sacerdotes. De lo contrario, ¿a quién le interesan los sacerdotes, a quién le interesan las sagradas escrituras?

Cuando estás contento, alegre y feliz, quieres disfrutar de la vida. No quieres perder el tiempo rezando en una iglesia o en un templo. Los sacerdotes descubrieron esto hace muchísimo tiempo. Todas las religiones se aprovechan de este descubrimiento. Bertrand Russell tenía razón al decir: «Si podemos acabar con la pobreza, la enfermedad, la vejez, la desigualdad, y conseguimos que la gente sea feliz, se acabarán espontáneamente las religiones». Su análisis es muy acertado, porque una persona feliz no tendrá el menor interés en una supuesta religión. Pero Bertrand Russell era agnóstico.

Mi punto de vista es completamente distinto. Para mí es natural que vayas al médico si estás enfermo o necesitas medicinas. Pero cuando estás sano, no vas al médico. Cuando estás sano no vas a la farmacia a comprar medicinas. Y las supuestas religiones no te han ayudado a salir de tu desgracia de ninguna manera..., porque se les acabaría el negocio. Quieren que sigas siendo infeliz y sigas creyendo que en tu próxima vida recibirás las bendiciones de Dios por haber soportado tu sufrimiento sin enfrentarte a los poderes establecidos.

Los políticos empezaron a mostrar interés por la religión, y los reyes las apoyaron porque se dieron cuenta de esta regla de tres. La religión es el opio del pueblo, es un

consuelo, y si al pueblo no le damos este opio, se producirá una revuelta. Por eso, quienes detentan el poder están muy interesados en que sigas triste, infeliz, angustiado, porque tu angustia y tu tristeza te conducirán a los sacerdotes, y ellos te darán ese opio llamado esperanza. «No te preocupes, reza. Y si lo haces con el corazón puro, si lo haces con una fe profunda, tu oración será escuchada.»

Este juego es muy engañoso. Nadie tiene una fe absoluta. La fe, como tal, es algo que recibes prestado de alguien, no sabes nada acerca de ella. ¿Cómo puedes tener una fe absoluta? Como mucho, podrás reprimir tus dudas con la fe, pero la duda persistirá. De ese modo, si tus oraciones no son escuchadas, sabrás que ni Dios ni tu oración tienen la culpa de ello. Quien tiene la culpa es tu fe, porque no es absoluta: bajo esa confianza que muestras existen dudas. Y aunque reces, en tu fuero interno estás pensando: «¿Quién sabe si realmente hay un Dios que atienda mis ruegos?». Esto permite al sacerdote seguir manteniéndote en tu desgraciada situación.

Si tu oración no ha sido atendida tendrás que ayunar, purificarte y hacer toda clase de sacrificios para que sea escuchada. Las oraciones nunca son escuchadas. Pero con esta estrategia te han infundido la idea de que si tu oración no es escuchada, es por tu culpa. De modo que tienes que ser absolutamente puro. Te piden perfección, y a consecuencia de ello han llevado a toda la humanidad a una neurosis.

Nadie puede ser perfecto. La perfección no existe; la perfección significa muerte. Tienes que seguir intentando ser perfecto; así avanza la evolución. Cada vez estarás más cerca de la perfección, pero nunca serás perfecto. Cuando seas perfecto, estarás acabado, tu evolución habrá llegado a su fin. La idea de evolución y perfección son antagónicas.

Sin embargo, en todo el mundo, en todas las épocas, civilizaciones y culturas, han obligado a los niños a ser perfectos. Y cuando este cáncer de perfección se implante en tu mente, siempre tendrás la sensación de que no eres perfecto, siempre te sentirás culpable. Rezarás, aunque sabrás que tus rezos no serán atendidos.

Pero las religiones han desviado tu atención por completo. La causa de tu sufrimiento aquí y ahora son los poderes establecidos, pero han desviado esa idea hacia el futuro, y no a un futuro cercano, ¡sino después de tu muerte! Cada religión tiene su estrategia, pero lo fundamental es desviar tu mente de la explotación que sufre en este momento. Si renuncias a todos los consuelos, podrás darte cuenta de que tu problema, tu sufrimiento, tu desgracia han sido creados y fabricados por el hombre. No tienen nada que ver con la oración.

Esta situación es muy arriesgada porque todas las religiones —y casi todo el

mundo tiene una religión— están intentando desviarte de la realidad de las cosas hacia los sueños del paraíso, el cielo, y toda clase de recompensas. Son vendedores de sueños, y te llenan la cabeza de tantos sueños que al final dejas de ver la realidad. Y la realidad es que ciertos intereses —de los políticos, de los ricos, de los sacerdotes— son la causa de tu sufrimiento, tu angustia y tu miseria, y puedes eliminarlos. Pero ¿quién lo hará? Porque la gente que sufre nunca piensa que esas buenas personas sean la causa de su sufrimiento.

En segundo lugar, has visto muy claramente en tus meditaciones que cuando estás sufriendo deseas meditar, pero cuando estás contento ni siquiera te acuerdas de ello. Estás usando la meditación de nuevo como una esperanza, como un consuelo. Realmente, no eres un meditador. Estás usando la meditación como una medicina. Podrá aportarte cierto alivio, pero no puede transformarte y llevarte a un estado en el que el éxtasis sea permanente.

Tendrás que aprender algo que todas las religiones, los políticos y los poderes se han encargado de aniquilar por la fuerza porque eso les beneficiaba. Nos hemos olvidado por completo de que, en realidad, la condición básica de la meditación es ser felices. El mejor momento para meditar es cuando eres feliz. Cuando te subes a la ola de la felicidad puedes alcanzar dimensiones más elevadas. Cuando estás sufriendo, la meditación puede sacarte de ese sufrimiento, pero no es un gran paso. El momento de meditar es cuando sientes cierto bienestar, cuando estás dispuesto a bailar. Entonces podrás subirte a las olas más altas de la danza, la música y la meditación.

La meditación no puede estar en manos de las religiones. Están utilizándola con otro propósito, están utilizándola para aprovecharse de ti, y llevan haciéndolo desde hace tantos siglos que es casi como una parte intrínseca del ser humano.

En China llevaron a cabo un extraño experimento. El emperador estaba muy impresionado por Lao Tzu, Chuang Tzu y Lieh Tzu. Había vivido lo suficiente para llegar a estar en contacto con el maestro Lao Tzu, luego con su discípulo Chuang Tzu y más tarde con el discípulo de este, Lieh Tzu. Estas tres personas inculcaron una idea muy moderna y original al emperador, que luego no tuvo continuidad. Cuando el emperador murió, volvieron los antiguos poderes establecidos y destruyeron algo muy valioso.

Lieh Tzu, Chuang Tzu y Lao Tzu tenían una idea muy particular: quien debe pagar al médico no es el paciente porque, si lo hace, consciente o inconscientemente, el médico querrá prolongar su enfermedad todo lo posible, ya que ese es su negocio.

Chuang Tzu solía contar una famosa historia sobre un viejo médico. Sus tres hijos

estaban estudiando medicina.

El primer hijo volvió de la universidad y le dijo: «Ahora eres demasiado viejo, puedes descansar. Yo me ocuparé de tus pacientes». Y su padre le permitió ocuparse de los pacientes.

Al cabo de dos días, el joven fue a ver a su viejo padre y le dijo: «Es muy raro. Tú tienes mucha experiencia como médico... pero en dos días he curado a esa mujer que llevabas tratando desde hace treinta años. Y acabo de salir de la universidad, no tengo demasiada experiencia».

El padre le dijo: «¡Idiota, esa es la mujer que ha pagado todos los gastos de tu carrera universitaria! Y además iba a pagar la carrera a tus dos hermanos. Era rica y no nos interesaba que estuviese sana. Era mi principal fuente de ingresos».

Lao Tzu y Chuang Tzu convencieron al emperador de que si el paciente paga al médico, estará favoreciendo una situación muy peligrosa. El médico tendrá interés en que el paciente siga enfermo el mayor tiempo posible. Y mostrará un aparente interés en curarte, pero él mismo se verá en un dilema.

El emperador preguntó a Lao Tzu: «Entonces ¿qué me sugieres?, porque esto es lo habitual».

«La solución es muy sencilla —dijo—. El gobierno debería pagar a los médicos, y toda la población debería pagar al gobierno, de modo que no tengan nada que ver con el médico. El médico no cobra por curar a un paciente, sino porque la gente esté sana. Todos los meses el paciente tendrá que informar si está sano para que el médico pueda cobrar. Si el paciente se enferma, entonces el médico no puede cobrar: “¿Qué haces aquí? Si la gente está enferma, ¿para qué sirve tu medicina, tu sabiduría, tu experiencia?”.»

Es un sistema extraño..., pero el emperador se quedó muy impresionado porque tenía mucha lógica. Y en mi opinión, algún día todo el mundo debería adoptar este sistema por la lógica que desprende. El médico debería cobrar por la salud y no por la enfermedad. Si sus pacientes están enfermos, no debería cobrar. Tendría que estar interesado en la salud de sus pacientes y no en su enfermedad. Y el paciente no tendrá que pagarle a él, sino que tendrá que pagar una tasa al gobierno para que se ocupe de su salud. El gobierno pagará al médico para que la gente esté sana, y si no lo está, este perderá su salario.

Pero cuando el emperador murió, desapareció este sistema y volvió el antiguo, que no tiene sentido alguno.

Es posible que los sacerdotes y las religiones hayan desarrollado esta estrategia al

darse cuenta de que las personas con enfermedades son más vulnerables a la explotación. Basta con darles esperanzas; lo único que necesitan es un consuelo. Esto ha corrompido toda la mentalidad humana. Por eso cuando estás enfermo piensas en la meditación; cuando sufres, empiezas a meditar. Pero cuando estás deprimido y desorientado, es muy difícil meditar; es ir contracorriente.

Por una parte has escogido la ocasión equivocada para meditar. La meditación, como mucho, podrá sacarte de alguna forma de tu abatimiento, de tu sufrimiento, pero no puede provocarte alegría o éxtasis. Sacarte de tu desdicha ya es suficiente. El verdadero estado de la mente es la salud, la alegría, la felicidad. Pero entonces solo piensas en jugar al fútbol, en ir al cine o ver la televisión; es el momento de ir a la discoteca.

En realidad, es el momento de meditar. Cuando estás sufriendo puedes irte al infierno: vete a una discoteca, a un restaurante, juega a lo que quieras, juega a los novios. Estas son las cosas que debes hacer cuando estás sufriendo. Pero cuando estás contento y te sientes bien, en armonía y rodeado de bienestar, no lo malgastes en tonterías. Es justo el trampolín para dar un salto a las dimensiones más elevadas de la conciencia, de la dicha, la paz y el éxtasis. Este concepto solo es un viejo condicionamiento que te han impuesto quienes se benefician de ti. Tienes que darte cuenta y cambiar esta situación.

Durante mi infancia, entre mi padre y yo existía un conflicto permanente. Los días en que no había colegio, yo me sentía muy bien. Él me decía: «Eres un tipo extraño. Quieres ir al colegio cuando estás enfermo, febril y resfriado. ¡Tu cabeza funciona al revés!».

«Da igual que funcione al revés o no —respondía yo—. Cuando me encuentro bien quiero ir al río», donde me encantaba nadar varios kilómetros o remar. Las noches de luna llena el río parecía de plata. Y dije a mi padre: «No voy a perder el tiempo en el colegio. Cuando tengo fiebre y no puedo ir al río, voy al colegio. El colegio es para mí una especie de hospital».

«Haz lo que quieras —me dijo—. En cierto modo tienes razón, porque no puedes disfrutar del río y nadar cuando estás enfermo.»

«Me has entendido —le dije—. Tanto si estoy enfermo como si no, la historia y la geografía no me interesan. Cuando estoy enfermo, me da igual; puedo perder el tiempo en el colegio con la educación. Pero el resto de mi vida quiero disfrutarlo en la naturaleza, con las estrellas, tocando la flauta, cantando o yendo al bosque a bailar entre los árboles. Quiero que quede claro.»

Y durante mi infancia casi nunca estuve enfermo, así que no solía ir al colegio. Pero te sorprenderá saber que, aunque no iba al colegio, me puntuaban con un setenta y cinco por ciento de asistencia al año. ¡Estaban encantados de no verme por allí!

Los directores de todos los colegios e institutos donde estudié, y los rectores de cada universidad, me dijeron varias veces: «Vete a donde quieras, a la biblioteca, al jardín botánico; tienes ahí el mundo entero. Pero no entres en el aula porque eres una fuente de problemas. Y te prometo que el día del examen no te impediré pasar por no haber asistido a clase». Se requería un setenta y cinco por ciento de asistencia; solo así te permitían examinarte. «Aunque no vayas a clase, puedes aparecer el día del examen, te daremos todos los papeles y te permitiremos examinarte.»

«¡Qué buena solución! —dije yo—. Yo estoy bien fuera, y vosotros estáis bien dentro. Pero quiero que quede claro que pienso perturbar vuestro bienestar el día que no me encuentre bien. Si no me encuentro bien, iré al instituto. Así que rezad para que nunca esté enfermo. ¡Es lo único que os protegerá!»

Cuando te sientes feliz es el momento de armonizarte con la existencia. Es el momento de amar a los árboles, la luna, el cielo. Es el momento de profundizar en tu interior sin dificultades, sin obstáculos. La meditación no es para los que sufren.

Hay diferentes tipos de personas... Algunas nacen con caras inglesas. La seriedad es intrínseca a ellos. Déjales que vayan a la iglesia, porque, al fin y al cabo, los sacerdotes también tienen que alimentarse y comprarse ropa. No quiero acabar completamente con su negocio. Pero hay que destruir el noventa por ciento de ese negocio.

También te sugeriría que cuando estés enfermo vayas a la iglesia o a la sinagoga. Y extiendas por ahí todo tipo de infecciones; sufre y llora. Pero cuando estés contento y feliz es mejor que te subas a una montaña o a un árbol y te quedes ahí en silencio. A veces puedes caerte...

Tengo los pies llenos de cicatrices porque me he caído muchas veces de los árboles. Pero creo que cuanto más te alejas de la gravedad, más fácil es meditar. El problema es que también puedes quedarte dormido. Así que tienes que colocarte bien, atarte... Yo aprendí que acabaría por romperme algún hueso si seguía cayéndome, así que me ataba al árbol para quedarme colgando si me quedaba dormido. Incluso es muy agradable quedarte colgando del árbol, bajo el soplo del aire fresco...

Aprovecha los momentos felices para descubrir la verdad, para descubrirte a ti mismo, y será muy fácil. La gente lo hace en el momento equivocado, en la estación

equivocada, va contracorriente. Mi enfoque es ir a favor de la corriente, sin hacer esfuerzos, flotando, sin tener que nadar. No es necesario.

Cuando estás en el agua la fuerza de la gravedad de la tierra disminuye porque el agua obedece a una ley diferente: la ley de la levitación. Por eso, en el agua puedes levantar una piedra enorme sin hacer ningún esfuerzo, porque la fuerza de la gravedad es menor. Pero en cuanto sales del agua ya no puedes hacerlo, y te sorprende la diferencia que hay. El agua anula gran parte de la gravedad.

Pero incluso en la tierra es muy fácil meditar si eres feliz y tienes ganas de bailar. Por eso tú decides que la meditación sea fácil y satisfactoria o difícil e insatisfactoria.

Un hombre está en un bar y ha bebido tanto que el camarero le pide que se marche. El hombre insiste en decir que no está borracho y quiere demostrarlo: «¿Ves ese gato que entra por la puerta? —le dice—. Pues solo tiene un ojo; eso demuestra que no estoy borracho».

«¡Estás más borracho de lo que creía! —dice el camarero—. El gato no está entrando, está saliendo.»

Una joven acaudalada descubre que le encanta el olor a caucho quemado. Se compra un deportivo y se dedica a circular por pistas sin asfaltar para satisfacer su pasión. Un día ve a un joven haciendo autoestop y se detiene para recogerlo. El autoestopista se sienta cómodamente pensando que su suerte realmente ha cambiado de rumbo.

De repente, la chica pisa el acelerador y pone el coche a toda velocidad en dirección a un barranco. En el último instante pisa el freno y el coche se detiene a cuatro centímetros del borde.

«¿Has visto cómo huele?», pregunta entusiasmada al pasajero.

«¿Cómo huele? —dice el joven sollozando—. ¡Estoy sentado encima!»

Una guapa granjera ha estado en el mercado y regresa a casa por la noche. Pronto se encuentra con uno de los chicos de la granja vecina que va en la misma dirección. Caminan juntos un rato y la chica dice: «¿Sabes una cosa? No sé si una chica débil e indefensa debería ir con un chico grande y fuerte como tú al caer la noche».

El joven granjero no dice nada.

Al cabo de unos minutos ella vuelve a decir: «Casi me da miedo estar contigo en la oscuridad. Podrías abusar de mí».

El chico se ríe y dice: «En una mano llevo una horca y una gallina, y en la otra llevo una tina y voy guiando una cabra. ¿Acaso crees que estoy planeando algo? Ni loco».

La chica se queda callada unos instantes y dice: «Solo estaba pensando que si se te ocurriese clavar la horca en el suelo, atar ahí a la cabra y colocar la gallina debajo de la tina, me vería en un aprieto».

Una mujer está en la quinta planta de un edificio de apartamentos en llamas, gritando: «¡Auxilio, socorro!».

Llega un camión de bomberos al edificio y un fornido bombero se dispone a subir por la escalera extensible. Cuando se acerca a la mujer, le dice: «Me produce una gran satisfacción salvar a una mujer embarazada».

Indignada, la mujer le responde: «¡No estoy embarazada!».

«Bueno —responde el bombero—, ¡y todavía no estás salvada!».

Sé alegre. La vida es tan divertida... la mires por donde la mires. Solo hay que hacerlo con alegría, y no tendrás ni un momento de sufrimiento o dolor. Esta bella vida te ofrece todas las oportunidades de convertirte en un gran meditador. Pero tienes que aprender a ver la parte alegre de la vida. Está llena de posibilidades, de risa, y si tú también puedes reírte, nadie puede impedirte meditar. Tu capacidad de meditar surge espontáneamente; sigue a tu felicidad como si fuese su sombra.

¿Qué es la cualidad meditativa?

Solo es el silencio, un silencio que baila.

Una mujer está en su lecho de muerte. «Cariño —murmura a su marido, que está sentado a lado de la cama—, antes de morir, quiero confesarte algo. En realidad, te he sido infiel.»

«Lo sé», responde él tranquilamente.

«Creo que no me has entendido —dice ella—. Lo que quiero decir es que he estado con otro hombre.»

«Sí, lo sé», murmura él.

«Y no solo una vez —continúa ella—, sino muchas, en su despacho, en su casa...»

«Ya lo sé, cariño», responde tranquilizándola.

«¡Incluso aquí, en esta misma cama!», exclama ella.

«Sí, ya lo sé —susurra él—. Por eso te he puesto matarratas en el té.»

Un hombre entra en una tienda de electrodomésticos y pregunta al dependiente el precio de un mando a distancia para el televisor.

«Un euro», responde el empleado.

«¿Está de broma?», responde el hombre.

«Oiga —dice el empleado—, ¿lo quiere o no lo quiere?»

Por supuesto, el hombre le da un euro.

Al salir de la tienda, ve un gran frigorífico. «Y eso ¿qué vale?», pregunta.

«Cincuenta céntimos», dice el empleado.

El hombre saca cincuenta céntimos y se los da. «¿Qué diablos está ocurriendo aquí?»

«No ocurre nada —responde el empleado—. Pero estoy haciendo con el negocio lo mismo que hace el jefe con mi mujer en casa.»

Entra bailando

El otro día estaba sentado en silencio y sentí que dentro de mí había una energía increíble, pero, de repente, antes de poder aceptar o darme cuenta de esta energía, surgió un gran temor. ¿Puedes ayudarme a entender este temor? Tengo mucho miedo de que mi fuego me quemé totalmente; tuve una visión fugaz, y la mente ha detenido el proceso. ¿Cómo puedo liberarme de este temor?

La vida es un gran fenómeno energético. No te das cuenta de la cantidad de energía que tienes. ¿Crees que los átomos se dan cuenta de toda la energía que tienen? Un solo átomo, invisible a la vista, cuando explota puede destruir una ciudad como Hiroshima o Nagasaki. Al cabo de pocos instantes todo está ardiendo. Un átomo de materia posee toda esa energía... Tu conciencia es un fenómeno mucho más elevado. Debes de tener universos de energía, latentes por supuesto, porque no te das cuenta. Pero los que se han dado cuenta describen cosas similares.

Kabir dice que su experiencia del ser interno es como si hubiesen salido mil soles. Está rodeado de soles que bailan; la luz relumbra tanto que casi le ciega. Pero no es la experiencia de Kabir únicamente. Hay muchos místicos que lo han descrito de la misma manera.

Tu experiencia solo es el principio. Sientes como si fueses a quemarte. No te preocupes, nadie se ha quemado con su propia energía. Es una energía creativa, no destructiva. Cualquier energía que salga del silencio meditativo es creativa. No se ha dado ni un solo caso en el que se destruyera algo, solo se ha creado. En el interior ha creado un hermoso espacio, en el exterior ha creado el arte maravilloso: la música, la escultura, la poesía, la pintura. Es un fuego que no quema, sino que refresca.

Esto me recuerda a Moisés cuando subió al monte Sinaí. Había ido allí buscando a Dios y se encontró con un extraño fenómeno que los eruditos judíos han sido incapaces de explicar porque resulta increíble. Vio un fuego y dentro de ese fuego un

arbusto verde que no ardía. No podía creer lo que estaba viendo. Las llamas eran altas pero el arbusto que estaba entre las llamas seguía verde y estaba floreciendo como si, en lugar de fuego, se tratase de una fresca brisa.

Atraído por esta majestuosa experiencia, se acercó más al arbusto y de repente oyó una voz que decía: «Moisés, ¡descálzate! Estás pisando suelo sagrado». La voz salía del arbusto. Se quitó los zapatos y se fue acercando; no sentía calor, sino al contrario, sentía frescor. Y la conversación que tuvo lugar y culminó con los Diez Mandamientos no la mantuvo con alguien, sino con una voz invisible que provenía de ese arbusto verde.

Los teólogos siempre han estado intentando descifrarlo. En lo que a mí respecta, no soy teólogo pero entiendo un poco de poesía, y creo que se trata de una declaración poética, no de una declaración teológica. Cuando te das cuenta de esto, la confusión desaparece. Lo que se está diciendo es que la vida o Dios es una energía fresca, creativa; no es destructiva, por eso un arbusto puede permanecer verde y florecer dentro de ese fuego.

Acepta esta energía vital, que un gran filósofo, Bergson, solía llamar *élan vital*. La energía vital no es algo que debas temer. Tienes que estar en comunión con ella, tiene que haber un diálogo, entonces saldrás enriquecido y no te quemarás. Llegará por primera vez tu primavera y florecerán tus flores.

Hay muchas parábolas antiguas e historias que, en realidad, son declaraciones poéticas, pero los teólogos han destrozado toda su belleza y su poesía, rebajándolas e intentando demostrar que se trata de hechos históricos. No son hechos, son hechos del más allá; son experiencias y expresiones poéticas.

No tengas miedo de lo que te ha ocurrido. No debes temer. Regocíjate con las llamas de la energía, danza con las llamas, comulga con las llamas y descubrirás un diálogo con la existencia misma. Si tienes miedo de quemarte, este miedo detendrá todo el proceso, y se convertirá en una barrera para poder pasar a las dimensiones más profundas de tu conciencia. Despréndete de ese miedo. La energía vital nunca ha quemado a nadie.

En el viaje a tu interior tienes que aprender a dejar a un lado todo ese miedo, porque solo está tu energía, y esta no puede ser tu enemigo. De hecho, ni siquiera es correcto decir «tu energía». Debido a las limitaciones del lenguaje, tenemos que usar este tipo de expresiones. Pero lo mejor es decir que tú eres energía. ¿Qué es lo que se va a quemar? Tú eres el fuego mismo, las llamas danzarinas son tu propio ser. ¿Quién

se va a quemar? No eres una entidad separada. El lenguaje siempre divide y crea dificultades.

Olvídate del miedo. Cuando entres en meditación, deja el miedo ahí donde Moisés tuvo que dejar los zapatos. Es suelo sagrado. Estás entrando en el templo del amor, de la vida, de la paz. El miedo no es necesario. Entra bailando, y si puedes entrar sin miedo verás con certeza absoluta cómo se tiende un puente entre tú y la energía que también eres tú, pero que estaba latente, dormida e inconsciente; por eso parece que estuviera separada de ti.

Pero cuando se despierta, verás enseguida que tu llamita de vida desaparece en la enorme energía que surge. Has entrado en lo cósmico, en lo universal. Y cuanto más se extiende esta energía, mayor es el éxtasis, mayor la felicidad, las bendiciones, la risa.

Jaimito está sentado al fondo de la clase con una lata de cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra, cuando la profesora dice: «Muy bien, niños. Hoy vamos a aprender un juego. Yo diré unas palabras y tenéis que adivinar lo que estoy pensando. ¡Empezamos! Lo primero es comestible. Es redondo y rojo».

Un niño levanta la mano y dice: «Una manzana».

La profesora responde: «No, es un tomate, pero me alegro de que pienses. Lo siguiente es redondo y es un vegetal verde».

Una niña dice: «Una lechuga».

«No —responde la profesora—. Es un guisante, pero me alegro de que pienses.»

Entonces, Jaimito levanta la mano y dice: «¡Profe! ¿Le puedo preguntar yo?».

«De acuerdo, adelante», dice la profesora.

«Muy bien —dice Jaimito—. Tengo algo en el bolsillo, es largo, duro y tiene la punta rosa.»

«¡Jaimito! —grita la profesora—. ¡No seas asqueroso!»

«Es un lápiz —dice Jaimito—, pero me alegro de que piense.»

La dialéctica de la vida

Este silencio... este momento... tan precioso... tan bello. Me parece absurdo seguir evitándolo y perdiéndomelo. ¿Por qué? ¿Qué nos impide dejar a un lado todo este juego y simplemente ser?

Esta pregunta es muy bonita. «Este silencio... este momento... tan precioso... tan bello. Me parece absurdo seguir evitándolo y perdiéndomelo. ¿Por qué? ¿Qué nos impide dejar a un lado todo este juego y simplemente ser?»

Si dejases a un lado todo el juego y simplemente fueses... enseguida te cansarías, te aburrirías. El juego también tiene su sentido. Y ese sentido es el que hace que tu ser esté tranquilo, que sea una belleza. Sin este juego, sin la multitud, sin el ruido, sin la calle, tu templo no tendría la belleza que posee.

La vida es dialéctica. Por la noche ves el cielo lleno de estrellas. ¿Crees que las estrellas se esconden durante el día? Siguen estando ahí donde las ves por la noche, pero con la luz del sol es difícil verlas. Puedes verlas si te metes en un pozo muy hondo, donde la oscuridad es casi tan completa como de noche.

Al lado de mi casa había un pozo muy hondo. Mi familia me alejaba de él y finalmente lo taparon, porque tenía unas cadenas y podía meterme en él. Cada vez que no me veía nadie y tenía una oportunidad, me metía dentro del pozo. Había un sitio que estaba tan oscuro que por primera vez, en esa oscuridad, me di cuenta de que podía ver las estrellas del cielo.

Para ver las estrellas necesitas que haya oscuridad. Las estrellas son muy bellas, pero si no está oscuro, no las verás. También hay que entender la belleza de la oscuridad.

La vida es muy bella, pero si no existiera la muerte no sería tan bella. Imagínatelo: si sigues viviendo, llegará un punto en que querrás morirte. Habrás vivido lo

suficiente; entonces la vida se vuelve aburrida porque todos los días se repite lo mismo, y esa rueda ha dado vueltas y vueltas desde hace muchos años.

Cuando digo que la vida es dialéctica, me refiero a que la vida se da entre dos polos, y ambos polos se apoyan. No puedes eliminar un polo, porque si lo haces, el otro también desaparecerá. El silencio es muy bonito —nadie puede estar en desacuerdo—, pero el mejor momento es cuando entiendes que el ruido de la calle también es bonito, porque el bello silencio y el bello ruido forman parte de un todo. El día y la noche, el verano y el invierno, la infancia y la vejez, en todos hay una enorme belleza. En cuanto ves la belleza de ambas cosas a la vez, las habrás trascendido.

Puedes llamar a esta experiencia trascendental iluminación, o despertar, o realización, o verdad, pero tan solo son términos distintos que se refieren a la misma experiencia. Aunque tu mente siempre intenta quedarse con uno y evitar el otro.

«Este silencio... este momento... tan precioso... tan bello. ¿Por qué seguimos evitándolo, perdiéndonoslo?» Esto también es bello. Es lo que crea el contraste. Es una línea plateada sobre una nube negra. Sobre una pizarra solo puedes escribir con tiza. Si quitas la pizarra, también desaparecerá lo escrito.

Alcanzar la madurez es darte cuenta de que estas contradicciones son complementarias. Entonces no querrás desprenderte de nada, no querrás huir del mundo, y amarás todo lo que ocurra. El ruido tiene su espacio y el silencio también, y se enriquecen el uno al otro.

No hay que dejar de jugar. Es un juego inmensamente bello. Solo hay que entender que el juego es así, y que por eso ha habido que dividirlo en dos partes; si no, no habría ningún enemigo, ni siquiera la muerte. En la aceptación absoluta de todo, ya has trascendido.

Una abuela sale de compras con sus nietos y deja la casa vacía, salvo por el loro que está en su percha al lado de la puerta. Llega un fontanero para hacer una reparación y llama a la puerta.

«¿Quién es?», pregunta el loro.

«El fontanero», responde el hombre. Como nadie abre la puerta, el fontanero vuelve a llamar.

«¿Quién es?», pregunta el loro.

«El fontanero», responde.

Silencio. El fontanero, que tiene un problema coronario, empieza a impacientarse. Y vuelve a llamar.

«¿Quién es?», grazna el loro.

«¡El fontanero!», grita el hombre, y cae desmayado.

Al cabo de media hora, la abuela regresa con los niños. La niña pequeña señala el cuerpo que está en el suelo.

«¿Quién es?», pregunta.

«¡El fontanero!», dice el loro.

Solo es un juego.

Deja que siga.

Sigue riéndote y disfrutando... ¡es el fontanero!

CUARTA PARTE

Un nuevo tipo de iluminación

Cuando te conviertes en un buda,
te liberas de todas las religiones, de todas las escrituras,
de todos los dogmas... solo hay libertad y amor;
una brisa fresca que nunca se queda estancada;
una fragancia que va de la eternidad a la eternidad;
una danza en la que no estás solo,
en la que participa toda la existencia:
los pájaros con sus instrumentos,
los árboles con sus flores de distintos colores.
Toda la existencia contribuye a tu danza
de una forma u otra.

La estética de la conciencia

Una amiga nos contó que te oyó decir una vez que te gustaría que nos iluminásemos de la forma más estética. ¿Puedes hablarnos sobre la estética de la conciencia? ¿Has hablado alguna vez de algo que no sea eso?

Has planteado una pregunta muy importante. Las religiones que ha habido sobre la tierra nunca han sido estéticas porque negaban la vida, la belleza, las flores, la creatividad, la sensibilidad. Han destruido la posibilidad de millones de personas de iluminarse por medio de la creatividad estética. Cerraron esa puerta, y desde hace siglos a nadie se le ha ocurrido preguntar: «¿Es posible iluminarte simplemente siendo músico?». Yo digo que es posible.

Nadie estará de acuerdo conmigo, ni Mahavira, ni Gautama Buda, ni Mahoma, ni Jesús. Y aun sabiendo perfectamente que toda la historia va a enfrentarse a mí, estoy completamente convencido de que la música puede convertirse en meditación, de que la escultura, la danza y la pintura pueden convertirse en meditación. Pero han cerrado estas puertas. Es uno de los mayores crímenes contra la humanidad.

Y las personas que no son creativas son alabadas como si fuesen santos. Lo único que han hecho es ayunar, y pasar hambre tampoco es una gran cualidad, no hace a la humanidad mejor en ningún aspecto. Puede que hayan vivido desnudos, pero eso no significa que la vida sea más bella para ellos. Muchos de estos santos desnudos son tan feos que habría sido mejor que... ¡Habría que alabarlos por dejar de estar desnudos! Pero se ha alabado su desnudez; se ha considerado un inmenso sacrificio.

Cuando adoptas una idea estúpida durante mucho tiempo, esta acaba por parecer una verdad absoluta. Todos los animales están desnudos. Yo no creo que eso sea un signo de santidad. No estoy diciendo que sea un acto criminal, solo estoy diciendo que en el momento correcto, con el clima adecuado y un cuerpo que merezca la pena enseñar... Pero antes de molestar a los demás, mírate desnudo en el espejo. En la

playa puedes estar desnudo, por supuesto; cuando hace buen tiempo, puedes estar desnudo en casa. Pero no es un signo de santidad, es simplemente natural. Todos los animales están desnudos... excepto algunos perros.

En Inglaterra, en la época victoriana, cuando la moralidad llegó a un extremo hilarante, incluso los perros tenían que ponerse ropa; se consideraba muy cristiano. Aunque no lo creas, había que tapar las patas a las sillas y a las mesas, porque se llamaban «patas», y las patas no debían quedar al descubierto. Aparte de esos perros, que pertenecían a idiotas, el resto del reino animal ha seguido siendo natural.

Para el hombre puede ser muy duro estar desnudo en todas las estaciones. Su cuerpo ya no tiene la capacidad ni es tan fuerte como el cuerpo del hombre primitivo para vivir desnudo. Llevamos miles de años protegiendo nuestro cuerpo. Pero siempre que proteges algo, se vuelve más débil. Cuanto más lo proteges, más se debilita. Un hombre primitivo vive incluso desnudo en la selva de la India —durante el invierno, bajo la lluvia, bajo el caluroso sol—; su cuerpo tiene la resistencia necesaria para ello. No es un santo, solo es ignorante, analfabeto, incivilizado, primitivo. No hay nada en él que sea digno de alabanzas.

Pero las religiones llevan siglos predicando sacrificios tan poco creativos y a veces tan cómicos que nos parece increíble que miles de personas hayan sido fieles a esas creencias.

En la India, el jainismo es una religión con varias etapas, en la cual los monjes finalmente se quedan desnudos. Su sacrificio consta de cinco etapas, y la última es quedarse desnudo. A consecuencia de esta etapa, el jainismo ha negado la entrada directa a las mujeres en su paraíso. Primero tienen que convertirse en hombres, si no, no podrán acceder al estado final de su disciplina: la desnudez. Y los que se desnudan... Desde hace veinticinco siglos ininterrumpidamente se han desnudado miles de personas sin contribuir por ello a la mejora del mundo, sin pintar un cuadro, sin escribir un poema. En realidad, solamente han renunciado a los asuntos mundanos, terrenales.

Sus prácticas los vuelven espantosos. Por ejemplo, hay un monje jainista que come de pie. Si comes de pie, enseguida tendrás una barriga enorme. Tu pecho se hunde y tu barriga se vuelve más grande. ¡Pareces embarazado sin estarlo! Tienen que comer con las manos ahuecadas porque no pueden usar instrumentos. ¡Qué absurdo! Usar un plato no es un gran avance tecnológico. Pero son alabados por usar solo las manos, y eso causa muchos problemas.

No pueden usar una cuchilla para afeitarse la barba o el pelo. Y se complica aún

más, porque tampoco les está permitido darse un baño. Su práctica ni siquiera les permite cepillarse los dientes. No se los lavan, porque un cepillo es un avance tecnológico y probablemente la pasta de dientes habrá sido fabricada en una industria. Han repudiado todo, ¿cómo van a usar un cepillo? ¿Y por qué?

Vale la pena entender su forma de pensar, porque eso puede aclarar muchas cosas de otras religiones. Han llegado a una situación extrema, y siempre es bueno entender los extremos, porque las cosas llegan a un punto donde incluso un ciego puede darse cuenta del absurdo. Tienen que arrancarse los pelos con las manos. Y se celebra con una ceremonia religiosa. Se reúnen miles de personas para ver cómo un monje desnudo se arranca los pelos. No puede usar una cuchilla de afeitar porque una cuchilla pertenece al mundo materialista. Y merece la pena ver la escena en la que un monje jainista se arranca el pelo. Se reúnen miles de jainistas, las mujeres lloran y algunas se desmayan. El gran santo está pasando por un enorme sufrimiento.

¿Quién le ha dicho que tiene que sufrir de ese modo? ¡Cualquiera estaría dispuesto a afeitarle gratis! Pero se ha impuesto esta tontería y la gente lo alaba por llevar una vida tan disciplinada. Esto no es disciplina sino tortura. Y se justifica diciendo que él no es el cuerpo, así que ¿para qué debería ducharse? No cabe duda de que el cuerpo no puede bañarse sin ti. El cuerpo no puede lavarse los dientes sin ti. La justificación es que la gente desea decorar el cuerpo. Cepillarte los dientes —posiblemente nunca lo habrías pensado— es algo que los jainistas condenan porque lo consideran un embellecimiento del cuerpo que, en realidad, forma parte de tu sexualidad. Bañarse, cuidar tu cuerpo, cortarte el pelo, sin duda son indicaciones de que te interesan los cuerpos. Si te interesa tu cuerpo, evidentemente te interesará el cuerpo de los demás. Un hombre que ha renunciado al mundo material también ha renunciado a su propio cuerpo.

De hecho, estas personas no son santas. Si lo analizas sin prejuicios, verás que están psicológicamente enfermos: son masoquistas que se entretienen torturándose. En los manicomios hay muchas personas como estas, pero la gente no sabe que son monjes jainistas. ¡Los encierran en el manicomio innecesariamente! Disfrutan torturándose.

Hay dos tipos de patologías: una son los masoquistas, que disfrutan siendo torturados, y otra son los sádicos, que disfrutan torturando a los demás. Se dice que el único matrimonio perfecto que existe es el de un sádico con un masoquista. Sin duda será perfecto. El marido agrede a la mujer y ella disfruta. Y él disfruta porque está agrediéndola, o viceversa.

Yo tenía un profesor cuya lección empezaba con una descripción de cómo su mujer había sido mala con él, cómo le había maltratado por la mañana. Una mañana le escuché contar eso y a la mañana siguiente también, y el tercer día tuve que levantarme y decir: «Esto es demasiado. Tengo indicios para afirmar que usted es masoquista».

«¿Qué quiere decir?», me preguntó.

«Lo que quiero decir es que usted disfruta cuando lo torturan —dije—. De otro modo, ¿qué sentido tiene? Usted da clases de economía, ¿qué tiene eso que ver con su mujer? Y antes de levantarme me he informado bien. También he conocido a su mujer, porque no cuestiono nada sin informarme antes.»

Su mujer era un peligro. Cómo pudo elegirla... ¡Y eso que era un matrimonio por amor! Ella era más corpulenta que el profesor, más fuerte, más fea; le sacaba ventaja en todos los aspectos. Indagué entre los vecinos y me dijeron: «Forman una pareja extraña. La mujer le pega».

«Eso no es nada nuevo, el profesor mismo empieza su lección contándolo —dije—. Se pasa la mitad de la clase contando cómo su mujer le maltrata. No lo oculta. Y cuando lo describe... se le ilumina la cara. Los dos necesitan que los ingresen en un hospital psiquiátrico.»

Pero los vecinos dijeron: «Di lo que quieras, pero son felices».

«Es verdad —dije—. Es el matrimonio perfecto. La mujer es feliz pegando al hombre, y lo tortura de todas las formas posibles. No les importa que esté la puerta abierta y que la vean los vecinos sentada a horcajadas encima del marido.» Nunca he vuelto a encontrarme con una pareja tan perfecta. Y era un matrimonio por amor. No creo que las cosas fuesen distintas antes de casarse. De hecho, la relación de tortura es lo que les ha unido.

Mi opinión es que todas esas personas que gimen y lloran cuando un monje budista se arranca los pelos... El monje es masoquista y el público es sádico. Ellos también disfrutan, no os dejéis engañar por las lágrimas. Llegan de muy lejos solo para ver cómo un loco se arranca el pelo. ¿Esto es espiritual?

Si alguien quiere desnudarse, no te interpongas, déjale. Si se arranca el pelo, puede que disfrute haciéndolo. Déjale disfrutar, pero cuídate de que no empiece a arrancarlo a los demás. Y eso es lo que hace el monje jainista. Se arranca el pelo y enseña a los demás para que se inicien, y finalmente se arranquen el pelo. No lo hace de una forma directa, pero en realidad se está torturando a sí mismo y a los demás. «Tortúrate. Si no torturas tu cuerpo, ¿cómo vas a alcanzar lo espiritual?»

La división entre cuerpo y espíritu ha destruido todas las religiones. Más que una bendición para el mundo, se ha convertido en una tragedia.

Yo predico la conciencia estética. Deberías aprender a apreciar la belleza, aprender a crear belleza, a comportarte de una forma bella. Tu vida debería ser una larga historia de belleza, gracia, amor, paz. Y, hagas lo que hagas, no debes renunciar al mundo porque no tienes que ir a ningún sitio. Es nuestro mundo. Tenemos que hacerlo más bello, más interesante, más agradable. Y todo lo que hagas, si es posible, hazlo de forma meditativa.

Ha habido místicos como Kabir, que era un tejedor. Siguió siendo tejedor aunque tuviese muchos seguidores, incluso los reyes. Pero era un hombre humilde. Hay muy pocas personas que hayan alcanzado el mismo estado de gracia y brillo de Kabir. Todos sus discípulos le pedían que dejara de tejer: «No necesitas hacerlo, nosotros te mantendremos y te daremos todo lo que necesites».

Kabir respondió: «Pero mi meditación y el tejer van juntos, de manera que no puedo meditar sin tejer, ni puedo tejer sin meditar. Así que no me molestéis, dejadme seguir haciéndolo».

Hay otro místico, Gora. Era un alfarero y siguió haciendo maravillosas piezas después de su realización. Sus cerámicas también adquirieron una calidad nueva. Parte de su belleza fue a parar a lo que estaba haciendo.

Sus discípulos le dijeron: «Déjalo, nos da vergüenza. La gente nos pregunta si somos seguidores de un alfarero». En la India un alfarero es considerado un intocable. «¿Y os postráis a los pies de ese hombre?» No obstante, mucha gente se iluminó con la experiencia de Gora. Y él siguió siendo alfarero hasta el final.

Mi posición es que debes convertir todo lo que hagas en meditación. No pienses que debes dejar de hacer algo para meditar. Son trucos de la mente para posponer la meditación, y acabarás en alguna situación desagradable.

Para mí la religión solo puede ser estética. Un hombre religioso desprenderá gracia en todas sus acciones. Estará rodeado de un aura de belleza. Sus palabras serán poesía pura, sus silencios te llegarán al corazón, su ser mismo se convertirá en una danza y una celebración para ti. La pregunta no es qué hace, sino qué es. No importa que sea un alfarero, un tejedor o un zapatero...

Había un zapatero, Raidas, que fue un místico. Si un zapatero puede estar tan realizado como Gautama Buda, eso significa que no hay que ir a ninguna parte. Quédate donde estés y crea más belleza, haz que tu vida y tus acciones tengan más gracia. Todo debería ser una oración, un agradecimiento a la existencia. Entonces

prevalecerá en la existencia otro tipo de religión que le aportará al mundo enormes tesoros.

Hasta ahora, todas las religiones han sido escapistas, han huido del mundo. Yo te enseñé a permanecer en él; pero recuerda, sin ser mundano. No hay que renunciar al mundo, pero no permitas que el mundo penetre en tu conciencia. Puedes estar sentado en el Himalaya y seguir pensando en Sofía Loren. El Himalaya no puede impedírtelo.

Un día, un hombre fue a ver a Ramakrishna con diez mil monedas de oro. En esa época la rupia era de oro macizo. El término «rupia» procede del sánscrito y significa oro. Este hombre llegó con gran saco cargado con diez mil monedas de oro y dijo a Ramakrishna: «He estado reuniéndolas y contándolas hasta que tuve diez mil para dártelas».

Ramakrishna respondió: «Pero yo no tengo dónde guardarlas. Y, de cualquier manera, no creo que las necesite. Aunque tampoco puedo rechazarlas. Hagamos una cosa...». Detrás del templo de Ramakrishna fluye el hermoso Ganges. Y dijo al hombre: «Ve y echa todo el fardo al Ganges».

Era Ramakrishna quien se lo estaba pidiendo. Para empezar, había ofrecido ese dinero a Ramakrishna, así que le pertenecía, y le estaba diciendo que lo echara al Ganges. De modo que se fue de mala gana. El alma se le cayó a los pies. Llevaba toda la vida reuniendo esas rupias. «Ese tipo parece completamente trastornado. ¿Qué puede hacer el Ganges con ellas? Si no las necesita, podía habérmelo dicho. Habría vuelto a llevármelas. Si él no las necesita, el Ganges tampoco. Pero ¿qué puedo hacer ahora, qué puedo decirle? ¡Ese hombre está loco!»

Al cabo de una hora Ramakrishna preguntó: «¿Qué habrá ocurrido? Ese hombre todavía no ha vuelto».

Mandaron a alguien y volvió para informar a Ramakrishna: «Ese hombre está haciendo un buen trabajo. Está rodeado de una gran multitud. Hay muchos nadando en el Ganges, otros están de pie en la orilla. Él va cogiendo las rupias de una en una, le demuestra a la gente que son de oro lanzándolas contra una piedra —por el sonido— y luego las tira al Ganges.

»Esto lleva mucho tiempo. Diez mil rupias... La gente se está amontonando y los que saben nadar y pueden recuperar las rupias que tira están disfrutando».

Ramakrishna dijo: «¡Qué raro! Le pedí que tirara todo el fardo».

Y él mismo fue a verlo. Había un gran alboroto. Ramakrishna dio un toque en un hombro del hombre y le preguntó: «¿Qué estás haciendo?».

«Nada —respondió—. Estoy comprobando que son de oro y después las cuento:

trescientas treinta y nueve, trescientas cuarenta, trescientas cuarenta y una...»

Ramakrishna dijo: «Idiota. Cuando alguien está reuniendo dinero es evidente que comprueba que sea oro y también lo cuenta. Pero tú estás deshaciéndote de él. ¿Para qué te molestas en contarlo? Tira el fardo de una vez».

Y tuvo que hacerlo, pero con gran pesar. Estaba disfrutando del mejor momento de su vida porque la gente le apreciaba por su gran renuncia y por deshacerse de su riqueza.

Todas las religiones te han dicho siempre: «Renuncia a la riqueza». Pero hay millones de personas que se mueren de hambre en el mundo debido a la pobreza en la que viven. La religión no ha enseñado a la gente a enriquecerse. La riqueza no cae del cielo, hay que crearla. No todo el mundo es Henry Ford. Hay que tener inteligencia, inventiva, y muchas cualidades; solo así puede crearse riqueza. Si todas las religiones dijeren a la gente: «Crea riqueza y respetaremos a los más ricos como si fuesen santos», en el mundo no habría pobreza. No hay ningún motivo para que el mundo sea pobre.

Incluso ahora, aunque la población haya alcanzado miles de millones, los científicos dicen que juntando toda nuestra inteligencia y conocimientos tecnológicos, podríamos conseguir que veinticinco mil millones de personas vivieran perfectamente y fuesen felices en la tierra. Pero las religiones predicán la pobreza. Jesús dice: «Bienaventurados sean los pobres». ¡Aunque todo el mundo sabe quién es bienaventurado! Estas mentiras piadosas han permitido que los pobres sigan siendo pobres. Jesús dice que los ricos no tienen esperanza. «Incluso un camello podrá pasar por el ojo de una aguja, pero un rico no atravesará las puertas del cielo.»

Esta ha sido la información que ha predominado en la tierra, y ya ves las consecuencias. Hay miles de personas muriéndose cada día por falta de comida. Y aparentemente no hay posibilidades de que la situación cambie. Por ejemplo, la India no produce alimentos, solo produce niños. ¡Es una tierra muy productiva! Cuando obtuvo la independencia en 1947, tenía una población de cuatrocientos millones. Ahora hay casi mil millones, y dentro de unos años la India habrá superado los mil millones.

Por primera vez, la India lidera la pobreza, el hambre, la desnutrición y el número de habitantes del mundo. Hasta ahora había sido China, pero en los próximos años este país perderá su posición predominante. Dejará de ser la nación adalid.

Un hombre dijo a su mujer: «En este periódico hay una noticia sobre la población. Dice que uno de cada cinco niños que nacen es chino». Pero dentro de unos años ya

no será así: uno de cada cinco niños que nazcan en la tierra será indio. La mujer estaba muy preocupada y dijo: «Dios mío. Estoy embarazada de mi quinto hijo, ¡no quiero un chino en casa!».

Las religiones han predicado los valores equivocados. El hombre estaría en otra situación... No nos han enseñado a vivir en armonía con la naturaleza, con la ecología; no nos han enseñado a vivir juntos sin matarnos, sin masacres, sin violaciones. En tres mil años ha habido cinco mil guerras, como si la profesión del hombre fuese luchar. ¿Para quién estamos peleando?

Si las religiones hubiesen dicho: «Sed creativos y no destructivos. No renunciéis al mundo, sino a la nación, a la raza, a toda discriminación entre negros y blancos, a todas las limitaciones, a las fronteras que dividen a la humanidad. Solo hay una humanidad. El planeta es nuestro hogar, y tenemos la responsabilidad de hacer un mundo más bello, más habitable...». Pero nos han dicho: «Renuncia al mundo, huye del mundo». ¿Y adónde puede huir la gente? A ningún sitio; se ha quedado aquí y se ha convertido en parásitos.

En China, Japón, la India y Europa hay miles de monasterios. En esos monasterios hay miles de monjes. ¿Quién los alimenta? Ellos no producen nada. ¿Por qué siguen presionándonos? Deberían saltar al océano. Han renunciado al mundo y podemos decirles adiós. Pero viven aquí, nos torturan, siguen predicando cosas horribles que han hecho que el mundo sea suicida, absurdo, absolutamente pobre en todos los aspectos de la vida.

Mi propósito básico es que la religiosidad esté en la vida, en la calle, y destruir todos los antagonismos creado por las religiones entre la religiosidad y el mundo. Ese antagonismo no existe. La religiosidad es una hermosa flor; puede florecer en la calle sin problemas porque la religiosidad puede reducirse a un simple principio de meditación. No necesitas otra disciplina.

Profundiza en tu meditación y verás que tu atención se vuelve cada vez más clara, tu vida empieza a ser más moral. Y no según alguna escritura sagrada, vieja y trasnochada, que se escribió para una situación que ya no existe. Una persona moral, en mi opinión, es aquella capaz de responder a la situación real de forma directa, y no de acuerdo con un principio.

Esto me recuerda una historia china. Había una feria, y en la antigua China, los pozos, los pozos de agua, no tenían un muro de protección alrededor. Eran simples agujeros. Por la noche, en la oscuridad, podías caerte a un pozo. Un hombre se cayó

durante una feria y había tanto ruido y tanta gente que nadie le oía gritar, aunque dijera con todas sus fuerzas: «¡Socorro! ¡Me muero!».

Precisamente pasó por ahí un monje budista que le oyó gritar y miró en el fondo del pozo. El hombre le dijo: «Gracias a Dios que me has oído, porque la gente está tan loca en esta feria y hay tanto ruido —música, baile, canciones— que... ¿cómo van a oírme?».

El monje budista dijo: «No te preocupes, yo te escucharé».

«¡No quiero que me escuches, lo que quiero es que me saques de aquí!», dijo el hombre.

El monje budista respondió: «Yo no puedo hacerlo. Según nuestras escrituras, todo el mundo tiene que pagar por los malos actos que ha cometido en otras vidas. Debes de haber cometido malas acciones. Sufre en silencio, quédate tranquilo para no tener que sufrir en la próxima vida. Piensa en tu próxima vida. Ha ocurrido lo que ha ocurrido».

«¡Pero todavía estoy vivo! —dijo el hombre—. Todavía no ha ocurrido todo. Soy joven, tengo una mujer, tengo hijos, y tú estás diciendo que ha ocurrido lo que ha ocurrido. ¡Haz algo!»

«No puedo oponerme a las escrituras», y se fue.

A continuación llegó un monje confuciano que dijo: «Confucio tenía razón». «De acuerdo —dijo el hombre—, pero ¡antes sácame de aquí!»

«Todo llegará, pero todavía falta tiempo —dijo—. Tendrá que haber una gran revolución.»

«Pero cuando llegue... —dijo el hombre—. ¿De qué revolución estás hablando?»

«Confucio dijo que todos los pozos deberían tener un muro protector —dijo—. Viajaré por todo el país, y lo haré por ti, por tus hijos, proclamando que todos los pozos tienen que estar protegidos con un muro»

«Y mientras tanto... ¿yo qué hago?», preguntó el hombre.

«En cuanto a ti... —dijo—, no puedo hacer nada. Nadie le hizo caso a Confucio, ¿qué podemos hacer? Pero en lo que respecta a tus hijos, seguro que no caerá ninguno»

«Qué sitio más raro —dijo el hombre—. Un hombre vivo se está muriendo y estos idiotas hablan de grandes revoluciones.»

Entonces llegó un cristiano con una cuerda y un cubo, e inmediatamente echó la cuerda con el cubo y dijo al hombre: «Siéntate en el cubo y te sacaré, no te preocupes».

«Al parecer esta es la única religión verdadera —dijo el hombre—. Todos los demás son muy astutos hablando de sus escrituras.»

Y dijo al misionero cristiano: «Tu religión es la única religión verdadera. Y de paso me gustaría preguntarte ¿por qué llevas una cuerda y un cubo?»

El misionero respondió: «Siempre estoy en el lado seguro. ¿Quién sabe? Si se cayera alguien a un pozo, esta podría ser la única forma de entrar en el paraíso. Me opongo a ese monje confuciano que quiere que se construyan muros alrededor de todos los pozos. Entonces nunca se caerá nadie, y si no se cae nadie, no serán necesarios los salvadores. Las puertas del paraíso se cerrarán».

Entonces el hombre comprendió que no lo estaban salvando. El misionero se estaba ocupando de sus propios asuntos, invirtiendo en su cuenta en el paraíso.

Todas esas escrituras, todas esas religiones, toda esa moralidad puede ser útil en determinadas circunstancias, pero la vida va cambiando. Cada momento es nuevo. Por eso hay dos formas de recibir el momento nuevo que llama a tu puerta. Una es reaccionar; la reacción proviene de tus principios, de tu cultura, de tu iglesia. Y la otra es responder; la respuesta proviene de tu atención. No hay más moralidad que tu respuesta. Todo lo que hagas, siempre que no sea una respuesta, te llevará a cometer alguna estupidez.

En la India, por ejemplo, hay muchos mosquitos no-vegetarianos. Yo nunca he oído hablar de ninguna especie de mosquito vegetariano. Te sorprenderá saber que en los jardines de los ricos vegetarianos de Calcuta se colocan muchos catres. Y dan dinero a quien esté dispuesto a pasar la noche desnudo sobre uno de esos catres. Todavía se sigue haciendo hoy en día. Tienen gran compasión por esos mosquitos, porque ¿qué sería de los mosquitos? Sus escrituras dicen: salvad a la gente, ayudad a las personas. Y es lo que están haciendo: salvar, ayudar. ¡Esas personas son los mosquitos! Y un hombre puede pasarse toda la noche sufriendo por cinco rupias... pero las vale. Luchará con los mosquitos, pero no se moverá de la cama. Y los que le pagan están haciendo un acto de caridad por dar dinero a los hambrientos.

La mosquitera que cuelga aquí en el auditorio va en contra de las escrituras porque impide comer a los hambrientos. Es inmoral, tanta comida y con hambrientos por todas partes, pero hay barreras... Por eso están en mi contra, porque lo que predico va en contra de las escrituras.

Y ahora algunas cuestiones religiosas. Me obligáis a hablar sobre lo que no es religioso, pero no me olvidó de las cuestiones realmente religiosas.

Tarde por la noche, un joven árabe vuelve a su tienda muerto de hambre. Enciende una vela y empieza a

buscar algo de comer en su bolsa, hasta que encuentra cuatro dátiles. Saca su navaja, abre un dátil y ve que está lleno de gusanos. Abre otro dátil y también tiene gusanos. Lo mismo ocurre con el tercero.

Suspira profundamente, apaga la vela, y se come el último dátil.

Un granjero canadiense decide cortar más leña que de costumbre. Al día siguiente todavía está cortando leña cuando aparece un viejo indio y le dice: «Este año, invierno muy frío».

De modo que el granjero sigue cortando leña hasta bien entrada la noche. Al día siguiente sigue y ya tiene una pila de leña cuando vuelve a aparecer el indio y le dice: «Este año, invierno muy, muy frío».

El granjero deja de cortar leña y le pregunta: «Jefe, ¿cómo lo sabe?».

«Bueno —dice el indio—, en mi tribu tenemos un dicho: “Cuando hombre blanco cortar leña, llegar frío a la población.”»

Un hombre recibe una molesta carta de Hacienda y tiene que presentarse para una entrevista. Llama a su hijo que es abogado para pedirle consejo, y este le sugiere que se vista con ropa vieja para no parecer rico.

De camino a la oficina de Hacienda se encuentra con un amigo y este le dice que con esa ropa parece un granuja, y que el inspector sospechará enseguida de él.

El hombre está muy confuso y decide ir a ver a un rabino. El rabino ha salido, pero su mujer le deja pasar.

«¿Cuál es su problema?», le pregunta. Y él le cuenta su historia.

«¡Aja! —exclama ella al final—. Esto me recuerda cuando estaba a punto de casarme. No sabía si ponerme un camisón blanco y parecer una virgen, o un camisón negro y parecer experimentada y seductora, de modo que pedí consejo a mi abuela.»

«¡Vaya! —dice el hombre—. ¿Y qué le dijo?»

«Bueno —respondió la mujer del rabino—, me dijo, “Te pongas lo que te pongas, te van a joder de todas formas...”»

La noche estrellada del alma

¿Qué es «la noche oscura del alma»? ¿Está pasada de moda? Cuando miro en mi interior y a mi alrededor, solo veo alegría, felicidad, cariño, valoración de la vida y de lo que existe. Cuando miro hacia atrás veo mucha infelicidad, aflicción, dolor, aunque parecen estar relacionados con una educación equivocada y con una tortura innecesaria, pero no con una noche oscura del alma.

Sí, creo recordar que tú también has contado que atravesaste una profunda crisis relacionada con la búsqueda de la verdad. Por eso me pregunto si está bien relajarse cada vez más en la alegría de estar vivo, con toda la belleza que hay alrededor, desarrollando la atención; o es que solo estamos o estoy en la superficie sin querer profundizar en la «búsqueda». ¿Y por qué estoy preguntando?

La pregunta que haces es muy significativa en el contexto del pasado de la humanidad. Todas las religiones han negado la vida. Y cuando niegas la vida, provocas infelicidad en tu interior; si estás en contra la vida, estás entrando en la oscuridad. La vida es luz, pero hasta ahora no ha habido ninguna religión en el mundo que no predicara una actitud que lleve a la gente hacia la oscuridad, la desesperación, la depresión, la culpabilidad y el pecado. Todas las religiones reducen tu dignidad, tu humanidad, y tienen un gran interés en ello.

Solo estoy de acuerdo con Bertrand Russell cuando declara: «Si todo ser humano vive feliz, holgadamente, desaparecerán las religiones». Nadie ha tomado nota de la importancia de su declaración, de lo que esto implica. Implica que todas las religiones necesitan del sufrimiento, la desesperación y la infelicidad para poder sobrevivir. Y tienen grandes intereses en ello.

Ahora la iglesia católica es la empresa más grande, y puede compararse con cualquier otra empresa del mundo. Un Papa polaco tiene en el puño a seiscientos

millones de personas, casi una nación. A las religiones, a sus dioses y a sus templos, se les otorga muchísimo dinero, poder y prestigio.

En el sur de la India hay un templo cuyos ingresos diarios son tan elevados que puede regentar la universidad. Seguramente debe de ser la única universidad del mundo regentada por un templo, incluyendo los salarios y todos lo demás. Y el templo sigue enriqueciéndose, porque existe una superstición que dice que si donas dinero al templo, en la otra vida se multiplicará por mil. ¿Quién puede dejar escapar una ocasión semejante?

Y puedes ver claramente que solo te acuerdas de Dios, del cielo y el infierno, de la Biblia y el Corán y la Gita, cuando estás sufriendo. ¿Alguna vez has visto a una persona alegre y feliz con una Biblia? Llevará una botella de vino, pero no es la ocasión de llevar una Biblia. ¿Quién lee la Biblia, quién lee los Vedas? Solo los viejos que están cerca de la muerte y empiezan a tener miedo, miedo de que quizá Dios exista. Quizá se encuentren a Dios y si les pregunta... Es posible que les haga alguna pregunta. Es mejor prepararse por si acaso.

Había un vendedor de diccionarios y enciclopedias que decía a una mujer en la puerta de su casa: «Esta es la última enciclopedia. Tus hijos y tú sacaréis mucho provecho de ella». Pero ella dijo: «Ya tengo una. Mira, allí en la esquina».

El hombre miró hacia la esquina. Había un libro del mismo grosor. Y dijo: «Pero eso no es una enciclopedia, es la Santa Biblia». La mujer no daba crédito, ¿cómo podía saber a esa distancia que se trataba de la Biblia? «Eso me ha sorprendido. Ciertamente eres un hombre culto. ¿Cómo has podido saber que se trataba de la Biblia?»

«Todo el mundo puede llegar a esa conclusión, basta con ver la capa de polvo que tiene», respondió él.

¿Quién abre la Biblia? A la gente solo le interesa cuando está a punto de morir. Y digo a punto, porque no quieren arriesgarse. Para estar más seguro, echa un vistazo al libro sagrado, hojea algunas páginas al azar. Si Dios llega y te pregunta, y no sabes qué responder, vas a tener un problema.

Nunca he visto a un hombre feliz, dichoso, sereno, y que disfrute de todo lo que le brinda la existencia: el silencio, la lluvia, la música del viento entre los pinos, la gente..., todo lo que la vida te da. Si no sabes bailar, entonces quizá no sepas el idioma. Te han obligado a olvidar el idioma de la danza, te han obligado a olvidar el idioma del amor.

Han condenado todo lo que tiene algún valor: el amor es pecado; incluso disfrutar

con la vida es trazarte el camino al infierno. El único camino hacia Dios y su paraíso es que te tortures y lo hagas lo mejor posible. Renuncia a todo lo que te produzca placer. Huye de los lugares donde la gente es feliz, donde hay cariño. Vete a las montañas, a los monasterios donde están reunidos todos esos idiotas. Lee todos los días las mismas estupideces de la Biblia. Y, naturalmente, si alguien empieza a leer el Viejo Testamento todos los días, aunque fuera inteligente, deja de serlo. Entonces empieza la noche oscura del alma.

Tienes más suerte que yo, porque dices: «Tú también has contado que atravesaste una profunda crisis relacionada con la búsqueda de la verdad». ¡Yo no he tenido la suerte de encontrarme con alguien como yo! Me he encontrado con todo tipo de idiotas; afortunadamente no me han convencido de ninguna actitud negativa hacia la vida.

Este siempre ha sido mi criterio: mientras no encuentre una fuente que esté a favor del amor, la belleza, las flores y las estrellas; mientras no encuentre la fuente de la que ha surgido todo lo tiene importancia: la poesía, el arte, la arquitectura..., no dejaré que nadie que contribuya a la vida de forma destructiva me convenza.

Es un fenómeno extraño. Los políticos siempre han destruido por medio de guerras. Los religiosos se destruyen a sí mismos, no a los demás, y lo hacen muy piamente y sintiéndose bien. Pero tanto si te suicidas como si cometes un asesinato estás destruyendo la vida. Da igual que sea un suicidio o un asesinato; el político comete asesinatos y vuestros santos cometen suicidios. Para mí siempre ha estado tan claro que nunca he podido apoyar un enfoque negativo de la vida.

He tenido que luchar yo solo, sin un guía, sin amigos, sin mapas. Es un milagro que no lograran convencerme a pesar de estar rodeado de todas esas enseñanzas religiosas. Me mantuve inflexible y confiando solo en algo que puede llamarse amor o vida, o luz... Pero, para mí, la meta de la existencia no puede ser la destrucción, sino la creación. La única conciencia religiosa verdadera es aquella que crea. De modo que puedes entender mi problema: por qué todas las religiones se acabarán enfrentando conmigo, y por qué estoy en contra de ellas.

En una conferencia de prensa mundial, la primera pregunta que me hizo una reportera fue: «¿Cree en la coexistencia?». Y yo solo respondí: «No». Todo el mundo se quedó boquiabierto. Nadie, ni los reporteros ni los representantes de los medios se esperaban esta respuesta. Coexistir significa transigir, coexistir significa: «Sé que eres mi enemigo y yo el tuyo, pero ¿qué le vamos a hacer? Yo no puedo matarte y tú a mí

tampoco porque ninguno de los dos queremos ir a la cárcel. Por eso es mejor hablar de la gran filosofía de la coexistencia».

Creo en el amor, pero no creo en la coexistencia. Lamentablemente todos los maridos y mujeres coexisten, no viven; se toleran en la medida de lo posible.

Se dan cuenta de la superstición de las religiones pero siguen transigiendo porque... son tantos... ¿Quién se atrevería a enfrentarse a seis millones de católicos? Y hay que convivir con ellos, hay que trabajar con ellos. Es mejor ceder, quedarse callado, ignorar los puntos de divergencia. Vives haciendo concesiones. Y una vida de concesiones es la noche oscura del alma.

Yo nunca he transigido. O tengo razón o no la tengo. No hay grados; no puedo tener algo de razón. No hay porcentajes; tengo la razón en un cincuenta por ciento y el otro cincuenta por ciento es tuyo. Lo correcto es el cien por cien, si no, no es correcto. Una mentira es mentira cien por cien, si no, no es una mentira.

Pero desde la infancia, en todas las esferas de la vida, te están diciendo que no entres en conflicto, que seas educado. En otras palabras, transige. Pero cuando tienes que transigir en todo momento —política y socialmente—, te conviertes en un extraño para ti mismo. Tienes tantas máscaras que pierdes el contacto con tu rostro original. Y una máscara no se divierte, está muerta. No se ríe, no ama. Solo el rostro original es capaz de entender el lenguaje del universo.

El amor es el lenguaje.

La danza es la expresión de tu agradecimiento.

No es necesario atravesar la noche oscura del alma, pero yo tuve que hacerlo porque nadie me había avisado. En toda la literatura mundial no había ni una sola mención. Fui de un santo a otro. Y cuando veo a tantos idiotas haciendo tonterías, no puedo soportarlo. Cada vez que veo una estupidez, no puedo evitar alertar a esa persona y decirle que eso es una tontería.

Había un santo que llevaba sesenta días ayunando y miles de personas iban a postrarse a sus pies todos los días...; era un gran maestro espiritual. Al ver que iba a verle tanta gente, pensé: «No puede hacerme daño. Tal vez en sus ojos pueda ver la luz, tal vez en la gracia de sus gestos pueda ver la luz». Entonces me encontré con un idiota prácticamente muerto. Y le pregunté: «Antes de morir, al menos contéstame: ¿Qué tiene que ver la espiritualidad con la inanición? Si la inanición es espiritual, ¿por qué hay personas que quieren acabar con la pobreza en el mundo? Deberían querer acabar con la riqueza para que todo el mundo fuese espiritual».

El hombre me miró y dijo: «Me estás haciendo una pregunta muy extraña. El

ayuno siempre se ha considerado una práctica espiritual desde hace miles de años».

«Todos esos miles de años no me interesan —dije—. Tienes una experiencia de sesenta días, y ¿qué has logrado espiritualmente? Dame una señal.» Miró a su alrededor y ¿qué señal podía darme?

«La única señal es que vas a morir dentro de unos días —le dije—. Pero todavía estás a tiempo si eres valiente; tienes que ser muy valiente para defraudar a tus seguidores. Tienes que ser muy valiente cuando tienes miles de seguidores. Puedo traerte un buen plato de comida. Toda esta gente se opondrá, pero si estás dispuesto...»

«No digas ese tipo de cosas. ¡No intentes seducirme! Estás intentando desviarme de mi camino espiritual», dijo.

«No estoy desviándote de tu camino, solo estoy gastándome un poco de dinero en comida para ti. Cuando estés bien, podrás arrastrarte a donde quieras. Pero puedes alojarte en casa durante unos días. Y cuando estés mejor, podrás irte por el camino que quieras. Pero ahora mismo vas hacia la muerte, y no es ningún camino.»

El hombre se quedó pensativo un rato y comprendió claramente que tenía razón en lo que le decía. Pero defraudar a tanta gente... Y no se trataba solo de defraudar a todas esas personas, sino de dejar de merecer el respeto de todos sus seguidores. «Por favor —me dijo—, déjame en paz.» Yo llegaba todos los días con la misma propuesta, pero cada vez era más persuasivo. El hombre se iba convenciendo poco a poco, y cada vez me tenía más miedo.

Finalmente, dijo a sus discípulos que si yo aparecía por allí, no quería verme. «No le dejéis entrar, si no, dentro de un par de días acabará convenciéndome porque no tengo ningún argumento para justificar que pasar hambre sea espiritual.» Si pasar hambre es espiritual, entonces ¿por qué bebes agua? Deja de beber también. Así serás más espiritual. En realidad, para qué hacer perder el tiempo a toda esa gente. ¡Hazte el haraquiri! ¿Para qué tanto circo? Pero este tipo de circos han existido desde hace siglos.

Y ¿qué ven los seguidores en estos santos? Ven que sufren, ven que se torturan. Esto afecta un punto de la psicología humana muy extraño. Disfrutas viendo cómo torturan a alguien, pero disfrutas más cuando se torturan ellos mismos. Nadie tiene la culpa. Los seguidores de esos santos son sádicos; les encanta la tortura. Y la gente que se tortura tiene otra enfermedad psicológica: son masoquistas. Disfrutan torturándose y disfrutan por el gran respeto que inspiran.

Pero no hay ni una religión que haya respetado el amor, la alegría, la música, la

danza o cualquier tipo de creatividad que haga la existencia más bella. Todas están en contra. Su intención es convencerte de que tu auténtica dicha no está en este mundo. Jesús dice: «El reino de Dios no es de este mundo». Esto, en esencia, es la doctrina de todas las religiones.

Su reino está más allá de la muerte; es una ficción. Si quieres entrar en ese famoso paraíso, tortúrate. Y mientras tanto, deja que el sacerdote disfrute del poder, del dinero, déjale que disfrute del ego.

En realidad, a la luz de los análisis psicológicos, hasta ahora toda la humanidad ha estado enferma. Pero esa enfermedad está tan extendida que es muy difícil considerarla una enfermedad. No piensas que tu nariz está mal, pero si tienes seis dedos en vez de cinco, piensas que hay algo que está mal.

Yo trabajaba en una universidad, y había una profesora que tenía doce dedos. Solía esconder la mano, pero yo le decía: «Eres tonta. Deberías hacer que los demás te envidiasen por tener seis dedos en vez de cinco. ¿Qué tiene de malo tener seis dedos? ¿Por qué te sientes culpable? Si te aprovechas de ello, los demás tendrán la impresión de que les falta el sexto dedo...». Pero es complicado porque la mayor parte de la gente solo tiene diez dedos.

Por eso todos los idiomas tienen diez dígitos matemáticos elementales, porque antiguamente el hombre empezó a contar con los dedos. Y hay gente como yo que sigue contando con los dedos y se pierde después del cuarto... ¡Es tan complicado...! Resulta sorprendente que todos los idiomas hayan coincidido en desarrollar diez dígitos elementales, sin haber tenido contacto entre ellos. Y luego vas repitiendo: once, doce, trece... Después del diez sigues repitiendo, pero el diez es la base. Solo quiere decir que el hombre siempre ha tenido cinco dedos, no hay nada malo en tener cinco dedos, ni en tener seis. Uno lo da por sentado, eso es todo.

La enfermedad psicológica de disfrutar de tu autotortura o de la de otro es la base de todas vuestras religiones. Y no puedes imaginarte la inventiva que tienen todos esos enfermos mentales. Basta con unos ejemplos... Tendré que contarlos con los dedos, ¡y sé que me perderé!

En Rusia había una secta cristiana muy destacada porque nadie era capaz de hacer lo que hacían ellos. Todas las religiones predicaban la castidad, pero ellos llegaron al límite: empezaron a amputarse los órganos sexuales. El hombre que se amputaba los órganos sexuales se convertía en santo, así de sencillo. Eso quiere decir que si alguien nace..., hay gente que nace impotente; esas personas son espirituales. Puede que no te

des cuenta porque fuera de la India quizá esas personas no se exhiban como lo hacen aquí.

En la India tienen sus propias organizaciones y su trabajo consiste en..., no son hombres ni mujeres. No tienen órganos sexuales. Parecen hombres pero van vestidos de mujer; son muy raros. Su centro principal está en Lucknow, es su cuartel general; y tienen un presidente. Su único trabajo consiste en que cada vez que hay un nacimiento, van a bailar y a festejar y reciben una recompensa. Van de un sitio a otro en grupos, buscando dónde ha nacido alguien. Son muy raros, son horribles.

Pero en Rusia había miles de hombres que se amputaban los órganos sexuales en grandes ceremonias. Solían ir miles de personas a verlo; estas no eran capaces de hacerlo, pero al menos podían presenciar cómo grandes santos renunciaban completamente a la sexualidad. Aunque no saben que la sexualidad no se localiza en los órganos sexuales. El centro de la sexualidad está en el cerebro. Por eso puedes tener sueños sexuales, y si empiezas a imaginarte escenas sexuales, tu órgano se preparará inmediatamente para actuar. Pero el origen está en la mente. ¡El soldado no actúa por voluntad propia! Aunque te amputes el miembro, ¿crees que no volverás a pensar en la sexualidad y que no tendrás sueños sexuales? Serán más sexuales que antes. Y, por supuesto, no puedes hacer nada para evitarlo.

Y las mujeres no se iban a quedar atrás viendo a tantos hombres convertirse en santos de una forma tan sencilla. Las pobres mujeres empezaron a amputarse los pechos; lo hacían miles de mujeres. Antes de la Revolución rusa, había una ley según la cual todo aquel que infligiera una mutilación a su cuerpo sería considerado un criminal. Esto duró muchos siglos. Es un crimen, pero ayunar es el mismo tipo de crimen: estás torturando tu cuerpo..., o puedes torturarlo haciendo voto de castidad. Los yoguis pueden enseñarte todo tipo de contorsiones. Te llevará muchos años de entrenamiento y disciplina, y lo único que conseguirás es hacer estúpidas contorsiones sin necesidad.

Hay uno que hace el pino... ¿Consideras que hacer el pino es espiritual? Lo único que denota es que es un idiota. Perderá la inteligencia; el hombre es inteligente por ser el único animal que puede estar de pie en contra de la fuerza de gravedad. De ese modo le llega muy poco riego sanguíneo a la cabeza, y eso ha permitido que el cerebro desarrolle unas terminaciones nerviosas muy finas que transportan pequeñas cantidades de sangre. Si haces el pino y te pones boca abajo, toda la sangre baja a la cabeza, y destruye ese delicado sistema. Está muy claro. ¿Alguna vez has visto a un

yogui —en este país ha habido millones de yoguis— que haya contribuido a la vida con algo inteligible, comprensible? Sin embargo, han sido grandes santos.

En Benarés, que es la capital del hinduismo, todavía puedes ver a gente tumbada sobre un lecho de clavos. Y les echan flores, dulces y coco. Ese hombre está mal de la cabeza, ¡y tú le echas cocos! He estado con ese tipo de personas y me hice amigo de uno para que me desvelara su secreto. «¿Quieres convertirte en santo como yo?», me preguntó.

«En serio, quiero ser santo como tú —le dije—. Es un trabajo muy bonito, y tú eres el más experto.» Lo adulé todo lo posible. Y también dije a otras personas: «Estáis perdiendo el tiempo, el verdadero santo es ese que está ahí en la esquina». Entonces le echaron más flores y cocos. El hombre se había vuelto muy afable conmigo y me dijo: «Ven, voy a contarte la verdad».

Una tarde que no había nadie... Y eso que la orilla del Ganges donde solía acostarse no era tranquila. El día había terminado, se había puesto el sol, quedaba un poquito de luz antes de que se hiciese de noche. Me enseñó su espalda. Y pude ver lo que ya sospechaba: en la espalda hay puntos donde no sentimos dolor y puntos donde sentimos mucho dolor. Puedes pedir a un amigo que te pinche en varios puntos con una aguja y tú mismo comprobarás que hay ciertos sitios donde no sientes la aguja.

Esos lechos están hechos de manera que los clavos solo tocan estos puntos indoloros. Es un engaño, pero se llama santidad. Pero si lo dices, estás enfrentándote a la religión, estás enfrentándote a la tradición; estás destruyendo y corrompiendo la fe de las personas.

Hay referencias de una secta cristiana durante la Edad Media que usaba unos zapatos que tenían clavos en su interior para que se clavaran en las plantas de los pies. Los monjes que los usaban tenían verdaderas heridas. Había cinturones con clavos que se clavaban en el cuerpo produciendo heridas. Y la gente veneraba a esos monjes.

Había otra secta muy alabada. Todas las mañanas el monje tenía que desnudarse al aire libre y azotarse. Empezaba a brotarle sangre y la gente se reunía alrededor de las iglesias para ver estas escenas. Los musulmanes de cierta secta se azotan en el pecho hasta caer inconscientes. Y cuando alguien cae inconsciente, la gente se postra a sus pies. Y se guardan un puñado de la tierra donde ha caído, porque es un santo. Estas ideologías y las diferentes formas de torturarte son las que han creado la noche oscura del alma.

Pero para vosotros, para mis seguidores, no hay una noche oscura del alma. Para

mí sí la hubo. Me había dado cuenta de que lo que dominaba en todo el mundo era una ideología tradicional de autotortura. Pero seguía indagando hasta que me quedaba satisfecho porque encontraba algo que estaba en armonía con la vida. Fue una época de desesperación porque buscaba pero no encontraba respuestas a ninguna pregunta en ninguna parte.

Nadie sabía decirme qué significa que estemos aquí, qué sentido tiene. ¿Por qué debía seguir viviendo? Si hoy ha sido un desperdicio, mañana volverá a repetirse. Fueron días de desesperación. Pero seguí preguntándome; no cedía; no me consolaba con una falsa ideología. Nunca me dije: «Hay que vivir, deja de darle vueltas. Acepta lo que hay, existen millones de personas que viven sin problemas, ¿por qué tienes que inventarte los problemas?».

Pero nunca quise aceptar ninguna creencia, nunca quise aceptar ninguna idea. Y finalmente el resultado fue que, poco a poco, empezó a surgir un enorme silencio. Mis amigos, mi familia, todos se asustaron: creían que me había vuelto loco porque solo habían visto a viejos desquiciados en ese estado. Me sentaba durante horas sin fijarme en nada. Mis amigos me preguntaban: «¿Qué miras?».

«Nada», les respondía.

«Entonces ¿por qué miras?», decían.

«¿Qué puedo hacer? Este mundo es muy complicado. Si me siento con los ojos cerrados, la gente me pregunta que por qué me siento con los ojos cerrados. Si no cierro los ojos, entonces creen que estoy loco: “¿Qué miras?” Si me fijo en alguien, empieza a ponerse nervioso y a enfadarse: “¿Por qué me miras?”.»

Los psicólogos han descubierto que solo puedes mirar a una persona durante tres segundos sin que se ponga nerviosa. A partir de ese momento empezará a ponerse nerviosa: ¿Por qué sigue mirándome? Inténtalo. Entonces yo dije: «No tengo nada mejor que hacer. Y no veo nada que valga la pena mirar; tú vales la pena, por eso te estoy mirando».

Pero mi mundo interior se estaba quedando tan tranquilo que no se movía ni un pensamiento, ni con los ojos abiertos ni con los ojos cerrados. Ese silencio fue el principio de mi aprendizaje del idioma universal. Es lo que he llamado *Hari Om Tat Sat*. No tiene nada que ver con ninguna religión. Solo quiere decir el sonido divino; es la única verdad.

Todo lo demás es ficción. Todo lo demás es efímero, ilusorio. Pero puedes armonizarte con la música del universo. Y no tienes que hacer nada. No debes ayunar, porque a través del ayuno no te armonizas con el universo; tan solo te

armonizas con tu hambre. Pero aún hoy, en el siglo veinte y en países tan evolucionados como Estados Unidos, se siguen haciendo este tipo de tonterías.

Werner Erhardt, el creador de EST, estuvo por aquí. Ha ganado millones de dólares pero finalmente la gente ha descubierto su truco; han sido engañados. Por eso ha habido tantas religiones que después han desaparecido. Estuvieron de moda durante una época, eran atractivas y todo el mundo decía: «¡Qué maravilla!». Especialmente en Estados Unidos, donde la gente dice «Maravilloso. ¡Genial!» por cualquier estupidez.

El método de Erhardt era muy sencillo: había que participar en un seminario de fin de semana durante dos semanas; cada seminario costaba doscientos cincuenta dólares. Tenías que pasarte los dos días sentado en una sala desde la mañana hasta la noche, oyendo todo tipo de disparates. Y no estaba permitido ir al baño; en eso consistía la práctica espiritual. Pero la vejiga es la vejiga; y antes o después se llena.

La gente se aguantaba y, a medida que iba pasando el tiempo, se ponía cada vez más nerviosa, miraba a su alrededor: todo el mundo está tenso, pero hay que ser valiente. No te dejan salir para que no te lo pierdas. Y nadie pregunta qué es lo que puedes perderte. Entonces alguien lo consigue. Llega un momento en que ya no puedes más, todo tiene un límite. Entonces hay alguien lo suficientemente valiente para orinar en la sala. Inmediatamente empiezan los demás, porque todo el mundo tiene ganas.

Puedes probarlo tú solo, pero no será tan efectivo. Cuando te relajas después de haber estado en tensión, controlando durante mucho tiempo, ¡qué alivio! Es una experiencia espiritual. Y no puedes decir a nadie que no lo es cuando has pagado doscientos cincuenta dólares. De modo que difundes este mensaje: «Lo conseguí. Es indescriptible. Hasta que no lo consigas no podrás entenderlo». Y este mensaje corre de boca en boca: por solo doscientos cincuenta dólares puedes conseguirlo..., inténtalo.

Las mujeres son las primeras porque no pueden controlar su vejiga. El hombre aguanta un poco más. De modo que las mujeres son las líderes, casi santas, porque lo consiguen antes. Y esto hiera el amor propio de los hombres: «Olvídate y consíguelo». Ahora Werner Erhardt ha dejado el negocio porque todo el mundo lo ha conseguido. Y ahora no hay nadie preparado; ahora todos saben que han sido engañados. Pero durante casi diez años hizo que se iluminaran miles de personas.

Evidentemente es una gran experiencia, y no dependes de nadie, puedes hacerla tú mismo. No hace falta que te gastes doscientos cincuenta dólares. Una mañana, intenta

controlar y verás cómo llega un momento en que te ocurre. No tienes que hacer nada. Así ha llegado el zen a Occidente: ha llegado sin hacer nada; es un esfuerzo no intencionado. Pero cuando ocurre, sientes mucha paz. Te sientes cómodo, te olvidas de la ansiedad. Lo has logrado. Aunque mañana vuelvas a estar dando las mismas vueltas..., pero ahora ya tienes la llave. Cada vez que quieras conseguirlo..., un pequeño truco. Pero si puede engañarse a la gente en una sociedad culta, sofisticada, ¿cómo habrá sido en el pasado de la humanidad?

Todas las religiones te han estado engañando. Te han engañado en nombre de Dios. Te han engañado diciéndote que serás recompensado tras la muerte, y que si no obedeces serás castigado con el fuego eterno del infierno. Y la gente se lo ha creído.

He oído que en la Edad Media había misioneros cristianos que gritaban y daban golpes sobre una mesa mientras anunciaban todo lo que ocurriría a los pecadores. Y lo describían con tanto detalle que las mujeres se desmayaban y los niños se echaban a llorar. Hasta los hombres empezaban a sudar. «El fuego del infierno. Hay que salvarse del fuego del infierno. Solo Dios puede hacerlo. Solo Jesucristo puede salvarte.» Y lo más raro es que Jesucristo no fue capaz de salvarse a sí mismo. Mis seguidores de Estados Unidos hicieron un pequeño adhesivo para pegar en el coche que decía: «Moisés gana, Jesús ahorra, Osho gasta». ¡Qué tontería!

No tienes que preocuparte, tú no tendrás una noche oscura del alma. Solo tendrás una noche estrellada, llena de luz y alegría, con un amanecer cada vez más próximo. Quiero que quede claro.

Puede parecer extraño, pero no puedo resistirme. Tengo que declarar que sois las personas más religiosas del mundo, porque podéis reiros, amar, vivir y disfrutar de las pequeñas cosas de la vida sin preocuparos por las ficciones. Y si aprendes a disfrutar de esta vida, de este momento, si hay otra vida, sabrás cómo disfrutarla.

Aprende a disfrutar en esta vida. Educa tus sentidos para que sean más musicales, edúcate para ser más sensible, inteligente, porque lo que venga... yo no digo qué va a venir, ¿a quién le importa?, pues todo lo que se diga vuelve a ser una ficción... Lo que venga mañana, lo disfrutaremos con más intensidad, con más claridad, con más disciplina, con más amor.

Y lo mismo puede decirse de la muerte. Si hay vida tras la muerte... Yo digo que sí la hay, pero no quiero que lo creáis. No hace falta creer. Vive esta vida, y si luego hay

otra vida, serás capaz de disfrutarla. Y si no ocurre nada, está bien. No pasa nada, simplemente no existes.

¿Antes de nacer tenías algún problema? Todo iba perfectamente. Un día morirás y las cosas irán perfectamente. O existirás —y sabrás cómo disfrutar de ello— o no existirás, y tampoco pasa nada. Mi interpretación es muy clara y sencilla.

Un poco de seriedad...

Dos amigos están tomándose una copa juntos en un bar.

«Hoy, a las tres de la mañana, cuando volvía del bar, ha entrado un ladrón en mi casa», dice uno.

«¿Y ha pasado algo?», le pregunta el amigo.

«Por supuesto —le responde—. El pobre está en el hospital porque ¡mi mujer se ha creído que era yo!»

Un hombre entra en la sala donde se celebra la última cena. Se sienta a la mesa y dice al camarero: «Tráeme un whisky con hielo».

«Lo siento, señor —contesta el camarero—, pero aquí solo servimos vino.»

«Bueno, pues tráeme vino —dice—, una pizza con setas y una ensalada grande.»

«Lo siento, señor —dice el camarero—, pero solo servimos pan.»

«¡Dios mío! ¿Solo pan y vino? —dice el hombre—. Habría que crucificar al que está dando esta fiesta.»

Un hombre va a una farmacia a comprar medio kilo de arsénico. A la semana siguiente vuelve a por una caja de pastillas para dormir.

«Lo siento, señor —dice el farmacéutico—, pero necesita receta médica.»

«¡Dios mío! —dice el hombre—. La semana pasada me vendió medio kilo de arsénico y no me pidió una receta.»

«Ya lo sé —responde el farmacéutico—, pero el arsénico no es adictivo.»

Un hombre se despierta en un hospital cubierto de vendas, y ve a un amigo sentado a su lado.

«¿Qué me ha ocurrido?», le pregunta.

«Bueno —responde el amigo—, anoche bebiste demasiado y luego apostaste que podías saltar por la ventana y volar en torno al bar.»

«Pero ¿por qué no me detuviste?», grita el hombre.

«¿Detenerte? —exclama el amigo—. Si aposté veinte euros por ti.»

Budas intentando ser Budas

El otro día, cuando dijiste que parecemos Gautama Budas cuando nos reímos, algo se aflojó en mi interior y estuve llorando mucho tiempo. Hoy me siento muy frágil y lloro por todo. Ni siquiera puedo meditar. También tengo miedo. ¿Puedes decirme qué está ocurriendo? Y también, ¿sabes algún chiste australiano?

Cuando uno se da cuenta de su budeidad, de su iluminación, de su inmortalidad, lo primero que le provoca es risa. Te ríes de ti mismo por haber estado buscando desde hace millones de años algo que ya eres.

Puedes buscar al otro pero no puedes buscarte a ti mismo. Puedes estar separado del otro pero no de ti mismo. Puede haber una distancia de separación entre tú y el otro, pero no entre tú y tú mismo. Por una parte está esto, te das cuenta de esta situación tan cómica: budas intentando ser budas. Naturalmente, provoca mucha risa.

Pero también ocurre lo contrario. Si por cualquier motivo o sin motivo alguno, surge mucha risa, de repente tu mente se detiene, el tiempo se detiene. Estas son las condiciones básicas para que puedas experimentar tu naturaleza de buda; solo un instante, por supuesto, porque no has alcanzado la budeidad por medio de la vigilancia sino de la risa. Pero la risa te da ambas llaves, como si de pronto, en mitad de la noche, saliera el sol y lo iluminara todo.

La risa tiene un valor espiritual muy grande. Las religiones nunca lo han admitido. De hecho, han condenado la risa, no quieren que seáis budas. Ni siquiera quieren que vislumbres quién eres, porque si esto sucede, no puedes quedarte anclado en lo viejo, en la agonía desconsolada, en la angustia. Sabes que si el tiempo y la mente se detienen, serás más de lo que nunca habrías imaginado: serenidad absoluta, paz, dicha, amor, sensibilidad, y la sensación de formar parte del universo no solo por casualidad, sino de ser parte esencial del universo.

Las religiones han enseñado a la gente a estar seria. Es un truco muy astuto. Te

impide tener atisbos que acaben culminando en la realización de tu propio ser.

Cuando eres un buda, sin religiones, sin escrituras sagradas, sin dogmas..., eres solo libertad y amor; una brisa fresca que nunca se envicia; una fragancia que va de la eternidad a la eternidad; una danza en la que no estás solo, en la que participa toda la existencia: los pájaros con sus instrumentos, los árboles con flores de distintos colores. Es su contribución..., pobres árboles, pero sus flores son más preciosas que cualquier piedra, ni siquiera el Kohinoor, porque el Kohinoor es una piedra muerta, mientras que una rosa es una realidad viva. Toda la existencia contribuye a tu danza de una forma u otra.

Tu pregunta es: «El otro día, cuando dijiste que parecíamos Gautama Budas cuando nos reímos...». Yo no he dicho que parecieseis Gautama Budas, he dicho que sois Gautama Budas cuando os reís. Fíjate en la astucia de la mente, en su cobardía. No puede rugir como un león y decir: «¡Soy un buda!». Como mucho dirá: «Creo que, quizá... algún día pueda ser un buda en una vida futura».

Estás diciendo: «...algo se aflojó en mi interior y estuve llorando mucho tiempo». Eso es precioso. Se ha abierto una ventana, posiblemente una décima de segundo, y te has dado cuenta de lo que puedes ser y en qué te has convertido. Puedes ser un buda, que es tu realidad, o puedes ser un mendigo, que no es tu realidad.

Gautama Buda solía decir a sus discípulos: «Voy a quitaros todo lo que no sois y os daré lo que sois, y así la transformación será completa».

Llorar. Las lágrimas son muy bellas cuando surgen en un momento de felicidad, cuando te relajas. Son casi como flores, gotas de rocío que brillan bajo el sol de la mañana. Y arrastran todo lo que sobra: la basura, las tonterías que tus supuestas religiones, profesores, predicadores —y estás rodeado de todo tipo de traficantes— te han impuesto. Has conseguido salirte de su prisión un instante y has visto la noche de luna llena, solo un instante.

Es una experiencia tan bella que darías toda tu vida por volver a tenerla. Aunque no tienes nada que dar, porque tu vida no es tuya. Pertenece a la vida eterna. Pero puedes colmarla con lágrimas de agradecimiento, con tu oración, con tu gratitud. Las palabras se quedan cortas, no pueden expresar lo que expresan las lágrimas.

Las lágrimas son silenciosas, y, a pesar de todo, muy expresivas. Si surgen de la felicidad, son la mejor experiencia. No solo te limpiarán los ojos externos, sino los internos. Te darán claridad.

Y también te sentiste «... frágil y lloro por todo». Sin duda es asombroso cuando te das cuenta, aunque solo sea un instante, de que eres un buda. Es asombroso porque ni

siquiera tú te lo crees. ¿Un buda? Fumando cigarrillos, y ¿un buda? Pero yo no veo ningún inconveniente. Un buda puede fumar, evidentemente, de una forma completamente distinta a cómo lo haces tú. Tú fumas por tus tensiones. Él fuma por divertirse. Pero, en general, lo evita porque es venenoso, y ¿quién quiere envenenar el aire que es gratis? Ese veneno, esa nicotina, no es gratis, tienes que pagarla.

Es fácil de entender. En teoría no pasa nada, pero en la práctica un buda no fumará. No causa buena impresión. Imagínate una estatua de Gautama Buda con un cigarrillo en la mano y saliéndole humo por la nariz... No, es prácticamente imposible. Pero aunque fuera posible en teoría, un buda puede hacer lo que quiera con la gracia de un buda, de una forma iluminada.

Tú puedes hacer lo mismo, pero solo es lo mismo en la superficie. En el fondo, entre tú y un buda hay una distancia inabarcable.

Un rey quería ver a un maestro que vivía en medio del bosque. Se encontró a alguien y le preguntó: «¿Cómo puedo encontrar el camino hacia la casa del maestro?». El hombre le indicó con el dedo, sin decir nada, y siguió cortando leña. El rey llegó a la casa del maestro y se sorprendió: se trataba del mismo hombre que había visto cortando leña, sentado en su trono y ataviado con una túnica de maestro.

El rey dudó un instante, pero luego dijo: «He venido para hacerte otras preguntas. No se me había ocurrido esta, pero ahora es la más importante. ¿Eres la misma persona que estaba cortando leña?».

«Sí, soy el mismo, ¡y ahora voy a cortarte en pedazos! Pero solo te quitaré lo falso, lo fingido, y dejaré tu realidad, pura, sencilla, natural. ¿Estás preparado?».

El rey dijo: «No he venido a que me cortes en pedazos. He venido a hacerte unas preguntas».

«Todas esas preguntas son vanas —dijo el maestro—. Primero dime: ¿Estás listo? ¿Ves el hacha?»

«Este hombre está loco —pensó el rey, y le dijo—: Voy a pensarlo.»

«No hay nada que pensar —dijo el maestro—. O lo entiendes o no lo entiendes, es un “clic”. No me has mirado a los ojos. Estás tan asustado y encogido que no has permitido que mi amor te colme, si no, habrías dicho: “Me parece maravillosa esta idea de cortarme en pedazos. Un hombre con tanto amor, comprensión y realización no puede matarme, y si quiere hacerlo, prefiero que lo haga él antes que una muerte oscura y desconocida”.»

El rey dijo: «Volveré. Me estás asustando». Y nunca volvió.

Cuando en tu vida tienes un momento como este, te vuelves frágil, porque se trata

de un punto de inflexión. La antigua forma está amenazada. Y todo lo que has sido se acabará pronto, pero no sabes qué hay por delante, no sabes qué ocurrirá. Esto es lo que hace que te sientas frágil, la duda: escoger entre el pasado y el futuro.

Los que escogen el pasado están escogiendo su tumba. Los que escogen el futuro son aventureros, buscadores. También se sienten frágiles, pero a pesar de ello tienen algo claro: no van a volverse atrás. No has encontrado nada, ¿para qué volver ahí? Si sigues avanzando a lo mejor puedes descubrir algo nuevo, una nueva luz, un nuevo ser.

Dices que lloras por cualquier cosa. Esas lágrimas están ahí porque has perdido una gran oportunidad. Las primeras lágrimas tenían una cualidad diferente: eran flores de alegría. Pero la segunda capa de lágrimas es un profundo dolor, una herida.

Dices: «Ni siquiera puedo meditar». Esto ocurre por el mismo motivo, porque si meditas, lo que te he dicho puede quedarte claro, y de nuevo te sientes frágil... «También tengo miedo». Y preguntas: «¿Puedes decirme qué está ocurriendo? Y también, sabes algún chiste australiano?»

Están ocurriendo muchas cosas. Tienes que acostumbrarte a estos momentos. No te pasará nada. Esto es todo el daño que puedes hacerte. No te harás heridas; al contrario, tus heridas se convertirán en rosas. No te morirás; al contrario, entrarás en el caudal de vida del ser eterno. Tienes una inmensa oportunidad, las puertas están abiertas. No lo dudes.

Hay una historia sufí... No ha habido más de cinco o seis mujeres iluminadas porque las mujeres siempre se han ocupado de que se iluminaran los hombres. Se han olvidado de que ellas también podían iluminarse. Pero, de esas cinco o seis mujeres, la más bella fue Rabiya al-Adabiya, una mujer sufí. Era muy valiente, como Bodhidharma, casi ferozmente peligrosa para todos los que se acercaban a ella como discípulos.

Para el maestro es una cuestión urgente. Pero para ti..., puedes posponer..., mañana, pasado mañana, ¿qué prisa hay? Para el maestro es una cuestión absolutamente urgente porque esta es su última vida. No volverá otra vez. Cuando te iluminas, empiezas a perder el apego al cuerpo; poco a poco, se van rompiendo todos los lazos que te unen a él. Estás en los árboles, en los rayos del sol, en las olas del mar, en las estrellas, pero no como una entidad..., eres ilimitado, te vuelves oceánico.

El maestro tiene prisa porque nunca se sabe, mañana tal vez tenga que dejar su

cuerpo. El apego al cuerpo era lo que lo mantenía vivo y está desapareciendo, no tendrá otra vida. Para ti hay muchas vidas por delante, puedes seguir posponiendo.

Hassan fue un buscador que se convirtió en maestro por derecho propio. Solía sentarse en la mezquita a rezar durante muchas horas, y su oración siempre era la misma. Decía: «Dios, ábreme las puertas. Llevo mucho tiempo esperando y he rezado mucho. Abre las puertas para que pueda entrar y disolverme en ti». Toda la ciudad se daba cuenta: «Este hombre está un poco loco. Los musulmanes rezan cinco veces al día, pero él se pasa todo el día rezando. Y su oración es sencilla: “Ábreme la puerta”».

Un día Rabiya pasaba por ahí y le dio un golpe en la cabeza: «¡Idiota! La puerta está abierta pero estás tan enfrascado en tus oraciones que no te das cuenta. Deja de rezar y entra, ¡la puerta está abierta!».

Un golpe... Un momento de silencio... Él miró y vio la puerta abierta. Ese místico se convirtió en un gran maestro. Solía contar esta historia una y otra vez: «Un golpe de Rabiya me trajo a casa. Pero, Dios mío, ¡qué fuerza tiene esa mujer! Paró mi mente, mi oración, y luego me reí y le di las gracias. “Estás llena de gracia, estás llena de compasión, porque por aquí pasan miles de personas, pero nadie me había dicho que la puerta estaba abierta”».

Y Jesús tenía la misma creencia equivocada. Necesitaba una Rabiya al-Adabiya. Su declaración era: «Llama y se abrirán las puertas. Pide y tu ruego será atendido. Busca y encontrarás». Rabiya le habría dado una buena bofetada: «¿Qué tonterías estás diciendo? La puerta está abierta, no hace falta llamar. Entra».

Cuando has entrado, desaparecen las preguntas y las respuestas. Y cuando has entrado, descubres lo que siempre fue tuyo; no se trata de buscar ni de encontrar.

Si te permites relajarte en esos momentos de silencio, en esos intervalos que en realidad son puertas, te ocurrirán muchas cosas. Lo que te ha ocurrido solo es el principio. Pero estás atrapada. Ahora no puedes volverte atrás; tendrás que explorar lo que tienes delante. En el pasado, aparte de miseria, angustia, ansiedad, miedo y toda clase de fuerzas oscuras, ¿qué has tenido? En tu pasado no hay nada. Date cuenta con totalidad para poder seguir avanzando cuando veas que se abre una nueva puerta. Y todos los días se abre la ventana para una u otra persona, y a veces para muchos.

Finalmente preguntas: «Y también, ¿sabes algún chiste australiano?». Nunca he oído un chiste australiano. Para hacer chistes hay que ser inteligente. ¡La tierra de los canguros es en sí misma un chiste! Pero he preguntado a mis sannyasins australianos

—aquí hay muchos—: «Pensad algo. Sed creativos, inventaos algo». Me han sugerido muchos chistes malos, pero hay uno que me gustó...

Un australiano está a punto de ser padre y espera ansiosamente en la puerta de la maternidad donde su mujer está dando a luz por primera vez.

El hombre camina preocupado de un lado a otro cuando una enfermera sale y le dice: «Es un niño, pero le aconsejo que vaya tomarse un café porque es posible que venga otro».

Él se queda lívido y se marcha. Un rato más tarde llama al hospital y le informan que ha tenido gemelos, pero la enfermera le advierte: «Hay otro de camino, vuelva a llamar».

Entonces decide que el café no es lo bastante fuerte, va a un bar y pide una cerveza. Cuando vuelve a llamar al hospital, le dicen que ha nacido el tercer bebé y que hay un cuarto en camino. Pálido, llega tropezando hasta la barra y pide un whisky doble.

A los veinte minutos vuelve a llamar, pero está tan borracho que se equivoca de número y llama al contestador de los resultados de cricket. Cuando lo recogen del suelo, la grabación sigue diciendo:

«El resultado son noventa y seis —dice la voz—, y el último ha sido un pato.»

Sin otra salida que la iluminación

¿Por qué estás en contra del matrimonio? Las mujeres, sin duda, han sido la causa de la iluminación de sus maridos.

Obviamente, es verdad que sin las mujeres no se habría iluminado ningún hombre. ¡Las mujeres crean tal infierno que la única escapatoria es la iluminación! Eso también explica por qué se han iluminado tan pocas mujeres, y tampoco es que se hayan iluminado estrictamente, solo así asá. El motivo es que sus maridos no son capaces de crear un infierno tal. Entonces ¿quién ayudará a la mujer a iluminarse?

Pero obviamente estoy en contra del matrimonio. Y por muchos motivos. Uno de ellos es que si no existiera el matrimonio, los hombres y las mujeres tendrían libertad de movimientos. Y entonces verías que hay el mismo número de mujeres iluminadas que hombres, la desigualdad desaparecería. Ha habido miles de hombres iluminados y quizá cinco mujeres; pueden contarse con los dedos de la mano. Y su iluminación tampoco es muy vehemente. Pero cuando liberes al hombre y a la mujer de sus cadenas, estarás propiciando una situación en la que nadie te estará importunando para que te ilumines.

La iluminación que nace de este acoso no puede decirse que sea muy interesante, solo es una vía de escape. Yo quiero una verdadera iluminación, y para eso hay que estar absolutamente libre de acosos. No te acosa nadie, nadie te dice que te ilumines, todo el mundo te acepta como eres, iluminado o sin iluminar. De esa libertad surgirán mujeres y hombres más auténticos que puedan iluminarse. Pero es una consecuencia de la libertad, no de las ataduras. No nace de la miseria, de la desesperación o de la angustia, sino de la alegría, del amor, y de las experiencias orgásmicas.

Verás cómo la cualidad de la iluminación es completamente distinta. El primer tipo de iluminación tiende a ser seco, sin gracia..., un iluminado incapaz de reírse porque

tiene miedo y está defendiendo su logro constantemente ya que cualquiera puede arrastrarle de nuevo al mundo.

Gautama Buda decía a sus discípulos: «Cuando vayáis caminando, no miréis nunca a una distancia mayor de un metro por delante y así nunca veréis el rostro de una mujer». ¿Qué clase de miedo es este..., y alguien así puede iluminarse?

Un discípulo iba a salir de viaje y Buda le dijo: «Recuerda no mirar a las mujeres».

Era un hombre bastante obstinado, porque dijo: «Puede que surja una situación inesperada y, sin darme cuenta, mire a una mujer. Entonces ¿qué tengo que hacer?». Tiene razón porque cuando sales a la calle tienes muchas posibilidades de ver a una mujer. Puedes cerrar los ojos, pero ya la habrás visto.

Buda dijo: «Puedes mirar, pero sin tocar».

Pero el hombre no era menos que Gautama Buda y le dijo: «Pero puede existir la posibilidad de que tenga que tocar a una mujer. En ese caso, ¿qué haré? Por ejemplo, si una mujer se cae en una zanja y yo estoy solo en la carretera, y si no la ayudo, se morirá. ¿Quieres que la deje morir?».

Ciertamente Buda no podía decir que sí, de modo que respondió a regañadientes: «Bueno. En caso de emergencia puedes tocarlas. Pero no lo conviertas en una práctica habitual. Y aunque la toques, no hables».

El hombre dijo: «Esto me pone en un compromiso. Si la mujer dice algo, ¿no le contesto? Si me pregunta adónde lleva la carretera, ¿debo quedarme callado, sabiendo perfectamente adónde lleva, sabiendo que va por el camino equivocado y que puede recorrer muchos kilómetros en otra dirección?».

Desesperado con este hombre, Buda dijo: «¡Haz lo que quieras!».

Pero no es mi estilo poner condiciones a la gente para que pueda iluminarse, y tampoco creo que sea la forma adecuada. Cualquier experiencia que surja de esta manera no puede ser alegre; no florecerá, no emanará una fragancia: será seca, sucia, escapista, temerosa, siempre en guardia. No, yo no apoyo este tipo de iluminación.

Quiero que eliminéis todas las condiciones miserables que hay en el mundo, y el matrimonio es una de las peores. Deja que el amor se libere de las cadenas del matrimonio. Permite que la humanidad ame, ría, disfrute, celebre la vida, experimente la vida en toda su profundidad. Y de esa experiencia intensa de la vida surgirá otro tipo de iluminación completamente distinto, que podrá bailar, podrá cantar, podrá reír. Tendrá belleza propia, gloria, esplendor.

Por eso estoy en contra del matrimonio. Seguiré generando infame iluminación.

Un optimista es aquel que se casa con su secretaria y cree que podrá seguir dictándole.

Si la vida de casado fuese divertida, no empezaría en la iglesia.
El amor es una locura temporal que se cura con el matrimonio.

El matrimonio es una locura permanente; solo se cura con la iluminación. Pero esa iluminación surgirá de la locura; sus raíces, su savia, estarán envenenadas.

Un hombre soltero es alguien que sale por ahí y se mete en todo tipo de problemas. Un hombre casado no necesita salir por ahí.

¡Ya tiene un problema! Ese problema es el que crea la necesidad de pensar en la vida del más allá, porque esta se ha acabado. Si no hay vida en el más allá, la situación sería realmente terrible y espantosa.

El día de la boda es cuando a la mujer le ponen un anillo en el dedo y al hombre uno en la nariz.

Si te ríes, todo el mundo ríe contigo. Si lloras, duermes solo.

Estoy describiendo distintos aspectos del matrimonio...

Anuncio en la vitrina de un restaurante: «No te quedes ahí fuera sufriendo, ¡entra y hártate!».

No tomarse en serio a las mujeres es ir buscando bronca. ¡Tomárselas en serio es encontrarla!

Todos los matrimonios son felices, el problema empieza después, al vivir juntos.

Quien no quiere razonar es un fanático, quien no puede razonar es un idiota, y quien no se atreve a razonar es un marido.

Si quieres alcanzar la iluminación, el mejor método para conseguirlo hasta ahora ha sido el matrimonio. Pero esa iluminación será tan triste como las raíces de las que ha surgido. Quiero sabios que bailen, sabios inocentes que sepan reír, sabios inocentes que puedan disfrutar de las pequeñas cosas de la vida con alegría, sabios que sepan vivir en esta tierra como si fuese el paraíso, sin buscar un paraíso en el más allá. Pero nuestros sabios, hasta ahora, han sido enfermos mentales.

Un ratito para disfrutar de la iluminación... Si no puedes disfrutarla para siempre, no haces daño disfrutándola temporalmente, aunque solo sea unos minutos. Cuando os reís, os parecéis a Gautama Buda. Cuando estáis sentados en silencio, ¡parecéis fieles congregados en una iglesia!

Un hombre llega a la puerta de un cabaret y pregunta al portero con quién tiene que hablar si quiere que le contraten para actuar allí.

«Tiene que hablar con el encargado de la programación —contesta el portero—. Por casualidad, ¿no será hipnotizador, verdad?»

El hombre le asegura que no y pasa.

El encargado de la programación le mira con recelo y le pregunta: «¿Espero que no me digas que eres un hipnotizador?».

El hombre le asegura que solo es cantante y que debe hacer una prueba con el organista. Al organista le gustan sus canciones pero le mira con desconfianza. «¿No harás, por un casual, actuaciones paralelas? —le pregunta—. ¿Hipnotismo, tal vez?»

El hombre está harto de que le hagan siempre la misma pregunta y pide una explicación.

«Bueno —dice el organista—, la semana pasada tuvimos un hipnotizador. Y era tan bueno que hipnotizó a doscientas personas del público.»

«¿Y eso qué tiene de malo?», pregunta el hombre.

«Nada —prosigue el organista—, pero en mitad de la actuación se tropezó con el micrófono, se hizo daño en el pie y gritó: “Mierda”. Y las limpiadoras todavía están limpiando la sala.»

Un hombre está celebrando su treinta y un aniversario de boda. De regalo, lleva un monito a su mujer.

«¿Qué es eso?», pregunta la mujer.

«Un mono —responde—. ¿Qué creías que era? Es mi regalo de aniversario.»

«¡Estás loco! —grita ella—. ¿Qué vamos a hacer con un mono?»

«Bueno —dice él—, comerá con nosotros, dormirá con nosotros...»

«¿Dormir con nosotros? —chilla la mujer—. ¿Y el olor?»

«Mira —dice él—, si yo he podido acostumbrarme al cabo de veinticinco años, él también podrá.»

En teoría, la iluminación y las mujeres son fantásticas. Pero ¿qué ocurre en la práctica?

Sin mujeres no habría iluminación. Ese es el motivo por el que las mujeres no se iluminan, porque siempre están ocupándose de que se iluminen los hombres. No tienen tiempo para ellas mismas. Hacen un enorme sacrificio.

Hay un incidente de la vida de Gautama Buda. Al nacer, su padre era un hombre anciano. Su padre estaba implorando a los dioses; de lo contrario, ¿quién heredaría el trono? Finalmente, nació Gautama Buda. Hubo grandes festejos. Pero lo más destacado que ocurrió en los festejos fue que...

Había un gran sabio iluminado que vivía en el Himalaya, y la gente solía ir a verlo para disfrutar de su presencia, mirarle a los ojos, y escuchar sus palabras que señalaban lo inefable, y su silencio, su música. Su propio ser era música. Su misma presencia era una danza invisible. Era muy anciano. De repente, el sabio se levantó y fue corriendo a casa de Gautama Buda. Desde el Himalaya había un largo viaje, pero dijo a sus discípulos que tenía que hacerlo para no volver a renacer.

Iluminación significa última muerte. No volverás a estar aprisionado en el cuerpo, en los deseos, en las envidias, y toda clase de cosas desagradables. Estarás aquí, pero serás una brisa pura, te fundirás con el resto.

«No voy a volver a nacer, y acaba de nacer Gautama Buda —dijo—. Un día será el iluminado más grande. Quiero postrarme a sus pies porque solo podemos vernos ahora.»

El rey estaba muy impresionado. No podía creerlo; deseaba que el anciano sabio bendijese al niño. Y este dijo: «Tráeme al niño». En vez de bendecirlo, se postró llorando a sus pies.

El rey preguntó: «¿Qué ocurre? ¿Pasa algo? ¿Hay algún peligro, alguna fatalidad?».

«No —respondió—, lloro porque no podré ver a esta flor tan hermosa en toda su belleza. Pero me siento feliz de poder al menos postrarme a sus pies.»

Esto generó mucha confusión en la mente del padre de Buda. «Esto quiere decir que se va a iluminar, que va a ser un sabio. ¿Quién se hará cargo del reino? Renunciará al mundo.» Llamó a todos los astrólogos del reino y les pidió que predijeran el futuro del niño. Todos miraron la carta astral y se quedaron callados. Se miraban los unos a los otros: «Díselo tú, porque a este pobre anciano le va a dar un infarto». Pero había un joven, Konda, al que solo le interesaba la verdad.

Y dijo: «Escucha, todos estos ancianos astrólogos están callados porque no quieren decir nada que pueda herirte. Pero yo tengo que decírtelo. No puedo evitar herirte; tú me has llamado y tengo la carta en mis manos. El niño tiene dos posibilidades: o se convierte en un conquistador, un *chakravartin*, o se convierte en uno de los iluminados más grandes que haya existido».

Entonces surgió un nuevo problema: cómo evitar que se iluminara. Todos los astrólogos le hicieron la misma sugerencia. Y lo que sugirieron se convirtió, de hecho, en el motivo de su iluminación. Ellos tenían conocimientos de astrología pero no sabían nada de la iluminación. «Dadle todos los lujos, todos los placeres, y no permitáis que conozca la miseria, la vejez, la muerte. En su jardín no debería haber ni una sola hoja seca. Por la noche tendrán que sacar todas las hojas secas. Y rodearlo de las jóvenes más hermosas del reino. La vida debe ser para él un juego. Así no tendrá que renunciar a ella. Evidentemente, cuando la vida no es una diversión sino todo lo contrario, una larguísima agonía, renuncias a ella.»

De modo que el padre de Gautama Buda lo dispuso todo: magníficos palacios en distintos lugares para las diferentes estaciones, alejados de la gente. No le permitían

vivir entre la gente. En sus palacios no se permitía la entrada a ningún anciano o anciana. Y sus compañeras de juego eran niñas bellísimas. Creció rodeado de lujos como nadie lo había hecho.

El astrólogo le dijo: «Cuando llegue el momento y tenga la madurez suficiente, búscale una mujer». Y fue elegida como esposa Yashodara, una de las mujeres más bellas. La vida de Buda solo era placer. Por las noches bailaba, había música, canciones, mujeres, vino, y durante el día descansaba, dormía. Pero esta situación fue la que propició su iluminación.

Todos los años se celebraba un gran evento: Buda tenía que inaugurar el festival de la juventud del reino. Es una historia muy bonita. Llegado a este punto, creo que se vuelve mitológica, pero no pierde su significado, sino todo lo contrario.

Los dioses del cielo estaban muy preocupados porque habían pasado veintinueve años y estaban esperando que ese hombre se convirtiese en un buda. Ahora se había casado y su hijo había nacido el día anterior. Idearon una treta: delante del carruaje de oro hicieron pasar a un viejo que tosía y que parecía muy enfermo.

Buda preguntó a su cochero: «Chhanak, ¿qué le ha ocurrido a este hombre?».

La historia es que Chhanak no le habría dicho la verdad, por eso un dios habló a través de él: «Esto le ocurre a todo el mundo. La vida no es más que una muerte paulatina, y él ha llegado a la última fase. Más allá solo está el cementerio».

Buda dijo: «Nadie me había hablado nunca de la muerte. Yo no sabía nada». Y los dioses hicieron que una pequeña procesión de un funeral pasase cerca del carruaje.

Entonces, Buda volvió a preguntar: «¿Qué le ha ocurrido a este hombre? ¿Por qué se lo llevan?». Los dioses dijeron: «Mi señor, esto le sucede a todo el mundo. Todo el mundo tiene que morir. La vida es solo un preludeo, un preámbulo de la muerte».

En la mente de Buda se estaba produciendo una enorme transformación. De repente, vio a un sannyasin y preguntó: «¿Por qué va vestido de naranja? Nunca he visto a nadie vestido de naranja».

Los dioses volvieron a hablar: «Antes de morir, este hombre quiere encontrar algo que no muera. Quiere evitar la muerte. No quiere conocer esta vida efímera, sino la verdadera vida, la auténtica vida que no tiene principio ni fin. Quiere conocer lo trascendental, y no esta vida que está hecha de la misma sustancia que nuestros sueños».

Este fue el punto de inflexión. Buda se volvió hacia Chhanak: «Da la vuelta, no voy a inaugurar el festival de la juventud. Ya no soy joven. Si la juventud se va y

llega la vejez, entonces lo único seguro que hay en la vida es la muerte. Quiero descubrir la verdad antes de seguir perdiendo tiempo».

La noche siguiente se escapó. Al huir, vio a las bellas mujeres dormidas: a una se le caía la saliva, otra tenía un ojo medio abierto... Vio, por primera vez, que esas mujeres solo eran meros sacos de piel que contenían esqueletos.

Si en vez de Konda hubiese estado yo allí, y el rey no quisiera que su hijo se iluminase, le habría sugerido otro método. Buda estaba harto de las mujeres, estaba aburrido y cansado; estaba harto de tanto lujo. Uno se acostumbra a todo. Cuando te acostumbras, las cosas pierden su gracia.

No tenía motivos para vivir en ese palacio; nunca miró hacia atrás. En las escrituras budistas hay una frase muy bonita: «Nunca miró hacia atrás». Porque lo había visto todo; todo el lujo y el confort: mujeres, manjares, hermosos jardines, palacios. ¿Por qué había de mirar atrás? La cuestión era encontrar algo nuevo, completamente distinto a lo que había conocido hasta ese momento. Estaba dormido, le había sobrevenido cierto despertar, y ahora quería que ese despertar llegase a su máximo potencial.

La iluminación no es algo que esté fuera. Es tu propia conciencia que se desarrolla hasta su máximo potencial. Es tu propia flor de loto que florece en el silencio de tu corazón.

Las mujeres realmente han apoyado a los hombres fastidiándolos, torturándolos, acosándolos.

En un pequeño colegio, el profesor estaba enseñando: «¿Puedes decirme un animal que salga de casa como un león y vuelva como un ratón?».

Se levantó un bracito y un niño dijo: «Yo lo sé, es mi padre. En la calle es un león, pero en casa solo es un ratón».

Un hombre tiene que ser un ratón por dentro. De hecho, todos los hombres son unos calzonazos. Es la manera de equilibrar las cosas. Se pasa todo el día cansado, tantas cosas, tantas ambiciones, tantos deseos, tantos conflictos..., y cuando llega a casa su mujer está preparada, llena de energía.

Un hombre llega a casa con un sombrero nuevo.

«¡Dios mío! —le dice su mujer—, ¿dónde te has comprado eso?»

«En unas rebajas», responde el marido.

«No me extraña que lo rebajaran —dice su mujer—, pareces un idiota con él.»

«Ya lo sé», responde él.

«Entonces ¿por que demonios te lo has comprado?», le pregunta.

«Pues, cuando me lo probé —cuenta él—, parecía tan tonto que era imposible discutir con el vendedor.»

De hecho, las mujeres deberían recibir todos los honores por parte de las personas que se han iluminado. Pero despertar a alguien es caridad. Los hombres no han permitido que las mujeres se iluminen. Los hombres no les han permitido desarrollar su potencial. En toda la historia de la humanidad se han iluminado, como mucho, diez mujeres. Es un hecho muy triste y lamentable. Estas mujeres deben de haber sido muy rebeldes.

En los Vedas había una mujer, Gargi, que era muy valiente... El rey de aquella época, Janak, solía celebrar una gran ceremonia anual con todos los sabios en la que se discutía y debatía la verdad absoluta. Él mismo era un gran buscador. Quería conocer todos los aspectos, los diferentes caminos.

Yagnavalkya era uno de los sabios más importantes. Tenía miles de seguidores. Y se hacía entrega de un gran premio: el ganador del concurso recibiría mil vacas, con los cuernos cubiertos de una gruesa lámina de oro, que estaban custodiadas a las afueras del palacio.

Empezaba a hacer calor. Yagnavalkya dijo a sus discípulos: «Llevaos las vacas al *ashram*». Pero ellos respondieron: «Aún no has ganado el debate». «Eso lo haré después», respondió él. Tenía mucha confianza en sí mismo, todo el mundo sabía que ganaría, y por eso nadie objetó, ni siquiera el rey..., aunque no estuviera bien lo que estaba haciendo: llevarse el premio antes de que empezara el debate. Es darte por vencedor.

Sus discípulos se llevaron las mil vacas. Yagnavalkya iba ganando, uno tras otro, a todos los eruditos, derrotando inmediatamente a quien se pusiera delante. Pero se encontró por primera vez con una mujer, Gargi.

Gargi dijo: «Vas a tener que devolver esas vacas. Todavía no has ganado el debate, estoy yo aquí. Te haré unas preguntas y habré acabado contigo». Incluso Yagnavalkya se asustó. Nadie le trataba de ese modo, y mucho menos una mujer.

Gargi dijo: «¿Crees que existe Dios? Dame una prueba».

No hay ningún argumento que demuestre la existencia de Dios; puedes creerlo o no, pero creer no es un argumento. Es una falta de valentía. Yagnavalkya se quedó callado. Ella preguntó: «¿Puedes decirme quién ha creado el mundo?».

«Sí —respondió él—. Lo ha creado Dios.»

Gargi se rió. En esa maravillosa y propicia ocasión, su risa era inmensamente bella. «¿Estás seguro? ¿Has sido testigo? ¿Tienes algún testigo que te haya visto ver a Dios creando el mundo?», le preguntó.

Era difícil. Nadie lo había visto. Y el problema era que si Yagnavalkya decía: «Yo he sido testigo», eso significaba que el mundo ya había sido creado. ¿De qué has sido testigo? Tú eres el mundo. Obviamente, el principio no puede atestiguar. Y si no puede atestiguar, no puede demostrarse.

Y Gargi dijo: «No hay Dios, no hay un principio ni tampoco hay un fin. Estas cosas han sido inventadas, imaginadas y propagadas por los parásitos de los sacerdotes..., estas y cualquier tipo de tontería y superstición».

Yagnavalkya tenía fama de ser un hombre callado y pacífico. Se olvidó por completo del silencio y de la paz, y dijo: «Gargi, como vuelvas a decir una palabra, tu cabeza caerá rodando».

Pero la espada no es un argumento. Y Yagnavalkya tuvo que devolver, profundamente avergonzado, las mil vacas. Cuando las devolvió, Gargi dijo: «Puedes quedártelas. No me interesan ni las vacas ni el oro. Solo quería saber hasta dónde llega tu conocimiento».

Ha habido algunas mujeres... Yagnavalkya, antes de abandonar el mundo e internarse en el bosque a meditar, dijo a sus dos mujeres: «Podéis dividir todas mis posesiones», que eran inmensas.

Pero una de sus mujeres, Katyayani, dijo: «Si estas posesiones no te han dado la paz, ¿crees que me la darán a mí? Si estas posesiones no te han enseñado la verdad, ¿crees que me la enseñarán a mí? Las rehúso. Si te vas a meditar, yo también. El hecho de que te vayas demuestra que todo lo que has hecho ha sido inútil. No ha creado ninguna conexión con la existencia, no te ha llenado el corazón de amor y verdad, de celebración». Y cuando Yagnavalkya se marchó a las montañas, Katyayani también se fue a las montañas, en otra dirección.

Algunas mujeres han tenido una valentía enorme, pero la mayor parte han sido castradas por los hombres. No han recibido educación. No se les permite leer las sagradas escrituras, no pueden mantener relaciones sociales. La mitad del mundo ha sido completamente apartada de la otra mitad. Es la mayor esclavitud que haya existido sobre la tierra; las demás esclavitudes son pequeñas en comparación. Pero, a pesar de esta esclavitud, algunas mujeres se han hecho valer de vez en cuando. Esto demuestra que es posible.

Rabiya al-Adabiya, de Arabia Saudí, ha sido una de esas mujeres. Un día la gente la vio con un cántaro lleno de agua en una mano y una antorcha encendida en la otra, corriendo por la calle. Le preguntaron: «¿Adónde vas?».

«Voy a quemar vuestro cielo y voy a inundarme en vuestro infierno —respondió

— Son invenciones de vuestros sacerdotes y gracias a ellas han logrado esclavizar a toda la humanidad.»

Hassan, un místico, estaba alojado en casa de Rabiya. Una mañana le pidió su copia del *Coran Sharif* y le sorprendió que Rabiya hubiese anotado muchas correcciones en el Corán. «Eso no se hace. El Corán es la palabra de Dios, escrita por su único y absoluto profeta, Mahoma. No puedes perfeccionarla.» Por eso no hay comentarios sobre el Corán.

Pero Al-Adabiya había cambiado muchas palabras del Corán. Hassan estaba anonadado y le dijo: «Adabiya, alguien ha estropeado tu Corán».

«Nadie puede tocar mi Corán. He corregido lo que estaba mal», respondió.

Hassan le preguntó: «¿Tú crees que el Corán puede estar mal?».

«La frase que estás leyendo dice: cuando te encuentres al demonio, ódialo, maldícelo. Yo la he tachado, porque cuando me convertí en mí misma, cuando mi propia llama se convirtió en una gran luz que me rodea, me di cuenta de algo: Solo puedo amar, no puedo odiar. Aunque se me ponga delante el diablo, lo amaré como si se tratase de Dios. Es mi experiencia personal, y no tengo que obedecer al Corán, tengo que corregir el Corán de acuerdo con mi experiencia. Un hombre no está hecho de libros, los libros están hechos por el hombre.»

Este tipo de mujeres son una señal de que si el hombre no las hubiese reprimido... Mi conclusión es que habría más mujeres iluminadas que hombres, porque la mente del hombre está plagada de tonterías. Y es mucho más extrovertida. El hombre es capaz de ascender el Everest... Imagina a Edmund Hillary en la cima del Everest, qué aspecto tan estúpido debía de tener. Solo por aquellos dos minutos que estuvo en el Everest, puso en peligro su vida.

Ahora la gente va a la Luna. La Tierra está sumida en el desorden y la gente está pensando en ir a Marte. Todavía no has puesto en orden tu casa y ya estás intentando llegar a otro planeta donde haya seres vivientes. En este mundo no hay diálogo, no hay amor.

La mujer tiene más posibilidades de despertarse porque está enfocada al corazón. El hombre es más lógico, más matemático. Puede ser un gran científico, pero la mujer es más poética..., en potencia, porque no se lo hemos permitido. Puede ser una gran bailarina, puede ser un gran músico. Abrirá nuevas vías de iluminación a través del corazón. El amor será su dios.

Sabéis que Jesús dijo: «Dios es amor». Si lo hubiese escrito una mujer, habría

dicho: «El amor es Dios». Dios es secundario, es una hipótesis mental. Pero el amor es una realidad que late en todos los corazones.

Ha habido personas como Meera..., pero muy pocas mujeres han podido salirse de este sistema social represivo. Ella lo consiguió porque era una reina, aunque su propia familia intentara matarla por ponerse a bailar y cantar en la calle. La familia no podía tolerarlo. Particularmente, en la India y Rajastán, donde las mujeres están muy reprimidas. Y una mujer de la belleza de Meera bailando por las calles, cantando canciones de júbilo...

En Vrindavan había un templo donde residió Krishna. En memoria suya se construyó un gran templo, y el sacerdote del templo debía ser célibe. El celibato no es natural. Puede volverte loco, llevarte a perversiones innaturales. En ese templo no estaba permitida la entrada a las mujeres. Las mujeres debían quedarse fuera, a lo sumo en los escalones del templo. Nunca pudieron ver la estatua de Krishna que había en su interior porque el sacerdote era inflexible. Cuando llegó Meera, el sacerdote temió que quisiera entrar en el templo.

Colocaron delante de la verja a dos hombres con sus espadas desenvainadas para impedirle la entrada. Pero cuando llegó Meera —este tipo de personas son muy raras, tienen una brisa tan fragante, un baile tan hermoso, una canción que pone en palabras lo que no puede expresarse con palabras—, los dos lanceros se olvidaron de qué estaban haciendo allí y Meera entró bailando en el templo. A esa hora el sacerdote estaba adorando a Krishna. Cuando vio a Meera, se le cayó la fuente llena de flores.

Absolutamente indignado, le dijo: «Acabas de romper una norma centenaria».

«¿Qué norma?», preguntó ella.

«Las mujeres no pueden entrar aquí», dijo el sacerdote.

¿Y te imaginas su respuesta? Esto es ser valiente... Meera dijo: «Entonces ¿tú cómo has entrado? Excepto uno, el supremo, el amado, todo el resto son mujeres. ¿Acaso crees que en el universo hay dos hombres, el supremo y tú? Olvídate de esas tonterías». Indudablemente, tenía razón. Una mujer de corazón ve la existencia como un amado. Y la existencia lo es.

Ha habido otras mujeres —Sahajo—, pero muy pocas. No permitir que las mujeres se convirtieran en Gautama Buda, en Lao Tzu, ha sido una condena para el hombre.

El crimen es tan grande que posee unas dimensiones incalculables.

Tú preguntas: «En teoría, las mujeres y la iluminación están bien. Pero ¿en la práctica?». En la práctica también. Y cuando se acepte la importancia de la mujer, su unicidad, su individualidad, el mundo se llenará de amor, de flores, de fragancia.

¿Qué ha hecho el hombre a lo largo del tiempo aparte de luchar? Y ¿qué está haciendo la inteligencia del hombre aparte de crear armas cada vez más peligrosas y destructivas? No están satisfechos con las armas nucleares que hay hoy en día; podrían destruir la tierra siete veces. No entiendo qué sentido tiene ir acumulando armas nucleares. Solo ha habido un caso de alguien que haya resucitado y que habría que volver a matar —Jesús—, pero normalmente la gente solo muere una vez.

Y Jesús no resucitó; en realidad, no murió en la cruz. Antes de morir, lo bajaron de la cruz. En la cruz judía una persona tarda cuarenta y ocho horas en morir, porque el cuerpo va perdiendo sangre poco a poco. Y Jesús era joven y sano; tenía treinta y tres años.

Lo bajaron de la cruz al cabo de seis horas. Fue una conspiración entre sus discípulos y el gobernador romano de Judea, pues Judea estaba sumida en la esclavitud. Al gobernador no le interesaba matar a un hombre inocente que no había hecho nada. Si se cree el hijo de Dios, ¿por qué hay que impedirselo? Puede seguir creyéndolo. ¡Puedes creerte el padre de Dios! Con un poco de imaginación... No había hecho nada malo, solo estaba un poco loco y se tomaba las cosas al pie de la letra, pero no era un delincuente.

Llegaron a este acuerdo: bajaron a Jesús de la cruz al cabo de seis horas —nadie puede morir en una cruz judía en solo seis horas— y lo metieron en una cueva; los guardas eran romanos. Por la noche se lo llevaron. Cuando su estado empezó a mejorar, huyó. Murió en Cachemira, en la India. Cachemira era uno de esos lugares donde había judíos viviendo desde hacía cientos de años.

Cuando Moisés fue en busca de la tierra prometida, la tierra de Dios, Israel, una tribu de judíos se perdió. En realidad, Moisés llegó a otro sitio; Israel no vale nada. La tribu perdida llegó a Cachemira. Cachemira es, sin lugar a dudas, el lugar más bello de la tierra. Si existe un sitio que pueda llamarse la tierra de Dios, ese sitio es Cachemira. Es extraño que tanto Moisés como Jesús murieran en Cachemira. Y en todas partes hay pruebas... Yo he visto sus tumbas.

En la India nadie escribe en hebreo. Esas tumbas no son musulmanas, porque los musulmanes siempre colocan la cabeza mirando hacia la Meca. Esas dos tumbas no son musulmanas. Y todo Cachemira se ha convertido al Islam, excepto la persona que está al cuidado de las tumbas, que sigue siendo judío porque los musulmanes se lo permitieron. Aunque le cambies la religión a la gente, no le cambiarás la nariz. La nariz demuestra que son judíos. Fíjate en la nariz de Jawaharlal o de Indira Gandhi: son narices cachemires.

Y te sorprenderá, pero estos brahmines comen carne. En la India los brahmines nunca comen carne, pero se debe básicamente a que eran judíos y luego se volvieron musulmanes o hinduistas, y su alimentación siguió siendo no vegetariana.

Habría que hacer un análisis detallado, pero la cristiandad lo está imposibilitando, porque si se comprueba que son realmente las tumbas de Jesús y de Moisés, se convertirá en un lugar sagrado para los cristianos y los judíos. Ten en cuenta que Jesús no era cristiano. Él nació judío, vivió como un judío y murió judío. Nunca oyó hablar de esos Papas polacos.

Con esta bella mañana, con este silencio, con el sonido de los pájaros, no es oportuno hablar de cosas serias. Por eso ahora os contaré algunas cosas que no son serias, acordes con esta espléndida mañana.

No la destroces con sermones.

En una pequeña cabaña en mitad de Australia, una pareja y su hija han terminado de comer su estofado de canguro y están decidiendo a quién le toca lavar los platos.

Discuten mucho y al final el padre sugiere que se tumben los tres en el suelo y el primero que se mueva tendrá que lavar los platos.

Esa misma noche un hombre está de viaje por las cercanías cuando se le calienta el radiador. Ve la cabaña y se acerca caminando para pedir agua.

Al entrar se los encuentra tumbados en el suelo, y decide ir a por el agua él solo. De camino a la cocina, se tropieza con la hija y, en un arranque de pasión, hace el amor con ella.

Luego se encuentra a la madre en el suelo de la cocina. La tentación es demasiado grande y también salta sobre ella.

Luego lleva el agua hasta el coche pero se quema al llenar el radiador.

Entra corriendo en la cabaña gritando: «¿Tiene vaselina?».

Al oírlo, el marido se levanta y grita: «¡Vale, vale! ¡Yo lavaré los platos!»

Dos amigos están en lo profundo del bosque cazando, cuando se detienen a descansar. Uno se para a mirar al otro y le dice: «Yo soy bastante corpulento; si tuviese un infarto o me rompiese una pierna, ¿cómo me sacarías de aquí?».

«No te preocupes —responde el amigo—. El año pasado cacé un alce de setecientos kilos justo ahí detrás en el monte, y lo saqué.»

Y «¿cómo lo hiciste?», le pregunta.

«Muy fácil —responde—, me costó doce viajes.»

Un hombre asiste a las carreras de caballos en Dublín. Por la tarde, va a un pub y pide un brandy doble y bebidas para todos.

«Tómese algo», dice amablemente al camarero.

Media hora más tarde, vuelve a repetir la ronda, y así sigue hasta la hora del cierre, cuando el camarero avisa al hombre: «Espero que no le importe —dice—, pero su cuenta asciende a doscientas libras».

«¿En serio? —pregunta—. Pues lo siento mucho, porque no tengo un penique.»

El camarero salta por encima de la barra y empieza a pegarle hasta que lo saca a patadas a la calle.

Al día siguiente, cuando está abriendo el pub, entra el mismo hombre.

«Un brandy doble —dice—, e invito a toda la barra. Pero a ti no. ¡Te pones muy maleducado cuando te tomas un par de copas!»

Un instrumento en tus manos

A algunos científicos les preocupa que un día el hombre ceda su supremacía intelectual a los ordenadores, que son supermentes artificiales monstruosas con una capacidad intelectual mucho más grande de lo que podamos imaginar. Otro temor es que, por medio de la ingeniería genética, el hombre sea capaz de crear inteligencia artificial bajo pedido. O una combinación de ambas: unos cerebros orgánicos superdesarrollados que puedan «conectarse» a un superordenador, o unos ordenadores superchips que puedan implantarse en el cerebro.

¿Sería capaz un superordenador o una supermente de hacer que el hombre diera un salto cuántico cortando sus conexiones mortales con el pasado, o tampoco serían capaces de escapar del estúpido condicionamiento humano?

La pregunta puede no parecer seria, pero es una de las preguntas más serias posibles. Lo primero que hay que tener en cuenta es que esto va a ocurrir. Es inevitable que ocurra y tampoco hay que evitarlo. Puede que yo sea una de las pocas personas del mundo que está absolutamente a favor de que las mentes mecánicas hagan el trabajo de la inteligencia humana. Tengo claros motivos para estar a favor de algo tan extraño.

En primer lugar, lo que llamamos mente humana es, en sí, un biocomputador. El hecho de que hayas nacido con él no cambia las cosas. Puedes implantarte un ordenador mucho mejor en la mente, más eficiente, mucho más inteligente, mucho más completo.

Pero siempre hay gente que teme lo nuevo. Todas las religiones se han opuesto a lo nuevo, todas las iglesias se han enfrentado vehementemente porque lo nuevo cambia toda la estructura de la vida humana. Por ejemplo, un ordenador puede cambiar toda la estupidez que el hombre ha demostrado a lo largo de la historia. No creo que a los

ordenadores les guste la guerra o explotar a la gente, la discriminación entre negros y blancos, entre hombres y mujeres.

Por otra parte, el amo eres tú, no el ordenador. Siempre puedes modificar el programa. El ordenador es un gran instrumento que te abre enormes posibilidades a las que no puedes acceder de forma natural. Puede hacer cosas que el hombre nunca ha soñado. Un ordenador puede ser como Albert Einstein multiplicado por mil. Evidentemente, el ordenador puede proporcionarnos una ciencia más profunda, más real, que no cambia cada día porque un nuevo descubrimiento pone en tela de juicio el anterior. El ordenador puede alcanzar el centro mismo de la realidad.

Puede revelarte lo que quieras. Es un instrumento que está en tus manos, no es una amenaza.

Y puesto que llevará a cabo todas las tareas intelectuales, mentales, inteligentes — nadie se ha percatado de la posibilidad de la que estoy hablando—, podrás quedarte meditando tranquilamente. El ordenador puede quedarse a un lado. Puede dedicarse a pensar; no tienes que estar parlotteando constantemente. Y el ordenador no es católico, ni hindú, ni musulmán. Simplemente es un artilugio mecánico creado por la conciencia humana. Y en respuesta, puede ayudar a la conciencia humana a alcanzar su potencial más elevado.

Pero todo lo nuevo siempre encuentra una oposición, porque hace que lo viejo esté pasado de moda. Las fábricas antiguas cerrarán, las viejas industrias cerrarán. Hay muchos inventos que nunca llegan al mercado en mundial porque las personas a cuyos negocios pueden afectar compran la patente. Y el científico no tiene dinero para que su descubrimiento pueda materializarse.

En Japón, por ejemplo, los científicos han descubierto que los trenes no tienen por qué ir a cien kilómetros por hora. Pueden ir a seiscientos kilómetros por hora. Y lo más significativo es que si van a esa velocidad, pueden elevarse treinta centímetros por encima de la vía. Esto constituye un peligro para los dueños de las antiguas vías y de las estaciones pequeñas, porque no pueden detenerse. Especialmente en Japón, un país tan pequeño que solo tiene una estación de la salida y otra de llegada.

Pero no habría accidentes como los que se producen hoy en día. Los trenes nunca llegarían tarde. Incluso podrían llegar antes de la hora. Y la gente que viajara en ellos no sentiría el traqueteo. En realidad, las vías no serían necesarias. El tren solo tendría que ir por las vías un tramo, para despegar, como los aviones. Y luego seguiría avanzando sin problemas; podría ir a cualquier sitio. Podría ir a donde quisiera el conductor, y podría transportar a miles de pasajeros. Pero no se ha comercializado. A

ningún país le interesa este invento porque hay mucho dinero invertido en las antiguas vías y estaciones. Si se instauran estos nuevos trenes, todo el negocio iría a la bancarrota.

Esto solo es un ejemplo. Pero hay al menos mil inventos que ayudarían a la humanidad a vivir más cómodamente, más felizmente, a tener mejor ropa, mejores alimentos. Pero nunca saldrán a la luz porque algunos se arruinarían si esos inventos se comercializaran. Las cosas nuevas..., naturalmente, asustan. Si tienes que sentarte por primera vez en un tren que va a despegar, ¿crees que no tendrás miedo?

Es lo que ocurrió cuando se estrenó la primera vía de ferrocarril en Londres; solo eran veinte o treinta kilómetros. Y todas las iglesias lo denunciaron y condenaron: Dios no había inventado el tren, era un invento del demonio. ¡Y los antiguos trenes con la máquina parecían realmente un demonio! Estaban advirtiendo a la gente: «¡No os subáis!». Y los organizadores no te pedían el billete. Al contrario, ofrecían un desayuno o un almuerzo gratis a todo aquel que estuviera dispuesto a subirse al primer tren. En Inglaterra solo se atrevieron ocho personas.

Fue la iglesia quien provocó ese miedo: «Es cierto que el tren arrancará, pero ¿quién te garantiza que vaya a detenerse? Cuando te hayas subido estarás perdido, el tren no se detendrá. ¿Y crees que tendrás bastante con un desayuno o un almuerzo para el resto de tu vida? Demuestra que pueden detenerse». Pero nadie podía demostrarlo porque el tren ni siquiera había salido. El problema no era que no se detuviese.

Las familias de esas ocho personas que se habían ofrecido estaban llorando y gimiendo, y sus hijos tiraban de ellos diciendo: «Papá, no te vayas». Las mujeres lloraban: «¿Estás loco? ¿No te das cuenta? Todos los sabios, arzobispos, obispos, pastores y sacerdotes están en contra. Te has vuelto loco, si pones tu vida en peligro solo por un desayuno y un almuerzo. Yo te daré el dinero. ¡Bájate!».

Pero las ocho personas dijeron: «No vamos a bajarnos. Hemos visto suficiente mundo, y ahora queremos ver qué ocurre si no se detiene el tren; algo tendrá que ocurrir. Y al conductor también le interesa detener el tren o morirá..., le mataremos».

Habían ido con sus pistolas de modo que si el conductor no detenía el tren, podían dispararle u obligarle a detenerlo. Pero no fue necesario porque las vías solo tenían veinte kilómetros. Al cabo de veinte kilómetros tuvo que detenerse y regresó. La gente no daba crédito cuando vieron que el tren volvía y esas ocho personas se bajaban sonrientes del tren, con sus pistolas. «Nunca hemos sentido nada parecido —

declararon—. ¡Qué velocidad!» Ahora nadie pide al conductor garantías de que el tren se vaya a detener. Nadie va con pistolas. El tren ha sido aceptado.

Pero viajar en tren a seiscientos kilómetros por hora, sin vías, es peligroso. Todas las iglesias se unirán para evitarlo, todos los religiosos se unirán a la protesta: «El gobierno debe impedirlo. Es muy peligroso. Esos trenes pueden atravesar ciudades, atropellar a la gente; nadie puede impedirselo porque no tienen vías. Cuando hayan despegado, podrán destruir el mundo entero, sin necesidad de la energía nuclear. Y la gente que está dentro podrá vivir todo tipo de escenas». Pero va a ser muy difícil persuadir a la gente, en primer lugar para construir esos trenes, y luego para que se suban a ellos.

Ahora ya hay robots; ya existen. Especialmente en Japón, que tecnológicamente es mucho más avanzado que cualquier país. Hay muchas industrias que funcionan con robots. No se cansan ni se jubilan; no piden salarios ni aumentos; no crean sindicatos, no hacen huelgas. Son muy amables. Y trabajan las veinticuatro horas, un día tras otro. Son absolutamente eficientes, al cien por cien.

Pero es un peligro porque la gente empieza a quedarse sin empleo. Y estos desempleados comenzarán a protestar porque no quieren robots. Yo estoy a favor de los robots. Todo el mundo debería estar desempleado y cobrar... por estar desempleado. El trabajo lo hacen los robots y tú cobras. La vida así sería una alegría absoluta.

Puedes meditar, bailar, cantar o viajar por del mundo. El problema surge porque no se nos ocurre ninguna solución. Pero hay una solución muy sencilla. Antes te pagaban por producir, ahora el robot produce más, mucho más, y no le pagan. No es necesario que tú te quedes sin trabajo, que pases hambre y necesidades. Es una cuenta muy sencilla: tú deberías cobrar incluso más, porque has dejado tu puesto de trabajo a un robot que produce cien veces más. Aunque te doblasen el sueldo, no habría pérdidas.

Si todo el mundo estuviese desempleado y tuviese dinero para divertirse, ¿acaso crees que alguien entraría en el ejército? La gente montaría carnavales, circos... Habría toda clase de festejos, y las guerras no serían necesarias. Y si la guerra fuese absolutamente necesaria, tenemos robots que pueden luchar. No ganará nadie. Ambos bandos son robots; no muere nadie. Al final del día, cuando regresen, si les falta alguna pieza pueden repararlos y volver a mandarlos. Incluso las guerras pueden ser algo divertido y no una cuestión de vencidos y vencedores.

Pero la gente tiene miedo porque no concibe la posibilidad de que no haya

sufrimiento. La pregunta es si estos ordenadores van a sustituir a la inteligencia. Serán mucho más inteligentes. Pero recuerda: los ordenadores, aunque superiores en inteligencia, están en tus manos. Tú no estás en sus manos, puedes quedarte tranquilo.

Hasta ahora has dependido de tu memoria; es una carga innecesaria que tienes que llevar en la cabeza. Veinticinco años aprendiendo en los colegios, institutos, universidades, licenciaturas, doctorados... ¿Qué estás haciendo? Estás convirtiéndote en un ordenador pero con un método anticuado, pasado de moda, estás obligando a los niños a memorizar. Eso ya no es necesario. El ordenador puede hacerlo todo, solo hay que darle la información.

Puedes comprar un ordenador que sepa todo acerca de la ciencia médica. No tienes que ir a una universidad de medicina; simplemente preguntas al ordenador y él te contesta inmediatamente. Tu memoria no es tan fiable. Y a un ordenador siempre puedes instalarle más memoria, porque cada día se descubre algo nuevo. Este ordenador puede estar conectado al ordenador central de la universidad, y sin tener que hacer nada, cualquier novedad correspondiente a tu tema se transferirá inmediatamente. Se quedará archivada, y cuando preguntes, el ordenador te contestará.

Puedes tener un ordenador multidimensional con todo tipo de memorias, o uno monodimensional que solo tenga historia..., la historia de la humanidad. Ya no tienes que saberte toda la historia de la humanidad. ¿Sabes en qué fecha se casó Sócrates con Xanthippe? El ordenador te lo dirá al instante. Ese desafortunado día... Siempre he sospechado que Sócrates aceptó tomarse el veneno tan fácilmente por culpa de su mujer, porque su vida era un tormento y la muerte no podía ser peor.

¿Cuántos datos puedes almacenar en tu memoria? La memoria tiene un límite. Pero el ordenador puede memorizar datos casi casi de forma ilimitada. Y además hay otras posibilidades: un ordenador puede conectarse a otro y crear nuevos inventos, nuevas medicinas, nuevas formas de salud, nuevas formas de vida. No deberíamos considerarlos monstruos.

Son una bendición. Y todo lo que ha hecho el intelecto humano es muy poco. El día en que el ordenador tome el relevo, podrán hacerse muchas cosas y nadie tendrá que pasar hambre, nadie tendrá que ser pobre, nadie tendrá que robar, nadie tendrá que ser juez, porque todos ellos pertenecen a la misma profesión: los jueces y los ladrones, los delincuentes y los abogados. No habrá ricos ni pobres. Todo el mundo será próspero.

Pero es probable que ningún gobierno lo permita. Ninguna religión lo permitirá

porque va en contra de sus escrituras, va en contra de sus doctrinas. Los hinduistas creen que hay que sufrir porque cometiste malas acciones en tu vida pasada. Nadie sabe nada de las vidas pasadas. No aceptan un invento que puede acabar con la miseria, la pobreza y la enfermedad, porque entonces ¿qué ocurrirá con la teoría de la reencarnación, de las recompensas y castigos por las malas y buenas acciones? Toda la doctrina del hinduismo dejará de tener sentido.

Si el ordenador puede alargarte la vida todo lo que quieras, si puede permitirte ser joven —no envejecer, si no lo deseas—, entonces a quién le importa... Esto afectará a muchísima gente: a los médicos, las farmacias, a los que viven a expensas de tu enfermedad.

Un joven sale de la universidad con un doctorado en medicina. Su anciano padre está esperándole porque está cansado, pues lleva toda la vida trabajando. Tres de sus hijos están estudiando medicina, y si vuelve uno, podrá ocupar su lugar y seguir manteniendo a los otros dos. El joven dice inmediatamente: «No te preocupes. Descansa, yo me ocuparé».

El tercer día se acerca a su padre y le dice: «Papá, he curado a una mujer que llevaba treinta años en tratamiento contigo».

«¡Idiota! —le dice el padre—. Esa mujer te ha pagado la carrera y está pagando la de tus dos hermanos. Yo la he mantenido así deliberadamente. Era tan rica que podía permitirse estar enferma. No era pobre.»

Ser rico y estar enfermo es muy arriesgado. Ser pobre y estar enfermo no es tan arriesgado. Te curarás pronto porque no puedes pagar. Al contrario, puedes decir al médico: «¿Y la medicina y los alimentos que me ha recetado? No tengo dinero». El médico dirá: «Es mejor que se cure y desaparezca». Pero cuando un rico está enfermo, crea en la mente del médico un grave dilema: curarle o dejarle como está, porque cuanto más tiempo esté así, más dinero ganará. Si lo cura, no gana dinero.

Si los ordenadores pueden hacerse cargo, se verán afectadas muchas profesiones. Y estas profesiones querrán impedirlo, y pondrán mil y una excusas: Dios no inventó los ordenadores, los ordenadores son peligrosos porque pierdes inteligencia. ¿Y qué estás haciendo con tu inteligencia? ¿Ser infeliz, ser envidioso? Al menos los ordenadores no serán envidiosos ni infelices. ¿Qué estás haciendo con tu inteligencia? Destruir, guerras de todo tipo, violencia de todo tipo.

Con los ordenadores tendréis vacaciones perpetuas toda la vida. Podréis relajaros.

Tendréis que aprender a hacerlo, porque estáis obsesionados con el trabajo. Desde hace miles de años, ¡no hacéis más que trabajar y trabajar duramente! Los ordenadores se enfrentarán a vuestro condicionamiento respecto al trabajo. La pereza será por primera vez una cualidad espiritual: bienaventurados los más vagos, porque su reino es de este planeta. Y como fruto de su pereza, si les apetece, podrán construir bellos jardines. Pero es algo que surge de la felicidad sin motivo alguno. Podrán pintar, pero no para vender, sino para disfrutar de los colores, de la mezcla, del baile de los colores. Podrán tocar música, pero no por motivos económicos, no como negocio, sino por pura felicidad.

El paraíso soñado por el ser humano puede ser la vida real de este planeta. No hay que irse tan lejos. Y nadie conoce el camino porque nunca ha ido nadie. Y los que fueron ni siquiera han mandado una tarjeta postal diciendo: «¡Hemos llegado!». Qué tacaños, ni una mísera tarjeta de Navidad... Pero el paraíso hay que crearlo, el paraíso no existe. Ha surgido de la conciencia del hombre, de su habilidad.

El ordenador también es parte de la creatividad del hombre. No tienes que competir con él; tú eres el amo. Por primera vez, el ordenador y tú estáis separados. Es lo que todas las enseñanzas de los místicos han estado diciendo: que tu mente y tú estáis separados. Pero es difícil darse cuenta porque tu mente está dentro de tu cabeza, y tu conciencia está muy cerca, de modo que aunque miles de místicos hayan estado diciéndolo, nadie les ha hecho caso. No hay mucha distancia. Con los ordenadores esta distancia está muy clara; no necesitas que te lo diga un místico.

Todo el mundo tendrá su ordenador en el bolsillo y sabrá que está separado. Y tendrás la libertad de no pensar; el ordenador se ocupará de eso. Si quieres pensar en algo, díselo al ordenador. Cuando surja tu viejo hábito del parloteo, di al ordenador: «Parlotea», y el ordenador lo hará. Pero por primera vez podrás estar como han expresado los budas: alerta, en silencio, sereno, siendo un pozo de conciencia.

Un ordenador no puede ser consciente. Pero un simple ordenador que te cabe en un bolsillo puede ser intelectual, culto; puede ser tan culto que contenga toda la información de todas las bibliotecas del mundo.

Librará a millones de personas de memorizar cosas innecesarias. Evitará que haya millones de personas enseñando y torturando a los estudiantes. Los exámenes y todas esas bobadas desaparecerán. El ordenador puede ser uno de los mayores fenómenos que haya habido jamás. Puede ser un salto cuántico. Puede romper con el pasado y con todos los condicionamientos del pasado.

Un hombre responde a un anuncio clasificado que dice: «¡Oportunidad única!». Le dan una dirección y va a

entrevistarse con una persona ya mayor.

«Busco a alguien —dice el viejo— que pueda pensar por mí. Tu ocupación es apoyarme en todos los aspectos.»

«Eso es mucho trabajo —contesta el hombre—. Y ¿cuánto pagan?»

«Cobrarás veinte mil euros al año por convertir todas mis preocupaciones en tuyas», responde el viejo.

«De acuerdo —responde—. ¿Y cuándo empiezo a cobrar?»

«¡Ajá! —dice el viejo—. Esa es tu primera preocupación.»

Y ahora en serio...

Una pulga llama por teléfono a su agencia de viajes. «Oiga —dice—, ya llevo bastante tiempo en esta axila. Necesito unas vacaciones. ¿Tiene alguna oferta?»

«Bueno —dice el agente—, la temporada está muy avanzada, pero si puede permitirse un capricho, tengo unas vacaciones en los bigotes de un actor rico y famoso.»

La pulga aprovecha la oferta y a la semana siguiente se instala en el bigote. Pero no todo va como desearía y llama a su agente.

«Lo estoy pasando muy bien viendo todo tipo de lugares y personas famosas —dice la pulga—, pero aquí hay demasiada actividad hablando, comiendo y bebiendo todo el tiempo. ¿No tiene un sitio más tranquilo?»

«Bueno —dice el agente hojeando sus notas—, hay una cancelación de última hora en el vello púbico más famoso del mundo.»

La pulga salta de alegría y por la noche se instala en el pubis.

Al día siguiente vuelve a llamar por teléfono.

«Menudas vacaciones —dice a su agente—. Anoche me fui a dormir y esta mañana he vuelto a encontrarme en el bigote del actor.»

Un joven marinero va a un pub. Pide un whisky doble y paga con un billete de cien.

«Lo siento, señor —dice el camarero—. Acabo de abrir y no tengo cambio.»

«Pues es lo único que tengo —responde el hombre—. O me deja beber hasta que tenga cambio, o tendré que irme a otro sitio.»

Después de darle muchas vueltas, el camarero acepta dejarle beber hasta que tenga cambio. Al cabo de un rato el hombre se pone a hablar con la mujer del camarero y empieza a invitarla a copas. Una docena de copas después, el camarero mira a su alrededor pero no ve al hombre.

«¿Dónde está el tipo del billete de cien euros?», pregunta presa de un ataque de pánico.

«La última vez que lo vi —responde otro parroquiano—, iba hacia arriba con tu mujer y los dos se estaban quitando la ropa.»

«Menos mal —suspira el camarero—. ¡Creía que se había ido sin pagar!»

Estar centrado frente a estar arraigado

El otro día dijiste que era más fácil meditar si estás elevado sobre el suelo, por ejemplo, subido a un árbol. En aikido, uno de los principios fundamentales es sentir el cuerpo conectado a la gravedad de la tierra. ¿Hay alguna contradicción en esto?

El aikido también enseña a tener conciencia del punto que está unos centímetros por debajo del ombligo. ¿Qué relación hay entre este punto y nuestro ser?

Esto saca a luz una pregunta histórica. El zen nació en la India con la risa absurda de Mahakashyapa, un discípulo muy próximo a Gautama Buda. Había otros discípulos más próximos; Mahakashyapa solo se menciona una vez: cuando se rió. Su risa es el principio del zen. Pero lo primero que hay que entender es de qué se reía Mahakashyapa. ¿Por qué?

Una hermosa mañana, como hoy, llena de gente maravillosa, silenciosa, como la que hay aquí, Gautama Buda salía a dar su discurso matutino. Sin saber cómo, de repente se encontró con una hermosa rosa en la mano. Todo el mundo se quedó sorprendido... porque nunca había salido con nada en la mano. Y la situación era aún más misteriosa porque se sentó en el estrado, mirando la rosa. Pasaron varios segundos, varios minutos..., y la gente empezó a sentirse inquieta. «¿No va a hablar hoy? ¿Qué significa que Gautama Buda solo mire la rosa?»

Al cabo de media hora empezó a crecer la tensión. Había que hacer algo; él no miraba a la gente, tan solo miraba la rosa. En ese momento, Mahakashyapa se echó a reír. Gautama Buda levantó los ojos, pidió a Mahakashyapa que se acercase y le entregó la rosa. Y dijo a la gente, a diez mil sannyasins: «Todo lo que puede decirse con palabras os lo he dicho, y lo que no puede expresarse lo he transmitido a Mahakashyapa».

Es la única mención que se hace a Mahakashyapa en todo el repertorio budista. Hay una literatura muy extensa, pero desde hace siglos, veinticinco siglos, los

investigadores se preguntan: «¿Por qué se rió Mahakashyapa? Y ¿por qué se aceptó su risa? No solo se aceptó sino que se ensalzó como el punto más elevado de la comunicación». Algo ocurrió en ese ofrecimiento silencioso de la rosa a Mahakashyapa.

Desde entonces, el zen ha sido misterioso. Es el misticismo más puro que ha habido en el tierra.

En la India se llamaba *zan*. Buda dio un paso revolucionario utilizando la lengua del pueblo. Esta lengua era el pali. En el idioma del pueblo las palabras son sencillas, rotundas, fáciles. En sánscrito se dice *dyan*, pero para la gente es más difícil. Buda nunca utilizó el sánscrito.

Quizá no sepas que el sánscrito no ha sido nunca una lengua viva; solo era la lengua de los eruditos. Mantenían entre ellos un sistema de comunicación independiente. Buda fue el primero que se opuso en la India a esta infamia. Había que hablar el idioma del pueblo. No podía convertirse en el monopolio de los eruditos, para darles un aire de superioridad. Él utilizó el idioma más vulgar que se hablaba en la calle, donde las cosas cambian. Quizá las palabras no sean tan exactas gramaticalmente, pero son mucho más expresivas, más fáciles de usar, más sencillas. Y *dyan* se convirtió en *zan*.

En los pueblos de la India, por ejemplo, la estación de ferrocarril se llama «tación». ¿Para qué decir «estación de ferrocarril»? Es una palabra demasiado larga para la gente. Y simplemente dicen «tación». Y eso mismo ocurre con muchas palabras. El sánscrito es una lengua muy refinada —posiblemente la más refinada de todas las lenguas— porque solo la usaban los eruditos y eran muy puntillosos en cuanto a la precisión, la gramática. Buda dejó todo eso a un lado.

El *zan* se convirtió en una nueva corriente que fluía de Gautama Buda a Mahakashyapa. Cuando entre tu maestro y tú ocurra algo en silencio, sabrás lo que Buda le transmitió, porque este dijo: «Todo lo que puede decirse con palabras os lo he dicho, y lo que no puede expresarse lo he transmitido a Mahakashyapa. Esa rosa solo es un símbolo que expresa el reconocimiento de que Mahakashyapa representará lo inefable».

Después de Mahakashyapa, esta corriente estaba destinada a tener muy pocos seguidores, a consecuencia de su misterio.

El siguiente gran nombre es Bodhidharma. Su maestro le dijo que fuera a China, pero no para convertir a China al budismo... «Sin embargo, en China ya hay cierta predisposición, que ha sido creada por Lao Tzu, Chuang Tzu y Lieh Tzu. La verdad

no es monopolio de nadie. Estaría bien que llevases este tesoro que nos ha entregado Mahakashyapa, de generación en generación, a China. Y que esos dos maravillosos ríos confluyan.» Así como el cruce de razas hace más fuerte al niño, lo mismo ocurre cuando dos corrientes de pensamiento, o de no-pensamiento, se encuentran y se funden. Surge algo nuevo, mucho más profundo que lo anterior, superior a las dos corrientes.

Bodhidharma tardó tres años en llegar a China, pero debía llegar hasta allí porque esa era la voluntad de su maestro. La relación entre el maestro y el discípulo es de un amor tan profundo que siempre hay un sí superlativo. Ni siquiera le preguntó por qué; el maestro sabrá. Fue a China y allí se produjo el cruce. Lo que recibía el nombre de *zan* en el budismo se simplificó aún más para que lo entendiesen en China y pudiesen usarlo. Se empezó a llamar *chan*. En China floreció y surgieron grandes maestros de esa experiencia mística.

De China pasó a Japón. Y de nuevo hubo un cruce... La palabra *chan* se convirtió en *zen*. Y en Japón se ha manifestado en muchas dimensiones.

Tu pregunta es fundamental. Hay dos formas de desaparecer como personalidad: una que podemos llamar «arraigarse» y otra «centrarse».

Mahakashyapa y Bodhidharma usaban como método el centrarse: profundizar hasta el punto donde no queda nada, solo pura presencia, sin persona. Y la belleza se acrecentó con el gran legado de Chuang Tzu, Lieh Tzu y Lao Tzu. Ellos también usaron el método de centrarse. Para encontrarse, exploraban su interior, y lo que encontraron fue una ausencia absoluta de nadie; había desaparecido hasta el que encuentra. De ese estado no surgió ni lo encontrado ni el que encuentra, ni el buscador ni lo buscado, sino un silencio absoluto, vivo, lleno de su propia música, lleno de su propia danza. Al darse cuenta, Mahakashyapa se rió: «Cuando Buda dice a la gente “Búscate, encuéntrate”, está burlándose».

Es una declaración perfectamente válida: buscarte a ti mismo. Pero Mahakashyapa sabía que cuando te encontraras, ya no estarías ahí. Es una experiencia extraña que solo puede expresarse con la risa.

Hay una antigua definición de filósofo: en una noche oscura, en la penumbra de una casa sin luz, un filósofo, que para mayor mal, está ciego, busca un gato que no está ahí. Y sigue buscándolo. Pero si de repente hay luz, sus ojos se curan y piensa en todo el esfuerzo que ha estado haciendo para encontrar un gato que no existía, ¿qué otra cosa puede hacer sino reírse de sí mismo?

Los tontos se ríen de los demás. La sabiduría se ríe de sí misma.

Pero en Japón este cruce se manifestó de una forma extraordinaria. Se ha alejado mucho de la risa de Mahakashyapa..., ha sido un largo viaje. En el camino se han ido incorporando nuevas manifestaciones, nuevas revelaciones, nuevos métodos. Y en Japón llegó a la cima. La cima consiste en que para encontrar la verdad puede usarse cualquier cosa. Un guerrero puede usar su espada, luchar contra otro guerrero; no tiene que sentarse a meditar. Un arquero puede encontrarlo en la arquería; un pintor en la pintura; un escultor en la escultura.

Lo que había sido pura meditación en la India, en Japón se dividió en muchas ramas. Los indios ni siquiera podían concebir que un guerrero, un luchador armado con una espada, pudiese meditar o que pudiese utilizarse la arquería como método de meditación, porque nunca lo habían intentado. Fue necesario que la risa de Mahakashyapa viajase de la India a China, y luego de China a Japón. En este largo viaje de mil años fue ganando mucha percepción.

Herrigel, un profesor alemán, estaba leyendo acerca del zen y no lograba entender cómo podía considerarse la arquería una meditación. Aparentemente, no hay ninguna relación. Que Gautama Buda sentado en posición de loto esté meditando nos resulta comprensible. Pero que un arquero o un espadachín, cuyo propósito es matar al otro, pueda meditar...

Herrigel viajó a Japón. Pasó tres años allí y finalmente descubrió el secreto. Aprendió arquería. Él mismo se hizo profesor, maestro de arquería, y tenía un porcentaje de acierto en la diana de un ciento por ciento. Pero su maestro zen siempre le decía: «No se trata de eso. No se trata de dar en la diana, el punto está dentro de ti. ¿Estás arraigado?».

«En Occidente llevamos practicando la arquería desde hace cientos de años, pero nadie ha pensado en estar arraigado. ¿Qué quiere decir arraigarse?», preguntó.

El maestro dijo: «Arraigarse significa volverse casi parte de la tierra y permitir que la gravedad fluya por tu interior, especialmente debajo del ombligo, concretamente dos centímetros por debajo del ombligo».

Pero Herrigel le preguntó: «¿Qué tiene eso que ver con la arquería? Tengo que concentrarme en la diana». El maestro respondió: «Olvídate de la diana, primero debes estar arraigado. Cuando dis pares la flecha, debes estar relajado para que sea la gravedad quien dispare, y no tú».

«Estas afirmaciones son muy extrañas. Tendré que disparar yo, ¿cómo puede hacerlo la gravedad?», repuso.

Tres años... y no fallaba una diana; era un maestro en arquería. Pero su maestro le

decía: «No; has fallado. No estoy fijándome en la diana. ¿Qué me importa la diana? Te estoy mirando a ti; tú eres la diana».

Y ¿por qué dos centímetros por debajo del ombligo? Es el centro vital. Es el punto por el cual estabas conectado con tu madre. Desde ese punto te suministraron todo lo que necesitabas sin tener que hacer nada, estando simplemente relajado.

Arraigarse significa establecer un contacto entre este centro vital que hay en tu interior y la fuerza de la gravedad, para que esta fuerza empiece a llenarlo. Y llega un momento en que no disparas a la diana. Apuntas, eso está claro, pero es como si la flecha se disparase sola. La fuerza de gravedad es suficiente para llevarla hasta la diana.

Tres años y teniendo una mentalidad alemana... Finalmente, Herrigel se rindió y dijo: «Me estás volviendo loco. Me paso día y noche pensando en cómo hacerlo». El maestro le dijo: «Es lo que te he estado diciendo. No pienses en cómo hacerlo, deja que ocurra. Debes tener energía suficiente para que ocurra».

Finalmente, Herrigel decidió regresar. Tres años habían sido suficientes, y el maestro no le había dicho «Bien», ni una sola vez. Siempre le decía: «Has vuelto a fallar». Herrigel asistía a clase todos los días, y todos los días fallaba. Dijo al maestro: «Lo siento, pero no lo entiendo. Mañana me marcho, y vendré para despedirme».

Al día siguiente Herrigel fue a despedirse. El maestro estaba enseñando a otro alumno, y él estaba sentado en un banco, simplemente observando, porque ya no le importaba, había dejado de interesarle. Si no lo había conseguido durante tres años, no lo conseguiría en tres vidas. Lo que el maestro le decía no tenía lógica alguna.

Así que estaba sentado tranquilamente, mirando, viendo cómo el maestro enseñaba al otro discípulo. Y, de repente, lo entendió. El maestro estaba muy relajado, no eran sus manos las que disparaban la flecha: era evidente que una fuerza interna hacía el trabajo. Se levantó espontáneamente y fue donde estaba el maestro, agarró el arco y la flecha, y la lanzó.

Por primera vez el maestro pudo decir: «Puedo certificar que lo has conseguido. Estabas intentándolo con la mente tensa. Hoy lo has conseguido por accidente; estabas sentado tranquilamente, no te importaba, lo habías dado por finalizado... Por eso tus ojos estaban limpios, tu corazón callado, mirabas con profunda paz y silencio, y podías ver. He estado tres años intentando enseñártelo, pero con las prisas por aprender y volver a Alemania..., y precisamente ahora que no tenías ninguna prisa. Estaba dispuesto que regresarías a Alemania.

»Puedo certificar que no solo has conseguido el arte de la arquería, sino

simultáneamente el arte del arraigarse. Y cuando estás arraigado, como los árboles — con profundas raíces en la tierra—, cuando todo tu cuerpo recibe la fuerza de la tierra y estás abierto, relajado, permitiendo que la fuerza llene tu centro vital, la mente deja de funcionar y el tiempo se detiene».

Entonces, la consecuencia es la meditación. En todo el mundo la gente se pregunta: «¿Qué tiene que ver la arquería con el zen?». Pero sucede. Puede suceder con cualquier cosa. La cuestión es que la mente se detenga, que el tiempo se detenga; estar relajado y permitir que la vida tome posesión de ti.

Tú preguntas: «El otro día dijiste que era más fácil meditar si estás elevado sobre el suelo, por ejemplo, subido a un árbol. En aikido, uno de los principios fundamentales es sentir el cuerpo conectado a la gravedad de la tierra. ¿Hay alguna contradicción en esto?».

No; solo es una variedad. O bien estás conectado con la tierra o bien estás conectado con el cielo. Conoces la palabra «gravitación», pero puede que no conozcas la palabra «levitación». Del mismo modo que la tierra atrae hacia su centro, el cielo atrae hacia arriba. La atracción de la tierra se llama gravitación y la del cielo, levitación. Puedes hacerlo de cualquiera de las dos maneras. La tierra es tu vida, y el cielo también.

De hecho, mi sugerencia es que el cielo es más extenso que la tierra. Sus fuentes de energía son infinitas, más grandes que la energía de la tierra. Para un pequeño ser humano es suficiente con llenarse con la energía de la tierra. Pero si realmente quieres conocer la fuerza universal, es mejor alejarse de la tierra.

Los primeros astronautas estaban muy sorprendidos..., no se lo habían imaginado. Más tarde fueron entrenados, pero los primeros no tenían ni idea; a medida que se fueron alejando del campo gravitatorio, empezaron a flotar en el interior de su cápsula espacial. No podían creerlo, no tenían peso. Su peso en la tierra era debido a la gravedad.

No pesas. Cuando dejas de tener peso, si te das cuenta de que el no pesar puede asociarse con la meditación, entonces te ocurrirá lo mismo que al arraigarte, pero con mucha más fuerza. La energía universal te inundará.

Pero esos astronautas eran occidentales y por eso no tenían un concepto de la energía. Se inquietaron aún más, se asustaron. «¿Qué ocurre?» Se abrocharon al asiento con el cinturón de seguridad. Fue una experiencia inquietante. Imagínate que vas a una discoteca o a un centro comercial y de repente empiezas a flotar... Nunca le había ocurrido a nadie, por eso no tenían un término para designarlo.

Yo he comprobado que en el agua, en un río, se neutraliza la gravedad. Crees que tienes que aprender a nadar, pero eso no es cierto: si alguien te empuja a un río, nadarás. Primero gritarás: «¡Auxilio, socorro!». Y cuando no recibas ayuda, empezarás a mover los brazos. Se moverán al azar, descoordinados; podrás tragar un poco de agua...

Sabes perfectamente que un cuerpo muerto no se hunde en el agua. No sabe nadar, no tiene ni idea. La gente se ahoga porque cree que no sabe nadar, y entonces arma mucho escándalo y complica las cosas. Pero se hunde mientras está viva, y una vez muerta flota perfectamente en la superficie del agua. Es como si los muertos supiesen algo que nosotros no sabemos.

Un científico japonés ha demostrado que los niños no necesitan aprender a nadar; al nacer ya tienen esa capacidad. Primero empezó con niños de dos años y luego con niños de seis meses. Ahora trabaja con niños de tres meses y saben nadar perfectamente. Nadie les ha dicho: «No sabes nadar. No te acerques al agua». Y ahora está retrocediendo más aún, hasta el día del nacimiento. Su hipótesis —y yo creo que va a demostrar que es verdad— es que los niños ya saben nadar. Han estado flotando nueve meses en el vientre de la madre. ¿Por qué crees que es tan grande el vientre? ¿Porque el niño es enorme? No; porque es una pequeña piscina.

Y las madres lo saben: empiezan a beber más agua y a comer cosas saladas, porque el niño necesita que el agua sea como el agua de mar. El primer hombre evolucionó a partir de un pez, y todavía nace así. Incluso después de nacer no se diferencia mucho de un pez. El ochenta por ciento del cuerpo es agua, agua salada. Nadie se lo explica...

Esto me ocurrió por casualidad. Estaba cursando mi año de posgraduado. Justo detrás de mi hostel, había una colina con tres árboles. Era difícil encontrar un sitio donde no me molestaran, especialmente si quería meditar. Siempre llegaba alguien y me decía: «¿Qué te pasa? ¿Por qué estás con los ojos cerrados? ¿Malas noticias?». Y había miles de estudiantes, profesores..., era inevitable que apareciese alguien. Si cerrabas la puerta, llamaban. Y si no abrías, llamaban a los bomberos: «Ha ocurrido algo».

Me gustaban esos tres árboles. Solía encaramarme al más alto y grande y me quedaba sentado ahí. Había un espacio maravilloso donde se separaban dos ramas, y me sentaba a meditar a primera hora de la mañana, a las tres, para que no me molestaran.

Estaba extrañado: sentado en lo alto del árbol, el silencio era mucho más profundo;

la mente y el tiempo se detenían.

El aikido está muy bien, y lo que he dicho no va en contra de él. Igual que con el aikido, necesitamos otra ciencia. Tal vez una academia de meditación podría desarrollarlo. Y he podido comprobar que no solo la gravedad te llena de vida, el árbol también te ayuda; es vida.

El aikido se desarrolló en Japón para los guerreros; la arquería se desarrolló para los arqueros. No creo que quieras ser guerrero, ni arquero, ni boxeador. Quieres tener una conciencia tranquila, feliz, amorosa; ser una presencia y no una persona. Lo que te estoy diciendo te ayudará mucho más que el aikido. Pronto aquí también tendremos aikido. Habrá clases de aikido porque hay algunos tontos y así los tendremos contentos. Tendremos arquería... Una de mis sannyasin es maestra arquera. Es francesa y está dispuesta a venir si queremos tener clases de arquería. No es una meditadora, aunque técnicamente sea perfecta. Tendremos que mandarla a Japón para que aprenda la combinación de meditación y arquería.

¿Qué sentido tiene? No queremos matar pájaros, no queremos matarnos los unos a los otros. Si quieres un arquero perfecto, lo mejor es...

Siempre me ha encantado la historia del rey que pasaba por un pueblo. Adoraba la arquería; él mismo era maestro de arquería. No podía creer que en ese pequeño pueblo viviese otro arquero mejor que él. Él no atinaba todas las veces; de vez en cuando fallaba una diana. Pero vio que en los árboles..., en muchos árboles, había un círculo y una flecha justo en el centro de la diana.

«Esto es increíble..., ni el mejor arquero podría hacerlo. Es perfecto. Quiero conocer a ese hombre», dijo, y llamó a la gente para preguntar: «¿Quién es el arquero?». Todos se rieron y dijeron: «No tiene importancia. Es el idiota del pueblo».

«No lo entendéis —dijo—. Traédmelo; su tiro al arco es impecable.»

Los paisanos le dijeron: «No entiendes su método. El lanza la flecha y luego dibuja un círculo alrededor. Naturalmente, siempre es perfecto. Y le hemos dicho que no se hace así. Primero hay que dibujar un círculo en el árbol y luego lanzar la flecha. De ese modo puedes equivocarte. Pero así, nunca te equivocas».

Japón siempre ha sido un pueblo guerrero, de modo que cuando llegó el zen, a Japón se le asoció con todo tipo de destrezas con la espada y otras cosas. Pero siguió manteniéndose la esencia del zen. El hecho de que Mahakashyapa no fuese un gran arquero, no significa que no fuese el creador.

No creo que Gautama Buda hubiera pasado las pruebas de aikido. Estoy seguro de que habría suspendido. Aunque esto no significa que el aikido no sea un lejano eco de

la experiencia del ser de Gautama Buda. No hay ninguna contradicción. Pero recuerda que hagas lo que hagas..., puedes ser un meditador cortando leña, o un meditador que transporta agua del pozo. La meditación solo es un hilo inmóvil dentro de ti. Puedes hacer lo que quieras, sin que se mueva ese hilo. Procura seguir atento y podrás hacer lo que quieras.

La meditación no está separada de la vida. Separar la meditación de la vida ha sido un gran error del pasado. Al final de tu vida, cuando estés con un pie en la tumba, entonces llegará la hora de meditar; así lo creen los indios. Hasta los veinticinco años debes ser célibe y estudiante. Luego, antes de los cincuenta, casarte, hacer negocios y las cosas de la vida..., tener hijos. Y cuando cumples cincuenta te vuelves hacia el bosque. Todavía no te vas pero te das la vuelta, porque tus hijos todavía pueden ser pequeños. Empiezas a prepararte, se llama *vanprastha*. Prepararse para ir al bosque, otros veinticinco años.

A los setenta y cinco te vas. Tus hijos ya tendrán casi cuarenta, cuarenta y cinco años. También se preparan para ir al bosque. A los setenta y cinco te marchas al bosque. Y esos veinticinco años, la última parte de tu vida, son para la meditación.

Esta concepción es errónea. Yo me opongo enérgicamente porque ha destruido la India. Para empezar, sitúa la meditación en el último lugar de la lista, no como una prioridad. Y luego, crea una separación entre la meditación y la vida que no es correcta. La vida puede ser meditativa, la meditación puede ser una vida feliz. Y en tercer lugar, hay poca gente que viva hasta los setenta y cinco años, sobre todo en la India.

La media son cuarenta años. ¿Cómo lo dividimos? ¿Diez años de educación? ¿Otros diez de matrimonio? ¿Otros diez preparándote para ir al bosque? Y a los treinta años te dan el billete para ir al bosque.

Y la idea de los cien años es realmente inverosímil. La media de vida nunca ha sido de cien años. Ni siquiera en los países más desarrollados técnica, médica y científicamente la media de vida es cien años. Y cuando estamos hablando de algo tan importante como la meditación, no deberíamos pasarlo por alto. Un hombre que se pierde la meditación se ha perdido una de las mejores experiencias de su vida.

El vipassana llega al final

En los últimos cinco años he pasado muchas semanas de aislamiento en Dharmagiri, practicando meditación vipassana como lo hace S. N. Goenka. Nunca he sentido tanto dolor, tanto sufrimiento y tantas dudas como ahora. Actualmente me encuentro agotado, cansado, anhelando profundamente conectar con mi corazón. Estoy dejando de tener interés en la meditación. Osho, este tipo de prácticas de meditación ¿son necesarias? ¿Pueden la conciencia y la celebración alcanzar solas el fondo de la mente y disolver las noches más oscuras?

Gautama Buda inventó la meditación vipassana, y los budistas se llevan torturando desde hace veinticinco siglos. ¿Quién te ha mandado a Dharmagiri a ver a S. N. Goenka para aprender una meditación que no está en su contexto? Para un hombre como Gautama Buda, la meditación estaba perfectamente bien. Pero recuerda que todo está relacionado, todo es interdependiente y no puede sacarse de contexto.

Heine, un poeta alemán, se perdió varios días en un bosque. Absolutamente exhausto, agotado, con hambre, no podía encontrar la salida ni a nadie que le indicara el camino. Por las noches descansaba subido a los árboles para que no le atacaran las fieras. Y llegó una noche de luna llena. Había escrito muchos poemas..., la luna era uno de sus objetos más adorados y le había dedicado canciones maravillosas. Pero esa noche, cansado, hambriento y asustado, miró la luna llena y no podía creerlo..., estaba viendo algo que no había visto nunca antes: a pesar de haber sido un adorador de la luna, ¡esa noche veía una rebanada de pan!

Lo que veas depende de ti. Hay gente que ve la cara de su amado, otros ven la cara de la chica de sus sueños, pero nadie había visto una rebanada de pan. Sin embargo, su experiencia era auténtica, pero siempre dentro de su contexto.

Te lo recuerdo porque la gente tiende a olvidar que la vida es un todo entrelazado, interdependiente y cósmico. No puedes separar una parte y pretender que siga

estando viva y teniendo sentido. Yo no te digo que hagas vipassana, a menos que también pueda ofrecerte la experiencia de Gautama Buda. Pero el pobre Goenka no lo entiende. Solo es un hombre de negocios. ¿Qué sabe él del contexto en el que surgió el vipassana?

Gautama Buda vivía con toda clase de lujos, rodeado de hermosas mujeres, bellos palacios. Toda la noche estaban festejando; durante el día descansaban y por la noche bailaban y bebían. Pero se cansó de esta experiencia. Ya había visto todas las chicas guapas; no había nada más que ver. Había visto que todos los hombres y mujeres son simplemente esqueletos recubiertos de piel. Imaginároslo un segundo: ¡Todos sois esqueletos recubiertos de piel! Este cuerpo y su belleza se acaban muy pronto.

Había visto todo lo que un hombre con su poder y su riqueza podía ver en su época, pero no encontraba la paz, la felicidad, el silencio. No se encontraba a sí mismo. Absolutamente frustrado, se fue del palacio un día, porque su vida se acabaría en unos días o en unos años. No hay que aferrarse a ella. La muerte está cada vez más cerca; antes de que te agarre, deberías descubrir algo que sea eterno, inmortal.

Todo lo que ves a tu alrededor está hecho de la misma sustancia que los sueños. ¿Crees que es la primera vez que estás en la tierra? Millones de personas han llegado y se han esfumado en el aire.

Los científicos han calculado que el espacio que ocupas ha sido ocupado al menos por otras diez personas antes que tú. ¡Estás sentado encima de diez cadáveres! Y no pienses mucho en ti o no podrás salir y serás el undécimo. Recuerda, no es para echarse a reír. Esos diez cadáveres se reirán de ti: «Mira, el pobre tenía muchas expectativas y ahora está tumbado sobre una pila de cadáveres».

La búsqueda de la verdad de Gautama Buda, la búsqueda de sí mismo, de la fuente de vida eterna, no puede ser la búsqueda de una persona hambrienta que está buscando una rebanada de pan. Pero la gente ha olvidado a Gautama Buda. Han sacado de contexto su meditación. Él podía meditar porque no tenía otra cosa en que pensar, otra cosa que desear, que ambicionar. El mundo se había acabado, en cierto modo, el día que se fue de su casa; y nunca miró atrás.

Esto me recuerda una maravillosa historia... Buda tenía miedo de irse a las montañas de su reino porque si el ejército de su padre lo descubría, no podría huir. Era el único hijo de un viejo rey que esperaba que le sucediera en el trono. Tenía un gran reino esperándole. De modo que salió de las fronteras de su reino y se fue al reino contiguo. El rey estaba furioso. Dijo al ejército que no dejaran de rastrear ni un solo centímetro: «Mirad por todas partes, por todo el país».

No encontraron a Gautama Buda, pero él no se había dado cuenta de que el reino en el que había entrado pertenecía a un amigo de su padre. El padre informó a este rey y a todos los reyes colindantes: «Tenéis que encontrar a mi hijo. A mi edad, esto es lo mejor que podéis hacer por mí; hemos sido amigos».

El rey vecino encontró a Gautama Buda y le dijo: «Si estás enfadado o si te has peleado con tu padre..., a veces sucede. No es raro ni inusual, los padres y los hijos siempre discuten. No te preocupes. Tengo una hija y no tengo hijos. Si te casas con ella, tendrás dos reinos. Tu padre es viejo y no vivirá mucho tiempo. Y mi reino es mucho más grande que el de tu padre. Es amigo mío, y por eso he venido con esta petición. No tienes nada que perder, sino todo lo contrario. Tendrás una bella mujer, un gran reino, y por supuesto tu propio reino. Serás más poderoso que tu padre o que yo, porque tu reino será mayor que los nuestros. No habrá dos reinos divididos».

Gautama Buda dijo: «No me entiendes. No me he peleado con mi padre, no estoy enfadado con él, y no he venido buscando una mujer. No me interesa ningún reino, por muy grande que sea. Pero me gustaría hacerte algunas preguntas; tú eres amigo de mi padre. Dime primero, dices que tu hija es muy guapa, pero ¿esa belleza es para siempre? ¿No va a envejecer?».

«Qué preguntas más raras —dijo el rey—. Todo el mundo envejece.»

«¿Y crees que no morirá nunca?», preguntó Gautama Buda.

El rey se rió y dijo: «Eres muy gracioso. Todo el mundo muere».

Gautama Buda dijo: «No quiero casarme con alguien que vaya a morir».

«No se va a morir mañana», dijo el rey.

«No tienes ninguna garantía —dijo Gautama Buda—. ¿Estás seguro de que mañana estarás vivo?»

«Nunca lo había pensado —dijo el rey—. Espero estar vivo, pero no tengo la seguridad. Me estás provocando ansiedad. Yo venía para llevarte al palacio pero tú estás intentando convencerme de que te siga a la montaña.»

Gautama Buda dijo: «Es mejor, todavía estás a tiempo, todavía hay luz; es posible que te queden algunos días de vida. Dedícalos a buscar algo que no puedan quitarte. Tu juventud desaparecerá, tu belleza desaparecerá, tu reino un día pertenecerá a otra persona. Pero cuando estés muerto, ¿te importará a quién pertenece el reino, si es de tu hijo o de otra persona?».

El rey dijo: «Eres un tipo peligroso. No quiero hablar contigo».

Informó al padre de Gautama Buda: «He conocido a tu hijo; está en las montañas de mi reino. Lo he intentado, pero es muy persuasivo. Y me ha provocado tanta

ansiedad que no he podido dormir desde entonces. Estoy pensando en la muerte constantemente: ¿Qué ocurrirá después de la muerte? ¿Qué he conseguido con este reino? Soy pobre por dentro. Nunca he mirado en mi interior; ni siquiera sé quién soy. Te lo ruego: no se lo impidas, déjale que vaya a buscar. Puede que encuentre lo que nosotros nos hemos perdido».

Gautama Buda podía estar sentado tranquilamente, sin desear, sin pensar, yendo hacia dentro, porque todo lo exterior había perdido interés para él. Se había dado cuenta de que todo era un simple fenómeno, como si vieras una película. Pero hay idiotas que se ponen a llorar y a suspirar, o a reírse cuando ven una película, porque se identifican y se olvidan de que en la pantalla no hay nada; tan solo es una proyección. Nuestra vida no es mucho más, pero para saberlo debes ir a través. Gautama Buda tuvo la gran oportunidad de experimentar la vida y darse cuenta de su futilidad. Esto le permitió sentarse en profundo silencio, sin perturbaciones.

El vipassana se descubrió entonces.

Mi propósito no es daros directamente una meditación como el vipassana. Este no es un lugar para ascetas; la gente disfruta con todo. Quiero que disfrutéis y os deis cuenta de la inutilidad de todo. Quiero ver cuántas veces os ilumináis y «desilumináis». Sé que un día te cansarás y dirás: «¡Se acabó!». Cuando dejes a tu último novio o novia podrás meditar, especialmente una meditación como el vipassana. De lo contrario, puedes estar con los ojos cerrados pero te acosarán las chicas guapas.

Esa es la experiencia de miles de meditadores a lo largo de la historia. Es curioso, pero cuando te sientas a meditar, de repente, como surgidas de la nada, empiezan a aparecer chicas guapas. Y cuando abres los ojos no hay nadie. Y no solo chicas. Si nunca has tenido dinero, tendrás pensamientos relacionados con el dinero; si no has tenido poder, tendrás pensamientos de poder; si no has conocido la fama, surgirá un profundo deseo de ser famoso..., y la mente seguirá tejiendo miles de pensamientos y deseos.

Esos supuestos profesores, como Goenka, te dirán que no debes permitir que la mente tenga esos pensamientos. Y cuanto más intentes que desaparezcan, más cerca estarán de ti. Te quitas de encima una chica y te encuentras con una cola de chicas, y al final de la cola está Sofía Loren. Naturalmente, piensas: «Ya haré vipassana más adelante».

Un hombre está diciendo a su amigo: «Anoche tuve la mejor experiencia de mi vida».

«¿Qué ocurrió?», dice el otro.

«Me fui a pescar y no puedes imaginarte el tamaño que tenían los peces que saqué. Era difícil arrastrarlos incluso hasta la orilla. Y me pasé toda la noche pescando», dice.

«Eso no es nada —dice el otro—. Dices que tuviste la mejor experiencia, pero, en cambio, la he tenido yo. Anoche soñé algo increíble. A mi derecha estaba Marilyn Monroe completamente desnuda, y a mi izquierda Sofía Loren igualmente desnuda.»

El amigo no puede contenerse y le dice: «¿Y por qué no me has llamado en un momento así? ¿Qué ibas a hacer tú con dos mujeres de esa talla? Con una tienes bastante; y la otra para tu amigo. ¿Dices que eres mi mejor amigo? ¡Esto sí que es amistad!».

«Espera, que no has oído el final de la historia —le dice el otro—. Fui a tu casa a avisarte, ¡pero tu mujer me dijo que te habías ido a pescar!»

Si la vida no ha sido una gran experiencia, si ha habido represión, si ha estado dominada por la religión, si ha sido un fenómeno condicionado, no podrás practicar vipassana. Desde hace veinticinco siglos ha habido millones de personas que han practicado vipassana. ¿Cuántos crees que serán Gautama Budas? Mi análisis es muy simple pero significativo: no deberías reprimir nada en tu vida. Vive la vida sin represiones, feliz. Pronto te darás cuenta de que todas esas alegrías y placeres están vacíos.

Hasta que tú mismo experimentes que los placeres no son placeres sino juguetes para que sigas siendo ignorante, para entretenerte... Cuando descubres esto por medio de tu propia experiencia —recuerda que esto es fundamental, tiene que tratarse de tu experiencia—, entonces el vipassana es la meditación más sencilla. No tienes que ir a que te lo enseñe ningún hombre de negocios.

Buda nunca habría ido a ver a S. N. Goenka. En aquella época también había este tipo de personas, dispuestos a instruirte a un determinado precio.

No conozco a Goenka, pero lo vi en una entrevista. Él dice que me conoció en Madrás. Yo solo he estado en Madrás una vez en mi vida, y sé perfectamente que no vi a Goenka. Está mintiendo. Y su Dharmagiri no está muy lejos de aquí. Si quiere conocerme puede venir cuando quiera; debe de haber unas cinco horas en coche. Pero no tiene valor, porque no tendré piedad con él. Cuando veo un zorro que pretende ser un lobo, hago lo que tengo que hacer: desenmascaro al zorro, y acabo con la hipocresía. Él no ha vivido una vida de amor, no ha vivido una vida de placeres, no ha vivido nada que cree un contexto en el que pueda practicarse el vipassana.

Es un refugiado de Burma. Y como Burma es un país budista, todo el mundo conoce el vipassana; del mismo modo que todos los católicos saben las mismas oraciones, todos los budistas conocen el vipassana. Viniendo de Burma, conoce la estructura del vipassana pero tan solo desde una perspectiva intelectual. Y aquí ha encontrado a mucha gente interesada en la meditación.

Y tampoco provoca una situación que pueda ponerte en peligro por relacionarte con él. Es un hombre de negocios que no provoca controversias. Nadie se va a ofender porque vayas a Dharmagiri. Pero si vienes aquí..., aquí no hay muchos indios. El motivo es evidente: si te relacionan conmigo en cualquier circunstancia, la sociedad exterior te condenará. La gente empezará a decir que a ti también te han hipnotizado, que te han corrompido.

Dharmagiri es seguro, porque Goenka no te pide que renuncies a la tradición, que renuncies a tu condicionamiento, que olvides todos los conocimientos que te han sido impuestos. Hasta que estés limpio, sin condicionamientos, y no seas ortodoxo —ni hindú, ni musulmán, ni cristiano—, no podrás entrar en el mundo de la meditación. Goenka no dice nada de eso. Entrás a hacer vipassana tal como eres. No te piden que te purifiques antes con fuego, ni que te liberes de la sociedad que es absolutamente corrupta.

Me sorprendió que en Estados Unidos casi todas las semanas llamara alguien desde San Francisco o Nueva York diciendo: «Somos de Bombay», o «Somos de Puna y queremos conocer a Osho». Pedí a mi secretaria que les dijera: «Osho ha estado siete años en Puna, ¿no habéis podido verle? Cuando vuelva a Puna, le veréis».

Es extraño, pero no ha aparecido ninguno. Llevo aquí dos años. Todas esas personas que llamaban —desde Bombay, desde Puna— no se han atrevido a entrar por la puerta. En Estados Unidos estaban felices porque nadie sabía que habían estado viendo a una persona peligrosa. Pero aquí en la India, la mujer se pondrá a llorar y los niños a gritar: «Papá, ¿adónde vas?». Los vecinos empezarán a decir: «No lo hagas. Piensa en tus padres». Sería un espectáculo. Y en el fondo tú mismo eres tan cobarde que crees todas esas mentiras que han ido diseminando. Nunca vienes a comprobar a quién hipnotizan. El problema es que la gente dice: «Cuando entras, te hipnotizan y empiezas a decir lo mismo que ellos». El mundo es muy raro.

Aquí hay un sannyasin alemán que es un periodista muy veterano. Vino de la revista *Stern* para describir lo que ocurre en este lugar. Pero es una persona íntegra y describió exactamente lo que ocurría. Se negaron a publicarlo y le dijeron: «Te han hipnotizado». Si mientes no te han hipnotizado, pero si dices la verdad te han hipnotizado. No querían publicar el artículo. Él insistió y al final lo publicaron, pero hubo que modificarlo mucho. Se disgustó tanto que renunció a su trabajo y regresó a la India. Y desde entonces ha estado conmigo. Ha estado en Estados Unidos y ahora está aquí.

Hay muchos escritores que han tenido esta experiencia: si escriben un relato

positivo basado en los hechos, ni a favor ni en contra, nadie está dispuesto a publicarlo. Les dicen: «Esos libros no se venden porque no causan sensación. Tienen que causar sensación». ¿Y cómo se hace? Mintiendo, inventando cosas que no existen, para que los editores y las revistas estén dispuestos a publicarlos. Esos libros, esos editores, esas revistas difunden rumores sin fundamento por todo el mundo, y la gente se asusta. Es arriesgado incluso mencionar mi nombre.

Un sannyasin que es Premio Nobel dijo al presidente del comité del Premio Nobel, el rey de Noruega: «Hay un hombre que ha escrito quinientos libros y ni siquiera lo tienes en cuenta».

El rey le advirtió: «Recuerda que no debes mencionar su nombre. Esta vez lo has hecho porque no lo sabías, pero la próxima vez puede perjudicarte en tu trabajo (detenta un cargo muy alto), puede perjudicar tu reputación. Olvídate de ese hombre».

Este sannyasin me dijo: «Me extrañó que no quisiese oír hablar de ti. No me preguntó nada, ni siquiera por cortesía». Al contrario, desde ese día el rey se mantuvo a cierta distancia de él. Cada vez que había una reunión del comité del Premio Nobel, no le permitía acercarse; dejó claro que se había levantado una muralla china entre él y el ganador del Premio Nobel. Y su único delito había sido mencionar mi nombre.

Indira Gandhi era una mujer muy poderosa, y se propuso venir a verme al menos seis veces, pero todas ellas, justo el día antes, sonaba el teléfono: «Ha surgido un imprevisto y debemos posponer la reunión».

De hecho, ¡ahora se ha pospuesto para siempre! Mi secretaria preguntó a Indira Gandhi: «¿Por qué lo haces? Si no quieres venir, no vengas, no te lo estamos pidiendo. Pero siempre dices que quieres venir». Nos habíamos visto una vez en Delhi, y dijo: «Los ojos de ese hombre me han estado rondando desde aquel día, y quiero volver a verlo. Y todo lo que ha dicho ha cambiado la historia por completo. Quiero que me asesore sobre otras cuestiones».

Mi secretaria le preguntó: «¿Por qué cancelas las entrevistas? Es sorprendente que siempre surja algo el mismo día a la misma hora».

«Para ser sincera —dijo—, no ha habido ningún imprevisto, pero mis colegas, mi gabinete, me lo impiden. “No vayas”, dicen, “puedes perder tu cargo de primer ministro. Esto creará muchos resentimientos..., evítalo”». ¡Reunirse con un hombre que no tiene poder y al que no le interesa la política! Pero lo comprendo, los políticos tenían razón. Si Indira Gandhi hubiese venido aquí, los musulmanes habrían dicho:

«No vamos a votarte»; y los hindúes habrían dicho: «Este hombre ha hablado contra los vedas, no vamos a votarte. Ha hablado contra nuestro *Shankaracharya*».

Una mujer con tanto poder como Indira Gandhi es tan cobarde que no puede venir cuando quiere por miedo a que los votantes empiecen a objetar: «Has ido para que te aconsejara. Y el consejo de ese hombre es peligroso. En primer lugar, va a hipnotizarte». Incluso, siendo como era, una mujer inteligente y educada, preguntó a mi secretaria: «¿Es verdad que todo aquel que va a ver a Osho es hipnotizado?».

Las personas como Goenka no son controvertidas, son profesores de parvulario. No comprenden la complejidad de la meditación.

El vipassana viene al final; no puedes empezar por la complejidad del vipassana. Para empezar por el vipassana tendrás que ir a través de lo que llamas la noche oscura del alma. Y el amanecer no llegará nunca. La noche será cada vez más larga. Es comprensible: no estás preparado, no has estudiado y empiezas a hacer un trabajo para el que necesitas tener muchísima experiencia.

Todos se enfrentan a mí porque quiero que viváis primero lo más intensamente posible.

Yo solía ir a Allahabad. Uno de mis sannyasins, Jayantibhai, me recogía en el aeropuerto o en la estación, y de repente, en el puente, aceleraba al máximo. Y yo le preguntaba: «¿Qué ocurre?».

«Es por ese cartel», respondía.

Porque yo siempre le decía: «Ese cartel es muy religioso. De vez en cuando deberías acercarte a mirarlo».

Era un anuncio muy bonito que decía: «Vive al máximo, bébete un Punto de Oro».

«Me da igual el Punto de Oro, pero ¡vive al máximo!» le decía.

La gente vive la vida a medias. Vive lo mínimo imprescindible porque eso la protege de todos los peligros. Si no quieres caerte, puedes gatear, ¡así no te caerás! Y eso es lo que haces con tu vida. Yo te digo que vivas al máximo mientras dure. Porque no va a durar para siempre. No dudes, mientras sigues dudando se te pasa el tiempo.

Una rosa no duda en abrirse por la mañana con el sol, sabiendo perfectamente que por la noche los pétalos se caerán y no quedará ni rastro de ella. No importa si la rosa ha existido o no, pero mientras el sol siga saliendo y la brisa de la mañana dé la bienvenida a su baile, la rosa seguirá bailando.

Todas las religiones han echado por tierra tu danza. Te han dejado paralítico; han

destruido tu sensibilidad. Han matado tu inteligencia para después decirte: «Haz vipassana».

Una persona que haya vivido con intensidad estará abocada a hacer vipassana, pero al atardecer. Ha visto el día. Ha sido precioso, pero efímero, y se ha acabado. Ahora comienza la búsqueda de lo que llega y nunca se va.

Uno de las grandes escrituras hindúes son los sutras Badarayana. El primer sutra es: *Athato brahma jigyasa* que significa «ahora la indagación de lo supremo». Ese «ahora» ha sido un problema desde hace más de dos mil años, ¿cómo interpretarlo? Porque los libros nunca empiezan por un «ahora». Parece que le ha precedido algo.

Y hay muchos comentarios del *athato* del Badarayana, pero nadie lo ha entendido. Lo que estaba diciendo es: «Si has vivido intensamente, habrás amado intensamente. Habrás hecho todo lo que querías sin reprimirte, sin avergonzarte. Ahora es el momento de indagar en lo supremo. Pero solo ahora. Si no has vivido al máximo, todo lo que has dejado de vivir seguirá dándote vueltas en la mente. Todo lo que ha sido reprimido te llamará la atención. Tu corazón y tu mente se sentirán atraídos por lo que no han vivido, por lo que han reprimido, negado, condenado, y no podrás quedarte sentado en silencio».

De lo contrario el vipassana no es un esfuerzo, sino una experiencia muy simple. Después de un intenso día, ves la futilidad de todo..., tienes que llegar a ese punto. No puedes verlo con los ojos de otra persona, tienes que verlo con tus propios ojos. Entonces te sientas en silencio, te asientas tranquilamente en tu interior, en tu propia interioridad.

La palabra «vipassana» significa percepción, claridad, ver la verdad directamente. Pero si en tu inconsciente hay algo que siempre has deseado —puede ser cualquier pequeñez—, eso no permitirá que tu percepción sea pura. Y te dirá una y otra vez: «Sigo insatisfecho». Primero tendrás que vivir la experiencia que te has negado.

Sin embargo, todas las religiones te han estado enseñando a negar una cosa u otra. Han vuelto loca a toda la humanidad; los seres humanos son bellos si los dejas tranquilos. Si viven naturalmente, un día serán maduros, un día estarán listos. Un día se licenciarán en este llamado mundo de deseos, ambiciones, envidias. Después de licenciarte, el vipassana no es hacer. Es un nohacer. Te sientas simplemente en silencio y empieza a colmarte como si todo el cielo se regocijara con tu silencio.

Manjushri, un discípulo de Gautama Buda que se iluminó, lo describe correctamente en una de las historias. Está sentado bajo su árbol en silencio, y

empiezan a lloverle flores. No son flores visibles, pero tienen un aroma, y el tremendo poder de transformar todo tu ser.

En cierto modo está bien que hayas estado aislado en Dharmagiri practicando vipassana con S. N. Goenka. Ha sido una buena experiencia. Dices: «Nunca he sentido tanto dolor». ¡Te lo mereces! ¿Por qué fuiste allí?

«Nunca he sentido tanto sufrimiento y tantas dudas como ahora. Actualmente me encuentro agotado, cansado», dices. Muy bien. ¡Por lo menos estás vivo! Ahora descansa unos días en mi comuna; unos días recuperándote aquí y desaparecerán todo tu dolor y tu sufrimiento, tus dudas y tu cansancio. Si me has entendido correctamente ya deben de haber desaparecido. Te pondrás a bailar y a cantar, exultante.

Aquí hay muchas meditaciones, y el vipassana lo he dejado para el final. Primero debes tener toda clase de experiencias, purificarte y así estar preparado para empezar el vipassana. La gente quiere saltar directamente al paraíso, pero no se dan cuenta de que si saltan desde donde están, se romperán varios huesos. Primero hay que llegar a la escalera e ir paso a paso, conscientemente, con cautela. Es una peregrinación.

Pero esta experiencia ha sido realmente buena. La necesitabas. Ahora te resultará más fácil entender por qué he estructurado así mis meditaciones. Dices: «Estoy dejando de tener interés en la meditación».

Tu interés en Dharmagiri desaparecerá, pero no el interés en las meditaciones. Aunque es demasiado reciente; la herida está abierta. Espera; dentro de unos días estarás aquí haciendo vipassana. Pero aquí es una experiencia estimulante, no una experiencia árida.

Yo tengo algunas críticas hacia el vipassana que se practica en las tierras budistas. Lo han convertido en algo muy árido, casi desértico; no hay florecimiento, no hay verdor; todo es muy metódico. Quiero que aprendas a meditar como si fuese un juego, de forma lúdica. Tu meditación y tu amor deberían ser sinónimos. Y eso es lo que estás pidiendo. Estás diciendo: «Tengo un profundo anhelo de conectar con mi corazón».

Ese tipo, S. N. Goenka, te ha desconectado del corazón, porque en la tradición budista el corazón no tiene un lugar. Es un enfoque de la realidad muy árido.

Buda ni siquiera menciona la palabra «amor». Le producía tanto miedo que durante veinte años seguidos no permitió que ninguna mujer se iniciase en su comuna, porque las mujeres son imposibles. Hagas lo que hagas, lo reavivan todo; en el desierto empieza a brotar algo, salen algunas flores. Es imposible que una mujer no esté en el

corazón. Pero para el hombre es muy fácil no estarlo. La mujer es el corazón y el hombre es la cabeza. Pero si rechazas a las mujeres solo tendrás cabezas secas, ¡cocos!

Mi enfoque es no hacer distinciones entre mujeres y hombres. Todo aquel que sea un buscador es bienvenido. Por eso esta comuna es completamente distinta; nunca ha habido una comuna como esta. Aquí puedes cantar y bailar, puedes enamorarte y desenamorarte, no te preocupes.

La vida se acepta en su totalidad. Y de esta aceptación total surge la vigilancia que te permitirá meditar. Y esa meditación será mucho más enriquecedora que el vipassana de Gautama Buda. Esa meditación puede generar canciones dentro de ti, puede generar bailes, puede dar un nuevo ímpetu a tu creatividad en todas las dimensiones de tu vida.

Tu silencio no debería ser como el del cementerio, sino como el silencio de un jardín. De vez en cuando canta algún pájaro, pero no está interrumpiendo el silencio sino haciéndolo más profundo. De vez en cuando correrá una brisa con su sonido entre los pinos, pero no estará interrumpiendo el silencio sino haciéndolo más profundo.

Yo no quiero enseñarte el desierto. Quiero enseñarte el jardín, el jardín del corazón. Aquí es donde difiero de Gautama Buda, con todos los respetos. Yo lo adoro, pero eso no significa que tenga que estar de acuerdo con él en todo. Su meditación no tiene corazón, y una meditación sin corazón no tiene mucho valor. Quiero una meditación que sea capaz de reírse, que sea capaz de bailar.

Has sufrido mucho. Esto es lo que la gente de Oriente denomina la ley del karma. Debes de haber cometido algún pecado grave en tu vida pasada, de lo contrario ¿por qué tenías que ir a Dharmagiri? ¡Con todos los sitios que hay! Pero, en cierto sentido, está bien. Ese acto ignominioso y su castigo ya se han cumplido. Ahora puedes empezar de cero.

Yo te enseñé una meditación completamente distinta a todo lo que se ha enseñado hasta ahora como meditación.

Ahora, para aliviar tu dolor, tu sufrimiento y tu cansancio, y para ayudarte a olvidar que has estado en Dharmagiri, que solo ha sido un sueño, que Dharmagiri no existe, voy a contarte algo. Ese tal S. N. Goenka tampoco existe, solo ha sido una pesadilla.

Un hombre aparca su coche en una calle de Nueva York. Pero cuando vuelve, se da cuenta de que alguien se ha chocado con la parte trasera del coche.

Encuentra una nota en el limpiaparabrisas que dice: «Estimado Señor, me he chocado con su coche. La gente que lo ha visto me está observando ahora mismo y creen que estoy apuntando aquí mi nombre y mi dirección para que pueda contactar conmigo para reparar los daños. ¡Son una pandilla de idiotas!».

Un vendedor bien vestido detiene por la calle a un hombre y le dice: «Señor, ¿quiere comprar un cepillo de dientes por diez euros?».

«¿Diez euros? —dice el hombre—. ¡Eso es un robo!»

El vendedor parece ofendido. «Bueno —dice—. ¿Y una porción de tarta casera de chocolate por diez céntimos?»

Al tipo le parece justo; da diez céntimos al hombre, desenvuelve la tarta y se come un trozo. De repente, da un grito y escupe lo que tenía en la boca. «¡Dios mío! —grita—. Esta tarta sabe a mierda.»

«Es mierda —dice el vendedor—. ¿Quiere un cepillo de dientes?»

Cansado de ser un yuppie, un hombre decide marcharse al campo y comprarse una granja. Visita una feria de ganado para comprar un gallo.

«Ahí están», le dice el vendedor.

«Muy bien —dice el hombre—. Deme uno. ¿Y tiene gallinas?»

«Ahí están —dice el vendedor—. Nosotros las llamamos pollas.»

«Muy bien, deme una polla —dice el hombre—. ¿Y qué más tiene?»

El vendedor le dice que tiene un burro, y el granjero también lo compra. Cuando se está yendo, el vendedor le advierte que el burro a veces se queda parado y que no se mueve hasta que le rascan entre las orejas.

De camino hacia casa, el burro se queda parado y no se quiere mover, pero el hombre se había olvidado de lo que debía hacerle.

Una abuelita pasa por ahí y le pregunta si necesita ayuda. Entonces se acuerda de que había que rascar al burro entre las orejas.

«Ah, sí, écheme una mano —dice el hombre—. ¿Me puede sujetar la polla mientras rasco al burro?»

QUINTA PARTE

La verdad más allá de la mente, más allá del lenguaje

La verdad es tu ser aunque tú no lo sepas,
pero nadie puede decir nada acerca de este ser.
Es formidable y las palabras son demasiado pequeñas;
es extenso pero las palabras son muy pequeñas.
El hecho de que tus manos no puedan alcanzar las estrellas
no significa que no existan.
Significa que tus manos son muy pequeñas
y que las estrellas están muy lejos.
Nuestro idioma es muy limitado.
Su enfoque es muy limitado,
pero nuestro ser es ilimitado, no tiene confines;
no se puede decir nada acerca de él.
Sí, incluso esto mismo,
el decir que no se puede decir nada,
es hacer una concesión, es tener compasión...

La vida misma es la respuesta

Hace unos meses tuve lo que parecía ser una percepción: lo único que has estado enseñando todo este tiempo es a atestiguar. En su día todo esto me emocionaba mucho, pero ahora se ha ido desvaneciendo y, después de doce años de sannyas, me ha dejado con la pregunta: ¿Qué estoy haciendo aquí con mi tiempo? Y tengo la sensación de que hay una dimensión que todavía no he experimentado, y que de algún modo sigo sin comprenderte. ¿Podrías decirme algo acerca de esto y, quizá, rezar por mí?

Esperar es sentirte defraudado. Jesús dice: «Busca y encontrarás». Yo no estoy de acuerdo en absoluto, para nada. Yo te digo: «Busca y nunca encontrarás», porque la mente buscadora no está en silencio, la mente buscadora no está tranquila. Siempre está mirando hacia el futuro, nunca está aquí y ahora. La mente buscadora te aleja de la realidad.

Jesús también dice: «Pide y te será concedido». Pero yo te digo: «Pide y te equivocarás», porque una mente que pide es la mente de un mendigo. Esta bella existencia es digna de los emperadores, no de los mendigos. Y para ser un emperador no necesitas tener un imperio. Fíjate en mí: no tengo imperio, y eso no me impide ser un emperador. De hecho, las personas que tienen imperios no son emperadores sino que están aprisionadas en su propio imperio, preocupadas, constantemente atemorizadas por si los invaden, con mil y una preocupaciones. ¿Qué clase de imperio es ese?

Jesús también dice: «Llama y se te abrirán las puertas». No quiero disentir con ese pobre carpintero. Él habría sido un buen sannyasin. Aunque era un poco excéntrico, pero eso no es malo, aporta color a tu vida.

La declaración «Busca y se te abrirán las puertas» vuelve a ser lo mismo, entre tú y el futuro. Buscas, y luego se abren las puertas.

Yo te digo: «No busques, no preguntes. ¡No llames ni molestes a los vecinos! La puerta está abierta, pasa».

He hablado de una de las mujeres más bellas, Al-Adabiya, una mística sufi que tenía una extraordinaria cualidad: aunque pasara al lado de una mezquita... nunca entraba en ella. Si la existencia entera no es un templo, entonces las casas construidas por el hombre serán demasiado pequeñas; este no puede ser un huésped de una de esas casas pequeñas. Se quedarán vacías, esperando.

Ella había oído hablar muchas veces de otro buscador... que finalmente se convirtió en maestro gracias a Al-Adabiya. Todo tiene un límite... él rezaba constantemente sentado en la puerta de la mezquita: «Dios, ábreme la puerta, déjame entrar». Ella lo soportó unos días, pero llegó un punto en que no podía tolerarlo y le dio un buen golpe en la cabeza, diciendo: «¡Abre los ojos, idiota! Las puertas están abiertas, no hace falta que reces para que se abran».

Una multitud se reunió en torno a ellos. Hassan era muy respetado como hombre religioso y espiritual, y a Al-Adabiya era considerada una loca, porque siempre estaba haciendo locuras. Y ahora acababa de hacer la última locura. Pero algo le ocurrió a Hassan. Miró a Al-Adabiya a los ojos y, postrándose a sus pies, le dijo: «Lo siento. Perdóname, por favor. Las puertas están abiertas».

¿Es posible que la existencia cierre la puerta a sus propios hijos? Tienes unas expectativas y por eso creas una tensión dentro de tu ser: algún día, en algún lugar, en alguna vida, me iluminaré. Pero si yo te digo: «Estoy preparado para hacer que te ilumines ahora», me dirás: «Dame un poco más de tiempo para pensar. Tengo que preguntárselo a mi mujer. No me imagino iluminado. Soy un hombre corriente, y vivo en el mundo corriente».

Pero la gente que se ilumina también vive en este mundo. Este mundo no es solo un mundo corriente. No encontrarás otro mundo más extraordinario que este. En este vasto universo, este pequeño planeta es diminuto. El sol mismo es miles de veces más grande que la tierra, y el sol solo es una estrella mediana, hay estrellas millones de veces más grandes. Y la expansión del universo es infinita.

La tierra está bendecida: bendecida por la vida, bendecida por el amor, bendecida por la posibilidad de tu despertar, de tu percepción, de tu conciencia, de tu iluminación. Y nadie te lo está impidiendo. Pero en tu ebriedad, en tu inconsciencia, surgen muchos inconvenientes.

Un borracho llega a casa. Su mujer está harta porque todas las noches llega tarde, completamente borracho, e incomoda a todo el mundo. Finalmente, la mujer le da una llave y le dice: «No tienes que molestar a

nadie. Sabemos que no podemos cambiarte. Cuanto más lo intentamos, más bebes. Así que quédate con esta llave y cuando llegues, abre la puerta con cuidado y métete en la cama. No molestes a nadie y no armes esa bronca que llevamos aguantando años».

El borracho está muy contento. Ese día bebió todo lo que pudo..., ahora podía hacerlo sin problema. Luego fue tambaleándose hasta su casa. En el camino le ocurrieron dos cosas. La primera fue una farola..., se golpeó con una farola. Miró a su alrededor y no podía creerlo. Siempre había sabido que solo había una farola, pero ¡ahora estaba rodeado de doce farolas! Lo intentó por todos los lados, pero siempre se daba golpes con las farolas.

Un policía que lo observaba desde la carretera sintió compasión por el pobre hombre que se había hecho daño en la cara, y fue a rescatarle. El borracho le preguntó: «Cuando salí de casa esta noche solo había una farola. ¿Quién es el idiota que ha puesto doce farolas? Y no me dejan salir. Vaya por donde vaya, las farolas me impiden pasar».

El policía le dijo: «No te preocupes. Vuelve a fijarte por la mañana, cuando te despiertes. Ahora vete a casa a dormir».

Lo acompañó hasta su casa pero surgió otro problema. No lograba meter la llave en el agujero del cerrojo. Le temblaban las manos y temblaba el candado. Lo intentó de todas las formas posibles, pero era como si el candado y la llave estuviesen conspirando contra él.

El policía se rió y dijo: «¿Puedo ayudarte?».

El borracho dijo: «Sí, te lo agradecería enormemente. Sujeta la casa porque parece que hay un terremoto».

Mientras sucedía todo esto, la mujer, desde el primer piso, abrió la ventana y preguntó: «¿Qué ocurre? ¿No funciona la llave? ¿Te tiro otra llave?».

«No —dijo el hombre—, la llave funciona perfectamente, pero ¡tírame otro candado!»

El ser humano vive en un estado de inconsciencia, y todo lo que haga estará mal.

Esta pregunta vale para todo el mundo. Dices: «Hace unos meses tuve lo que parecía ser una percepción». Dentro de unos meses volverás a sentir que estás teniendo una percepción. Esas percepciones solo son proyecciones mentales. Debido a las limitaciones del lenguaje, nos cuesta expresar que, de repente, un día te das cuenta de que se produce una percepción en cada instante.

¿Acaso este momento no es un momento de percepción? ¿Estos pájaros y el cielo y este silencio no son una percepción? ¿Toda esta intensidad de miles de personas esperando lo desconocido no es una percepción? No conviertas la percepción en una ocasión especial, sino en tu vida corriente. Todo lo que tienes que experimentar es una percepción.

Pero el interés personal te ha cegado. Has estado usando la percepción como si fuese una zanahoria que tienes que perseguir. De vez en cuando ves la zanahoria de refilón y dices: «¡Dios mío, es esto!». Pero en cuanto dices: «¡Es esto!», se acabó la percepción. Percepción es sinónimo de vida, no es una actividad suplementaria.

No comprendo cómo no puedes entender algo tan sencillo. Despertarte por la

mañana, renovado, descansado después de dormir, es una percepción. Cortar leña, transportar agua son percepciones. Mirar las estrellas, mirar a los ojos de la gente, tomarte de las manos y sentir el calor son percepciones. Incluso estar cansado es un espacio maravilloso, pero lo has afeado poniéndole un nombre feo. Tu cansancio solo quiere decir que has vivido tu día y que ha llegado la hora de descansar. La relajación es una percepción hermosa, un sueño tranquilo...

Mi propuesta es bajar a tus dioses, tus metas y tus percepciones a este momento, y convertir todo lo que hagas en un acto de amor y creación. Mientras tu vida no sea un hermoso fluir experimentando los millones de misterios que te rodean, los sacerdotes seguirán engañándote, poniéndote zanahorias falsas para que piques. Ni siquiera las zanahorias son auténticas; están tan lejos que nunca las alcanzarás, así que no sabrás si son auténticas o no.

Pero esas zanahorias te mantienen preocupado, tenso, a la expectativa, ansioso. Es un milagro que de vez en cuando creas que has tenido una percepción. Puede que estés cansado de esperar y te lo imagines. Pero ¿cuánto durará tu fantasía? Pronto se desvanecerá y sentirás un profundo desengaño, una sensación de decepción absoluta.

«Hace unos meses tuve lo que parecía ser una percepción: lo único que has estado enseñando todo este tiempo es a atestiguar. En su día todo esto me emocionaba mucho, pero ahora se ha ido desvaneciendo y, después de doce años de sannyas, me ha dejado con la pregunta: ¿Qué estoy haciendo aquí con mi tiempo?»

¿Acaso crees que yo sé qué estoy haciendo aquí con mi tiempo? Yo disfruto hablando y tú disfrutas escuchando. ¿Qué más quieres? Para estar satisfecho, ¿quieres ser Alejandro Magno? Pero incluso Alejandro Magno murió profundamente decepcionado. Había conquistado todo el mundo conocido y luego se dio cuenta de que no se conocía. Y dijo a sus vasallos: «Cuando llevéis mi ataúd al cementerio, dejad que mis manos cuelguen por fuera».

«Eso no se puede hacer», le respondieron. Pero él dijo: «Yo lo ordeno y es mi última voluntad. No me importa que no se haga así, quiero que se haga conmigo».

«Pero ¿qué extravagancia es esta?», le preguntaron. «No es una extravagancia —respondió—. Quiero que la gente lo vea..., porque a la última procesión de mi vida asistirán miles de personas. Quiero que vean que me muero con las manos vacías. Ni siquiera conquistando todo el mundo me he podido llenar las manos, y mucho menos mi ser interno. Me muero como un mendigo.»

Hasta que no entiendas una cuestión muy sencilla... lo que estás haciendo aquí no es de tu incumbencia. Siempre tendrás que hacer algo en algún sitio. Siempre existirá

la pregunta ¿qué haces aquí? Los árboles no preguntan, se balancean sin más con la brisa. Las flores no preguntan qué hacen aquí. Los pájaros están más equilibrados que el hombre.

Un hombre regresó a casa antes de lo habitual. Su encontró a su mujer desnuda en la cama, y junto a la cama vio unos zapatos que reconoció inmediatamente porque eran los de su mejor amigo. Enfadado y afligido, miró a su alrededor, buscó en todas las esquinas y escondrijos, y finalmente lo encontró escondido en el armario y le preguntó: «¿Qué haces ahí?». Debía de ser un hombre muy cabal porque dijo: «Todo el mundo tiene que estar en algún sitio». La pregunta no tiene mucho sentido. ¡Aquí estoy! ¿Qué puedes hacer con una persona así?

Los filósofos, los teólogos, los pensadores han inventado cientos de preguntas para torturarte. Yo no quiero que te tortures innecesariamente. Estar aquí es bello, no necesitas más motivos. Observa por un instante, recuerda lo que he dicho sobre el hecho de atestiguar que te ha producido tanta emoción. La emoción es un error, la emoción no es entender. Si hubieses escuchado tranquilamente y en silencio mi palabra «atestiguar», y permitido que calara en tu corazón, no habría ninguna emoción.

Los pájaros cantan, sale el sol, los árboles se regocijan con los rayos del sol, y nosotros estamos aquí en una de las reuniones más singulares que puede haber: en silencio, sin buscar a Dios, sin rogar, sin desear, sin tener ambición, simplemente disfrutando y siendo lo que eres. ¿Quién va a responder a tu pregunta? La pregunta ¿qué haces aquí? te seguirá torturando toda la vida, estés donde estés. Si te encuentras a Dios por casualidad, tendrás que preguntarle: «¿Qué hago yo aquí? Y ¿qué haces tú aquí?».

No es una cuestión de hacer, es una cuestión de ser, de estar relajado y feliz sin motivo alguno.

Somos el universo. Este tipo de preguntas generan otras preguntas. Las preguntas son como los indios: no tienen control de la natalidad. Son muy religiosas. Lo único que hacen es generar más y más preguntas.

«¿Qué estoy haciendo aquí con mi tiempo?», pero ¿quién te ha dicho que sea tuyo? Y «tengo la sensación de que hay una dimensión que todavía no he experimentado». Son formas de torturarte. «... o que de algún modo sigo sin comprenderte».

Es curioso, yo no te comprendo, tú no me comprendes; esto es hilarante. ¿Y qué vas a conseguir comprendiéndome? Pero la pregunta ¿qué hacemos aquí juntos? seguirá estando ahí. Sé sencillo y olvídate de todas esas preguntas que te torturan. Yo

respondo tus preguntas para destruirlas, no para darles respuesta, porque cualquier respuesta genera otra pregunta.

Todo es como debería ser. Nadie se está perdiendo nada. Pero si quieres torturarte puedes inventarte este tipo de preguntas..., que hay algo que te estás perdiendo. ¿Qué es lo que te hace pensar eso? Todo el mundo le da vueltas a esa pregunta: hay algo que nos estamos perdiendo. Ríete, corre, salta. Si no puedes bailar, haz cualquier tontería, ¡y diviértete!

La vida misma es la respuesta. Nadie se está perdiendo nada.

Tu corazón late perfectamente, y si no es así, hazte un electrocardiograma. Estoy desconcertado. Y no es mi desconcierto, sino el vuestro. ¿Por qué la gente siempre está corriendo de un lado a otro buscando algo? No hay nada que encontrar. Lo que encuentres ya estará dentro de ti, es tu energía vital. Deja que cante, deja que baile, deja que experimente la paz, deja que disfrute de la dicha. Y empezarás a florecer, habrá llegado tu primavera.

Pero la gente sigue pensando que se pierde algo. ¿Por qué? Porque no han aprendido el arte de la vida. Al contrario, todo lo que les han dicho va contra la vida. Eso es lo que ha ocasionado este problema. Seguramente echarás de menos a Dios, pero te digo una cosa: Dios no te echa de menos a ti. Y, al fin y al cabo, ¿quién es ese dios que llamas «Dios»? ¿Por qué le echas de menos? ¿Qué ventaja sacarás cuando no le echas de menos? Será una compañía muy aburrida.

Piensa por un instante que estás con Dios las veinticuatro horas del día. Será la experiencia más aburrida y angustiosa que puedas tener. No tienes nada que decirle, ni él a ti.

He estado viajando por la India constantemente durante veinte años. Y disfruto con muchas cosas... Un día, me subí a un tren en Bombay; había ido mucha gente a despedirme. Al entrar en mi compartimiento con aire acondicionado, vi que había otra persona que estaba observando por la ventanilla a toda la gente que estaba fuera. Sin duda debió de pensar que yo era alguien importante porque muchos ricos se postraban a mis pies. Y cuando entré en el compartimiento se tiró al suelo y se postró a mis pies.

«¿Qué estás haciendo? —le dije—. Yo soy musulmán.» Él era un brahmin de la casta alta.

«¡Dios mío! No puedo creerlo —me dijo—, debes de estar bromeando.»

«Yo nunca bromeo», le respondí.

Entonces empezó a ponerse muy nervioso. Yo me quedé sentado. Al cabo de dos minutos volvió a decirme: «No; lo dices en broma».

«No bromeo —le dije—, soy musulmán.»

«Dios mío, con el frío que hace esta noche, y tendré que darme una ducha», dijo.

«Ve a darte una ducha», le dije.

Fue a darse una ducha fría y volvió tiritando; entonces empecé a reír. Él me preguntó: «¿De qué te ríes?».

«Lo estaba diciendo en broma», y entonces volvió a postrarse a mis pies.

«Lo sabía desde el principio», dijo.

«No estaba bromeando antes —dije—, estoy bromeando ahora. Soy musulmán.»

«¡No me vuelvas loco! —dijo—. Ahora tendré que volver a ducharme.»

«Haz lo que quieras. Yo no digo nada —le dije—. Tú lo haces porque quieres.»

«Es verdad», respondió. Se dio otra ducha y volvió. Yo cerré los ojos y no dije nada, pero no podía estarse quieto. Y volvió a preguntar: «Dime la verdad, ¿lo estabas diciendo en broma?».

«Si te digo la verdad —le dije—, vas a tener que darte otra ducha. Así que será mejor que siga con los ojos cerrados.»

Pero él no podía... porque en la India, para un brahmin de casta alta, es un grave pecado tocar los pies a un musulmán. Dijo: «Si eres musulmán, ¿por qué han venido a despedirte todas esas personas que no eran musulmanas?».

«Soy un místico musulmán —le respondí—. Digo a la gente qué caballos ganarán en las carreras.»

Volvió a postrarse mis pies. «Da igual que se trate de islamismo o de brahmanismo, pero dame un número. Tengo problemas financieros», me dijo.

«No entiendes nada —le dije—. Vas a tener que darte otra ducha. No me resulta fácil dar el número del caballo que ganará la carrera, y no se lo doy a alguien que no confíe en mí.»

«No; yo voy a confiar en ti —dijo—. Si me lo dices, no volveré a ducharme.»

«¿Prometido?», le pregunté.

«Prometido», dijo.

Le di un número, uno cualquiera, y me preguntó: «¿Qué garantías tengo?».

«Cuando termine la carrera sabrás la garantía que tienes —le dije—. Ahora mismo solo es un número ficticio. Ese es mi trabajo..., engañar a la gente.»

«¿Cómo? —dijo—. ¿De modo que ese caballo no va a ganar?»

«No he tenido trato con los caballos en toda mi vida —le dije—. No entiendo su lenguaje, ni ellos entienden el mío. Pero cuando la gente se empeña en que se aprovechen de ellos, yo les doy números. Y antes de la carrera me voy a otro sitio.»

«¿Así que es todo mentira? —dijo tirando el número por la ventana—. Voy a tener que darme otra ducha.»

«Me lo has prometido, y para un brahmin de casta alta romper una promesa es un pecado», le dije.

«¡Vas a matarme! —me dijo—. Y todavía tenemos que seguir viajando juntos veinticuatro horas.»

La gente se ha dejado engañar por los sacerdotes, los políticos y los pedagogos desde hace siglos. Les han dado números ficticios; esas carreras de caballos no existían.

No te pierdes nada. Cuando te das cuenta de que «no me estoy perdiendo nada», tus problemas desaparecen. Depende de ti. Solo tienes dos alternativas: hacerlo ahora mismo y ser dichoso, o posponerlo y seguir sufriendo. Yo prefiero que lo hagas ahora.

Y lo que te estaba diciendo sobre atestiguar es simplemente el arte de ver. Puedes respirar, puedes ver, te late el corazón, te rodea un bello universo. ¿Qué más quieres? ¿Y estás seguro de que aunque se añada algo, después no vas a querer más?

La percepción es instantánea. No va de un punto A a un punto B. No tiene que ir a ningún sitio, a la Meca, a Moscú, a Kashi o a Lhasa. Estés donde estés, disfruta del momento. No puedo imaginarme una situación mejor que esta.

Los árboles deben de estar riéndose de ti. ¿Crees que los cuervos lo hacen por un motivo especial? Solo se están aclarando la garganta, son gárgaras matutinas. ¿Crees que alguien dice a las flores que emitan su aroma? No; es innato. Solo el hombre ha olvidado el lenguaje innato. Y lenguaje innato es el lenguaje de la religión. En cualquier momento puedes decidir que ya has tenido bastante e iluminarte.

No se trata de iluminarte después de haber realizado determinados sacrificios. Solo se trata de tomar una decisión: «De ahora en adelante voy a disfrutar total y absolutamente de todo lo que tenga al alcance». Y la consecuencia directa es atestiguar.

Finalmente, preguntas: «¿Podrías decirme algo acerca de esto, y, quizá, rezar por mí?». ¿A quién voy a rezarle? No hay nadie que escuche. El universo no entiende el idioma del hombre, pero entiende el amor, entiende la risa, entiende la paz, entiende el silencio..., no entiende las palabras sino las experiencias.

No puedo rezar por ti porque no hay un Dios que vaya a responder a tus ruegos. Pero puedo idear un recurso para que haya más devoción, no solo para ti sino incluso para mí.

Un borracho tiene una amiga que nunca ha probado el alcohol.

«Oye, borrachín —le dice ella un día—, pásame esa botella. Quiero probar cómo sabe eso que te ha convertido en el desastre que eres.»

Agarra la botella de whisky barato y le da un buen trago. «Ajjjj —exclama—, es el líquido más asqueroso que he probado jamás. Sabe fatal.»

«¿Ves? —dijo él—. Y llevabas años pensando que me lo estaba pasando bien.»

Las diferentes personas se sienten inseguras frente a diferentes cosas. Por ejemplo, para que un alemán se sienta inseguro, cuéntale un chiste.

Para que un italiano se sienta inseguro, debes estar de acuerdo con él.

Para que un australiano se sienta inseguro, háblale en alemán a su novia.

Para que un polaco se sienta inseguro, invítale a casa a jugar con el perro.

Y para que un sannyasin se sienta inseguro, dile que está iluminado.

Fuera de la clase estaba nevando intensamente. «Niños y niñas —dice la profesora—, debéis tener mucho cuidado de no resfriaros con este clima. Yo tenía un hermanito al que adoraba que solo tenía siete años. Un día salió a la nieve con sus esquís nuevos. Se agarró un catarro que acabó en neumonía y tres días más tarde murió.»

Se extiende un cuchicheo por toda la clase, y Jaimito se levanta y pregunta: «¿Puedo quedarme con sus esquís?».

Un hombre entra en una joyería para comprar una joya a su mujer.

«¿Cuánto cuesta?», pregunta al dependiente señalando una cruz de plata.

«Quinientos euros», responde.

«Perfecto —responde—. Y sin el acróbata ¿cuánto cuesta?»

Un campesino polaco está luchando para mantener un cerdo sobre su cabeza para que pueda comerse las manzanas del árbol. Un hombre que pasa por ahí se para a observar y dice: «¿Por qué no agarras unas cuantas y se las pones en el comedero? Así te ahorrarás tiempo».

«No digas tonterías. A los cerdos les da igual el tiempo», responde el campesino.

Solo un poco de aroma de la flor

¿Qué concepto tienes de Dios?

Antes de responder tu pregunta, Rahul, quiero decir algo acerca de ti. Si no lo hago, parecería que la pregunta estuviese fuera de contexto. Tú perteneces a la Fundación Krishnamurti de la India.

En primer lugar, Krishnamurti se pasó toda la vida diciendo que nadie debería ser seguidor suyo, que no debería haber ninguna doctrina en su nombre, que no debería haber ninguna organización en torno a él, que él no tenía un sistema de creencias, y que solo compartía su experiencia. Pero, desgraciadamente, ha muerto. Aunque quieras compartir su experiencia será muy difícil. Si ya era difícil cuando estaba vivo, ahora es imposible.

Por todas partes —se pasó la vida luchando contra esto— han proliferado las setas, y siempre es la misma historia..., con diferentes nombres, con diferentes botellas, pero es el mismo vino.

¿Qué diablos haces en la Fundación Krishnamurti? Yo puedo tolerar un seguidor; incluso puedo amarlo; todo el mundo sabe que soy contradictorio. Pero Krishnamurti era un pensador muy consecuente. Estará revolviéndose en la tumba, al ver cómo se fundan organizaciones, se reúnen sus seguidores, y se planea cómo seguir con la tradición. Y él estaba en contra de todas las tradiciones.

Mi conflicto con él es este: la tradición no puede evitarse; no está en tus manos. Cuando estés muerto, la gente hará cosas que no podrás evitar. Más que dejarlo en manos de ignorantes, es mejor que des las directrices correctas.

No debería haber una Fundación Krishnamurti y no debería haber una enseñanza basada en él. Si le has entendido bien, él tendría que desaparecer, como desaparece una firma en el agua. Ese sería el mejor homenaje que podrás hacerle. Pero esta

enfermedad es tan antigua que se aferra a la mente de las personas. Cuanto más digas: «No quiero seguidores», más seguidores creerán que eres el maestro adecuado.

Y Rahul, ¿sabes qué quiere decir tu nombre? Antes de preguntarte por Dios, deberías preguntarte al menos por tu nombre. No creo que sepas que tu nombre es una condena. En la mitología hindú, cuando hay un eclipse total de luna, hay dos figuras mitológicas, Rahu y Ketu, que están intentando destruir la luna. Lo llevan intentando millones de años, y aún no lo han conseguido..., aunque esa es otra cuestión. Eso demuestra que son estadounidenses; creen en la filosofía de «inténtalo y vuelve a intentarlo de nuevo».

Rahul no es un buen nombre. Es el nombre de un monstruo. Gautama Buda puso el nombre de Rahul a su hijo, y desde entonces la gente se ha olvidado del sentido peyorativo de esta palabra, aunque Buda le pusiera ese nombre con un propósito determinado.

Tenía miedo de que el nacimiento de un hijo le impidiera llevar a cabo su búsqueda de la verdad. «Es como Rahul, que intenta destruir la luna, y está intentando destruirme a mí.» Y para castigarlo, lo llamó Rahul. Ni siquiera había visto su cara; antes de nacer ya le había dado ese nombre. Quería huir antes de que naciera, porque estaba preocupado. Es fácil de entender: el corazón de un padre con su primer hijo..., pero era un peligro: el apego podría retrasarle o incluso impedirle su búsqueda.

Pero la vida no obedece a las estrellas, no consulta a los astrólogos, y el niño nació un día antes de todas las predicciones. Era la noche que Buda tenía pensado huir. Comprenderás su sentimiento y su instinto natural: al menos quería ver la cara de su hijo antes de irse a las montañas, quizá para siempre, para no regresar. En mitad de la noche, cuando todo el palacio estaba durmiendo, fue a la habitación de su mujer. Pero ella había cubierto al niño con una manta, y lo tenía cerca de su corazón.

Por un instante, Buda pensó en quitar la manta para ver su rostro. Pero luego le dio miedo: si su mujer se despertaba, se complicarían las cosas. Se despertaría todo el mundo, y su padre se enfadaría. Así que era mejor no ver al niño. Y retrocedió en silencio.

El nombre que le había puesto no era porque lo apreciara, sino una sutil condena. Pero hay miles de personas que han recibido el nombre de Rahul porque el hijo de Buda se llamaba así. Aunque nadie pregunta por el significado de Rahul. No es un buen nombre.

En vez de preguntarte por ti mismo, me haces diez preguntas. Eso no solo demuestra tu estupidez, sino la de tu fundación. Qué estás haciendo allí, si tienes que

venir aquí a torturarme con preguntas estúpidas como: «¿Qué concepto tienes de Dios?».

¡Dios no existe! Por eso no surge la idea de un concepto de Dios. Y perteneciendo a la Fundación Krishnamurti, y no siendo un miembro cualquiera, sino un académico... ¿Aún no has entendido lo más básico?: Dios es una ficción creada para aprovecharse de la humanidad; no tiene un ápice de verdad; es la mayor mentira que hay. Todo ser humano tiene que saberlo, porque mientras no lo descubra seguirá siendo una marioneta.

Si Dios existe, tu vida no tiene ni valor, ni dignidad, ni libertad; estamos hechos de barro. Y si Dios nos ha creado..., aparentemente es un ser muy caprichoso, y puede matarnos en cualquier momento. Tampoco nos ha preguntado si queríamos ser creados, ni va a preguntarnos si queremos que nos destruya. Tú no cuentas. Si Dios existe, el hombre es insignificante. Dios es uno de los peores conceptos que han dominado a la humanidad. Pero les ha sido útil a los sacerdotes, a los políticos, a los predicadores y a los filósofos.

Yo no tengo un concepto de dios, ni puedo tenerlo por el simple hecho de que Dios no existe. Cuando te das cuenta de que Dios no existe, brota dentro de ti una inmensa dignidad, libertad, responsabilidad: tú eres tu propia creación, toda la existencia es autónoma, no es esclava de un Dios caprichoso. Y es muy creativa, no necesita un creador. Yo os enseño creatividad y quiero destruir la idea misma de un creador, porque esa idea te está quitando la libertad creativa.

El mundo sigue siendo pobre en todos los aspectos como consecuencia de nuestra impotencia, porque somos marionetas en manos de Dios. Solo ocurre todo lo que él quiere que ocurra. Sin su voluntad, no puede moverse ni una hoja con el viento. ¿Quieres saber el resultado de todo esto? Significa que esto es una prisión y somos esclavos de un Dios cuyas intenciones desconocemos, un Dios que no ha tenido el valor de salir a la calle y declarar: «Aquí estoy, ¿tenéis alguna duda?».

Los cristianos creen que creó el mundo hace seis mil años. Mi pregunta es: y entonces ¿qué estuvo haciendo este individuo hasta ese momento? ¿Toda una eternidad sin hacer nada? Solía considerarme el hombre más perezoso del mundo, pero ese Dios es lo máximo en pereza. Y además, ¿qué necesidad tiene de crear un mundo donde los deseos no pueden satisfacerse y te quedarás decepcionado; donde el amor es impuro y está contaminado por los celos, de forma que nunca podrá florecer; donde aunque puedas satisfacer tus ambiciones, te quedarás completamente vacío, desilusionado?

A medida que el hombre se va volviendo más civilizado, ¿sabes que hay más suicidios y más personas que enloquecen? Los búfalos no se suicidan, al menos en millones de años yo no he sabido de ninguno que lo hiciera. Están tan felices, mascando todos los días la misma hierba, completamente satisfechos, tan angelicales..., sin prisas, sin competir, en casa, sin complicaciones.

Pero a medida que aumenta la conciencia, el hombre empieza a elevarse del mundo de los animales y se encuentra en el infierno: miles de deseos imposibles de satisfacer. Un Dios que se proclama amor no crearía un mundo como este. Este mundo ha sido creado accidentalmente por el universo, no de forma intencionada.

Y no fue creado hace seis mil años, siempre ha estado ahí. Las formas van cambiando, pero el contenido interno de la existencia permanece eternamente igual; no conoce la muerte.

No es de buena educación preguntar acerca de Dios después de que Friedrich Nietzsche dijera que había muerto. Yo respeto a Friedrich Nietzsche más que a vuestro Dios. Pero mi respeto no me ciega. El único error de Friedrich Nietzsche es que creía que Dios estuvo vivo y que ahora está muerto. Pero Dios nunca ha existido. Es una ficción que ha quedado desvelada; una pompa de jabón que ha estallado.

La segunda pregunta de Rahul es:

Cuando afirmas que la verdad solo puede percibirse pero no se puede describir, en realidad, ¿qué quieres decir?

¡Quiero decir exactamente eso! Observa una bella rosa, experimenta la belleza e intenta describirla. Nadie ha sido capaz de describir la belleza.

Ama... Millones de personas han amado, pero cuando surge la pregunta ¿qué es el amor?, empiezan a mirar en todas las direcciones; puede que alguien sepa la respuesta. Puedes amar, puedes experimentar, pero no puedes decir ni una palabra que defina tu experiencia.

Y estamos hablando de experiencias que tenemos a diario, pero una experiencia como la verdad, que no se tiene a diario... De vez en cuando, al cabo de miles de años, alguien percibe la verdad. Puede ponerse a cantar, a bailar, a vivir, pero no podrá describir esa experiencia. Y no tiene la culpa de ello. El idioma es muy limitado, no puede describir experiencias tan preciosas, no está hecho para eso. El lenguaje es para usarlo en la calle. Se puede usar perfectamente en el mundo

ordinario, pero en cuanto quieres adentrarte en tu ser, estás solo y prevalece el silencio. Lo sientes, te regocijas, lo irradias, pero de repente te quedas mudo.

Rinzai, un maestro zen, siempre hacía lo mismo cuando le preguntaban «¿Qué es la verdad?»: ni siquiera decía que no puede expresarse. Un filósofo fue a verle y cuando le preguntó y recibió esta respuesta, dijo: «Pero al menos puedes decir que no puede expresarse».

Rinzai respondió con una afirmación cargada de significado: «Incluso para decir que no se puede decir nada, ya has tenido que decir algo. Por eso uso un dedo. No puedo descender de las alturas de la experiencia al profundo y oscuro valle del lenguaje. Si quieres saber la verdad, puedo sujetarte la mano, pero tendrás que viajar por parajes desconocidos. ¿Estás preparado?».

El filósofo dijo: «No he llegado hasta aquí para seguir un camino. Soy profesor, doy clases en la universidad y quería saber cuál es la actitud de un maestro zen».

Rinzai dijo: «Entonces tendrás que irte tan vacío como llegaste. Aunque hayas estado muy cerca del pozo, te irás con la misma sed con que viniste».

La percepción de la verdad, Rahul, es una experiencia interna. Incluso llamarlo «experiencia» no es absolutamente correcto, solo es aproximado. La verdad es tu ser, aunque no lo sepas. Pero nadie puede decir nada acerca de este ser. Es tan fabuloso que las palabras se quedan cortas; es muy amplio y las palabras son muy pequeñas. Aunque tus manos no lleguen a las estrellas, eso no significa que no existan. Simplemente quiere decir que tus manos son muy pequeñas y que las estrellas están muy lejos.

Nuestro lenguaje es muy limitado. Nuestro enfoque es limitado, pero nuestro ser es ilimitado, no tiene confines, no puede decirse nada acerca de él. Incluso decir que no puede decirse nada es hacer una concesión, es tener compasión.

Considero a Ludwig Wittgenstein el filósofo más importante de este siglo. No ha escrito mucho y es el único filósofo occidental de todos los tiempos que ha escrito en máximas, lo que nosotros llamamos sutras. En Oriente siempre se ha escrito así. Todos los que han tenido algún atisbo o lo han vislumbrado han escrito sutras... Es un lenguaje telegráfico que usa el menor número de palabras posible.

Ludwig Wittgenstein, en su famoso libro *Tractatus*, tiene un sutra que no solo lo convierte en filósofo, sino también en místico. Pero comete el mismo error que no deseaba cometer Rinzai. El sutra dice: «Lo que no puede expresarse no debería decirse». Él estaba vivo y le escribí una carta: «Tú lo has dicho. Por lo menos has podido expresar con el lenguaje una de sus cualidades».

Pero él estaba enfermo y murió enseguida. Su hermano respondió a mi carta: «Recibió tu pregunta con un profundo respeto y me dijo: “Es verdad que si no puede decirse nada, entonces decir esto ya es decir algo. Estoy enfermo y cansado. Si mejoro, le responderé, pero si me muero, responde tú por mí: en la segunda edición de *Tractatus* dejaremos este sutra en blanco, un espacio en blanco”».

Si solo experimentas lo que puede ser explicado, descrito, definido, tu mundo es muy limitado y tu mente es infantil. Solo puedes ir más allá de la mente cuando empiezas a experimentar cosas que la mente en sí es incapaz de poner en palabras. Trascender el lenguaje es una de las cosas más importantes que pueden suceder a alguien con la inteligencia suficiente; en cuanto a los idiotas, pueden expresar cualquier cosa. Nunca han experimentado nada que vaya más allá de la mente.

La verdad está más allá de la mente, más allá del lenguaje. Por eso, Rahul, se puede experimentar, pero no describir.

Uno de los místicos más absurdos y adorables de China era Chuang Tzu. Si Rahul hubiese ido a ver a Chuang Tzu... A todo el mundo le ponía caramelos en la boca a la fuerza. Ellos le hacían preguntas como: «¿Por qué no puede describirse la verdad?», y después de tragarse el delicioso caramelo les preguntaba: «Describeme ahora la dulzura que has experimentado, escríbelo».

Incluso una experiencia como la dulzura supera el lenguaje. Lo único que puedes decir es que es dulce, pero solo puede entenderlo quien también lo haya experimentado. Si alguien no ha experimentado nunca la dulzura y le hablas de ella, te dirá: «No intentes engañarme, no digas tonterías». ¿Acaso puedes hablar a un ciego de la luz, o a un sordo de la belleza de la música?

En lo que se refiere a la verdad absoluta, todos nuestros sentidos son muy limitados. Si me lo preguntas, te diré: «Mírame a los ojos o dame la mano y siente el calor y el amor».

Más allá solo hay silencio. Si este silencio penetra en tu corazón, habrás oído lo que no puede expresarse, y habrás recibido lo que no puede darse. Este silencio te aportará un atisbo de la verdad, pero la verdad es millones de veces más profunda. Este silencio no es más que el aroma de la flor.

Su tercera pregunta es:

¿Hay algún estado mental que no haya sido programado nunca, o hay alguna técnica para eliminar el condicionamiento de la mente?

Nunca ha habido ninguna conciencia sin programar. La programación empieza por la educación. Aunque no seas tú quien educa a tu hijo sino unos lobos en el bosque, estos lobos programarán al niño.

Ha habido algún caso... Hace unos años encontraron a un niño de doce años que había sido criado por los lobos en un bosque del norte de la India. Ni siquiera sabía andar sobre las dos piernas. Corría como un lobo; ni el mejor corredor podía seguirle el ritmo. Había sido programado por los lobos.

El problema es que hay que educar al niño, alguien tiene que ocuparse de ello, y quien lo haga, lo sepa o no, estará condicionando su mente. No es que se trate de programarlo conscientemente. Pero la forma en que aprende un idioma... es un programa. Por eso todos los idiomas reciben el nombre de lengua materna, porque el niño nunca ve al padre hablando en presencia de la madre. Naturalmente es su madre quien lo condiciona.

Es imposible educar a alguien sin programarlo.

Y estás preguntando: «¿Hay alguna técnica para eliminar el condicionamiento de la mente?». Hay técnicas para eliminar el condicionamiento, pero eso es reprogramar. Puedes decir que estás eliminando un condicionamiento, pero, en realidad, ¿qué estás haciendo? Estás cambiando A por B. La única alternativa es la meditación; por eso no debería decirse que la meditación es una técnica. Es relajarte en tu propio mundo interior, solo —sin guías, sin escrituras— y estar tan quieto que no se produzca ni una sola ondulación de pensamiento. Es la única manera de eliminar la programación.

La meditación es la única forma —no es una técnica— de encontrar tu propia naturaleza, tu naturaleza búdica en toda su pureza, en toda su virginidad, sin que haya sido contaminada por nadie. Pero hay personas que intentan desprogramar y lo que están haciendo es reprogramar.

Ha habido casos, casos muy extraños, en los que algunos jóvenes han sido secuestrados por sus padres y llevados a psiquiatras para desprogramarlos por haberse salido del redil cristiano o judío. Se han salido de la sociedad que los ha criado. La sociedad no puede permitir esta rebelión. Los padres secuestran a sus propios hijos para desprogramarlos... No es una desprogramación, es una reprogramación: volver de nuevo católico a un católico. Pero el catolicismo en sí ya es un programa.

Excepto la meditación, ya seas hindú, musulmán, cristiano o judío, siempre hay algún tipo de programación. Solo quien medita está por encima de todos los

programas y se convierte en una conciencia simple e inocente sobre la que no hay nada escrito. Pero esto te proporciona tal claridad de visión, tal intensidad de percepción, tal alegría de ser que por primera vez te conviertes en parte de la danza eterna de la existencia. Quien haya sido programado por alguien... No importa quien te programe, ya sean cristianos o comunistas, musulmanes o hindúes: están destrozando tu pureza.

¿Qué haces en la Fundación Krishnamurti? Enseñar un programa determinado a la gente. Por supuesto, crees que los estás desprogramando..., pero los estás programando de acuerdo con J. Krishnamurti. Incluso la desprogramación puede formar parte de una programación. Las cosas son muy complejas.

Conozco a mucha gente que ha estado escuchando a Krishnamurti durante cuarenta o cincuenta años y todavía sigue diciendo: «Somos Krishnamurti-itas». Ese hombre ha estado intentado desprogramarte durante treinta años, pero en realidad ha vuelto a programarte. Ahora eres un Krishnamurti-ita. Antes eras hindú, cristiano o musulmán.

Cualquier doctrina, cualquier intento de enseñarte cosas que no hayas experimentado acabará con tu pureza. Durante diez mil años solo ha habido un camino, y se llama meditación. Por eso dice Basho:

*Sentado en silencio,
sin hacer nada,
llega la primavera y la hierba crece sola.*

La cuarta pregunta:

¿Hay algo permanente en el universo?

No hay nada permanente excepto el cambio.

Quinta:

Krishnamurti dice que entre ser y convertirse hay un salto psicológico. ¿Hay alguna forma de tender un puente sobre este salto?

Eso es justo lo que estaba diciendo. Estás programado por Krishnamurti. Y ahora lo que dice Krishnamurti se convierte en tu problema. En realidad, no hay ningún salto: ser es convertirse.

¿Alguna vez has pensado si un árbol se pregunta cómo debe crecer? Crece. Pero entre su ser y su convertirse no hay ningún salto. ¿Alguna vez te has preguntado cómo has hecho para crecer? ¿Hay algún salto entre tu ser y tu convertirte, has tenido que tender algún puente?

Así es como la actitud filosófica acaba con la percepción de la gente. Krishnamurti está absolutamente equivocado en este punto. Ser es convertirse, no hay ninguna diferencia. En el momento en que dejas de convertirte en algo, estás muerto; solo estás vivo cuando te conviertes en algo. El río fluye; ¿hay alguna diferencia entre el río y su fluir? Cuando un río deja de fluir, deja de ser un río. Se vuelve un lago y muere el río. El río está constantemente fluyendo, moviéndose, creciendo, hasta llegar al océano.

Sexta:

¿Cómo se puede saber si alguien ha descubierto la verdad?

Solo descubriendo la verdad. De lo contrario, ¿cómo puedes saberlo? La verdad no es objetiva, no es algo que puedan enseñarte, «Mira, he descubierto la verdad». Solo empiezas a ver sus características cuando la descubres. Y esas características te permitirán reconocer a las personas que la han descubierto, porque todas irradiarán las mismas cualidades, la misma gracia, la misma honradez, la misma verdad, la misma valentía, la misma integridad.

Pero ahora mismo solo puedes creer, y yo no soy una persona que apoye las creencias. Todas las creencias te ciegan. Cuando puedas descubrir la verdad, cuando la verdad sea tu propio ser, ¿de qué te servirá saber si otro la ha descubierto o no?

Hay gente que puede fingir, hay gente que puede actuar. Hay muchos actores, y no están en el escenario, no están en una función, sino en el gran escenario de la vida. Hay gente que interpreta el papel de un santo, otra que pretende ser un mahatma, hay quien declara «lo he encontrado».

Y evidentemente entiendo tu pregunta: cómo diferenciar el que es auténtico del que no lo es. En realidad, no hay ningún criterio, no hay un criterio objetivo, porque todo puede fingirse, todo puede simularse. Puedes andar como Gautama Buda, e incluso mejor.

En un cumpleaños de Charlie Chaplin hubo una competición. Sus amigos organizaron una competición por toda Inglaterra en la que podían participar todos los que quisieran interpretar a Charlie Chaplin... Se concedían tres premios, y se

presentaron cientos de actores. Charlie Chaplin, para sorpresa de todos ellos, participó de incógnito en la competición. Pero más que sorprenderles a ellos, fue él el primer sorprendido, porque recibió el segundo premio: había otro que representaba mejor su papel. Y cuando se hizo entrega del premio, todo el mundo se sorprendió de que Charlie Chaplin hubiera recibido el segundo premio.

No es tan sorprendente, el auténtico no había ensayado demasiado. No necesita ensayar, es espontáneo, es él mismo. De modo que no se preocupó, sabía que el primer premio sería para él. Pero todos los demás competidores llevaban meses ensayando, y el que consiguió el primer premio se había esforzado mucho para andar como Charlie Chaplin y hablar como él. Incluso antes de la entrega de los premios, Charlie Chaplin empezó a asustarse, porque ese hombre lo hacía tan bien que empezó a dudar: «¿Realmente soy yo Charlie Chaplin o es él? ¿Me he vuelto loco...?».

Y hay santos que fingen, aparentan, y causan mejor impresión que cualquier Jesús o cualquier Buda. Es muy difícil encontrar un criterio.

La primera dificultad es que la verdad no es objetiva. La segunda dificultad es que cada vez que alguien la descubre, la expresa de una forma distinta, porque cada individuo tiene una peculiaridad y la expresará de acuerdo con esa peculiaridad.

Por ejemplo, no puedes esperar que Gautama Buda baile como Meera. La gente se reiría. Dirían: «Es mejor que te quedes sentado tranquilamente debajo del árbol de la iluminación con los ojos cerrados».

Pero cuando Meera baila... Si la obligases a sentarse debajo de un ficus religiosa, la estarías reduciendo a una mujer común. Su singularidad se expresa en su danza, en su canción, en su amor. Es muy bella. No ha aprendido a bailar, no ha ido a una escuela de baile, no ha aprendido a cantar con un profesor de canto. Pero ni las grandes cantantes logran la belleza y la vitalidad que surge espontáneamente de Meera. Mira a tu alrededor.

Hace cuatrocientos años Bodhidharma entró en China con un zapato en la cabeza y el otro en el pie. Su fama había llegado antes que él. Tardó tres años en viajar desde la India hasta China. El emperador Wu estaba esperando en la frontera para recibir al gran santo, y cuando lo vio dijo: «¡Dios mío! ¿Y qué vamos a hacer ahora?».

Pero el emperador era un hombre muy culto y se comportó como si no se diera cuenta de que Bodhidharma llevaba un zapato en la cabeza. Pero, por mucho que lo intentase, el zapato seguía ahí. No lo miraba, pero siempre estaba esa pregunta en el aire: «¿Quién es este individuo que estás recibiendo? Tú eres un gran emperador..., y este hombre parece un loco».

Finalmente, no pudo contenerse y dijo: «¿Qué disparate es este? ¿Por qué llevas un zapato en la cabeza y otro en el pie?».

Bodhidharma respondió: «Lo hago por ti».

«¿Por mí?», preguntó.

«Sí, por ti, quiero ver si realmente estás interesado en la verdad o solo en las tonterías. Y lo que te interesa es el zapato, yo no. Toma el zapato y márchate, quédate satisfecho», dijo Bodhidharma.

El emperador no podía entenderlo. ¿Qué podía hacer con ese hombre? Pero estaba profundamente impresionado por sus ojos, por su autoridad...

Bodhidharma no cruzó la frontera de China, y dijo: «Me quedaré al otro lado. ¿Qué sentido tiene? Si incluso al emperador solo le interesan los zapatos, ¿cómo será el resto de la gente? ¡No quiero perder el tiempo!».

Solo Bodhidharma puede hacer algo así. No puedes pretender que Buda se comporte de este modo. No puedes esperar que lo haga nadie más en toda la historia de la humanidad, porque Bodhidharma no vuelve a nacer una vez tras otra.

Rahul, no hay ningún camino. Tendrás que encontrar tu verdad, y quizá cuando la encuentres podrás ver las diferentes expresiones que adopta con cada persona, pero hay algunas características comunes a todas esas personas.

Me han contado una historia... Gautama Buda, Confucio y Lao Tzu están sentados en un restaurante en el paraíso cuando entra una mujer desnuda con una jarra y les dice: «Tengo el néctar de la vida, ¿queréis probarlo?».

Buda cierra los ojos inmediatamente, pero Confucio dice: «Primero lo probaré, porque sin probarlo no puedo juzgar».

Era un hombre muy calculador, muy riguroso, de modo que lo probó y dijo: «No; es pura ilusión, está hecho de la misma sustancia que los sueños. No me interesa».

Ella miró a Lao Tzu y este le dijo: «Dame la jarra». «¿Toda la jarra?», preguntó ella.

«No puedo decir nada antes de habérmelo bebido todo. Me gusta la totalidad», dijo. Y se lo bebió... Buda y Confucio se miraron: «¡Fíjate en este tipo!».

Después de beberse todo el néctar, dijo: «¡Es fabuloso! Vamos a festejar. ¿Qué queréis vosotros?».

Pero los tres eran hombres de la verdad. A través de sus peculiaridades se expresan diferentes aspectos de la verdad, pero no puedes extraer una fórmula, no hay una unidad de medida.

Séptima:

¿Cómo podemos darnos cuenta del contenido de toda nuestra conciencia? ¿Hay algún tipo de proceso de despertar?

Lo que he dicho sobre la meditación también responde a esta pregunta. La meditación te permitirá darte cuenta de que tu ser no tiene ningún contenido, tu ser es vacío absoluto, tú no existes, solo existe la existencia. Y en esa nada florece la rosa del despertar.

Octava:

¿Es posible conocer la estructura de nuestro pensamiento?

No es necesario. Lo que tienes que hacer no es conocer la estructura de tu pensamiento sino librarte de él. La estructura de tu pensamiento no es distinta de la de los sueños.

Del mismo modo que Occidente se ha embarcado en el psicoanálisis de los sueños, Oriente nunca ha tenido interés en ellos. No es necesario.

Tengo que volver a hablaros de Chuang Tzu. Una mañana dijo: «Estoy muy preocupado porque anoche soñé que me convertía en una mariposa».

Sus discípulos dijeron: «No pasa nada. Todo el mundo a veces sueña que se convierte en algo».

«Eso no es lo que me preocupa —dijo Chuang Tzu—. Lo que me preocupa es que si Chuang Tzu puede convertirse en una mariposa cuando duerme, del mismo modo ¿no podrá convertirse una mariposa en Chuang Tzu? Y ahora la pregunta es: ¿Quién soy yo, una mariposa que sueña ser Chuang Tzu? Estoy muy preocupado; encontrad una solución...».

Sus discípulos dijeron: «¡Se ha vuelto completamente loco! Ya sabíamos que era un poco excéntrico, pero esto es demasiado. ¿Y ahora tenemos que encontrar una solución? Todo lo que digamos será rebatido porque si Chuang Tzu puede convertirse en una mariposa, ¿por qué no puede convertirse la mariposa en Chuang Tzu?».

El principal discípulo de Chuang Tzu era Lieh Tzu. Estaba fuera y todos le estaban esperando. «Déjalo entrar —dijeron—, quizá a él se le ocurra qué podemos hacer. Él también está loco.» Lieh Tzu llegó y cuando oyó la historia dijo: «No os preocupéis». Y se fue al pozo a por un cubo de agua.

Entonces los discípulos le dijeron: «¿Qué estás haciendo? ¡Te hemos dicho que vayas a ver a Chuang Tzu que está desesperado!».

«No me molestéis», dijo. Sacó un cubo de agua helada —era invierno— y se fue adentro con el cubo. Chuang Tzu estaba acostado y le vertió todo el cubo de agua encima de la cabeza.

«¡Un momento! —dijo—. Se ha resuelto el problema.»

«Si todavía queda algo puedo ir a por otro cubo de agua», dijo Lieh Tzu.

«No, está demasiado fría. YO SOY Chuang Tzu. Si fuese una mariposa me habría muerto», dijo.

Y todos los discípulos dijeron: «Qué extraño».

Es lógico que a un hombre tan loco le suceda otro loco, Lieh Tzu. La solución era muy sencilla: no tenía ganas de discutir, ¿qué tenían que discutir? Bastaba con despertarle. Un cubo de agua helada en invierno por la mañana temprano, y se olvidó de toda su disquisición. «¿Dónde has estado? —le preguntó—. Si hubieses estado aquí antes no habría abierto la boca, porque sé lo peligroso que eres. Hay que hablar las cosas, no es forma de comportarse, y además tú eres mi discípulo.»

«Soy tu discípulo —dijo—, pero tenía que sacarte de tu sueño y liberarte de la ilusión de que eras una mariposa. Prométeme que no volverás a hacerlo cuando yo no esté por aquí, porque ahí fuera todos los discípulos están muy tristes.»

No te preocupes por la estructura del pensamiento. Quédate en silencio, ve más hondo que las olas de pensamiento y estos desaparecerán. En el fondo de tu ser no hay pensamientos, no hay sueños.

Rahul, necesitas que te echen un cubo de agua helada encima de la cabeza. ¡Así recobrarás inmediatamente el sentido!

Novena:

¿Cuál es tu mensaje para el nuevo mundo?

¿Dónde está el nuevo mundo? Y además, ¿por qué tendría que dar un mensaje al nuevo mundo? ¡Primero déjame que destruya el antiguo! Estoy demasiado ocupado destruyendo el antiguo. Y cuando llegue el nuevo mundo no daré ningún mensaje porque eso sería programar. Dejaré que el nuevo mundo busque su camino.

Décima:

Krishnamurti dice que nuestro cerebro ha sido programado desde hace millones de años y que funcionamos con ese condicionamiento. ¿Es posible tener una mente no condicionada?

¿Tienes alguna pregunta que sea tuya? ¿O es que estás tan condicionado por Krishnamurti que es él quien hace las preguntas, y tú las repites? ¿Eres un disco grabado?

Puede que hayas soñado toda la noche, pero con un golpe en la cabeza desaparecen todos los sueños. Tu habitación puede haber estado a oscuras millones de años, pero si enciendes una vela, la oscuridad desaparecerá por completo. La oscuridad no te dice: «Soy demasiado vieja. No puedo desaparecer tan fácilmente con una simple velita. No me asustes».

El condicionamiento es viejo, pero es como la oscuridad: con una pequeña llama de meditación, una pequeña llama de silencio, desaparecerá. No importa que hayas sido programado hace millones de años, puedes liberarte en un instante.

Pero de esta forma no lograrás ser libre. Ahora estás atrapado por los pensamientos de J. Krishnamurti. Ni siquiera tienes una pregunta que sea tuya.

Rahul, te has torturado demasiado. Unas hierbas medicinales te ayudarán a curarte las heridas...

Durante unas maniobras de camuflaje del ejército, un soldado raso camuflado de tronco de árbol de repente se mueve y el general lo descubre.

«¡Idiota! —grita el oficial—. Se supone que eres un árbol. Si te pones a dar saltos y a chillar, pondrás en peligro las vidas de toda la unidad.»

«Sí, señor —responde el soldado—. Pero tengo que decirle, señor, que me quedé bastante quieto cuando unas palomas me estaban usando de diana. Y tampoco me moví cuando tres perros creyeron que era una letrina. Pero no he podido resistir cuando dos ardillas se han subido por la pernera de mi pantalón y he oído que una decía: “Vamos a comernos ahora una y la otra la guardamos para el invierno”.»

Ronald Reagan se baja del avión y entra en el aeropuerto de México. Se siente muy importante y va dando instrucciones a todos sus asistentes.

Un mexicano mal encarado se acerca sigilosamente a él y le susurra: «Hey, americano. Tengo lo que a ti te gusta: fotos obscenas, marihuana, chicas, chicos».

«¿Quién ha dejado pasar a este hombre? —pregunta Reagan apartando al mexicano—. Yo solo trato con el presidente.»

«Puedo conseguírselo —responde el mexicano—, pero el precio de un presidente es más elevado.»

Cuando la eternidad se adentra en el tiempo

Una vez dijiste: «El momento en que la eternidad se adentra en el tiempo es excepcional». ¿Puedes decir algo más acerca de esto?

La pregunta parece sencilla pero la respuesta es muy compleja. Y la complejidad se vuelve multidimensional porque la respuesta solo puede provenir de tu propia experiencia y no de afuera. Del mismo modo que surge esta pregunta en tu interior, la respuesta también tiene que surgir de tu interior. Pero voy a entrar en detalles para explicar qué quiero decir cuando digo que el momento en que la eternidad se adentra en el tiempo es excepcional.

Nuestra vida transcurre en el tiempo, es horizontal. Va de A a B a C a D; es lineal. La eternidad es vertical. No va de A a B y de B a C. Va más bien de A a más A y después a más A. Va hacia arriba. Es un momento excepcional porque solo sucede cuando tu meditación ha alcanzado una madurez, ha fructificado, cuando has llegado a tu núcleo más profundo.

Entonces te das cuenta de que eres un cruce de caminos. Hay una línea horizontal, en otras palabras, mediocre, ordinaria, insignificante, que finalmente conduce a la muerte. La línea horizontal está yendo constantemente al cementerio.

Ya os he contado una historia significativa en muchos sentidos:

Un gran rey vio una sombra en un sueño. Incluso en el sueño empezó a tenerle miedo y le preguntó: «¿Qué quieres?».

La sombra dijo: «No he venido a pedirte nada. He venido a informarte de que esta noche en el lugar correcto, cuando se ponga el sol, darás tu último aliento. Normalmente, yo no vengo a informar a la gente, pero tú eres un gran emperador y lo hago para mostrarte mi respeto».

El emperador estaba tan asustado que se despertó sudando; no sabía qué hacer. Lo único que se le ocurrió fue llamar a todos los sabios, astrólogos y profetas, para

descubrir el significado de su sueño. Se cree que el análisis de los sueños empezó con Sigmund Freud, pero no es verdad. Empezó hace mil años con este emperador.

En mitad de la noche, contaron la historia a todos los profetas de la capital, a todos los sabios y a todos los que estaban relacionados de una forma u otra con el futuro, los intérpretes de los sueños. La historia es muy sencilla. Habían traído sus tratados y estaban discutiendo unos con otros: «No puede tener ese significado», o «El significado debe de ser este».

Se tomaron su tiempo y empezó a amanecer. El rey tenía un viejo sirviente al que trataba como un padre, porque su padre había muerto siendo él muy joven. Su padre había entregado a su hijo al sirviente con el fin de que este velara por su educación. Le dijo: «Ocúpate de que sea mi sucesor y de que no pierda el reino».

Y el sirviente lo consiguió. Ahora era muy mayor y no lo trataba como a un sirviente. Lo respetaba como si fuese su padre. Se acercó al emperador y le dijo: «Quiero decirte dos cosas. Siempre me has hecho caso. Yo no soy profeta ni astrólogo, y no sé qué es todo este barullo. Están consultando las escrituras. Pero hay algo indiscutible, y es que ha amanecido y el anochecer no está muy lejos.

»Y todas esas personas que llamamos eruditos no han llegado nunca a ninguna conclusión desde hace siglos. Solo tienen un día..., se pelearán, discutirán, destrozarán los argumentos del otro, pero no puedes esperar que lleguen a ningún consenso, a ninguna conclusión.

»Déjales que discutan. Lo que yo te sugiero —era la época de los caballos— es que montes en tu caballo, que es el mejor del mundo, y huyas de este palacio lo más rápido que puedas. Hay algo claro, y es que no deberías estar aquí, es mejor que te vayas lejos».

Era lógico, racional, pero muy simple. El rey dejó a todos los sabios y eruditos discutiendo, y no se dieron ni cuenta de que el emperador había huido. Su caballo valía un imperio. Estaba muy orgulloso de él, no había ningún otro caballo que tuviese esa fuerza. Y entre el caballo y el emperador había un gran amor, había mucha afinidad, una especie de sincronía. El rey dijo al caballo: «Parece que llega la hora de mi muerte. Esa sombra no era más que la muerte. Tienes que alejarme de este palacio todo lo que puedas».

El caballo asintió y cumplió su promesa. Al atardecer, cuando se estaba poniendo el sol, estaban a cientos de kilómetros de su reino. Habían entrado en otro reino enmascarados. El rey estaba muy contento y se bajó del caballo. Estaba atando el caballo a un árbol porque ninguno de los dos había comido y dijo al caballo:

«Gracias, amigo. Ahora conseguiré comida para ti y para mí. Estamos muy lejos, no debemos temer. Has demostrado que son ciertas todas las historias que cuentan de ti. Ibas a tal velocidad que parecías una nube».

Estaba intentando atar el caballo al árbol cuando apareció la sombra negra y le dijo: «Creía que no llegarías, pero ese caballo es fabuloso. Le doy las gracias a él también. Este es el lugar y el momento. Y estaba preocupado porque estabas muy lejos; ¿cómo podía hacerte llegar hasta aquí? Pero tu caballo ha servido al destino».

Es una historia muy rara, pero muestra que siempre que vayas horizontalmente, a la velocidad que sea, acabarás en algún cementerio. Es curioso que nuestras tumbas estén cada vez más cerca. Aunque no te muevas, tu tumba se va acercando. La línea horizontal del tiempo es, en otras palabras, la mortalidad del hombre.

Pero si puedes llegar al centro de tu ser, a los silencios de tu núcleo más profundo, podrás ver que hay dos caminos: uno horizontal y otro vertical.

Lo sorprendente es que la cruz cristiana no es cristiana en absoluto. Es un antiguo símbolo oriental, ario: la esvástica. Por eso Adolf Hitler, que creía que su sangre era sangre aria pura, eligió como símbolo la esvástica. La esvástica es simplemente dos líneas que se cruzan. En la India, sin saber por qué, al principio de cada año la gente de negocios dibuja una esvástica en los libros nuevos. La cruz cristiana solo es una parte de una esvástica. Pero representa lo mismo: lo vertical y lo horizontal. Los brazos de Cristo están en posición horizontal, y su cabeza y su ser apuntan en otra dirección.

Cuando estás meditando, de repente, te das cuenta de que puedes ir en dos direcciones: horizontal o vertical. Lo vertical consiste en el silencio, la dicha, el éxtasis; lo horizontal consiste en las manos, el trabajo, el mundo.

Cuando un hombre se reconoce como un cruce de caminos no puede dejar de interesarle, de intrigarle, lo vertical. Ya conoce lo horizontal, pero lo vertical abre la puerta a la eternidad donde la muerte no existe, donde uno se vuelve, cada vez más, parte del todo cósmico; donde se pierden todas las ataduras, incluso la del cuerpo.

Gautama Buda solía decir: «El nacimiento es dolor, la vida es dolor, la muerte es dolor». Lo que estaba diciendo es que si solo te mueves en la línea horizontal estarás sufriendo constantemente. Tu vida no puede ser una vida de baile, de felicidad. Si esto es todo lo que hay, el suicidio es la única solución.

La conclusión a la que ha llegado la filosofía contemporánea existencialista de Occidente —Jean-Paul Sartre, Jaspers, Heidegger y Kierkegaard entre otros— es que la vida no tiene sentido. Esto es así en el plano horizontal, porque solo hay dolor y

agonía y enfermedad y vejez. Y estás encarcelado en un pequeño cuerpo mientras tu conciencia es tan grande como todo el universo.

Cuando descubres lo vertical, empiezas a moverte en la línea vertical. La línea vertical no quiere decir que tengas que renunciar al mundo. Pero definitivamente significa que ya no perteneces al mundo; el mundo se ha vuelto efímero, ha perdido importancia. No quiere decir que tengas que renunciar al mundo y huir a las montañas y a los monasterios. Significa simplemente que empiezas —dondequiera que estés— a vivir una vida interior que antes no existía.

Antes eras extrovertido; ahora, de repente, te vuelves introvertido. Si recuerdas que no eres el cuerpo, puedes arreglártelas muy fácilmente en cuanto al cuerpo se refiere. Pero el cuerpo puede usarse de muchas maneras para ayudarte a moverte en la línea vertical. La penetración de la línea vertical, solo un rayo de luz que entra en la oscuridad de tu vida horizontal, es el principio de la iluminación.

Tú no cambiarás, pero no serás el mismo. Los que tengan claridad para verlo se darán cuenta de que no eres el mismo. Y para ti no volverás a ser el mismo. No puedes ser el mismo. Estarás en el mundo, pero el mundo no estará en ti.

Las ambiciones, los deseos, las envidias empezarán a evaporarse. No necesitarás hacer ningún esfuerzo para que desaparezcan, basta con moverse en la línea vertical, porque en la línea vertical no pueden existir. Solo pueden existir en la oscuridad de la horizontal, donde todo el mundo está compitiendo, donde todo el mundo está lleno de lujuria, lleno de ansias de poder, lleno de deseos de dominar, lleno de deseos de ser alguien especial.

En la línea vertical todas esas estupideces desaparecen. Te vuelves tan liviano, tan ligero como una flor de loto que está en el agua, pero el agua no la toca. Sigues en el mundo, pero el mundo ya no tiene impacto sobre ti. Al contrario, empiezas a influir en el mundo, y no con un esfuerzo consciente, sino con tu propio ser, con tu presencia, con tu gracia, con tu belleza. A medida que crece dentro de ti, empieza a esparcirse a tu alrededor.

Le llegará a las personas que tengan el corazón abierto, y asustará a las que han vivido con el corazón cerrado, con todas las ventanas y las puertas cerradas. No entrarán en contacto con una persona así. Y para convencerse del por qué, encontrarán mil y una excusas, mil y una mentiras. Pero el hecho fundamental es que tienen miedo a exponerse.

La persona que se mueve verticalmente es casi como un espejo. Si te acercas a ella

verás tu verdadero rostro, verás tu fealdad, tu ambición constante, tu plato de limosna.

Pero quizá os sea útil otra historia:

Un hombre, un mendigo con su platillo de limosna, entró muy temprano en el jardín del rey. Este solía dar un paseo por la mañana, y esta era la única forma de encontrarse con el rey, especialmente para un mendigo, ya que todos los trámites se lo impedían. Así que escogió un momento en el que no hubiera que hacer trámites, cuando el rey estaba solo en silencio en la naturaleza, impregnándose de toda la belleza y la energía que esta rebosaba. El mendigo se lo encontró ahí.

El rey dijo: «Ahora no es el momento... No hay nadie».

El mendigo dijo: «Soy un mendigo. Los trámites son demasiado largos para un mendigo como yo, y es imposible llegar a verte. Insisto en que me concedas una audiencia».

El rey pensó en deshacerse de él y le preguntó: «¿Qué quieres? Si me lo dices, te lo daré, pero no interrumpas mi silencio matutino».

El mendigo dijo: «Antes de ofrecerme algo, piénsalo dos veces».

«Pareces un hombre muy extraño —dijo el rey—. En primer lugar, has entrado sin permiso en mi jardín, insistiendo en tener una audiencia con el rey. Ahora te pido que me digas qué quieres. No interrumpas mi paz y mi silencio.»

El mendigo se rió: «Una paz que puede interrumpirse no es paz. Y un silencio que puede interrumpirse solo es un sueño, no es real».

Entonces el rey miró al mendigo. Estaba diciendo algo muy importante. El rey pensó: «Sin duda, no parece un mendigo corriente». Y el mendigo volvió a decirle: «Piénsalo bien porque lo único que quiero es que me llenes el plato de limosna con algo, y me iré. Pero tiene que estar lleno».

El rey se rió y dijo: «Tú estás loco. ¿Crees que no puedo llenarte el platillo?».

Llamó a su tesorero y le dijo: «Llena ese platillo con diamantes y piedras preciosas».

El tesorero no sabía qué había ocurrido. Nadie llena un platillo de limosnas con diamantes. El mendigo recordó al tesorero: «Recuerda, no me moveré de aquí hasta que el platillo esté lleno». El mendigo estaba desafiando al rey.

Entonces ocurrió algo muy extraño. A medida que iba echando diamantes en el platillo, estos iban desapareciendo. El emperador estaba en una situación embarazosa, pero dijo: «Pase lo que pase, aunque se vacíen las arcas del tesoro, no pienso permitir que un mendigo me derrote. He derrotado a grandes emperadores». Y desaparecieron

todas las reservas. El rumor llegó a la capital y se reunieron miles de personas para saber qué estaba pasando. Nunca habían visto al rey temblando y con una crisis nerviosa.

Finalmente, cuando ya no quedaba nada y el platillo seguía tan vacío como al principio, el emperador se postró a los pies del mendigo y le dijo: «Tendrás que perdonarme, no lo entiendo. Nunca he pensado que pudiera ocurrirme esto. He hecho todo lo que he podido, pero ahora... ya no puedo ofrecerte nada más. Y creeré que me has perdonado si me cuentas el secreto del plato de limosnas. Es muy raro, tendría que haberse llenado con unos pocos diamantes. Pero se ha tragado todo el tesoro».

El mendigo se rió y dijo: «No te preocupes. No es un plato de limosnas. Me encontré una calavera y con ella construí este platillo. Y la calavera no ha olvidado su viejo hábito. ¿Alguna vez has mirado dentro de tu propio plato de limosnas, dentro de tu propia cabeza? Puedes darle lo que quieras, pero siempre seguirá pidiendo más y más. Solo conoce un idioma: más. Siempre está vacío, siempre está mendigando».

En la línea horizontal solo hay mendigos, porque siempre están buscando más, y ese más no puede satisfacerse. No es que no puedas alcanzar una posición, es que en el momento en que la alcanzas deseas otra posición más alta. Tendrás un destello de felicidad durante un instante pero, al momento siguiente, volverás a sentir la misma desesperación y seguirás corriendo a buscar más. La idea de más no puede satisfacerse. Intrínsecamente no puede satisfacerse. Esa es la línea horizontal, la línea del más y más.

¿Qué es la línea vertical? Ser cada vez menos hasta llegar a un vacío absoluto, hasta llegar al punto de no ser nadie. Solo una firma, pero ni siquiera en la arena, sino en el agua: antes de terminarla, ya ha desaparecido. El hombre de la línea vertical es el auténtico sannyasin que es inmensamente feliz de no ser nadie; inmensamente feliz de su pureza interior de vacío, porque solo el vacío puede ser puro; absolutamente satisfecho de su desnudez, porque solo la nada puede estar en armonía con el universo.

Cuando se produce esta armonía con el universo, en cierto sentido, dejas de ser. En el sentido antiguo, ya no existes pero eres, por primera vez, todo el universo. Incluso las estrellas lejanas están dentro de ti; tu vacío puede contenerlas. Las flores, el sol y la luna... y toda la música de la existencia. Ya no eres un ego, tu «yo» ha desaparecido. Pero no significa que desaparezcas. Al contrario, cuando desaparece tu «yo», apareces por primera vez.

Estar sin la sensación de «yo», sin la sensación del ego, sin pedir nada más,

produce un enorme éxtasis. ¿Qué más puedes desear? Tienes la nada. Y sin conquistarlo, te has convertido en todo el universo. Entonces los pájaros no solo cantan en el exterior. Aparentemente están afuera porque es este cuerpo quien crea la barrera.

En la línea vertical cada vez eres más conciencia y menos cuerpo. Desaparece toda la identificación con tu cuerpo. En la nada, los pájaros estarán en tu interior; estas flores, estos árboles y esta hermosa mañana estarán en tu interior. De hecho, el exterior no existe. Todo se ha vuelto tu visión. Y no puede haber una vida más rica que cuando todo está en tu interior. Cuando el sol y la luna y las estrellas y la infinitud del tiempo y el espacio están en tu interior... ¿qué más puedes pedir?

Este es exactamente el significado de iluminación: tu ego es tan inexistente que toda la existencia oceánica forma parte de ti.

Kabir, uno de los grandes místicos indios, a pesar de ser una persona inculta, escribió unas declaraciones enormemente reveladoras... aunque no fuesen gramaticalmente correctas. Una de estas declaraciones fue corregida por él mismo antes de morir. Cuando era joven, había escrito una bella declaración: «Como una gota de rocío se precipita al amanecer por la hoja de loto, y cae al océano brillando como una perla, eso mismo me ha ocurrido a mí».

Sus palabras decían: «Amigo mío, he estado buscando. Pero en lugar de encontrarme, he desaparecido en el cosmos. La gota de rocío ha desaparecido en el océano». Justo antes de morir, cuando estaba cerrando los ojos, preguntó a su hijo Kamal, que tenía su misma calidad y estatus como persona..., y a veces uno piensa que era aún más valiente que Kabir. Este fue muy valiente enfrentándose a todas las tradiciones, la ortodoxia y todo lo demás. Pero Kamal llegó incluso a criticar a Kabir cuando encontraba algún error en sus declaraciones. Kabir dijo a Kamal: «Te lo ruego, cambia esa declaración tan alabada por todos: “Amigo mío, me he estado buscando, pero en lugar de encontrarme, me he perdido como una gota de rocío desaparece en el océano”. Cámbialo».

Kamal dijo: «Siempre he sospechado que había un error». Y le mostró lo que él mismo había escrito, donde ya lo había corregido. La corrección ya había sido hecha, incluso antes de que Kabir se diera cuenta. Por eso Kabir le llamó «Kamal». «Eres un milagro.» *Kamal* significa milagro. Había cambiado esa frase que quería Kabir: «Amigo mío, yo me estaba buscando. Y en lugar de encontrarme encontré el mundo

entero, encontré todo el universo. La gota de rocío no ha desaparecido en el océano, pero el océano ha desaparecido en la gota de rocío». Y cuando desaparece el océano en una gota de rocío, los límites de la gota de rocío desaparecen, eso es todo.

En la línea vertical cada vez eres menos. Y llega un día en que ya no existes.

Había un maestro zen, Rinzai, que tenía una costumbre muy absurda pero bonita. Todas las mañanas al despertarse y antes de abrir los ojos decía: «Rinzai, ¿sigues ahí?».

Sus discípulos le decían: «¿Qué disparate es ese? ¿Por qué preguntas a Rinzai si sigue ahí?».

«Estoy esperando el momento en que la respuesta sea “No. La existencia está, pero Rinzai no está”», dijo él.

Es la cima más elevada que puede alcanzar la conciencia humana. Es la bendición máxima. Y hasta que no alcances esa cima, seguirás vagando en la oscuridad, ciego, sufriendo, padeciendo. Podrás acumular muchos conocimientos, ser erudito, pero no te servirá de nada. Solo hay una cosa, algo muy sencillo, que es la esencia de toda la experiencia religiosa, y es la meditación.

Vas hacia dentro. Te resultará difícil salirte de tu montón de pensamientos, pero tú no eres un pensamiento. Puedes salirte del montón, entre tus pensamientos y tú puedes interponer una distancia. Y a medida que esa distancia va aumentando, los pensamientos empiezan a caer como hojas muertas..., porque eres tú quien los sustenta con tu identidad. Si tú no los sustentas, los pensamientos no pueden existir. ¿Has visto alguna vez un pensamiento dando vueltas solo?

Intenta ser indiferente; el término de Gautama Buda es *upeksha*. Sé indiferente a la mente y así interpondrás esa distancia. Y luego llegará un punto donde los pensamientos no puedan sustentarse. Simplemente desaparecerán; serán como pompas de jabón.

En el momento en que desaparezcan todos los pensamientos, te verás en la misma situación que Rinzai, preguntando: «¿Rinzai, sigues ahí?». Y estarás esperando ese gran momento, esa rara oportunidad en la que la respuesta sea: «No. ¿Quién es ese tal Rinzai?».

Este silencio es la meditación. Y no es un talento. No todo el mundo puede ser un Picasso, no todo el mundo puede ser un Rabindranath Tagore, no todo el mundo puede ser un Miguel Ángel. Son personas con talento. Pero todo el mundo puede iluminarse porque no es un talento, se trata de tu naturaleza intrínseca, de la cual no eres consciente. Y si continúas rodeado de pensamientos, seguirás sin darte cuenta.

Conocer tu verdadera realidad es algo que ocurre cuando no hay nada que lo impida, cuando estás rodeado de la nada.

La línea vertical es excepcional. Probablemente, es la única cosa excepcional de la existencia, porque te lleva a un viaje de eternidad e inmortalidad. Las flores que florecen en ese camino son inconcebibles para la mente. Y las experiencias que ocurren son inexplicables. Pero de una forma extraña, el hombre mismo se convierte en su expresión. Sus ojos permiten ver las profundidades de su corazón, sus gestos muestran la gracia del movimiento vertical. Toda su vida irradia, pulsa y crea un campo de energía.

Las personas con prejuicios, las personas que ya están determinadas y cerradas... me dan pena. Pero las personas que están abiertas, sin prejuicios, sin concluir, sentirán inmediatamente esa pulsación, esa radiación. Y hay cierta sincronicidad entre el corazón humano vertical y el corazón del hombre que todavía no ha alcanzado la verticalidad... Cuando se produce esa sincronicidad, en ese mismo instante empiezas a moverte en la vertical.

Esto son meras palabras para explicar lo que no puede explicarse con palabras. Pero las personas que tienen la inteligencia suficiente, no los intelectuales, porque están cargados de tonterías... No confundas ser intelectual con ser inteligente. La inteligencia es claridad de visión, percepción. El intelectual es un ordenador, una memoria.

La inteligencia no es memoria. La inteligencia es una espada afilada que penetra directamente en la realidad. Una vez que la ha visto...

Cuentan que Mahakashyapa, que también era un príncipe, fue a ver a Gautama Buda. Pero era un hombre muy sencillo, inocente, sin prejuicios, y no tenía un sistema de creencias, no tenía una filosofía, no tenía una teología. Se postró simplemente a los pies de Buda y le miró a los ojos, y entonces le ocurrió todo. Se produjo una transferencia de luz, de algo invisible, un encuentro del corazón, una fusión..., aunque no hizo ni una sola pregunta a Gautama Buda.

Incluso los demás se dieron cuenta: «Todos los discípulos hacen preguntas. Este Mahakashyapa es muy raro. Solo se queda sentado debajo de un árbol, casi lo ha monopolizado. Todo el mundo sabe que no debe sentarse ahí porque es el sitio de Mahakashyapa. Él se queda ahí sentado: si Buda habla bien, y si no habla, también».

Poco a poco, los discípulos más antiguos se acercaron a Mahakashyapa, en especial Sariputta, que era el discípulo más cercano a Gautama Buda, y le preguntó: «¿No tienes ninguna pregunta?».

Mahakashyapa dijo: «Todas mis preguntas han recibido respuesta en el momento en que me miró a los ojos. Desde el momento en que me postré a sus pies he dejado de ser un cuerpo. Solo soy conciencia, y el cuerpo es mi morada. La identificación con el cuerpo ha desaparecido en un segundo, en un instante». Posiblemente Mahakashyapa sea el discípulo más misterioso de Buda, pero también el más sensible. Cuando Buda miró a Mahakashyapa a los ojos fue un momento único. En ese momento la eternidad penetró en el tiempo, lo vertical penetró en lo horizontal. Y en un solo instante puede producirse un cambio radical. Esos días fueron hermosos, y de oro sus memorias. Ahora parecen muy lejanos y desvaídos.

Pero mi propósito es que esta pequeña isla sea parte de la eternidad, donde esos momentos y esas experiencias inocentes sigan siendo posibles. Sin decir nada, sin oír nada, el corazón se pone a bailar acompasado con el del maestro.

Lo universal y lo eterno no han cambiado, solo el hombre está cada vez más sumido en la oscuridad. En la India, los profetas han llamado a este espacio de tiempo *kaliyuga*, la era de la oscuridad. Evidentemente eran muy perspicaces.

Ahora todo el mundo parece estar completamente cerrado. Hay cristianos, hay hinduistas, hay musulmanes. Antes de experimentar nada, han decidido qué es verdadero y qué es falso. Antes de entrar en contacto con una energía vital, se resguardan completamente, defendiéndose. Tienen miedo de abrirse porque todos sus prejuicios parecerían estúpidos y se derrumbarían sus sistemas de creencias.

Yo estoy en mi propio país, pero me considero un extraño. La gente tiene miedo de traspasar la verja de la comuna. Tienen miedo de la hipnosis. Y no comprenden qué es la hipnosis. En realidad, han estado hipnotizados desde que eran niños, adorando a un dios mono..., una persona inteligente no lo haría. Les han hipnotizado para que adoren a un dios elefante. Esto solo puede ocurrir si toda la sociedad que te rodea te lo está repitiendo constantemente desde la infancia, y se vuelve un condicionamiento. De lo contrario, ellos también se estarían preguntando qué están haciendo. Pero no piensan. Pensar es uno de los mayores crímenes.

Nadie piensa y todo el mundo cree. Pero si quieres alcanzar las alturas de Buda o de Chuang Tzu, tendrás que renunciar a todos los sistemas de creencias, y a todos los pensamientos que te han sido entregados por otros, pensamientos prestados.

Una mañana, un hombre fue a ver a Chuang Tzu y estaba discutiendo con él. Chuang Tzu le dijo: «Espera un momento. Solo quiero saber una cosa: ¿Te gustaría llevar los zapatos de otra persona?».

«¿Por qué querría llevar los zapatos de otra persona?», respondió.

Chuang Tzu dijo: «Eres muy consciente de tus piernas, de tus pies, pero no eres tan consciente de tu cabeza, porque todos los pensamientos que tienes son de otra persona. No son tuyos. Los has oído, los has leído, los has captado en el ambiente, pero nunca has pensado que ni uno de tus pensamientos es tuyo».

En realidad, no hay ningún pensamiento que sea propiamente tuyo. Solo la claridad, la percepción, el silencio, la comprensión, la inteligencia son propiamente tuyos. Y con ellos tienes lo que necesitas para que la eternidad se introduzca en el mundo del tiempo.

Ese es el momento más importante. No puedo concebir algo más valioso e inestimable. Te conviertes en todo el universo; eliminas así todas tus fronteras, que realmente son una prisión. Te conviertes en un pájaro volando en el cielo abierto.

Y ahora algunas cosas serias, porque llevamos mucho tiempo en un mundo que no es serio....

Un hombre entra en un bar y pide una cerveza. Cuando se la sirven, busca en el bolsillo de su chaqueta y saca una figurita perfectamente moldeada de diez centímetros. Entonces saca un dedal y lo coloca sobre la barra. «Y una cerveza para mi amigo también —dice—. Y no te calientes la cabeza.»

«¿Es de verdad?», pregunta el camarero.

«Sí», responde el hombre.

«¿Puede hablar?», insiste el camarero.

«Sí», responde el hombre.

«Alberto —sigue diciendo el hombre—, cuéntale la vez en que estábamos de safari y dijiste al chamán que era un hijo de puta.»

Un hombre muere en un accidente y su amigo tiene que dar la mala noticia a su mujer.

«Ten cuidado cómo se lo dices —le advierte un amigo—. Es una mujer muy delicada.»

El amigo llama a la puerta y le abre la mujer.

«¿Eres viuda?»

«Desde luego que no», responde ella.

«¿Quieres que nos apostemos algo?», le pregunta el amigo.

Una tribu africana está pasando una hambruna a causa de una mala cosecha. El jefe convoca una reunión y dice: «Mandaremos un telegrama a los rusos para decirles que estamos teniendo problemas con la agricultura y que necesitamos su apoyo. Nos mandarán semillas, tractores y cien técnicos jóvenes para ayudarnos. Luego mandaremos un telegrama a los americanos y les diremos que los rusos nos están ayudando. Entonces, ellos nos mandarán semillas, tractores y cien técnicos. Cuando todos los técnicos estén aquí, nos los comeremos».

Acerca del autor

Resulta difícil clasificar las enseñanzas de Osho, que abarcan desde la búsqueda individual hasta los asuntos sociales y políticos más urgentes de la sociedad actual. Sus libros no han sido escritos, sino transcritos a partir de las charlas improvisadas que ha dado en público en el transcurso de treinta y cinco años. El londinense *The Sunday Times* ha descrito a Osho como uno de los «mil creadores del siglo XX», y el escritor estadounidense Tom Robbins como «el hombre más peligroso desde Jesucristo».

Acerca de su trabajo, Osho ha dicho que está ayudando a crear las condiciones para el nacimiento de un nuevo tipo de ser humano. A menudo ha caracterizado a este ser humano como Zorba el Buda: capaz de disfrutar de los placeres terrenales, como Zorba el griego, y de la silenciosa serenidad de Gautama Buda. En todos los aspectos de la obra de Osho, como un hilo conductor, aparece una visión que conjuga la intemporal sabiduría oriental y el potencial, la tecnología y la ciencia occidentales.

Osho también es conocido por su revolucionaria contribución a la ciencia de la transformación interna, con un enfoque de la meditación que reconoce el ritmo acelerado de la vida contemporánea. Sus singulares «meditaciones activas» están destinadas a liberar el estrés acumulado en el cuerpo y la mente, y facilitar así el estado de la meditación, relajado y libre de pensamientos.

Está disponible en español una obra autobiográfica del autor titulada: *Autobiografía de un místico espiritualmente incorrecto*, Editorial Kairós.

Resort de Meditación de Osho® Internacional

El Resort de Meditación fue creado por Osho con el fin de que las personas puedan tener una experiencia directa y personal con una nueva forma de vivir, con una actitud más atenta, relajada y divertida. Situado a unos ciento sesenta kilómetros al sudeste de Bombay, en Puna, India, el centro ofrece diversos programas a los miles de personas que acuden a él todos los años procedentes de más de cien países.

Desarrollada en principio como lugar de retiro para los marajás y la adinerada colonia británica, Puna es en la actualidad una ciudad moderna y próspera que alberga numerosas universidades e industrias de alta tecnología. El Resort de Meditación se extiende sobre una superficie de más de dieciséis hectáreas, en una zona poblada de árboles, conocida como Koregaon Park. Ofrece alojamiento de lujo para un número limitado de huéspedes, y en las cercanías existen numerosos hoteles y apartamentos privados para estancias desde varios días hasta varios meses.

Todos los programas del centro se basan en la visión de Osho de un ser humano cualitativamente nuevo, capaz de participar con creatividad en la vida cotidiana y de relajarse con el silencio y la meditación. La mayoría de los programas se desarrollan en instalaciones modernas, con aire acondicionado, y entre ellos se cuentan sesiones individuales, cursos y talleres, que abarcan desde las artes creativas hasta los tratamientos holísticos, pasando por la transformación y terapia personales, las ciencias esotéricas, el enfoque zen de los deportes y otras actividades recreativas, problemas de relación y transiciones vitales importantes para hombres y mujeres. Durante todo el año se ofrecen sesiones individuales y talleres de grupo, junto con un programa diario de meditaciones.

Los cafés y restaurantes al aire libre del Resort de Meditación sirven cocina tradicional india y platos internacionales, todos ellos confeccionados con vegetales ecológicos cultivados en la granja de la comuna. El complejo tiene su propio suministro de agua filtrada.

PARA MÁS INFORMACIÓN

www.osho.com

Un amplio sitio web en varias lenguas, que ofrece una revista, libros, audios y vídeos Osho y la Biblioteca Osho con el archivo completo de los textos originales de Osho en inglés e hindi, y una amplia información sobre las meditaciones Osho. También encontrarás el programa actualizado de la Multiversity Osho e información sobre el Resort de Meditación Osho Internacional.

Para contactar con **Osho International Foundation**, dirígete a:
www.osho.com/oshointernational

Título original: *Hariomtāt Sat*

Edición en formato digital: agosto de 2010

© 1988, 2009, Osho International Foundation, Suiza.

www.osho.com/copyrights.

Reservados todos los derechos.

© 2010, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Esperanza Moriones Alonso, por la traducción

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A

Este libro se ha compuesto a partir de la transcripción abreviada de la serie original de discursos HARI OM TAT SAT que Osho dio en público. Todos los discursos de Osho han sido publicados íntegramente en su idioma original como libros, y también están disponibles sus grabaciones de audio. Estas grabaciones y el archivo completo de textos pueden consultarse en línea en la biblioteca OSHO de www.osho.com

OSHO® es una marca registrada de Osho International Foundation

www.osho.com/trademarks

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9908-963-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com

* 1 mm de agua de lluvia equivale a 1 l de agua por m². (*Nota del Editor.*)

Índice

Portadilla	3
PRIMERA PARTE El sonido que te roba el corazón	4
1 Estar vivo es estar iluminado	6
2 Persiguiendo el horizonte de la esperanza	14
3 La vida sigue siendo un misterio	22
4 No es necesario recordar la verdad	27
SEGUNDA PARTE La mente está dividida, la meditación no lo está	35
5 No hay que vencer el miedo, hay que entenderlo	37
6 Una brisa fresca de amor	42
7 Un profesor nunca está iluminado	53
8 Una maestría que te libera	60
9 ¿Contradictorio o complementario?	66
TERCERA PARTE La experiencia de estar en casa	76
10 Simplemente aquí – Sin saber por qué	78
11 El camino es solo un recordatorio	83
12 Capas de silencio, capas de mente	88
13 Súbete a la ola de la felicidad	93
14 Entra bailando	101
15 La dialéctica de la vida	104
CUARTA PARTE Un nuevo tipo de iluminación	107
16 La estética de la conciencia	109
17 La noche estrellada del alma	120
18 Budas intentando ser Budas	132
19 Sin otra salida que la iluminación	138
20 Un instrumento en tus manos	152
21 Estar centrado frente a estar arraigado	160
22 El vipassana llega al final	169
QUINTA PARTE La verdad más allá de la mente, más allá del lenguaje	181
23 La vida misma es la respuesta	183
24 Solo un poco de aroma de la flor	192
25 Cuando la eternidad se adentra en el tiempo	206
Acerca del autor	217
Resort de Meditación de Osho® Internacional	218

Créditos	220
Notas	221